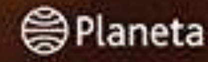


STAR WARS



KEVIN SHINICK



Karr es un adolescente como muchos otros en la galaxia: estudia, ayuda a sus padres con el negocio familiar y le gustan los speeders y los droides. Además tiene un secreto: al tocar ciertos objetos, le dan agudas jaquecas y se desmaya; pero a veces, con el dolor le llegan visiones de gente desconocida y lugares que nunca ha visitado.

A sus padres les preocupa que esté enfermo; su abuela está convencida de que las visiones son provocadas por la Fuerza. Asimismo, han pasado años desde que se tuvieron noticias del último Jedi, Luke Skywalker. ¿Queda en la galaxia algún Jedi capaz de guiar a Karr en el uso de sus habilidades? ¿Hay siquiera alguien dispuesto a hablar de los Jedi y su devenir, mientras su recuerdo se desvanece y la Primera Orden se vuelve más fuerte?

Karr llega al límite cuando su abuela muere y sus padres le anuncian que lo enviarán a la escuela al otro lado del planeta. Necesita saber lo que el destino le tiene reservado y se lanza al amplio espacio en busca de la verdad en compañía de Maize, la obtusa e impredecible chica nueva de la escuela, y de RZ-7, su atento droide y compañero. Sus aventuras lo llevan de Utapau a Jakku, a Takodana y más allá, mientras descubre más de lo que esperaba sobre los Jedi y su propio lugar en la Fuerza.



El coleccionista de la Fuerza

Kevin Shinick



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Force Collector*

Autor: Kevin Shinick

Arte de portada: Tony Foti

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola y Gloria Estela Padilla Sierra

Publicación del original: octubre 2019

30 años después de la batalla de Yavin

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

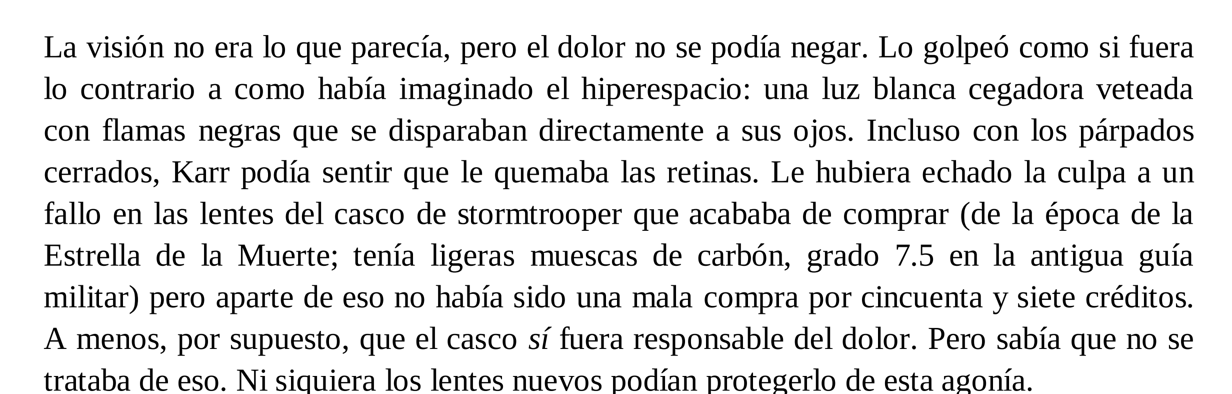
08.01.20

Base LSW v2.22

Declaración

Dedicado a Josephine Viola.
Gracias por estar siempre a la escucha.

CAPÍTULO 1



La visión no era lo que parecía, pero el dolor no se podía negar. Lo golpeó como si fuera lo contrario a como había imaginado el hiperespacio: una luz blanca cegadora veteada con flamas negras que se disparaban directamente a sus ojos. Incluso con los párpados cerrados, Karr podía sentir que le quemaba las retinas. Le hubiera echado la culpa a un fallo en las lentes del casco de stormtrooper que acababa de comprar (de la época de la Estrella de la Muerte; tenía ligeras muescas de carbón, grado 7.5 en la antigua guía militar) pero aparte de eso no había sido una mala compra por cincuenta y siete créditos. A menos, por supuesto, que el casco *sí* fuera responsable del dolor. Pero sabía que no se trataba de eso. Ni siquiera los lentes nuevos podían protegerlo de esta agonía.

Mientras soportaba el dolor en la cuenca de los ojos, recordó lo que alguna vez le advirtió un piloto: nunca ver directamente un eclipse de doble halo en Tatooine.

«Buen consejo», pensó poco antes de perder el conocimiento.

Solo que no estaba entrando al espacio aéreo de Tatooine. Se adentraba a la Fuerza.



—¿Estás bien? —Karr escuchó que alguien le preguntaba con voz metálica.

Probablemente no se trataba de una voz metálica, sino de un altavoz dañado en el casco del stormtrooper. Quizá después de todo 7.5 no era un grado correcto para este pedazo de basura.

Karr yacía sobre su espalda. El suelo estaba frío, pero su rostro ardía.

—¿Qué traes puesto?

Esta vez podía distinguir que la voz era de una mujer, pero pensó que la pregunta adicional era muy extraña. En general, cuando las personas lo encontraban desmayado en el piso le preguntaban si sabía su nombre.

—Karr Nuq Sin —respondió, por la costumbre; solo después se dio cuenta de que esa no fue la pregunta que le hizo.

—¿Qué traes puesto? —preguntó de nuevo, lentamente, como si pareciera más molesta.

—Pantalones cargo verdes, chamarra azul de piloto, botas para el desierto, guantes negros y un casco de stormtrooper que acabo de adquirir, de la época de la Estrella de la Muerte, grado siete punto… —Se detuvo al pensar en la nueva información y le dio una nueva evaluación—. Seis punto nueve.

—Tienes que quitártelo. Ahora. —Su voz sonaba como si fueran monedas y pasara estática por el casco, pero sí, definitivamente era una mujer. Probablemente una maestra—. Las políticas de la escuela prohíben que los alumnos porten armas o usen parafernalia militar —agregó.

Quizá citaba algún párrafo del código de conducta. Karr no podía saberlo porque nunca lo había leído.

Se puso de pie con dificultad y buscó en el suelo su guante negro, que siempre se le caía después de uno de sus incidentes. Lo encontró y lo usó para saludarla.

—¡Nada de parafernalia militar, señor!

—¿Salvo por el casco? —preguntó.

Ella ignoró la manera incorrecta en la que le habló y tomó el guante de su mano para examinarlo.

—El casco es una reliquia… *¡señor!* —agregó Karr. Ahora rozaba el límite.

Namala Moffat suspiró.

—Solo quítatelo.

Se quitó el casco con un ligero *pop*. Ahora podía verlo como en realidad era: un chico de cabello y ojos castaños, con un diente quebrado y un chip al hombro.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó.

—Me lo dio Janu Blenn. Su bisabuelo cargaba combustible en el Imperio —explicó Karr—. Stormtrooper, tercera clase.

Moffat frunció el ceño.

—Ese chico es más tímido que un snivviano en una subasta en el mercado. ¿Él te dijo todo eso?

Karr solo sonrió.

—De cierto modo.

Desde el momento en que sus extraordinarias habilidades comenzaron a manifestarse, ningún médico, humano o droide, había podido explicarlo. Los episodios de luz cegadora y los dolores agudos no eran exactamente aptitudes muy codiciadas, pero las imágenes que los acompañaban eran geniales. La mayoría de las veces. Cuando las recordaba al recuperar la conciencia.

Karr no tenía ganas de explicarle todo eso a la maestra, así que no lo hizo.

La verdad era que, en efecto, Janu Blenn *era* increíblemente tímido, pero también era terco. A Karr le llevó cinco días completos convencerlo para que le vendiera el casco de trooper, luego de escuchar por casualidad que el muchacho hablaba de una historia de su familia en la que su bisabuelo aseguraba que un Jedi había manipulado su mente. Karr imaginaba que probablemente todo era un invento para obtener una mejor calificación en su proyecto de historia, puesto que los Jedi no existieron durante el periodo del Imperio, pero tenía que asegurarse. Por eso había aceptado pagar hasta cincuenta y siete créditos.

Claro que hubiera sido más fácil solo hacer un gesto con la mano y manipular los pensamientos de Janu como si fuera un Jedi, pero Karr todavía no llegaba a eso.

Muy pronto, esperaba; pero aún no.

Por eso necesitaba el casco.



Cuando Karr cumplió trece años comenzó a advertir cambios. Por supuesto, a esa edad todos experimentaban cambios, pero a diferencia de Zarado, cuyos cuernos comenzaron a hacerse más largos, o de Lara, cuyo pelaje de adulto comenzó a crecer, Karr empezó a tener terribles dolores de cabeza que con frecuencia se acompañaban de visiones confusas cuando tocaba ciertos objetos, a veces.

—Solo son dolores de crecimiento —le decía Looway, su madre, tratando de esconder su preocupación.

—Quizá —respondía Karr.

Pero a menos que su cerebro creciera hasta ser más grande que su cráneo, no se lo podía explicar. Esto lo estaba transformando; su apariencia estaba cambiando. En una edad en la que la mayoría de los chicos sentían que podían comerse el universo, Karr se sentía condenado. Le preocupaba que su «adolescencia», como la llamaban, no fuera solo una etapa por la que tenía que pasar, sino su fecha de expiración.

Finalmente, su familia lo llevó con un médico que no pudo encontrar nada malo en él, así que recurrieron a otro doctor. El mismo resultado. El tercer galeno tampoco pudo ayudar, ni el cuarto. Cada miembro de su familia tenía su propia teoría sobre lo que le pasaba a Karr y cómo remediarlo, pero todo surgía de manera caótica en forma de ruido incomprensible.

Una tarde, después de discutir los mismos viejos argumentos sobre lo que le pasaba, estaba malhumorado en su habitación cuando vio a su abuela parada en el umbral. En su rostro se dibujaba una sonrisa extraña. Entonces, casi como en cámara lenta, vio que sus labios formaban las palabras: «Ya es tiempo».

—Sé qué te provoca las jaquecas. Es la Fuerza —dijo J'Hara. Se sentó en el borde de la cama y le quitó el cabello de la cara.

—¿La qué? —preguntó, como si le acabaran de diagnosticar una enfermedad.

—La Fuerza —repitió—. La Fuerza es lo que les da a los Jedi su poder.

Su abuela ya había hablado antes de los Jedi, pero para ser honestos, en ese entonces Karr era más joven e igual pudo haber hablado de las tareas de la escuela.

Sin embargo, ese día, los Jedi, la Fuerza, la guerra… todo sonaba como una de las fábulas que ella le contaba antes de ir a dormir. Pero no lo era, por supuesto. Esta vez era una revelación. Karr buscaba una esperanza; la creencia de que lo que estaba experimentando no era algo malo sino, más bien, algo estupendo. Y esto, en definitiva, contaba como esperanza.

—¿Qué ves? —preguntó su abuela mirándolo a los ojos—. ¿Cuándo te dan estos dolores de cabeza?

—Es difícil decirlo. El dolor es tan fuerte que a veces es imposible reconocer algo. Es como mirar al sol de frente y tratar de enfocarse en los destellos solares. Durante mucho tiempo no vi nada; solo sentía mucho dolor. Pero un día algo cambió. Podía ver y oír… algo. ¿Sonidos? ¿Palabras? ¿Sentimientos? No sé.

—Eso es porque una nueva percepción comienza a surgir en ti. Estás viviendo un regalo. Tienes estos dolores porque no te encuentras a ti mismo en la Fuerza —explicó J'Hara—. Una vez que lo averigües, ¿quién sabe? Quizá puedas conocer el pasado de un objeto solo con tocarlo. Eso sería maravilloso, ¿no crees?

—¿Eso es lo que hacían los Jedi?

—Quizá algunos, aquí y allá —asintió—. No creo que muchos. Los Jedi podían hacer todo tipo de cosas. Es posible que si encuentras objetos Jedi, lo que aprendas de ellos podría mostrarte cómo usar tus habilidades de manera correcta. Cómo convertirte en un Jedi.

—Cómo convertirme en Jedi.

Karr siempre recordaría el día en que pronunció esas palabras. Desde que tenía memoria, se había sentido tan fuera de lugar en la galaxia como en su propio pellejo. Todos en su familia siempre habían sido sastres, trabajadores de clase media, pero Karr sentía que estaba destinado a grandes cosas. Y ese día se dio cuenta de que era verdad.

—¿Dónde podemos encontrar a los Jedi? —preguntó con entusiasmo.

—Por desgracia, nadie los ha visto en décadas —confesó.

—Pero ¿cómo voy a aprender sobre la Fuerza correctamente si no tengo un maestro?

—La vida es tu maestra —respondió—. Deja que la galaxia te guíe como si tú fueras su aprendiz. Tiene mucho que enseñarte.

—Pero si no sé en qué momento algo que toco me provocará una jaqueca, ¿cómo voy a vivir?

J'Hara lo pensó por un momento.

—Te haré unos guantes.

Después de eso, Karr decidió aprender todo lo que pudo sobre los Jedi. Mediante libros, historias y, si era necesario, a través de sus dolores de cabeza. Por esta razón, pasaba buena parte de sus días buscando objetos que pudiera tocar y que le arrojaran alguna luz sobre los maestros perdidos: túnicas, armas, intercomunicadores y, por supuesto, su más reciente adquisición, el casco de stormtrooper.



La maestra no iba a ceder. Le quitó el casco de las manos.

—Solo voy a… quedarme con esto hasta la hora de la salida —dijo Moffat, con autoridad suficiente como para evitar que la mayoría de los chicos se pelearan—. Te lo regresaré entonces.

Pero Karr no era como la mayoría de los chicos. Recurrió a su pícaro encanto, o al menos esperaba que así sonara cuando propuso:

—¿Por qué no mejor lo guardo en mi casillero?

La maestra lo miró fijamente.

En general, era muy bueno para mantenerse alejado de los problemas, pero quizá su racha de suerte había llegado a su fin. Estaba a punto de intentar otra manera de rogarle que le permitiera conservar su tesoro, cuando un terrible grito al fondo del pasillo lo detuvo.

—¡Karr Nuq delira!

Tanto Karr como Moffat voltearon a ver.

Un enorme besalisko llamado Royke se erguía imponente y llamativo. Era descomunal en todos los sentidos, incluso para su especie. La circunferencia de sus cuatro brazos cubría casi por completo el ancho del corredor; se acercaba con sus compinches flanqueándolo como lunas regordetas que orbitan alrededor de un planeta mal-humorado.

Royke era un abusivo, un fanfarrón, un arrogante. En el mejor de los casos, llegaría a solo 4.3 en la escala de la guía de calidad de Karr.

El insoportable patán puso uno de sus cuatro brazos alrededor de los hombros de Moffat.

—Déjeme ayudarla, profe. Este chico es un bicho raro. Tiene una especie de enfermedad mental; si yo fuera usted, no me acercaría mucho, no vaya a ser contagioso.

—No tengo una enfermedad mental —protestó Karr—. Tú no sabes nada.

—El idiota cree que es un Jedi —se burló el besalisko; pronunció mal la palabra y sonaba más a «jidi».

Karr resopló. Royke ni siquiera sabría quiénes eran los Jedi si no hubiera escuchado a Karr hacer tantas preguntas sobre ellos. Los Jedi estaban extintos, y a menos que pusieras atención en la clase de historia, cosa que Royke evidentemente no hacía, la mayoría de la gente sabía muy poco sobre lo que hicieron o lo importantes que habían sido para la galaxia. ¡Incluso el mismo Karr! Y eso algún día lo convertiría en uno de ellos. Fueron los centinelas de la justicia, por decirlo en voz alta. Los guardianes de la paz.

—Incluso le robó a su propia abuela —dijo Royke con desdén.

Por desgracia, Karr no tenía muchas ganas de mantener la paz en ese momento. Y por mucho que quisiera ser un Jedi, se imaginó que probablemente podría salirse con la suya, en una sola pelea. Los historiadores dirían que se desahogaba.

Moffat imaginó hacia dónde iban las cosas y trató de adelantarse.

—Estoy segura de que no le ha robado a su abuela. Deja de provocarlo y regresa a tu salón.

—Ah, ¿sí? ¿Y esos guantes? Escuché que le dijo a alguien que eran de su abuela.

Royke arrebató el guante de Karr de la mano de la maestra y lo agitó alrededor.

El corazón de Karr empezó a latir con fuerza. Los guantes eran un regalo de su abuela; algo especial que ella hizo para él. Sin ellos se sentía expuesto. Y enojado. Enojado con Royke, enojado con Moffat por ser tan descuidada.

Moffat miró a Karr a los ojos, tanto con enfado como en disculpa.

—Devuélveselo. Ahora.

Pero Royke no lo hizo. No podía. No cuando tenía un público al cual divertir. Bailó alrededor del vestíbulo, cantando: «¡Mírame! ¡Soy Karr!», y agitaba el guante justo a una distancia a la que el dueño no podía alcanzarlo. Después, sucedió lo impensable: Royke metió sus dedos grasosos y rechonchos en el guante.

—¡Regrésamelo! —vociferó Karr.

—¿Qué vas a hacer? ¡No eres un Jedi de verdad! —metió más la mano en el guante.

—Ah, ¿sí?

Sin pensarlo, Karr estiró el brazo y con la mano abierta sujetó el aire como si fuera la garganta de Royke. Volcó toda su ira, todo su dolor y toda su concentración en ese gesto.

El abusivo dejó de reír; después, dejó de respirar. Sus ojos se salieron de las órbitas y cayó de rodillas, luchando por aspirar el poco aire que podía en sus pulmones comprimidos.

CAPÍTULO 2



Moffat le gritó a Karr.

—¡Basta! ¡Lo que estés haciendo, detente en este instante!

Él bajó la mano, pero Royke siguió jadeando y resoplando.

La maestra se interpuso entre ambos y tomó a Karr por los hombros. Empujó su brazo hacia un costado.

—¿Qué le haces? —preguntó en voz alta, asustada y dispuesta a hacerlo pedazos.

Royke cayó de rodillas y se desplomó bocabajo. Sus cuatro brazos largos y carnosos se derrumbaron sobre el piso, en todas direcciones.

Entonces, hubo silencio.

Los alumnos que estaban dispersos en el vestíbulo se quedaron helados y se cubrieron la boca con las manos, no decían ni una sola palabra. Ningún anuncio se escuchó desde la oficina del director. Ninguna puerta se abrió, ningún datapad hizo bip dentro de las mochilas y ninguno de los amigos bravucones emitió un solo suspiro.

Hasta que el enorme cuerpo de Royke comenzó a temblar. Reía en silencio.

Continuó riendo hasta que la carcajada le salió desde las entrañas, mientras giraba hasta caer de espaldas, de cara al techo. Con júbilo, golpeaba sus cuatro puños sobre el suelo.

Al principio, nadie hizo eco. Después todos lo hicieron.

—¡Ja! —se carcajeó el bravucón sobre la multitud estridente—. ¡En serio pensaste que tenías poderes Jedi!

El rostro de Moffat enrojeció. El de Karr se tornó escarlata.

—Espera que te…

—¡Basta! —gritó la maestra. Arrebató el guante de Karr de la mano de Royke y se lo regresó a su dueño, pero su expresión seguía siendo severa—. Los dos, ¡a la oficina del director!

Lado a lado, Karr y el abusivo caminaron hacia la oficina; ninguno de los dos hablaba o trataba de hacer contacto visual. Cuando por fin llegaron, la puerta estaba cerrada. Después de unos minutos, se abrió y una mano le hizo una señal a Royke para que entrara; Karr tuvo que quedarse afuera y esperar su turno.

Se sentó en una banca en el pasillo, afuera de la oficina del director. Jugueteaba con sus dedos y trataba, con todo su esfuerzo, de escuchar lo que sucedía al otro lado de la puerta cerrada. La conversación amortiguada era difícil de comprender, pero Karr no podía evitar pensar que se parecía a una conversación normal entre los kitonaks en la clase de biología. Él no hablaba kitonés, pero algo en sus voces apagadas y la manera en que se tragaban las palabras lo hacía parecer como si fuera una conspiración. «Probablemente no es un juicio completamente justo», pensó Karr, pero en esta escuela

era muy probable que la mayoría de los alumnos no tuviera buenas intenciones. Así como también era muy probable que Royke estuviera detrás de la puerta de esa oficina con la intención de convencer al director de que Karr había tenido la culpa de todo el problema.

Desde el lugar donde estaba sentado, Karr podía ver el recibidor y el salón de maestros. Ahí, Moffat trabajaba en una mesa; leía una base de datos que probablemente eran listas de empleos para carreras diferentes. El casco de trooper descansaba junto a su pantalla. Ella había ganado el argumento en cuanto a dónde se quedaría por ahora, pero Karr había obtenido lo que deseaba de ese objeto: la confirmación de que Janu Blenn mentía o estaba mal informado. La visión de Karr no tuvo nada de Jedi, solo imágenes difusas de la Estrella de la Muerte y una explosión. Lo que fuera que significara la visión, seguía siendo confuso. No le mostró ninguna manipulación de la Fuerza, al menos ninguna de la que estuviera consciente. Aun así, los ojos de la máscara lo miraban fijamente desde el otro lado, como si estuvieran enojados, como si les hubieran robado algo. En cierto sentido, así era.

Karr deslizó sus manos enguantadas por el borde de la banca; se preguntaba si debía agregar su marca a los grafitis que había en ella. «¡Los hutt están locos!». «¡Oktar tiene cara de yak!». Y su favorito: «No te distraigas, nunca ganarás si dejas tu comida junto a un gamorreano». Sería difícil inventar uno mejor.

¿Quizá solo su nombre y la fecha? Sería una prueba del día en el que el futuro famoso Jedi Karr Nuq Sin había estado aquí. ¿Qué era lo peor que el director podría hacerle?

Sacó una pequeña navaja de su bolsillo y estuvo ocupado rayando la primera inicial en la banca cuando se abrió una puerta corrediza.

Kragnotto, el maestro ankura gungan a cargo del programa de ciencia, llevaba por el brazo a una niña mirialana hasta el vestíbulo. La jalaba con un poco de premura y un poco de rudeza, pero ella no se dejaba llevar fácilmente: arrastraba los pies y, en general, obligaba al maestro a esforzarse en todos los sentidos.

Él se lanzó hacia la banca cuando llegaron a ella.

—¡Esperas aquí! Y la próxima vez que misa te encuentre espiando las cosas de misa —dijo; sus mejillas se agitaban y salpicaba de saliva a cualquiera que estuviera a un metro de distancia—, tusa tendrás más que un castigo.

La niña sonrió como si no le importara. Quizá así era.

El gungan se fue por donde había venido; dejó que la puerta corrediza se cerrara detrás de él. Karr mantuvo la cabeza agachada, ocupándose de sus asuntos. No necesitaba más problemas. Comenzó a tallar de nuevo como si no hubiera visto nada.

Después de un momento, la niña habló:

—¿En serio?

Karr levantó la vista. Él era la única persona a la que podía dirigirse.

—En serio, ¿qué?

—¿En serio estás escribiendo tu nombre en la banca?

Él levantó la navaja y la movió frente a ella para mostrársela.

—No. Estoy tallando en la banca.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Dejar pintas en una banca mientras esperas un castigo? ¿No es un poco evidente? Lo entendemos, eres un rebelde. Tu siguiente chiste puede ser romper una ventana o poner la música a todo volumen. Así aprenderán.

Karr no respondió. No quería pelear con alguien a quien no conocía. Sin embargo, lo que Karr sabía de la especie mirialana era que, en general, su piel era verde como la de ella, o rosa, no verde o rosa de mejillas sonrojadas; así que era evidente que estaba muy enojada por algo más que el pequeño vandalismo de Karr.

Karr ya había visto antes a los mirialanos, pero esta chica tenía algo diferente además de las mejillas sonrojadas. ¿Sus ojos? Eran azul brillante; más que brillantes, eran relucientes. ¿Y tenían destellos de oro? Quizá. Nunca antes había estado tan cerca de una mirialana, ni mirado una tan fijamente…

—¿Qué miras? —espetó.

—No, nada —respondió, regresando a su trabajo artesanal de aficionado. Definitivamente había algo diferente en ella, pero no iba a mirarla de nuevo para averiguarlo.

Comenzaba a hacer buenos progresos en la letra «K» cuando ella le preguntó:

—¿Qué hiciste?

—¿Eh? —Se atrevió a lanzarle una mirada.

—¿Por-qué-estás-aquí? —dijo lentamente como si le enseñara el idioma.

Karr trató de responder de manera casual:

—Ah, solo traté de estrangular a alguien con la mente.

La chica lo miró con sospecha, como si no le creyera aunque tenía ganas de hacerlo.

—¿Usaste la Fuerza para estrangular a alguien?

Ahora era ella quien tenía su atención.

—¿Conoces la Fuerza?

—No soy idiota. ¿En verdad tienes la Fuerza? ¿En serio estrangulaste a alguien?

—Dije que traté.

Ella frunció el ceño.

—Entonces no tienes la Fuerza. ¿Siquiera sabes qué es?

—Um, claro. Es un campo de energía que todas las cosas vivas crean.

—Sí, sí —dijo agitando una mano—. Une a la galaxia y todo eso. ¿Por qué todo el mundo siempre dice lo mismo de la Fuerza? Eso hace preguntarse qué tan verdadera es, ¿no? Como si eso fuera todo lo que la gente sabe porque es lo que alguien quiere que pensemos.

Karr estaba asombrado. Nunca había conocido a nadie que supiera de los Jedi, mucho menos que tuviera una opinión de ellos.

—¿De qué hablas? ¿Por qué piensas que no es verdad? Lo puedes leer en los archivos de historia. En algunos de ellos. Un poco.

—También puedes leer sobre los Lord Sith, pero nadie cree en ellos.

Karr permaneció en silencio.

—Además —continuó ella—, llevo como tres días en Merokia y estoy muy segura de que ya vi todos los archivos que este planeta tiene que ofrecer.

—¿Eso qué significa?

—Significa que quizá allá fuera, en la galaxia, puede haber un planeta más aburrido e inútil… pero no apostaría ni un solo crédito a eso. Supongo que es lo que sucede cuando tu planeta está tan cerca de las Regiones Desconocidas y tan lejos del Núcleo.

Karr estaba de acuerdo, pero el juicio dolía.

—Entonces ¿qué haces *tú* aquí?

Ella se alejó hacia su lado de la banca, como un kleex que se repliega en su concha.

—Nos mudamos por el trabajo de mi padre. Tuve que dejar a todos mis amigos —se quejó, casi para sí misma.

Karr asintió como si se solidarizara con su problema, aunque él no tenía verdaderos amigos a los que podría extrañar. Si al día siguiente desapareciera, en la escuela nadie se daría cuenta ni se preguntaría dónde estaba.

—No puedo creer que me llevara tres días enteros recibir un castigo. Debo estar perdiendo mi toque.

—¡Guau! Debes ser… divertida. ¿Y dónde vivías antes?

—CeSai —respondió.

Karr nunca había oído hablar de ese lugar, pero no quiso decirlo en voz alta; no quería que ella pensara que tenía razón al decir que su planeta natal estaba en medio de la nada. Merokia no era perfecto, pero si no eras nativo, no tenías derecho a quejarte.

—Oh, sí —asintió, y luego mintió—. He oído que es bonito. ¿Ahí aprendiste sobre los Jedi?

Engreída, respondió:

—¡Ahí aprendí que son un gran fraude!

—Mentira, los Jedi no son un fraude.

—¿Cómo sabes? ¿Alguna vez has visto a alguno?

—Tampoco he visto nunca a un rancor, pero sé que son reales. Los Jedi mantenían la paz en la República —dijo, repitiendo la explicación de su abuela sobre el papel que jugaban en la galaxia.

—Los Jedi fueron una historia que inventó la República. Ellos mantenían el orden en la galaxia y asustaban a todos con la idea de un ejército mágico de hechiceros espaciales —se burló.

Karr no sabía por dónde empezar.

—¡Ejemp…! —dijo con énfasis, listo para lanzarle una lección amplia sobre las fortalezas y virtudes de todo lo Jedi—. De hecho, ¡los Jedi existieron casi mil años! ¿Por qué la República inventaría un ejército mágico cuando ya tenían un verdadero ejército clon?

Con cuidado, como si fuera muy paciente con alguien que es muy lento para entender, dijo:

—Exacto. ¿No es raro cómo los Jedi se fueron cuando terminaron la Guerra de los Clones? La República ya no los necesitaba, así que los dejaron… no sé, desaparecer o algo.

—¡Eso no es cierto!

—Okey, entonces ¿qué les pasó?

Karr no tenía una buena respuesta.

—No sé. Pero eso no quiere decir que nunca existieron.

Ella se encogió de hombros y se recargó, enlazando las manos detrás de la cabeza.

—Créeme.

—¿Por qué tendría que creerte? ¡Ni siquiera te conozco!

—Buen punto. —Se inclinó sobre la banca y le extendió la mano—. Soy Maize Raynshi.

Karr estrechó su mano a regañadientes.

—Karr Nuq Sin.

En lugar de apretar su mano, la jaló para acercársela al rostro.

—¿Por qué los guantes, Karr?

—Para protegerme las manos.

—Sí, bueno —dijo—, para eso son los guantes. Quiero decir, ¿por qué los usas aquí adentro?

—Para poder controlar mis habilidades.

Ella cruzó los brazos.

—¿Tus grandes habilidades de estrangulamiento? Deben ser unos guantes fenomenales.

—Yo… —hizo una pausa. Apenas conocía a esta chica; claro que apenas conocía a nadie, así que no importaba. Decidió decirle la verdad—. A veces, cuando toco algunas cosas puedo ver el pasado. Quiero decir, el pasado de lo que sea que toque.

Maize lanzó una carcajada.

—¡Por todos los banthas! No te creo. Demuéstramelo.

Karr trató de apartarse.

—No puedo darle órdenes.

Ella volvió tomar la mano enguantada.

—Vamos, ¿qué ves de mi pasado?

—No funciona así. De hecho, no estoy seguro de que funcione con la gente. Creo que tiene que ser un objeto, una cosa que haya sido testigo de algo importante.

Maize lo soltó y examinó la habitación en busca de algo que pudiera funcionar. Al no ver nada que tuviera potencial, metió la mano en su mochila y sacó una pequeña herramienta de metal de su juego de geometría.

—Usa esto —dijo, y se la dio.

—¿Qué es? —preguntó Karr.

—Me lo dio mi papá.

—¿Él es un Jedi?

—No, tonto. Trabaja para la Primera Orden… Espera. —Le quitó el objeto de la mano y se lo llevó al pecho—. ¿No se supone que tú tienes que decirme lo que es?

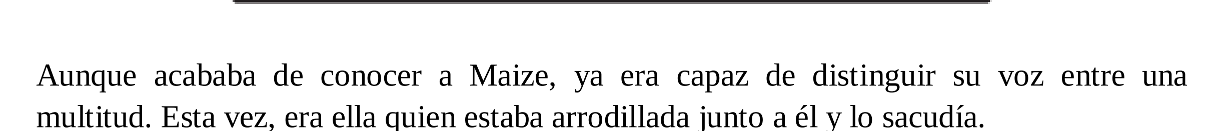
Karr suspiró y se quitó el guante derecho.

—Está bien. Dámelo.

Respiró profundo, cerró los ojos y tomó el objeto con la mano desnuda. En un instante, su presión arterial salió disparada, como si cada gota de su cuerpo se le fuera a la cabeza y luego no tuviera dónde ir. El dolor presionó su cráneo hasta que gritó con todas sus fuerzas.

Después, hizo exactamente lo contrario de lo que un chico de su edad debía hacer para parecer genial: se desmayó.

CAPÍTULO 3



Aunque acababa de conocer a Maize, ya era capaz de distinguir su voz entre una multitud. Esta vez, era ella quien estaba arrodillada junto a él y lo sacudía.

—¿Qué pasó? ¿Qué hiciste? Vamos, Karr, ¡levántate!

Por unos segundos, su oído funcionó mejor que su vista.

Maize y él ya no estaban solos; podía escuchar varios acentos y dialectos en el vestíbulo a su alrededor, y el ruido de gente que discutía sobre qué hacer. Abrió los ojos y vio que él era el centro de atención, por segunda vez en media hora.

Parpadeó con fuerza para tratar de fijar la mirada.

—¿Estás bien? —preguntó Maize.

—Sí —balbuceó—. Solo necesito un minuto.

Por fin pudo verla y se enfocó en su rostro para calmarse. Aunque desde su punto de vista, o ella estaba arrodillada encima de él y lo miraba de cabeza, o su cabeza se había zafado del cuello y hablaba por los…

—¡Tatuajes!

«Eso es lo diferente en ella», pensó cuando su rostro se definió más. La mayoría de los mirialanos que había conocido tenía tatuajes, pero Maize no.

—¿Qué tienen que ver los tatuajes? ¿Estás bien? —repitió.

—Um, sí —respondió Karr, como si lo hubieran atrapado de nuevo—. ¿Por qué?

—Porque gritaste de dolor y luego caíste al suelo desmayado —dijo.

—Ah, sí. Okey.

Karr había hecho eso tantas veces que había olvidado lo impresionante que podía ser para alguien la primera vez. Un tipo le dijo que era como ver a una babosa espacial dar a luz a trillizos. Otro le dijo que era como luchar con alguna entidad invisible. Sin embargo, lo que nadie nunca había dicho era que parecía un Jedi. Pero esperaba que solo fuera porque nunca habían visto a uno.

—¿Te vas a levantar o qué? Estás preocupando a todo el mundo. —Se sentó, erguida, con las piernas cruzadas; ya no estaba sobre él—. ¡Fue escalofriante!

—Perdón. Estoy bien. No te preocupes.

Desde su posición en el suelo, Karr miró hacia todos los rostros boquiabiertos. La expresión que parecía más preocupada pertenecía al director ovissiano. Tal vez se debía a que estaba interesado en el bienestar del chico o quizá estaba preocupado por cómo afectaría esto a la escuela, pero lo más probable era porque estaba parado junto a Royke, quien no se veía nada inquieto.

—Fracasado —balbuceó el besalisko.

—Deja que se ponga de pie —dijo el director.

—Sí —declaró Royke—. ¡Está a punto de ser castigado!

Por fortuna para Karr, el castigo era lo último que tenía en mente. El director inclinó su cabeza de cuatro cuernos y preguntó:

—¿Estás bien?

—Sobreviviré. Siempre lo hago.

—De todos modos, tenemos que llamar a tus padres —dijo—. Necesitas un médico.

—Claro —respondió Karr, aunque sabía que los médicos no ayudarían—. De hecho, tenemos un droide médico a la mano siempre que esto sucede. Los ataques. Hace años que los padezco. Puedo llamar a RZ, él vendrá a examinarme.

El director estuvo de acuerdo y lo ayudó a levantarse.

—Recuerdo haber leído algo sobre eso en tu expediente. Vamos, llama a tu droide. A ver, todos, démosle un poco de aire.

Karr activó su intercomunicador.

—¿RZ-7? Tuve otro ataque.

—Lo lamento, señor —respondió el droide—. Voy en camino.

Cuando todo se calmó, el director ordenó a todos los que no se habían desmayado que regresaran a su salón.

—Quizá es mejor que espere afuera —dijo Karr, con la esperanza de salirse de la situación sin mucho daño.

Maize aprovechó la oportunidad.

—¿No tendría alguien que quedarse con él? ¿O algo así? En caso de que vuelva a suceder. Está muy frágil, señor.

El ovissiano lo pensó.

—No es mala idea.

—Yo puedo ir con él —agregó—. De todos modos, el señor Kragnotto ya me echó de su clase.

—¿Estás de acuerdo, Karr?

—Sí, claro.

Lo decidió y asintió.

—Entonces, váyanse a casa; te veré cuando estés bien.

—¡Esperen un segundo! —gritó Royke—. ¿No lo van a castigar? ¡Porquería de nexu!

Maize alzó el dedo medio hacia Royke y salió del edificio al lado de Karr. En el camino, Maize le dijo en voz baja:

—Dijiste que podías ver el pasado cuando tocabas algunas cosas. No mencionaste nada sobre caerte y pegar de gritos.

—¿No lo hice? Bueno, a veces me caigo y pego de gritos. Ahora ya lo sabes.

El speeder de la familia apareció a la distancia, y pronto Karr pudo ver la conocida silueta de RZ-7 en el asiento del conductor. Generalmente los droides médicos no conducían, pero no era tan extraño, así que nadie hizo ningún comentario cuando el speeder se estacionó frente a la escuela, donde una gran variedad de otros vehículos ya estaba estacionada. La zona estaba llena de todo tipo de landspeeders, grandes y pequeños. Lo único que tenían en común es que todos estaban maltratados. Casi todos

eran vehículos de segunda mano que pertenecían a adolescentes que todavía estaban aprendiendo a conducir.

—¡Ey, Karr! Escuché que hoy te moriste —dijo alguien. Era un togruta, que sacaba medio cuerpo de su speeder—. Qué lástima que no fuera cierto… —Lanzó una carcajada y se fue.

Maize dio vuelta y gritó hacia el vehículo que se alejaba:

—*¡E chu ta an do padda-mames!*

—¿Acabas de decir…?

—Algo sobre su madre, sí. Mi padre tenía negocios con los hutt. Su idioma es excelente para insultar.

Él asintió, impresionado.

—Gracias, supongo. Estuviste increíble. Nadie nunca me defiende, en particular, no en la escuela. Espero que no lo lamentes más tarde.

—Nunca lamento nada.

El landspeeder detenido chisporroteó un poco, lo que sugería que necesitaba una nueva bobina, pero también llamó la atención de Karr hacia el nuevo problema.

—Oh, no —dijo avergonzado—. RZ trajo el vehículo de dos asientos.

—¿Cuántos speeders tienen? —preguntó ella, sorprendida.

—Um… solo este, pero no tiene más que dos asientos, así que… —respondió.

—No te preocupes, me sentaré en tus piernas —rio Maize.

Él se sonrojó de pies a cabeza.

—En serio, lamento que no haya más espacio, pero… es decir, tú te ofreciste a acompañarme. —Se subió al asiento del copiloto y le hizo un gesto al droide—. En fin, Maize, este es RZ.

El conductor azul metálico asintió a manera de saludo.

—Es un placer conocerla, señorita.

—Igualmente.

Maize se subió, se sentó sobre los muslos de Karr y puso los brazos alrededor de su cuello.

Si RZ-7 hubiera tenido cejas, las habría levantado.

—Será mejor que lo lleve a casa, señor. Se está poniendo muy rojo.

—Solo maneja —masculló Karr.

Maize ignoró su rubor y la manera tan torpe con la que la abrazaba por la cintura.

—¡Entonces! —dijo alegre dirigiéndose a RZ-7—, ¿eres un droide médico? ¿Y también te hacen conducir?

Karr contestó por él.

—Sí. Bueno, no. Entre tú y yo, en realidad no es un droide médico. Yo lo construí y no sé nada de medicina, así que él tampoco.

El droide aceleró y el speeder dio una sacudida.

—¡Tampoco sabe manejar muy bien!

Era difícil hablar en un vehículo abierto que sobrevolaba el desierto; pero de todos modos, Karr no sabía qué decir. Siempre que reducían la velocidad para dar la vuelta o esperar que pasara un tren, Maize lo asaltaba con preguntas.

—¿Qué quieres decir con que tú lo construiste? —gritó para hacerse oír por encima del ronroneo del speeder y el estrépito del tren.

—Lo construí con refacciones que encontré aquí y allá. Trabaja con los circuitos de un droide de protocolo, el disco duro de un astromecánico y el cuerpo de una unidad médica. Pero en lo que sí es muy bueno es en sacarme de situaciones complicadas.

—Tienes suerte de que el director no le preguntara cuál era su diagnóstico.

Karr rio.

—RZ no puede diagnosticar nada más que una astilla en mi dedo. Lo construí para que fuera mi amigo, no mi enfermero.

—Pues eres muy práctico.

El tren tardó mucho en quitarse del camino, así que Maize tuvo tiempo de hacer una pregunta más.

—Nunca te pregunté de dónde sacaste tus locas ideas sobre los Jedi.

—¿Mis locas ideas? —cuestionó—. Su historia es…

—¡Su historia es un caos! Nadie se pone de acuerdo sobre quiénes eran o qué podían hacer, ¡y ni siquiera hay pruebas de que hayan existido! Las historias son mentiras, y eso es todo.

RZ-7 aceleró y rodeó el último vagón del tren.

—Mi abuela me habló de los Jedi, y ella no me mentiría.

—Entonces está loca y equivocada, eso es todo. Yo se lo diré cuando la conozca.

El camino se abrió y el viento aumentó, así que Karr tuvo que gritar para que lo escuchara.

—¡No puedes! ¡Está muerta!



—Libera tu mente —le dijo J’Hara a Karr.

Él lo intentaba, pero no podía callar una voz en su interior. Tenía diecisiete años y, generalmente, sus pensamientos se aceleraban a un ritmo reservado solo para los motores de cruceros. Aunque había practicado esto muchas veces antes, aún no podía hacerlo bien. No podía mover el objeto. ¿Era él? ¿Era su maestra? J’Hara realmente nunca le había explicado cómo sabía tanto sobre los Jedi, y comenzó a preguntarse si en verdad sabía de lo que estaba hablando. Cada vez estaba más inquieto e impaciente. Quizá sería más rápido si lo entrenara un verdadero Jedi; pero claro, no había ninguno. Se habían ido; eso si alguna vez existieron. Todo lo que tenía era a su abuela. Todo lo que tenía era su palabra, y comenzaba a agotarse.

Por supuesto, Karr amaba a su abuela. Era la luz de su universo; pero aun así, había días en los que su temperamento confuso nublaba esa luz. Llevaba años trabajando con ella; sin embargo, no se sentía más cerca de convertirse en un Jedi que en gobernador de la galaxia. Había alcanzado la edad en la que los adultos dejaban de parecer adultos y empezaban a considerase como iguales. Iguales con defectos. En ocasiones, cuando estaba molesto, Karr advertía las fallas en muchas de las historias de J'Hara. Como que un Lord Sith podía vivir más de quinientos años o cómo un Jedi podía mover objetos o hacer que las personas creyeran cosas solo usando su mente. ¿Se suponía que eran fábulas? ¿Lecciones extravagantes que solo pretendían dejar una huella en quien las escuchaba? Porque de ser así, la palabra correcta era *mito*.

Pero también estaban escritos en los archivos de historia, y esto lo confundía. Quizá la verdad estaba en algún lugar entre ambos extremos. Tal vez los Jedi eran gente sabia con ideas radicales de paz y muy buenos con los sables de luz. Quizá la idea de que todos estaban relacionados mediante un campo de energía era solo una fantasía esperanzadora. Quizá los Jedi solo eran muy buenos para convencer a la gente de eso.

—Inténtalo de nuevo —dijo su abuela.

Karr suspiró.

—No funciona.

—Funcionará —respondió con su confianza habitual.

—Siempre dices eso, pero nunca sucede. Tal vez te equivocas y no tengo la Fuerza. Quizá tengo una especie de tumor o algo que me provoca estos dolores de cabeza, y estamos perdiendo tiempo con esto cuando deberíamos estar buscando una cura.

—Eso es lo que diría tu mamá.

—Hemos pasado todo este tiempo aprendiendo sobre los Jedi y aún no puedo hacer nada de lo que ellos hacían. No puedo hacer que nadie diga lo que quiero que digan. No puedo pelear contra alguien usando solo la mente.

—Claro que no puedes —argumentó—. ¿Por qué lo querrías? Esa no es la Fuerza; lo estás considerando mal. Un Jedi no quiere pelear, los Jedi son pacificadores. Hacen lo que hacen.

—Bueno, ¡lo que yo quiero hacer es rendirme! —gritó, y arrojó la taza al otro lado de la habitación. Esperaba que su abuela le gritara y que, por fin, le revelara algún secreto escondido que resolvería todos sus problemas.

Pero J'Hara no mordió el anzuelo.

—Entiendo tu frustración, mi niño. No puedo decir que comprendo por completo lo que estás viviendo, porque no soy como tú. No poseo ninguna habilidad de la Fuerza, pero la conozco y estoy haciendo todo lo que puedo para ayudarte a encontrar tu camino.

—Pero ¿cómo sabes de la Fuerza? —preguntó.

Por un momento, su mirada se perdió en su interior. Luego respondió:

—Como tú, la encontré a mi alrededor. Hice preguntas, estaba abierta a ella. ¿Obtuve todas las respuestas? No. ¿Sé más que la mayoría? Quizá. Juntos recorreremos este camino y tal vez encontremos algo maravilloso.

Karr se tomó un segundo antes de hacer la pregunta que no había podido hacer hasta ahora.

—¿Y si ya no quiero recorrer este camino?

No se atrevía a mirar a J'Hara por miedo de haber herido sus sentimientos. Pero cuando levantó la mirada, vio en su expresión que llevaba mucho tiempo esperando esa pregunta. Se volteó para marcharse y dijo en tono casual:

—Tienes que hacer lo que sientas que es correcto con la Fuerza.

Karr lanzó un quejido. En ocasiones, la personalidad serena de su abuela podía enfurecerlo. Pero le siguió la corriente una vez más; solo una vez más para poder justificar que abandonaba toda esperanza.

—¡Perfecto! Entonces trataré de levitar otra vez.

—No —dijo su abuela, girando rápidamente hacia él—. Estás enojado; quieres destruir algo. Muy bien, ¡destrúyelo! Pero hazlo desde la tranquilidad, no desde la ira. Visualízalo, hazlo pedazos.

Karr miró la taza que estaba en el suelo. No se había roto cuando la arrojó al otro lado de la habitación, y eso le preocupaba. Era su suerte haber elegido la taza más dura de la galaxia para tratar de romperla.

—Imagínala —dijo su abuela—. Usa el espacio alrededor de la taza para condensarlo con fuerza a su alrededor.

Karr miró la taza. Luego cerró los ojos y levantó la mano. Estaba concentrado. Usaba la Fuerza. Se enfocaba en el espacio alrededor de la taza. Pero era difícil, más difícil de lo que hubiera deseado. Más difícil de lo que debió ser.

—Concéntrate —repitió su abuela. Comenzaba a odiar esa palabra.

«¡Concéntrate!».

Apretó la mandíbula con más fuerza, pero por cada aliento que salía de su boca, un fragmento de duda se filtraba en su mente.

«¡Concéntrate!».

Karr no podía evitar pensar en todas las discrepancias en sus historias. Las cronologías confusas, las relaciones convenientes…

«¡Concéntrate!».

La descripción de los poderes que nunca nadie había visto con sus propios ojos, que nadie podía avalar.

«¡Concéntrate!».

¡El estúpido intento de tratar de usar poderes imaginarios para romper una estúpida taza! Ella le contaba historias de cómo los Jedi hacían levitar grandes objetos, ¡y él no podía siquiera levantar una taza! ¿Por qué? ¡Porque eran mitos! ¡No era real! Y él no era un Jedi.

«¡Concéntra…!».

Karr volteó hacia su abuela con una rabia que no sabía que había incubado durante años.

—¡No puedo hacerlo! —gritó—. ¡No soy un Jedi! No existen los Jed…

Pero al mirar a J'Hara, la anciana tenía las manos en el pecho y se desplomaba en el suelo.

—¡Abuela!

El rostro de J'Hara se estrujaba de dolor. Se sujetó de un mantel que estaba al lado, lo jaló y los platos se estrellaron contra el suelo junto a ella. El sonido del vidrio confundió a Karr, puesto que el ejercicio se trataba precisamente de eso, pero algo salió completamente mal.

—¿Qué hice? —exclamó Karr mientras corría a su lado—. ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho!

La anciana lo miró, débil, pero como siempre, era ella quien lo consolaba.

—Tú no hiciste esto, Karr. No hay nada que lamentar. Estoy vieja y las cosas son así —jadeó—. Me alegra haber tenido el honor de mostrarte quién eres.

Las ideas se agolpaban en su cabeza; trataba de averiguar cómo ayudarla. Pero ella no parecía querer ayuda. Se veía orgullosa, feliz, tranquila.

—No estés triste. Continúa tu entrenamiento. Sal a la galaxia y aprende cuál es tu lugar en ella. Yo seguiré contigo en ese recorrido.

Con una sonrisa, murió en paz.

Por una parte, Karr sabía que ya era el momento de que J'Hara se marchara. Pero se sentía responsable. ¿Había gastado tanta energía en él que se había debilitado? ¿Había dedicado todo su tiempo a entrenarlo para nada? Karr no podía vivir con eso. Su determinación fue más fuerte que nunca: debía demostrar que su abuela tenía razón, que podía convertirse en un Jedi.

CAPÍTULO 4



Karr abrió la puerta principal y asomó la cabeza.

—¿Hola? —gritó, esperando que nadie respondiera.

Si no había nadie en casa no tendría que explicar por qué había regresado de la escuela a mediodía, o quién era Maize. Desde que murió su abuela J'Hara, el lugar siempre parecía un poco vacío, menos un hogar y más una sencilla casa vieja; pero esta vez agradeció el silencio.

—Pasa —le dijo a Maize.

La guio directamente hasta el salón; evitó la cocina en caso de que su madre no lo hubiera oído entrar. Siempre cabía la posibilidad de que apareciera de pronto para avergonzarlo con su atención o su preocupación.

Acababan de acomodarse cuando un chico mayor entró en la sala. Era Trag, el hermano de Karr. Trag estaba dispuesto a ignorar cualquier cosa que su hermano menor estuviera haciendo, hasta que vio a Maize.

—¿Ella quién es? —preguntó.

—Una amiga.

Cuando Karr no quiso dar más información, Trag observó a Maize de arriba abajo, encogió los hombros y se fue a su recámara.

—Déjame enseñarte algo.

Antes de que Maize pudiera aceptar o protestar, Karr corrió una cortina en su recámara que cubría un clóset lleno de objetos de todo tipo, aparentemente arbitrarios: cinturones, bastones, blásteres, intercomunicadores, cascos y mucho más, todo meticulosamente catalogado. Sobre las paredes y los estantes había notas en flimsiplastoide, garabateadas con fechas, como si tratara de hacer un mapa de toda la galaxia usando solo esta excéntrica colección de objetos.

—¡Guau! —exclamó—. ¿Tú hiciste todo esto?

No pudo distinguir si estaba impresionada u horrorizada.

—Sí. —Señaló con la cabeza los estantes que contenían sus tesoros—. Y muchas de estas cosas me han mostrado su pasado.

Maize echó un vistazo más de cerca. Con cuidado, levantó un cuerno kloo y lo examinó.

—¿Cómo funciona?

—Bueno, ya me viste en acción. A veces toco algo y todo se vuelve estruendo… brillante y oscuro al mismo tiempo. Es difícil explicarlo. Es como estar en llamas, pero después suceden otras cosas: voces, imágenes, colores… después me desmayo.

—Suena horrible.

—A veces lo es —admitió—. Todavía no estoy seguro de qué es lo que provoca esas sensaciones, pero siempre son algo importante. Es casi como si algunos objetos fueran testigos y quisieran decirme lo que vieron. ¿Tiene sentido?

Maize lo miró perpleja, así que decidió seguir hablando.

—Como esto, por ejemplo —añadió y tomó una boquilla que parecía tan vieja que, definitivamente, no debería estar en la boca de nadie—. Es un respirador A99 Aquata que perteneció a un comerciante pesquero. El tipo que me lo vendió me dijo que el comerciante lo había obtenido de un Jedi que lo usaba para hacer reconocimientos marinos. Pensé que me mostraría algo sobre el Jedi, pero por mucho que me concentre, no tengo ninguna visión. Así que el objeto no experimentó nada realmente importante…

—O el tipo te vio la cara —interrumpió Maize.

—Algo así.

—Hay mucha gente que se aprovechará de ti, Karr.

Él la ignoró y continuó.

—Pero esto, al contrario…

Levantó un bastón de madera, o al menos parte de uno. La empuñadura de plata parecía pulida en una fragua. El otro extremo estaba destrozado y fragmentado, lo que indicaba que en sus buenas épocas era más largo. Estaba por completo ennegrecido y chamuscado, pero había algo que evitaba que se hiciera añicos.

—La primera vez que lo toqué perdí el conocimiento, me caí y me rompí un diente. —Le lanzó una enorme sonrisa accidentada—. Pensé que seguramente perteneció a un Jedi, porque me afectó demasiado, pero en la visión, al menos hasta donde puedo decirlo, el dueño no tenía el traje tradicional de Jedi y no vi ningún sable de luz por ningún lado. Pero lo extraño es que sujetaba el bastón como si fuera uno, y juro que lo escuché balbucear algo sobre la Fuerza. Estaba en medio de algo que creo que era una gran batalla.

Maize lo miró de reojo.

—Supongo que escuchas lo quieres oír.

Karr se ofendió un poco.

—Tal vez. Pero no siempre veo lo que quiero ver; de lo contrario, ya habría visto a un Jedi, ¿o no? De cualquier forma, creo que ahí entendí que los objetos que me provocan visiones siempre me muestran cosas significativas. Importantes —añadió al encontrar una palabra más adecuada—. Por fortuna, los Jedi tuvieron mucha acción, así que busco sus objetos específicos, con la esperanza de aprender también una lección con el intercambio. Pero a veces también encuentro artículos al azar, solo para ver si pueden mostrarme algo.

—Entonces, ¿todavía no has visto a ningún Jedi, vivo o en visiones? —preguntó.

Él se desanimó un poco.

—No, pero las visiones fueron reales.

—No puedes probarlo —objetó.

—No necesito probarlo. Sé que es verdad y no me importa si no me crees —mintió—. Juro que algo me guía hacia estas cosas. ¡Y no puede ser solo un interés malsano!

—Si tú lo dices.

Maize caminó despacio por la habitación; pasaba la mano sobre algunos objetos como si quisiera asegurarse de que no había polvo. Se detuvo cuando observó un datapad sobre la cama; la pantalla aún brillaba débilmente. Lo levantó y leyó en voz alta:

—Antigua Guía Militar del Coleccionista. ¿Qué dice?

—Que he pagado demasiado por ciertas cosas —dijo en una carcajada—. Apenas la conseguí el mes pasado; he gastado demasiados créditos. Ahora ya tengo las cosas más claras.

—¿Compraste todo esto?

—No, no todo. Algunos los encontré, otros me los dieron. Y sí, otros los compré. Después de un tiempo me di cuenta de que podía tener un poco de suerte si buscaba en chatarrerías o si negociaba con pilotos y turistas. Gracias a esta guía práctica puedo saber cuánto vale algo antes de pagar demasiados créditos por él.

Maize se paró con los brazos en jarra. Hizo una pausa y volvió a observar a su alrededor, como si fuera un juez a punto de otorgar el premio al mejor museo Jedi. Después, con un aire de autoridad, dijo:

—Creo que estás loco.

Karr estaba a punto de discutir de nuevo cuando vio la sonrisa de satisfacción en su rostro.

—Solo te estoy molestando. Más o menos —agregó y se sentó en una silla—. Mira, la verdad es que solo sé lo que sé por la experiencia de mi familia. A CeSai le fue muy bien durante el Imperio; después, la Nueva República sacó al Imperio y no hubo nadie más para gobernar el planeta. Todo se derrumbó. En cuanto a los Jedi, ¿quién sabe quiénes fueron o qué hicieron? Siempre di por hecho que era puro folclor, pero… —Lo miró con un brillo de aventura en la mirada—. Demuéstrame que me equivoco.

A Karr le gustó el reto, aunque sabía que era difícil.

—Si pudiera encontrar a uno podría preguntarle, pero todos desaparecieron después de la Guerra de los Clones.

—Bueno —dijo Maize—, si vas a ignorar el hecho de que nunca existieron, entonces puedes continuar con la siguiente teoría, que es que los soldados clones los mataron a todos.

—Eso no tiene sentido. Quizá los soldados clones mataron a algunos, pero no es posible que terminaran con todos. Estamos hablando de Caballeros Jedi, los mejores combatientes de la galaxia. Todas las batallas a través de la galaxia: Saleucami, Cato Neimoidia, Mygeeto, Kaller —recitó, contando con los dedos—. ¿Debemos pensar que los Jedi organizaron una insurgencia y de inmediato los eliminaron a todos? No es posible, no lo creo.

Maize cruzó los brazos y luego las piernas.

—Si alguna vez existieron, habría alguna señal de ellos, en algún lado. Una sociedad entera no puede desaparecer así como así.

De pronto, Karr tuvo una idea. No podía creer que no lo hubiera pensado antes.

—Sí puede, si son moradores de las arenas.

—¿Moradores de las arenas? ¿Qué es un morador de las arenas?

—El tipo que me vendió ese par de lentes que está allá. —Agitó la mano hacia un estante que tenía una etiqueta que decía: TD NEURO-SAAV. SERIE DE ELECTROBINOCULARES—. Me contó una historia. En alguna época, debido al cambio de los vientos y a la erosión de la tierra, los moradores de las arenas de Tatooine tuvieron que migrar a otra zona de su planeta. Así, un pequeño grupo salió en busca de un mejor lugar en donde pudieran establecer una nueva colonia para que el resto llegara más tarde. El grupo viajó durante meses antes de encontrar un lugar que fuera apropiado. Pero el viaje fue tan largo y las provisiones tan escasas que muchos de ellos enfermaron. Con la poca comida que les quedaba, los miembros de mayor edad convencieron al líder de que regresara a su país natal en busca de comida y otros artículos necesarios. Así lo hizo; dejó tras él a treinta hombres, diecisiete mujeres y nueve niños, incluidas su esposa y su hija, y prometió regresar después de la cosecha con más gente y provisiones. Pasó una temporada completa antes de que pudiera regresar; pero cuando lo hizo, se encontró con un asentamiento abandonado. No había señales de nadie; su esposa, su hija, toda la tribu, se habían ido.

—¿Invasores? —preguntó Maize.

Karr sacudió la cabeza.

—No había evidencia de eso. La leyenda dice que no había nada más que un dibujo grabado en una piedra de una silueta misteriosa —continuó, con tono sobrecogedor.

—¿Quién era la silueta misteriosa? —añadió—. ¿La persona responsable?

—Nadie lo sabe. Pero una sola persona no pudo eliminar a toda una aldea.

—¿Adónde quieres llegar?

Se encogió de hombros.

—A veces hay cosas que sencillamente no se pueden explicar.

Maize lo miró sin comprender.

—No puedo decidir si en realidad tienes un increíble poder o si solamente eres bueno para contar historias.

—¿No me crees?

—¿Qué? Es demasiada información como para comprenderla.

Karr cambió de táctica.

—Te entiendo, necesitas hechos. La herramienta de geometría de tu papá, ¿no quieres saber lo que vi?

Maize parpadeó en reconocimiento. Era obvio que, con todo el escándalo que siguió después de que Karr se desmayara, había olvidado por completo preguntarle. Se recargó en el respaldo de la silla.

—Más te vale que sea bueno.

—No estoy haciendo un espectáculo, solo te diré lo que vi. Déjame tocarlo de nuevo.

Agitó los dedos hacia ella para indicarle que le lanzara el objeto.

—Todo tuyo —dijo. Sacó el objeto de su bolsillo y se lo aventó.

Rebotó contra su pecho y lo atrapó con ambas manos; después lo presionó contra su frente, tratando de recordar lo que había visto, como si recordara un sueño. Si pudiera evocar la imagen sin desmayarse de nuevo, mejor. Karr mantuvo los ojos cerrados y sujetó la herramienta contra su cuerpo.

—Esto era interesante —dijo—. Definitivamente era parte de algo mayor. Vi… estrellas, y tanta oscuridad que se sentía como la muerte. ¿Significa algo para ti?

Maize puso los ojos en blanco.

—¿En verdad tratas de decirme que proviene de una Estrella de la Muerte? —preguntó, haciendo referencia a la estación espacial del Imperio de antaño—. Mi papá nunca estuvo en la Estrella de la Muerte. Era un niño cuando esa cosa estalló en pedazos.

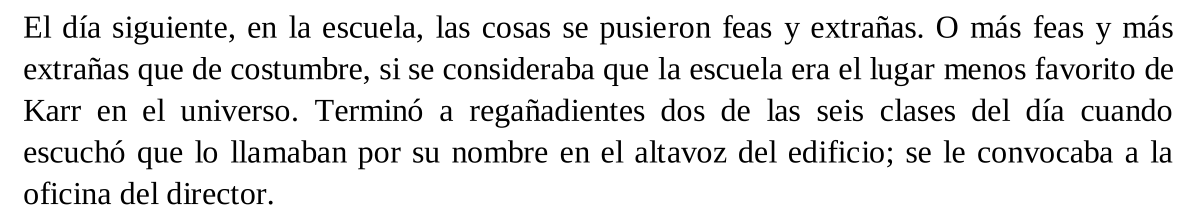
—No dije que proviniera de la Estrella de la Muerte. Todo se siente… frío. Cubierto de hielo y nieve. —Lo apretó con más fuerza y se concentró, pero solo vio a un hombre, quizá quien le había dado el objeto a ella. Aprovechó esa imagen para explotarla—. Tu padre tiene ojos azules brillantes, y parece… más joven de lo que la gente cree. Tiene un traje gris y… y… cabello negro. Es humano. Tú solo eres mitad mirialana.

Cuando Karr abrió los ojos, vio a Maize de pie frente a él, boquiabierta. Pensó que era un gesto inconsciente, porque nadie mostraría tanto desconcierto a propósito. Pero lo que en realidad lo distrajo de su expresión absorta fueron sus ojos. Claro que los había advertido antes, pero ahora eran diferentes, para bien. Había en ellos un atisbo de verdadera admiración.

—Eso fue… impresionante —dijo ella—. O quizá una muy buena suposición.

Era suficiente. Karr aceptaría salir victorioso ante Maize de cualquier manera posible.

CAPÍTULO 5



El día siguiente, en la escuela, las cosas se pusieron feas y extrañas. O más feas y más extrañas que de costumbre, si se consideraba que la escuela era el lugar menos favorito de Karr en el universo. Terminó a regañadientes dos de las seis clases del día cuando escuchó que lo llamaban por su nombre en el altavoz del edificio; se le convocaba a la oficina del director.

—Perfecto —se quejó. Sus compañeros de clase rieron.

Su maestro, un givin que daba clases de cálculo, se encogió de hombros y señaló hacia la puerta.

—Vete, pues.

Levantó su datapad, lo metió en la mochila y se puso de pie.

—Y ahora qué hice —murmuró para sí, y omitió los signos de interrogación que debía llevar la frase.

El maestro balbuceó algo vago como respuesta, pero la puerta se cerró detrás de Karr antes de que lo entendiera. No le importaba, y no era importante. Tenía tres minutos para responder a la llamada antes de que la hicieran de nuevo. Si volvía a sonar, sería con un castigo.

Con la amenaza inminente de pasar más tiempo en la oficina del director, se apresuró por el pasillo vacío, cerró su mochila y se acomodó la camisa en el camino; sus zapatos rechinaban sobre los pisos pulidos a cada paso precipitado.

Abrió la puerta que separaba los corredores públicos de la escuela de las oficinas administrativas, se sentó en la misma banca y miró hacia la puerta de la oficina del director. Estaba solo, exactamente como el día anterior. Se estaba haciendo un hábito.

No le importaría que se hiciera costumbre ver a Maize, pero esta vez no apareció. Estaba en algún salón, portándose bien o haciendo tan buen trabajo portándose mal que nadie la había atrapado hasta ese momento.

Karr calculó que las probabilidades eran del cincuenta por ciento.

Empezó a tocar la banca hasta que encontró la primera letra de su nombre, la que había grabado el día anterior. Puesto que no sabía cuánto debía esperar para que le dieran el regaño o el castigo que venía, consideró terminar el trabajo; pero antes de que tuviera tiempo de sacar su navaja y continuar su grafiti, la puerta del director se abrió.

El ovissiano no estaba solo. Lo acompañaban Tomar y Looway Nuq Sin, los padres de Karr. Los tres tenían expresiones sombrías.

Karr sintió un nudo en el estómago. La última vez que su mamá y su papá se presentaron en la escuela fue para decirle que su tía había muerto. Ahora que su abuela ya no estaba, no conocía a ninguna persona mayor, así que la muerte de cualquier otro sería una verdadera conmoción. ¿Su hermano? ¿Su tío en el otro lado del planeta?

—¿Todos están bien? —preguntó.

Looway comprendió rápidamente, pero tuvo cuidado al responder.

—Nadie está lastimado ni nada por el estilo, pero tenemos que hablar.

El director hizo una señal hacia su oficina.

—Pasen, por favor.

Karr miró por encima de su hombro, pero no vio a nadie que pudiera rescatarlo de las nefastas novedades que iba a recibir. Ningún indicio de otro maestro, ni señales de Maize, ningún bip tranquilizador de RZ-7. Se puso de pie, colgó su mochila al hombro y suspiró.

—Terminemos con esto.

Todos entraron a la oficina; el director cerró la puerta antes de tomar asiento frente a un gran escritorio. Cuando todos estaban acomodados, enlazó las manos y las colocó sobre la brillante superficie frente a él.

—Karr, tus padres y yo tuvimos una conversación.

—¿Sobre mí?

—Sobre ti —confirmó su madre—. Hemos estado tan…

—Preocupados —su padre terminó la frase.

—Sí —retomó su madre—, hemos estado preocupados por ti, querido. Desde que tu abuela nos dejó, no has vuelto a ser el mismo. Tus jaquecas han empeorado; sabemos que cada vez son más frecuentes. ¡Tan solo ayer tuviste dos!

—Lo sé, pero estoy aprendiendo… —se detuvo. ¿Qué podía decirles? Había tratado de decir antes la verdad, pero nunca funcionó. Su abuela creía en los Jedi, pero nadie más en la familia lo creía—. Estoy aprendiendo a vivir con ellas.

Su madre sonrió con cariño y palmeó su rodilla.

—Has sido muy valiente, hijo. Por fin tuvimos noticias del especialista que te atendió el mes pasado, el que vino de Chandrila. Llevó mucho tiempo analizar todos los resultados de las pruebas, pero ahora tenemos… —Miró a su esposo, pero él no la ayudó a terminar la frase, así que continuó, aunque no sonaba completamente confiada—. Tenemos algunas respuestas y un plan.

—Probablemente te gustará una parte de él —confesó Tomar—, pero quizá odies la otra.

Karr suspiró.

—Entonces, supongo que quiero escuchar primero las buenas noticias.

—Las buenas noticias —repitió su madre—. Bien, odias la escuela, ¿verdad?

—Esta —admitió, evitando mirar al director a los ojos.

El director suspiró.

—Imagino que tuviste problemas, especialmente con una muerte en la familia.

—Mi madre —intervino Tomar—. Su abuela. Vivía con nosotros. Ella y Karr eran muy unidos.

El director agitó su cabeza cornuda con comprensión.

—Debió ser muy difícil para todos, seguro. Y ahora esto.

Karr se enfurruñó.

—Ahora, ¿qué? Creo que me prometieron buenas noticias.

—Sí —continuó su madre—, y la buena noticia es que después de este semestre, ¡ya no tendrás que regresar a la escuela! Por lo menos, no a esta. Tienes tantas ganas de irte y te has desmayado tantas veces, que nos dimos cuenta de que no es seguro para ti que sigas asistiendo.

—Espera. ¿Qué?

Su padre intervino rápidamente.

—Irás con mi hermano a la escuela de oficios, en la provincia Taeltor; ahí aprenderás a tomar las cosas con más calma.

Karr estaba asombrado y para nada contento. Ninguna de esas noticias parecía particularmente buena. Sentía que lo habían engañado.

—¿Qué? No pueden… no pueden hacer eso. No pueden enviarme lejos solo porque tengo jaquecas.

El director abrió las manos y se inclinó hacia adelante, los cuernos superiores e inferiores se acercaron. Probablemente intentaba que fuera una postura reconfortante, pero en su lugar parecía amenazadora.

—No es lo que está pasando aquí, jovencito. Tu salud no es apropiada para tanta… emoción. Eso es lo que dijo el médico.

Karr volteó a ver a sus padres.

—Aquí me molestan, pero no es eso lo que provoca los dolores de cabeza ni los desmayos.

Looway lo miró con ojos grandes y humedecidos que seguramente derramarían lágrimas en un segundo.

—Pero, querido, eso es exactamente de lo que hablamos. Todo el estrés. Eso fue lo que concluyó el médico; él es el mejor experto en el campo.

—No me importa quién sea. Se equivoca. La abuela dijo que tengo la Fuerza, ¡y le creo!

—Aunque lo creyéramos, y no lo hacemos —añadió su padre de inmediato—, ya no pueden hacerte más pruebas. Ya te examinaron todos los médicos y droides más capaces que podemos pagar, y este es su diagnóstico.

—¿El diagnóstico es que soy débil?

Su madre sacudió la cabeza.

—El diagnóstico es que eres sensible. Desde el primer día te has quejado de esta escuela. Pensé que te haría feliz escuchar que no tienes que terminar aquí tus estudios.

—¡Estoy feliz sobre esa parte! —insistió, aunque pensaba en Maize—. Pero ¿por qué es mejor? ¿Sacarme de una escuela para meterme a otra? ¿Qué les hace pensar que todo será mejor o que yo seré más feliz?

Tomar se encogió de hombros.

—En la nueva escuela no estarás solo. Tu tío estará ahí para cuidarte y no estarás rodeado de un montón de chicos inmaduros. La mayoría de las personas de la escuela de oficios son mayores que tú.

—Sí, ¡porque se supone que es una escuela para adultos, no para niños!

—Entre nosotros —intervino el director— usamos algunos contactos. Sé que, quizá, el negocio de tu familia no es… —buscó las palabras correctas— tu verdadera pasión. Pero todos creemos que te haría bien enfocarte en algún trabajo sustancial. Algo con las manos, algo en lo que puedas concentrarte sin distracciones.

—Ya casi eres un hombre —dijo su padre—. Es hora de que aprendas algo más que coser una línea recta o juzgar la calidad de una tela. En casa ya has aprendido todo lo que tenías que aprender, y odias esta escuela. Aquí estás deprimido, tu salud está en riesgo y es tiempo de que intentes otra cosa. ¿Por qué no aprender más del negocio de la confección? Quizá no es tu campo favorito, pero tienes buena mano. Con una capacitación más especializada podrías hacer maravillas. Imagina: confeccionar tu propia ropa, a tu gusto, ¡para tus propios clientes! ¡Podrías ser el gerente de tienda más joven del planeta!

—Suena emocionante.

—Solo estás siendo grosero. Me gustaría que te aburriera; necesitas aburrirte un poco. En verdad pienso que te haría bien. Te ayudaría a calmar tu mente —añadió su padre de modo terminante—. Ya hablé con Cornell e hizo todos los preparativos. Eres muy afortunado de que sea tan buen maestro y que la escuela lo aprecie tanto.

—Afortunado —murmuró Karr con rencor.

El ovissiano se recargó en su silla.

—Sí, afortunado. Los médicos piensan que tus jaquecas se atenuarán y los desmayos disminuirán si encuentras una rutina tranquila para pasar tu tiempo. Y yo estoy de acuerdo con ellos.

—Me castigan por ser diferente, eso es todo.

—No —insistió—. Te están dando una oportunidad de encontrar la felicidad y estabilidad en otro lado. Seamos sinceros, Karr: tú no provocas muchos problemas, pero sin duda te metes en demasiados. Esta escuela no es siempre el lugar más amable, y sé que hay alumnos que son violentos con los más jóvenes, los más pequeños.

Karr suspiró.

—Los más débiles. Puede decir débiles.

—No pensamos que seas débil —le aseguró Looway.

—Piensan que soy inútil.

Finalmente, ella comenzó a llorar.

—Por favor, no seas así. Solo queremos lo mejor para ti, y aquí no has sido feliz.

No se equivocaba, pero tampoco le gustaba la idea de irse. Solo le faltaban tres semestres para terminar la escuela. Tendría opciones para otras carreras, si buscara alguna; trabajos que lo sacarían de Merokia en busca de su verdadero llamado: ser un

Jedi. Sin duda podía aguantar, ¿o no? Sobre todo si podía convencer a Maize de que siguiera siendo su amiga.

Quizá no era racional, y quizá no era justo, pero ahora que le ofrecían una cápsula de escape, no tenía ganas de partir. Sabía cómo sobrellevarlo; incluso se las arregló para tener una amiga. Una amiga bonita. Una amiga que pensaba que estaba un poco loco, pero que no lo trataba como si fuera estúpido. Alguien con quien podría relacionarse en verdad, en algún momento, de eso estaba seguro.

El director y sus padres trataron en vano de convencerlo de que estaba tomando mal las cosas, pero no funcionó. Por último, cuando se hartó de escucharlos hablar de él, sobre él, por él, Karr tomó su mochila y se puso de pie.

—Dijeron que tengo hasta el final del semestre, ¿cierto? Eso quiere decir que todavía tengo clases, al menos un par de semanas más; así que déjenme ir. Tengo que regresar a cálculo.

Su padre lo llamó, pero Karr no volteó. Cerró la puerta de la oficina tras él. En el vestíbulo, abrió la puerta del corredor, mochila al hombro, y corrió antes de que alguien pudiera detenerlo.

Todo estaba muy tranquilo.

Había pasado tanto tiempo en la oficina que las clases ya habían cambiado; los alumnos estaban sentados en sus escritorios, fingiendo escuchar a quien estaba hablando y deseando estar en otro lugar. Los corredores estaban silenciosos, salvo por los ecos de sus propias pisadas rechinantes y el zumbido sordo en sus oídos, que era su propio corazón que latía con fuerza porque estaba demasiado enojado.

De manera automática se dirigió a su salón de clase, pero no quería entrar. Quería correr y gritar, y de paso romper algunas cosas. Tenía que haber otra solución.

Aminoró el paso.

Dijeron que él no causaba muchos problemas, ¿y si lo hiciera? ¿Qué pasaría si provocara verdaderos problemas? Si lo arrestaran, ¿lo correrían de la escuela de oficios en la provincia Taeltor? Avergonzaría a su tío, pero Karr apenas lo conocía. Era mucho mayor que su papá y en general solo se veían en vacaciones o funerales.

Se preguntó qué tipo de delito menor podría cometer. No debía ser muy grave ni muy destructivo; en realidad no quería lastimar a nadie. Quizá si destrozara la propiedad de la escuela o vandalizara algo más que una banca en la administración; sí, el vandalismo podía ser un buen comienzo.

Su mente vagaba hacia «un pequeño incendio, tal vez», cuando escuchó que algo se rompía cerca de él. Retrocedió, escuchó con atención y oyó como algo más se quebraba. Algo pasaba en el laboratorio de ciencias.

Se acercó a la puerta y se asomó por la ventanilla. Dentro vio a Maize. Estaba furiosa, tan furiosa como para romper cosas.

Otro vaso de vidrio salió volando y Karr se agachó, aunque no había manera de que lo pudiera golpear. Se estrelló contra la pared, y cuando los últimos fragmentos cayeron al piso, tocó la puerta con cuidado, pero lo suficientemente fuerte para que incluso una

chica enojada en un salón lleno de objetos frágiles pudiera oírlo y reconocer un gesto amistoso. Luego, abrió la puerta.

—¡Ey! Um…

Una probeta grande golpeó el suelo a sus pies; él se encogió. El vidrio no le pegó aunque por poco.

—Oye, Maize… ¿podrías no hacer eso?

Ella se detuvo.

—¿Karr?

—Sí, hola.

Se incorporó y entró al salón.

—Salte —resopló y se limpió la nariz con la manga.

Era evidente que había llorado y era evidente que trataba de ocultarlo. Estaba de pie en medio de la zona de guerra, rodeada de vidrios rotos; detrás de ella había una mesa con dos quemadores encendidos. Karr no era el único que pensaba en provocar un incendio. Otra cosa que tenían en común.

—¿Estás bien?

—Dije que te fueras.

—Ya sé, pero no quiero. ¿Qué pasa?

Tenía un vaso graduado en la mano. Karr pensó que quizá estaba considerando lanzárselo a la cabeza, pero lo soltó con la fuerza suficiente como para que se rompiera sobre el estante.

—Reasignaron a mi papá esta mañana. Una enorme nave de la Primera Orden envió un transporte para llevárselo; ¡ahora estamos atrapadas aquí, sin él! Ni siquiera sé cuándo regresará.

—¿No acabas de mudarte aquí?

—¡Sí! —gritó. Movió el brazo y tiró de la mesa una taza de vidrio grueso, que golpeó el suelo con un tintineo sordo y se quebró en tres pedazos—. ¡Hubiéramos podido quedarnos donde estábamos!

—¿Por lo menos te despediste?

—¡No! Cuando desperté ya se había ido. Es como si a mamá no le importara; solo me mandó a la escuela como si nada hubiera pasado; siempre es lo mismo. Estoy cansada de aferrarme a él. ¿Por qué no podemos encontrar un lugar para vivir?

—Sí puedes, puedes vivir aquí, aunque él se haya ido.

—¿Aquí? ¡Aquí es la nada! Aquí estoy atrapada, quizá por lo menos otro semestre escolar; todo es estúpido, muy estúpido. —Lloraba de nuevo, sus ojos azules lanzaban chispas—. No es personal.

—Está bien —rio incómodo—. Es casi cómico. Me acaban de decir apenas que a mí también me van a enviar a otro lado.

Ella hizo una pausa y frunció el ceño.

—Oh, claro. Escuché tu nombre en el altavoz. Me pregunté de qué se trataba. Entonces ¿tú también me abandonas? Perfecto, simplemente perfecto.

—Bueno, ahora ya lo sabes. Mis padres quieren enviarme a la escuela de oficios. Está muy lejos.

Ella se volvió a limpiar la nariz, esta vez con la otra manga.

—¿Tú quieres ir?

—No.

Lo pensó un momento; Karr casi podía ver los engranes en su mente moverse a toda velocidad.

—¿Y si fuera contigo? No puede ser peor que aquí.

Karr contuvo el aliento. ¿Era una opción? No lo creía.

—Se supone que debes terminar todos los semestres en una escuela como esta antes de que puedas entrar. Pero tengo un tío que me ayudará a hacerlo. Es una historia larga.

Un ruido en la puerta los distrajo. Voltearon hacia ella y Namala Moffat asomó la cabeza. Echó un vistazo al desastre en el salón y miró a los dos chicos que supuestamente lo habían provocado; puso los ojos en blanco como si estuviera exhausta y dijo:

—Quédense aquí. Voy a llamar al director.

De inmediato, Karr empezó a pensar en excusas. Hubo un terremoto, eso diría. Un temblor pequeño y confinado. No, ¡hubo una explosión! Alguien dejó un experimento sin vigilancia; eso provocó el desastre. Tenía que pensar en algo. A pesar de que había planeado causar estragos, y que no podía quedarse ahí con Maize, no quería que ella se metiera en problemas. ¿Qué pasaría si la expulsaran antes de que a él lo enviaran a la escuela de su tío?

Nunca más la vería.

Las arrugas en la frente de Maize indicaban que ella también estaba pensando. Sus ojos se aclaraban. Lo miraba de manera amable, pero también siniestra.

—Tengo otra idea. Tú no quieres ir a la otra escuela. Yo no quiero estar en esta. ¿Por qué no, simplemente, nos vamos a otro lado?

—¿Adónde? ¿Cómo?

Una alarma comenzó a sonar. No era muy fuerte ni preocupante, solo una serie de bips que significaba que alguien estaba en problemas y que los maestros debían acudir. Con cada pitido, la sonrisa astuta de Maize se hacía cada vez más grande.

—Adonde sea. En la nave de mi papá, así.

—¿Qué? ¡De ninguna manera!

—Lo recogieron en un transbordador; no necesitará la nave personal que le dio la Primera Orden hasta que regrese, y eso no sucederá en varios meses, por lo menos. A menos que me meta en problemas muy serios.

Una sonrisa malvada y radiante cruzó su rostro.

—¿Siquiera sabes navegar?

—Sí, claro —respondió con una seguridad que no era muy contagiosa. Karr no estaba muy convencido, pero quería creerle—. Mi papá me enseñó; aparte, puedes traer a tu droide. Él sabe navegar, ¿no? ¿No es esa una de las cosas que tú dijiste que podía hacer?

Estaba seguro de que nunca había dicho algo así, pero en ese momento estaba demasiado confundido como para corregirla.

—Claro, puede volar. Claro, podemos… podemos hacerlo —dijo, valorando la propuesta—. Voy a llamar a RZ, puede llegar en unos minutos. Probablemente antes de que mis padres regresen a casa.

—Hazlo. Llámalo, pero…

La alarma subía de volumen y de frecuencia. En el corredor se escucharon pisadas.

—… que nos alcance en mi casa. Te daré las coordenadas. Y cierra esa puerta con llave —ordenó.

Karr presionó el botón.

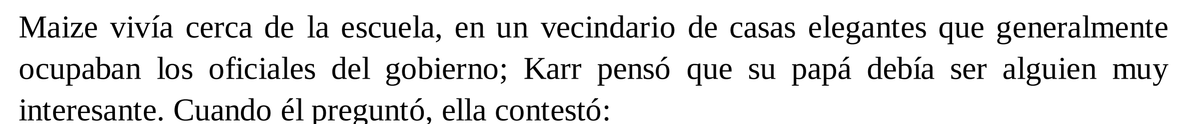
Maize corrió hasta la ventana más cercana y la abrió. La sostuvo para que Karr pasara y él se apresuró.

—¿En verdad estamos haciendo esto? —preguntó Karr, ya había pasado una pierna por el alféizar y colgaba del otro lado.

Ella lo empujó y él cayó sobre unos arbustos.

—Sí, lo estamos haciendo. Vamos. Encontremos un lugar emocionante —respondió Maize.

CAPÍTULO 6



Maize vivía cerca de la escuela, en un vecindario de casas elegantes que generalmente ocupaban los oficiales del gobierno; Karr pensó que su papá debía ser alguien muy interesante. Cuando él preguntó, ella contestó:

—Es diplomático, se especializa en tecnología en sistemas. Ayuda a que los grandes proyectos de ingeniería de la Primera Orden permanezcan seguros y negocia los efectos colaterales cuando hay fugas de información.

—¿Qué significa eso?

Ella se encogió de hombros.

—Cuando atrapan a nuestros espías, los ayuda a esconder lo que encontraron. Cuando atrapan a sus espías, averigua lo que saben y evita que sigan hablando.

—Tapa los agujeros en las paredes de la seguridad, ya entendí.

—Más o menos, sí. —Marcó un código en el teclado de la entrada y la puerta se abrió—. Hagamos esto rápido. Mi mamá regresará alrededor de mediodía, así que no tenemos mucho tiempo para llevarnos lo que necesitamos y salir de aquí.

Karr quiso seguirla hasta su recámara, pero se quedó, incómodo, en medio de la sala; miró a su alrededor el arte y el mobiliario de buen gusto, que sugería un nivel económico más alto del que él jamás había tenido, visto o escuchado. El lugar no era lujoso; tenía un diseño sencillo y superficies lisas sin polvo, platos sucios ni retazos de telas. Esta casa contaba con personal de limpieza.

Maize regresó con una mochila colgada al hombro.

—¿Tienes créditos? Quizá deberíamos tener algunos, ¿no? —preguntó Karr.

—Te llevo la delantera —respondió, dando unas palmaditas a la mochila—. Ahora, ¿dónde está tu droide?

—Llegará en un segundo.

Fueron como treinta segundos. El landspeeder de la familia de Karr avanzó hasta la casa; su aspecto era un poco lamentable comparado con las viviendas y los vehículos más elegantes.

—Hola, señor. Traje las cosas que me pidió —anunció el droide mientras los chicos subían al vehículo.

—Perfecto, gracias, RZ.

—¿Adónde vamos ahora?

—Al puerto espacial —dijo Maize—. Apúrate.

—¿Se va de viaje, señorita?

—Todos nos vamos, amigo. Te explicaré en el camino —respondió Karr en lugar de ella.

Cuando llegaron al lugar en donde estaba estacionada la nave de la compañía del papá de Maize, el droide se sorprendió, entendía de qué se trataba.

—Pero, señor —dijo casi en un murmullo—, no estoy programado con lo necesario…

—Puedes aprender en el camino —lo interrumpió Karr en el mismo tono—. Maize sabe navegar, nos enseñará —añadió, esperando que fuera cierto.

La nave era un pequeño crucero de la Primera Orden llamado *Avadora*; parecía un utensilio de cocina plateado cuya función Karr solo podía suponer. Era brillante, y probablemente costaba más que todo el pueblo en el que él vivía; pero, bueno, necesitaban un transporte para salir de Merokia, y sin duda pudo haber sido peor.

La rampa se abrió y Maize entró como si fuera la dueña; prácticamente lo era, ella lo tranquilizó mientras se dirigían a la cabina.

—Nadie necesitará ni usará esta nave hasta que papá regrese.

—¿Y dijiste que podrían ser… meses?

—Me sorprendería si regresara antes. A veces está fuera hasta un año. Oye, droide —le dijo a RZ-7—, siéntate acá, vas a ser mi copiloto.

—Sí, señorita, pero quizá necesite… tiempo para configurarme.

—Configúrate con calma. Karr, acá hay lugar para ti.

Tomó asiento y se puso el cinturón de seguridad; intercambió miradas inquietas con el RZ-7, quien, valiente, centró su atención en la tarea inmediata.

—¿Todos listos? —preguntó Maize.

Karr trató de responder animado.

—Tan listo como podría estarlo.

—Con eso basta —murmuró ella.

—¿Nos van a dejar ir solo así? ¿Sin papeles ni…?

—Sí. Mi papá tiene autorización prioritaria. Nadie nos molestará. Mira.

Accionó unos interruptores, cerró escotillas y encendió motores; el *Avadora* se elevó suavemente de la pista y aceleró con facilidad.

En poco tiempo ya estaban en órbita. Karr permanecía en silencio y miraba hacia abajo al único mundo que conocía. En su mayoría era café y rojo por las arenas del desierto, marcado con azules donde había océanos y lagos entre las montañas. Desde arriba parecía mucho más grande de lo que él pensaba cuando se encontraba sobre su superficie. Nunca antes había volado a otro lugar, mucho menos más allá de la atmósfera; pero mintió cuando Maize tocó el tema.

—Me gusta más la vista desde aquí. ¿Alguna vez habías salido al espacio?

—Un par de veces, pero hace mucho —respondió, y añadió antes de que ella pidiera detalles—: Se me olvidó lo… um… tranquilo que es aquí arriba.

Juntos, admiraron el débil brillo de la atmósfera debajo de ellos.

—Sí, así es. Entonces, ¿adónde vamos ahora? —preguntó.

—¿Ahora?

—Tenemos que ir a algún lado; acepto propuestas. ¿Qué opinas?

Se rascó la nuca. Ahora que todo el plan de «huida» era una realidad, no estaba seguro de qué hacer.

—Definitivamente deberíamos ir a buscar reliquias Jedi —dijo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pensé que querías que esta fuera una misión exitosa.

—Bueno, ¿adónde quieres ir tú? —preguntó a la defensiva.

Lo pensó un momento.

—No sé. Siempre que me quejo con mi papá por el número de veces que hemos tenido que mudarnos, él responde lo mismo: «Cuando termine mi trabajo, te prometo que podremos mudarnos adonde tú quieras. Tendrás toda la galaxia para escoger» —dijo con voz grave, imitando a su padre—. Sé que es una respuesta tonta con la que solo intenta hacer que me calle durante un tiempo, pero no dejo de pensar que debo aprender más sobre lo que hay allá afuera; así podría obligarlo a cumplir su palabra y tener una respuesta la siguiente vez que me lo diga. —Se recargó, puso los pies sobre el tablero y las manos en la nuca—. Así que, si quieres que busquemos el botín de hechiceros muertos, supongo que estoy de acuerdo. Eso ampliará mis horizontes, evitará que me castiguen y definitivamente llamará la atención de mi padre. Muéstrame el camino —dijo, señalando con un gesto hacia la enormidad del espacio exterior.

—Um. Okey… no estamos muy lejos de Utapau, ¿cierto?

Ello lo pensó, hizo cálculos y trazó mapas en su mente.

—En el plano general no, no está lejos. En esta cosa podremos llegar ahí rápidamente. ¿En serio crees que en Utapau encontrarás algún indicio de los tontos desaparecidos que usaban sables de luz?

Él quiso pedirle que los llamara por su nombre correcto, pero ella era la piloto, así que se guardó sus protestas.

—Los Jedi —dijo con énfasis— pelearon al lado de los soldados clones en Utapau. Fue una de las últimas batallas conocidas. Quizá podamos encontrar a alguien que recuerde algo.

—¿Qué? ¿Restos de clones? Esos tipos no viven muchos años, ¿sabes?

—Tal vez encontremos a alguien más. Vamos a intentarlo y veremos. Tengo un buen presentimiento.

—¿Sí? —preguntó dudosa.

—Sí. Me duele la cabeza solo de pensarlo.

—¿Y eso te hace feliz? Está bien, vamos a hacerlo. Mi papá estará muy enojado.

Karr no podía saber si esta idea la preocupaba o la emocionaba.

—¿Qué hará cuando te atrape?

Maize ladeó la cabeza, apretó la palanca de mando y miró la computadora de navegación.

—¿Quién dice que va a atraparme?

Karr sonrió.

—Apuesto que ellos no enviarían a un Jedi a la escuela de confección.

—¿Ahí es donde querían mandarte? Pensé que habías dicho que a la escuela de oficios.

—La confección es un oficio. De hecho, es el negocio de mi familia. Quieren que me salte los últimos semestres y que me ponga de inmediato a confeccionar ropa para entretenerme y ganar dinero —dijo, con un tono sarcástico en la última frase.

—¿Como tus guantes?

—Como mis guantes.

Maize programó las coordenadas para Utapau y se recargó en el asiento del piloto.

—¿En serio odias la idea de convertirte en un sastre?

—Sí.

—¿Eres bueno?

—Sí —asintió de mala gana.

—Quizá algún día puedas confeccionar ropa para mí.

Karr se sonrojó hasta los hombros.

—Ah… tú podrías pagar algo mucho más bonito de lo que yo pudiera crear.

—¿Y qué? Prefiero tener algo de un amigo que de una tienda. En fin, sujétate, estamos listos para el hiperespacio. Siguiente parada: Utapau.

Ajustó la trayectoria, jaló la palanca de mando y las estrellas se alargaron y adelgazaron frente al océano azul y frío del hiperespacio.

En el camino, Maize se dio cuenta de que no estaba con dos de los pilotos más hábiles y experimentados de la galaxia; aunque tampoco ella era uno. Conocía lo básico, le enseñó a Karr y a RZ-7 lo que sabía. Por su parte, el droide encontró los manuales de programación del crucero y se puso a estudiar los temas más detallados sobre viajes espaciales.

—Cuando descargue todos los diagramas podré conducir esta nave sin ningún problema, en caso de que usted quede incapacitada, capitana.

Ella asintió.

—Capitana. Me gusta.

—¿Y yo qué soy? —preguntó Karr.

—¿Exceso de equipaje? —respondió el droide.

Karr rio.

—Okey, campeón. No te pongas muy cómodo en ese asiento.

Cuando al fin salieron del hiperespacio, el planeta Utapau surgió frente a ellos: una esfera de manchas verde claro y franjas café claro con pequeñas motas azules. Aquí y allá parpadeaban unas luces entre las nítidas sombras, pero a esa distancia no había mucho qué ver. En su órbita giraban nueve lunas que bailaban con elegancia alrededor del planeta y de sí mismas.

—¡Llegamos! —Maize anunció, victoriosa—. Ahora, ¿adónde vamos? No es un planeta muy grande, pero, bueno… es un planeta. Si te asaltan dolores de cabeza o lo que sea, indícame el camino.

Sacó una ficha de datos generales sobre lo que podían encontrar en la superficie, además de ciudades, pueblos, aldeas y puestos de avanzada.

—No es así exactamente como funcionan mis habilidades, pero tampoco estoy en contra de recurrir a mis presentimientos.

Karr observó la información y se concentró. En este planeta mataron al General Grievous, lo que puso fin a la guerra. Lo aprendió en la escuela y eso lo hizo considerarse como un aficionado a la historia en cuanto al tema de los Jedi. ¿Alguno de los lugares le decía algo? Parecía una lista de nombres y hechos, y no sabía qué era importante y qué no lo era.

Entonces, vio aparecer el nombre de la Ciudad Pau en la transmisión.

—¡Espera! Detente, ahí.

Ella puso la pausa en la pantalla.

—¿Qué? ¿Qué estoy viendo?

—La Ciudad Pau, ahí empezó todo. La batalla de Utapau. Empecemos por ahí.

—Aquí dice que solo es un gran agujero en el suelo. —Maize tomó las coordenadas—. ¿Estás seguro?

—Cien por ciento —mintió.

—Bien, entonces allá vamos. Espero que estés contento.

—Muy contento.

—Por lo menos uno de nosotros lo está.

Él soltó una carcajada.

—Oh, acéptalo. Tú también te estás divirtiendo.

—¡No admito nada! —declaró con una sonrisa.

Cuando llegaron a su destino, ambos estaban abrumados. De cerca y a nivel personal, la ciudad era más o menos lo que habían esperado; el viento golpeaba la superficie del planeta. Todo lo que pudieron hacer fue quedarse de pie, erguidos, preparados para las ráfagas y parpadeando hasta que sus ojos se humedecieron.

—¡Ay! No bromeabas. Cuando dijiste «Un gran agujero en el suelo» pensé que solo era una expresión.

—Nop —respondió Maize—. Literalmente es un sumidero. Creo que aquí todas las ciudades lo son.

Karr estaba parado entre Maize y RZ-7, junto al *Avadora*, que estaba estacionado al lado de un enorme agujero que desaparecía hacia el centro del planeta.

—¿Por qué aterrizaste aquí?

—Porque una cosa es salir del puerto espacial de tu casa con la nave de tu papá, y otra muy distinta es aparecer en un planeta distante con un crucero de la Primera Orden que no tiene un plan de vuelo —respondió Maize; leyó con rapidez la información sobre el lugar, sus dedos se deslizaban sobre el datapad—. Definitivamente es un sumidero; allá abajo hay una ciudad completa. ¡Guau!, nunca había visto algo así.

Karr entrecerró los ojos hacia la oscuridad.

—Es interminable.

—No, solo once niveles. Vamos a ver.

—Quizá antes deberíamos echar un vistazo alrededor.

Ella sacudió la cabeza.

—De ninguna manera. Aquí hay mucho viento y mi camisa ya está llena de arena. Vamos.

Dejó que ella los guiara, no porque sintiera recelo por ir bajo tierra hacia una civilización alienígena, o quizá precisamente por eso, pero no lo diría en voz alta.

Según Maize, los niveles de la ciudad eran los barrios; leía, caminaba y hablaba al mismo tiempo mucho mejor de lo que Karr hubiera podido hacer. En la parte superior estaban los oficiales del gobierno, abajo los residentes más ricos, y así sucesivamente. Cerca del fondo se encontraban los niveles de producción que alimentaban la ciudad. Los niveles estaban conectados por turboascensores, que transportaban a los ciudadanos de arriba hacia abajo y viceversa según era necesario.

—¿Qué hay hasta el fondo? —preguntó.

—Minas, aparentemente. Escavan la piedra. No, espera. No es piedra, es hueso fosilizado. Ese es el material de construcción más importante; suena como todo un negocio, y hay mucho que ver y hacer. Tú eres el que está conectado con los caballeros láser telequinéticos. Tú dime qué pasa ahora.

La ciudad latió y se abrió a su alrededor; en su mayoría estaba ocupada por utai nativos de cabezas calvas, alargadas y ojos saltones; y pau’anos, humanoides grises y larguiruchos. Había tantos extranjeros que nadie lanzó sobre los adolescentes más que una mirada curiosa. Abundaban los humanos, junto con droides de todos los rincones de la galaxia; weequays, rodianos, sakiyanos y una variedad de otras especies. Debajo de los niveles superiores más iluminados y limpios donde estaban las tiendas y viviendas más caras, se encontraban animados mercados y comerciantes; en cada calle se hablaba una docena de idiomas.

—¿Vamos a pasear todo el día o…? —insinuó Maize.

—Quizá yo podría hacer algunas sugerencias —intervino RZ-7.

—Estoy pensando, estoy pensando.

Una enorme criatura semejante a un lagarto despellejado graznó y esquivó a un droide de mantenimiento de la ciudad. La criatura jalaba una silla con un conductor, que comenzó a lanzar insultos contra el droide en un dialecto que Karr no comprendió.

—Por aquí debe haber algo.

Esperaba tener razón. Podía sentir un tic nervioso en los ojos; señaló una tienda de segunda mano que se encontraba entre un taller mecánico y una tienda de comestibles especializada en alguna cocina autóctona que olía a bayas y mariscos crudos. Tuvo ganas de vomitar, pero se contuvo y se concentró en el asunto inmediato.

—¿Una tienda de chatarra, señor?

—Las tiendas de chatarra son minas de oro, RZ. Mira esto: te lo demostraré.

Un humano grande y corpulento estaba recargado contra la pared; fumaba una sustancia desconocida en una pipa que era casi tan larga como su antebrazo. Resopló en dirección de Karr y preguntó:

—¿A qué le llamas chatarra?

El chico se aclaró la garganta y retrocedió.

—Um. A nada, señor.

—La llamaste tienda de chatarra. —Señaló con el mentón hacia la pequeña fachada.

—No, la llamé mina de oro. Si escuchó esa parte sobre la chatarra, seguramente escuchó la parte sobre la mina de oro. Lo siento, no quería ofender a nadie. ¿Es su tienda de chatarra? Quiero decir, ¿su mina de oro?

Se echó a reír. Su gran risa era proporcional a su gran complexión.

—Claro que es mía. A mi esposa no le gusta que fume ahí y me tomé un descanso. El aire acondicionado no funciona y hace calor allá adentro, incluso con los ventiladores prendidos.

—Hace un poco de calor —asintió Karr tratando de ser agradable, puesto que su primera relación con un nativo había resultado un insulto accidental.

—Hace mucho calor, por las primaveras —añadió—. Otro nivel o dos más abajo. En ocasiones, el calor sube y hace que todo sea pegajoso. Bien, ¿qué es lo que quieres de mi tienda de chatarra, chico?

—No lo sabe —respondió Maize.

—¿Solo quieren ver? Está bien. Quizá encuentren algún tesoro —añadió y le dio una buena chupada a su pipa; después la volteó, tiró el contenido en el suelo y lo apagó con el pie—. Entren, veamos qué encuentran.

El interior era un país de las maravillas de revoltijo y confusión. Del piso al techo se almacenaban hileras de estantes pandeados por el peso. En un primer vistazo, Karr advirtió libros y pergaminos, instrumentos musicales, juguetes, armas y juegos, arreos y arneses para los animales de trabajo, dispositivos de comunicación, pantallas y tabletas informáticas, latas, contenedores y botones, lámparas, equipo de supervivencia y viejas botellas de alcohol que nadie en su sano juicio bebería.

El comerciante pasó detrás del mostrador y se sentó en un enorme asiento redondo con cojines que se amoldaban a su considerable figura.

—Soy Sconto, amigos. ¿Qué los trae a la Ciudad Pau y qué esperan encontrar en mi tienda?

—¿Supongo que no le queda nada de la Guerra de los Clones? —preguntó Karr.

El hombre les sonrió.

—¿Estás bromeando? Tengo lo mejor que quedó de la Guerra de los Clones… ¡yo!

CAPÍTULO 7



Los ojos de Maize se abrieron como platos.

—¿Usted peleó en la Guerra de los Clones?

Sconto dejó escapar otra carcajada desde el fondo de las entrañas.

—No exactamente. Mi padre era un clon.

Ahora fue Karr quien se sorprendió.

—¿En serio?

—Si le puedo creer a mi madre, y no tengo razones para dudar de ella.

—Pero yo creía que los clones no vivían mucho tiempo. Usted debe ser… —Maize se detuvo antes de empezar a especular.

Sconto no le dijo su edad, solo le guiñó un ojo.

—Soy tan viejo como aparento. O mi sangre no clon ganó la batalla o tuve suerte; tampoco heredé su triste y corto ciclo de vida.

Si decía la verdad sobre su padre, entonces debía tener poco menos de sesenta años.

Karr sonrió. Haber salido de Merokia ya estaba resultando útil.

—Entonces, si su padre era un clon trooper, debe saber sobre los Jedi —dijo.

La expresión de Sconto se ensombreció. Una mirada inexpresiva reemplazó su amplia sonrisa.

Karr pudo ver que Maize estaba a punto de reírse; pensó que había encontrado a alguien que compartía su incredulidad, hasta que advirtió que la habitación se había vaciado de buen humor.

—No me hables de los Jedi —exclamó Sconto; su actitud alegre adquirió un tono severo.

Karr se arrepintió por ser tan descuidado en su misión. Olvidó que la galaxia era un enorme lugar lleno de distintas opiniones, y muchas no se adaptaban a su manera de pensar.

—Solo preguntaba como aficionado de la historia. Quiero encontrar…

—A mi padre lo mataron en esas guerras —lo interrumpió—. Murió antes de que yo lo conociera. Y supongo que no necesito decirles a quiénes considero responsables.

—A los Jedi —intervino RZ con entusiasmo, como si respondiera a un concurso de cultura general.

Karr hizo un gesto; deseó haber programado al droide para que comprendiera preguntas retóricas.

—La guerra es algo horrible —continuó Sconto—. Ambos bandos creen tener la razón y por eso se pierden muchas vidas. No se puede discutir cuando se pelea por lo que uno cree, pero… —hizo una pausa como para contener su enojo—. Traicionar —gritó—,

entregar a tus compañeros de armas, ¡engañar y golpear como cobardes! Eso es… —buscó la palabra más terrible en la que podía pensar—, vergonzoso.

Después escupió al suelo como si la palabra no fuera suficiente.

Todos quedaron boquiabiertos, pero Maize no pudo evitar romper el silencio.

—¿Los Jedi existieron realmente?

—Por supuesto —respondió con amargura—. Había miles. Pero ahora ya se fueron todos. Claro, ahora la leyenda ha superado su poder. Algunas veces así pasa, tanto con héroes como con villanos. La verdad no es tan sencilla como parece, ni en los libros de historia ni en ningún otro lugar. Los Jedi eran un montón de rebeldes hambrientos de poder, quizá pocos de ellos tenían cierto tipo de habilidades. —Sacudió una mano con desdén—. Pero al final de cuentas eran traidores violentos y los clones tuvieron razón al eliminarlos.

Maize decidió usar un poco de diplomacia.

—No nos interesa la política —confesó—. Solo estamos aquí como parte de un proyecto escolar.

Karr siguió ese curso de pensamiento y agregó, para justificar su pretexto:

—¡Un proyecto de historia!

Sconto comenzó a ver claramente de nuevo.

—Escuela, ¿eh?

—Sí, señor —añadió RZ-7—. Mis jóvenes amigos están trabajando en una tarea especial, fuera del salón de clase. Un estudio dirigido, así lo llaman.

Karr asintió con fuerza.

—Estamos investigando los efectos de… la caída de la República en planetas como Utapau.

—¡O como Mirial! —añadió Maize, nombrando un planeta de su propio acervo—. Ya sabe, lugares apartados que fueron abandonados después de la batalla, y en los que nadie se quedó para ordenar el caos. Después vamos a ir ahí, pero Utapau estaba más cerca, así que empezamos aquí.

Karr adoraba y admiraba su capacidad para mentir, y trató de ponerse al nivel.

—Vivimos en Merokia y este es el lugar más cercano a una gran batalla. Por eso estamos aquí, en su increíble tienda, y no hurgando en una vieja biblioteca polvorienta, se supone que debemos usar fuentes directas, como entrevistar a sobrevivientes o catalogar objetos que se usaron en la lucha, ese tipo de cosas.

Maize puso la cereza en el pastel.

—Es para obtener puntos adicionales.

Sconto se calmó de nuevo y, una vez más, el agradable comerciante que habían conocido en un principio estaba frente a ellos. Juntó las manos como para recapitular la escena.

—Han venido al lugar indicado, ¡claro! Pueden entrevistarme y tengo… oh —su voz se fue apagando mientras jalaba la silla sobre sus ruedas oxidadas; pasó las manos sobre

las mercancías detrás del mostrador—, tantas cosas extrañas que podrían servirles. Déjenme ver qué encuentro…

Metió los dedos en grietas y rincones; sacó grabadoras, cascos como el que Karr le había entregado a su maestra, cinturones, guantes, mancuernillas, refacciones de armas extrañas, libros pequeños y manuales variados, llaves de todas formas y tamaños, y el esqueleto intacto de un pequeño animal que alguna vez debió parecerse a un gato tooka.

Uno por uno, acomodó los objetos sobre el mostrador.

En silencio, Karr se quitó el guante de la mano derecha y se lo metió en el bolsillo mientras Sconto seguía hablando.

—Aquí tenemos un pequeño panel de control que se usaba para cerrar puertas o sellar portales. Me dijeron que proviene de la segunda Estrella de la Muerte, pero es difícil saberlo con certeza. Quizá perteneció a una instalación similar, quizá no. Este es un juego de vasos de la Antigua República, hecho para la galera de una gran nave de guerra que todavía vuela, parece. Alguien me dijo que la convirtieron en una nave médica que viaja por la galaxia en misiones de beneficencia, pero no puedo probarlo. Y esto —señaló otro panel misterioso cubierto por circuitos que podían servir prácticamente para cualquier función en cualquier nave o cualquier hogar—, esto… bien, seré honesto. Esto proviene de un dispositivo portátil de secado que estaba instalado en un baño a bordo de una nave de personal de apoyo. No todos pueden ser emocionantes, pero cada pedazo que sobrevive es significativo, ¿comprenden? Todo lo que queda y se puede sostener, tocar o reparar, tiene un valor para alguien, en algún lugar.

—¿Y eso? —preguntó Karr señalando un bastón que le recordó el que tenía en casa, en su colección.

—¡Ah! —exclamó el comerciante, tomando el bastón en la mano—. Buen ojo. Este pequeño tiene cierta autenticidad.

Volteó el bastón para mostrar un nombre grabado en un lado.

Karr ladeó la cabeza y leyó el nombre en voz alta.

—¿Medon?

Sconto esperaba una respuesta más elaborada, pero luego confesó.

—Sí. Yo tampoco estaba seguro de quién era, pero luego investigué. Y si es quien yo creo, este bastón perteneció a Tion Medon, el administrador del puerto de la Ciudad Pau durante la Guerra de los Clones.

—¿Entonces él vio un poco de acción? —preguntó Karr.

Sconto se encogió de hombros.

—Es posible. Desearía estar seguro que fue de él, porque le pondría un buen precio si fuera así. Por desgracia, Medon no es un apellido tan raro como me gustaría.

Karr apenas escuchaba.

—Señor, ¿puedo… tocarlo? Seré muy cuidadoso. No voy ni a romperlo ni a dañarlo. Lo juro.

Sconto le pasó el objeto a Karr.

—Si son tan buenos alumnos, supongo que puedo permitirlo. Deseas examinarlo, ¿verdad? ¿Para tu proyecto?

—¡Sí! —contestaron al unísono.

Del fondo de su mochila, Maize sacó una unidad de escaneo como prueba de sus buenas intenciones.

—Muy bien, toma. Por favor ten cuidado. Es muy frágil y no me gustaría tener que llamar a tus padres para pedirles dinero si le hicieras algo.

Incluso antes de tocarlo, Karr sabía que había tenido suerte. El objeto era definitivamente viejo y su piel comenzó a arder antes de que sus dedos lo rodearan por completo. Lo contempló con una mezcla de placer y terror, y lo apretó.

Hubo un destello. Después, oscuridad. Una imagen borrosa. Karr trató de concentrarse, pero no servía de nada. En cierto sentido, la niebla aumentaba su terror. Vio una silueta alta, vestida con ropa café rojiza. Y aunque no podía ver su rostro, definitivamente vio los dientes mellados y los ojos sangrantes. Karr trató de convencerse de que los ojos no sangraban en realidad, que era normal en un pau'ano, pero no podía estar seguro. Era casi suficiente como para que soltara el bastón y regresara al mundo real, pero antes de poder reaccionar, el pau'ano espetó:

—¿Qué tal, joven Jedi? ¿Qué lo trae a nuestro remoto santuario?

De inmediato, Karr volteó para ver quién hablaba; se preguntaba si su cuerpo hacía lo mismo en la tienda de Sconto cuando, de pronto, ¡lo vio! Un hombre que, hasta donde podía decir, iba vestido con una túnica café sujeta con un cinturón. Un verdadero Caballero Jedi. Al principio, Karr no podía oírlo, pero después su voz llegó de manera clara y repentina.

—Por desgracia, la guerra.

Karr silbó y parpadeó con fuerza. La imagen saltó en el tiempo.

—Con su gentil permiso —continuó el Jedi—. Quisiera combustible y usar la ciudad como base para recorrer sistemas vecinos en busca del General Grievous.

—Está aquí —murmuró Tion Medon mientras se acercaba al Jedi—. Nos vigila y nos tiene como rehenes.

Por un momento, Karr pensó que Medon hablaba de él. Pero la imagen volvió a cambiar.

—Dígale a su pueblo que se resguarde —dijo el Jedi—. Si tiene guerreros, úselos ahora.

Más destellos. Karr se aferró desesperadamente a lo que pudo. Todo se hacía más vago. Su visión iba y venía, se ennegrecía por un segundo y luego regresaba.

El pau'ano se inclinó frente al Jedi mientras se sostenía en el mismo bastón que Karr tenía ahora en su mano. Cuando el administrador del puerto volteó para marcharse, Karr escuchó que otra silueta le preguntaba:

—¿Trajo más guerreros con él?

—No lo dijo —respondió Medon, y cruzó una mirada conspiradora con el Jedi que se marchaba—. Maestro Kenobi —susurró al acercarse a su nave—, el General Grievous es una fuerza que hay que tener en cuenta. ¿Traerá tropas adicionales?

La imagen de Kenobi parpadeó y su voz se entrecortaba. Karr trató de fijar la visión.

—… ten por seguro… los arreglos necesarios. El General Skywalker y yo nos batimos en duelo contra él… planeamos como corresponde.

El mundo alrededor de Karr brilló y zumbó; la realidad se enfocaba y se desenfocaba, cambiando de lugares sin interrupciones con el espejismo psíquico del Maestro Jedi de antaño.

Quería saber más, quería quedarse para siempre en ese mundo, rodeado por lo que imaginaba eran miles de Jedi. Pero también quería asegurarse de que no se desmayaría ni caería, ni que rompería el bastón que significaba tanto para el comerciante.

—Hijo, ¿estás bien?

—¿Karr? Karr, vamos, ¡salte de ahí!

—¿Señor? ¿Necesita atención médica? Vamos, señor —la voz de RZ-7 pasó a través de la estática—. Déjeme ayudarlo a sentarse. Eso, así está bien.

Karr permitió que lo sentaran en el piso. Los pequeños dedos de Maize le arrebataron el bastón y se lo regresó a Sconto, quien parecía genuinamente preocupado. Rodeó el mostrador y se agitaba nervioso sobre ellos.

—Lo siento —jadeó Karr—. Perdónenme, todos. No es nada, estoy bien. Lo juro, estoy bien. Esto me pasa todo el tiempo. Solo…

—Tiene la sangre diluida —informó el droide al comerciante—. Una trágica afección; por eso viajo con él, por su seguridad y la seguridad de los demás. Estará bien. Dele un momento.

El hombre se movía nervioso.

—¿Qué necesita? ¿Qué puedo hacer?

Maize dio unas palmaditas en el brazo de Sconto.

—Su droide médico lo cuidará. Por favor, no se preocupe. Necesita comer, eso es todo. Yo lo llevaré… a la esquina. Ahí hay un lugar, ¿cierto? En un momento volverá a ser él mismo.

—Hay muchos lugares en este distrito, aunque solo pocos tienen comida comestible. Esperen, voy a buscar algo…

—No, no. Por favor, no se moleste. Gracias por su tiempo —dijo Karr mientras trataba de ponerse de pie con ayuda de su droide—. Ha sido de mucha ayuda. Maize, ¿tomaste… tomaste fotografías del bastón?

—Ah, claro, ahora lo hago —respondió Maize. Sacó su unidad de escaneo y tomó algunas imágenes.

Antes de salir todos juntos, Karr hizo una pausa. Volteó a ver a Sconto y dijo:

—Señor, gracias por dejarme tocar la reliquia. Es un verdadero hallazgo. Si me lo pregunta, definitivamente perteneció a Tion Medon. Así que asegúrese de pedir el precio que corresponde.

El dueño de la tienda miró el bastón con nuevos ojos. No tenía que creerle al chico, en realidad no había razón, pero Karr sintió que le había creído.

—Gracias —respondió con una sonrisa—. Lo haré.

Los demás intervinieron en la conversación. Agradecieron al dueño de la tienda con mucha efusión y salieron de la pequeña tienda abarrotada lo más rápido posible sin levantar más sospechas.

A Karr todavía le zumbaba un poco la cabeza por el desmayo, pero cuando regresaron a la calle, no pudo esconder su emoción.

—¡Vi uno! ¡Vi a un verdadero Jedi!

—¿Qué? ¿En una visión? —preguntó Maize.

—Sí, por el bastón. Y era todo lo que imaginé que sería. La túnica y la… bueno, todo lo que pude ver fue la túnica, pero definitivamente era un Jedi. El administrador lo llamó así.

—¡Guau! —dijo Maize—. Y yo que pensé que encontrar a alguien que confirmara la existencia de tus locos cruzados era suficiente.

—Ya no los puedes llamar así —dijo Karr con euforia—, porque ¡encontramos una prueba! Y porque vi uno. —Estaba tan emocionado que comenzó a sentirse de nuevo mareado—. ¡Guau!

RZ-7 lo ayudó a mantener el equilibrio.

—Ha pasado por mucho, señor. Quizá debería comer algo.

—Sí, creo que la comida me ayudará.

—Es probable que la dieta pau'ana no sea buena para ninguno de ustedes. Vayamos al siguiente nivel inferior. Ahí podremos encontrar una cantina o un lugar que sirva comida para extranjeros —dijo RZ-7.

Muy pronto, encontraron una cafetería pequeña y oscura que atendía a una gran variedad de viajeros. Se sentaron en un reservado al fondo y enviaron al droide a la barra con créditos e instrucciones amplias para pedir algo comestible.

La cafetería estaba llena y las bebidas no dejaban de circular, pero nadie les ofreció ninguna a los adolescentes, y ellos no tentaron a la suerte pidiendo algo que no debían comprar. El cerebro de Karr rebotaba en su cráneo y el área de su mano que había tocado el bastón estaba caliente. Se sintió muy aliviado cuando su droide regresó con dos grandes tazas llenas de agua y la promesa de un queso de runyip y unas galletas que llegarían pronto.

Bebió su taza de un trago y de inmediato se sintió un poco mejor, pero aún perduraba la dolorosa neblina de la visión. Se frotó los ojos con el dorso de las manos y trató de no quejarse.

—Entonces, ¿qué viste exactamente? —le preguntó Maize.

—¿Va a estar bien, señor?

Contestó primero la pregunta de RZ-7.

—Estoy bien. De hecho, esta vez no estuvo tan mal. ¡Ni siquiera me desmayé por completo!

Maize vertió un poco de su agua en la taza de Karr.

—Eso es genial. ¿Pudiste percibir algo más en la visión o solo la confirmación?

Les sonrió a ambos.

—Tengo nombres.

—¿Nombres? Cuando te di la herramienta de mi padre solo balbuceaste su aspecto físico. ¿Esta vez tienes nombres?

—Dos. Uno se llamaba Kenobi y el otro era el General… Skywalker, creo —dijo emocionado.

—¿Skywalker? —gritó un utai vestido con un overol del municipio en la mesa vecina; varias cabezas voltearon, incluida la de Karr—. Ese es un nombre que ya no se escucha todos los días.

Karr giró sobre el burdo cojín de su asiento.

—¿Conoce el nombre?

—Jedi, sí, um… —murmuraron varias personas.

El trabajador municipal asintió, sus ojos saltones giraban en su rostro.

—Viejas historias, eso es todo.

—¡No son historias! —argumentó alguien más en su mesa.

—Todas son historias, al final —el primer utai protestó—. Siempre y cuando vivas para contarlas y alguien viva para escucharlas. Lo mismo para la República, para los Jedi, para todos nosotros algún día, si tenemos suerte.

—Más prueba de que fueron reales —murmuró Karr al oído de Maize.

El nativo lo escuchó.

—Sí, reales. Ese no es el asunto. ¿Eran buenos? ¿Eran malos? ¿Estaban equivocados?

—¿Los destruyeron a todos? —preguntó Karr rápidamente antes de que la clase de filosofía pudiera continuar.

El utai se encogió de hombros.

—¿Quién podría decirlo? Quizá solamente se fueron. Quién sabe. No ahora, no aquí. ¡Pero…! —Levantó un dedo—. ¿Saben lo que escuché? Alrededor de las fogatas y durante los largos viajes por el espacio, aún se cuenta una historia: se dice que, en la Batalla de Jakku, Luke Skywalker usó la Fuerza para derribar las naves del Imperio. La victoria se debió a él; eso es lo que se dice.

Los ojos de Karr se abrieron como platos.

—¡Naves imperiales! ¿Está diciendo que los Jedi existieron después de la Guerra de los Clones?

Nunca había escuchado que alguien en Merokia supiera nada sobre los Jedi; en realidad, ni siquiera sobre la historia galáctica, por lo que la declaración de que quizá había Jedi vivos lo apabulló.

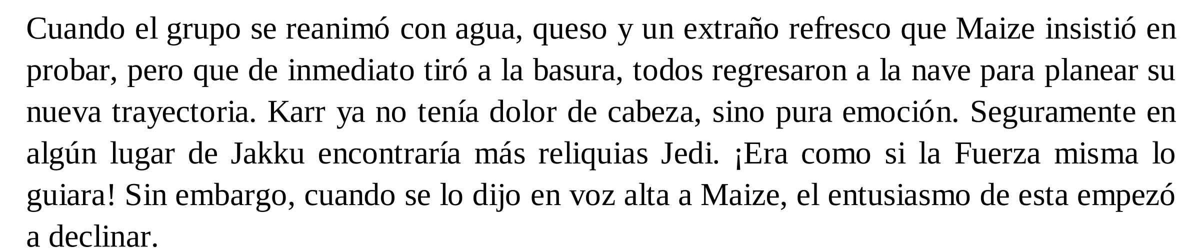
—Eso significa que Skywalker era increíblemente viejo, si vivió la Guerra de los Clones y la guerra civil —continuó Karr. Pensó de nuevo que quizá se había equivocado al cuestionar algunas de las historias de su abuela.

—Eso fue lo que oí. Así es como la Nueva República ganó la Batalla de Jakku y terminó la guerra contra el Imperio. Estoy seguro de que alguien que viva ahí podría decirles más de lo que yo sé. Visiten el puesto de avanzada en Niima y prueben su suerte.

Karr miró a Maize; esperaba verla con los ojos en blanco de nuevo, pero no fue así. En cambio, ella lo miró y dijo:

—¡Vamos a buscar a tu Jedi!

CAPÍTULO 8



Cuando el grupo se reanimó con agua, queso y un extraño refresco que Maize insistió en probar, pero que de inmediato tiró a la basura, todos regresaron a la nave para planear su nueva trayectoria. Karr ya no tenía dolor de cabeza, sino pura emoción. Seguramente en algún lugar de Jakku encontraría más reliquias Jedi. ¡Era como si la Fuerza misma lo guiara! Sin embargo, cuando se lo dijo en voz alta a Maize, el entusiasmo de esta empezó a declinar.

—Quizá. Si tenemos suerte.

Pero él no estaba para pesimismos.

—Sé que no tenemos mucho, pero cualquier indicio es mejor que ninguno, y pienso seguir este. Mi abuela tenía razón: la práctica y la persistencia dan frutos. Estoy mejorando en esto.

El droide estuvo de acuerdo.

—Es cierto, señor. Lo digo como un miembro de alto grado en el campo médico.

Karr rio ante el intento del droide por bromear.

—Estoy muy emocionado por lo bien que ha salido este viaje.

Emergieron de las sombras del sumidero y regresaron al *Avadora*, que los esperaba ahí donde lo habían dejado. El interior estaba un poco caliente por haberse quedado bajo el sol, pero Maize encendió los sistemas de respiración artificial y la temperatura bajó en segundos. Encontró las coordenadas de Jakku y las programó en la computadora de navegación.

—Abróchense los cinturones. Subiremos a la atmósfera, llegaremos a órbita y saltaremos al hiperespacio, así que podremos dormir unas horas. Hace mucho que pasó la hora de dormir y tardaremos en llegar a donde vamos.

Karr revisó los datos de la consola de la nave.

—¿Hace mucho que pasó la hora de dormir?

—Sip. En todo caso, la mía. No sé tú, pero a mí me vendría bien una siesta.

Él miró alrededor.

—¿Esta cosa tiene habitaciones?

—Tiene un par de camas plegables y una instalación de cuarto de baño. Eso es todo. No es un transporte de larga distancia para pasajeros. Está pensada para ser cómoda y rápida, no para pasar semanas en el espacio. ¿RZ?

—¿Sí, señorita?

—Tú vigilarás, ¿verdad?

—Por supuesto. Descansen y yo terminaré de configurar mis protocolos de pilotaje para poder manejar la nave si debo hacerlo sin ayuda. Para fines de emergencia, usted entiende. En caso de que usted o Karr estén incapacitados.

Mientras RZ-7 hacía el salto hacia el hiperespacio, los chicos se acostaron en sus respectivas literas y las luces se atenuaron. Karr no se había dado cuenta de lo cansado que estaba; había sido un día muy ajetreado. Quizá debía comunicarse con sus padres para decirles que estaba bien. Tal vez aún no se merecían saberlo. Podrían preocuparse y eso les enseñaría algo sobre empacar a sus hijos y enviarlos al otro lado de su planeta en contra de su voluntad.

—Por mi propio bien —balbuceó.

—¿Qué?

—Perdón. Me hablaba a mí mismo.

—Qué tonto. Estoy aquí junto. Puedes hablar conmigo —dijo Maize con un bostezo.

—¿Sobre qué?

—Cuéntame… cuéntame una historia —respondió con otro bostezo, o quizá fue un suspiro—. Cuéntame de tu abuela. Parecía amable.

—Era amable. Ella me dijo cuáles eran mis habilidades, y me ayudó a aprender sobre ellas. Me enseñó cómo controlarlas.

—¿Estás seguro de que estaba calificada para hacerlo? —preguntó Maize con una risita—. Quiero decir —agregó de inmediato antes de que Karr objetara—, ¿qué tan fuertes eran tus visiones antes de que ella empezara a enseñarte? Porque yo he visto un par y parecen horribles.

—No son horribles. Bueno, sí son un poco horribles. Pero era peor cuando no sabía qué las provocaba, qué significaban o cómo podía evitarlas. Créeme, mi abuela fue la primera en admitir que ella no tenía la Fuerza, pero creía en ella. Le hubiera gustado tenerla. Quizá no era la maestra más conveniente, pero le importaba. Yo le importaba, aunque poseía algo que ella jamás tendría. A veces pienso que eso era significativo porque no lo daba por hecho, y cuando lo vio en mí, hizo su mejor esfuerzo para ayudarme a alcanzar todo mi potencial. —Karr hizo una pausa. No había pensado en revelar tanta información, pero Maize le producía ese efecto—. En fin, también me hizo los guantes y eso me ayudó mucho. Espero que algún día pueda sentir las cosas y comprenderlas con claridad sin tener dolores de cabeza ni desmayarme.

—¿Y tu abuela pensó que podrías? ¿En algún momento?

Él asintió, aunque Maize no podía verlo en la oscuridad.

—Siempre creyó en mí —dijo—. Más que mis padres.

—Sé lo que eso significa.

—¿Sí?

—Bueno, más o menos. Mi padre nunca está y no creo que mamá se interese mucho en mí.

—¿Qué te hace pensar que tu mamá no se interesa en ti?

—No sé —respondió adormilada—. Creo que piensa que tengo más en común con mi papá que con ella; que hay un vínculo natural entre nosotros que ella —bostezó— nunca tendrá.

—¿Es cierto?

Ella volteó y se puso de cara a la pared.

—¿Quién sabe? Él nunca está el tiempo suficiente como para averiguarlo.

—Es chistoso, porque tú y tu mamá son muy parecidas; hubiera pensado que tienes más cosas en común con ella.

—¿Tú cómo sabes qué aspecto tiene mi mamá? —preguntó, volteando la cabeza hacia él.

—Había algunos hologramas en tu casa. Eres su vivo retrato, salvo por los tatuajes, por supuesto.

—¡Bah! No empieces con los tatuajes —se quejó Maize y se volteó de nuevo.

—¿Por qué no?

—Porque es el único tema del que ella habla. Pertenece a una familia… digamos que muy tradicional, con opiniones muy firmes sobre las costumbres mirialanas.

—¿Que incluyen los tatuajes?

—Sí. En general, eso sucede después de que terminas —volvió a bostezar— alguna tarea… o logro… o algo. —Karr podía escuchar cómo se quedaba dormida—. Solo símbolos de posición social, en mi opinión. Es todo lo que le interesa. Yo le dije que no me importaba, pero que si en algún momento decidía hacerme uno, solo lo haría en la mitad del rostro, puesto que solo soy mitad mirialana.

Las últimas palabras apenas se escaparon de sus labios y fueron reemplazadas por ronquidos.

Karr sonrió. Si alguien le hubiera dicho una semana antes que se daría a la fuga con una chica loca y rica de otro mundo, no lo hubiera creído. Pero ahí estaba, temeroso, emocionado y exhausto, y casi todo era por culpa de ella. No lo hubiera cambiado por nada.

—¿Quieres saber más sobre mi abuela? —bromeó sin hablar con nadie en particular.

Aunque no hubo respuesta, decidió pensar en ella.



—¿Qué quieres decir con que se supone que debo despejar mi mente? —preguntó con curiosidad un Karr de quince años a su abuela—. ¿Eso no es malo? Digo, ¿para qué voy a la escuela si es mejor tener el cerebro vacío?

J'Hara devanaba una madeja de estambre cuando empezó su conversación; ahora, la utilizaba para explicarle la meditación.

—El cerebro es como una esponja, Karr. Puede absorber mucho —dijo, al tiempo que apretaba el ovillo azul de pelaje teñido de bantha—. Pero a veces se satura con cosas superfluas.

Karr se preguntó si había despejado esa parte de su cerebro que sabía lo que la palabra «superfluo» significaba. Al ver su expresión, ella añadió:

—Innecesario. Frívolo. Sin importancia.

—¿Como la velocidad a la que puede volar un X-wing Incom T-85?

—Exacto. Pero al despejar tu mente y silenciar tus pensamientos, permites que tu cerebro se abra y sea receptivo a cosas que ni siquiera sabías que existían.

—Como la Fuerza —exclamó, menos como una pregunta y más como prueba de su entusiasmo.

—Como la Fuerza —repitió su abuela con una sonrisa—. ¿Lo intentamos juntos?

Karr asintió y su abuela se sentó en el piso junto a él; cruzó las piernas como si sugiriera en silencio que hiciera lo mismo.

—¿Así meditan los Jedi? —preguntó.

—Las personas pueden meditar de muchas maneras; pero sí, yo diría que es muy probable que los Jedi lo hicieran así. Ahora, cerremos la boca y abramos la mente.

Karr se sentó junto a ella en la misma posición y observó cómo cerraba los ojos y ponía las manos sobre sus rodillas. Ella inspiró profundamente y exhaló. Karr hizo lo mismo.

Después de unos segundos de silencio, Karr dijo:

—Es difícil no pensar en nada.

La miró, esperando una respuesta, pero no la hubo. Ambos permanecieron en silencio otro momento.

—No puedo evitar pensar que debí tomar una almohada para sentarme en ella.

—Si sientes arrepentimiento —murmuró J'Hara sin abrir los ojos—, estás viviendo en el pasado. Si pasas el tiempo preocupándote, vives en el futuro. Trata de estar en el momento; aquí y ahora.

Karr volvió a cerrar los ojos. Unos segundos después, preguntó:

—¿En dónde vivo si tengo hambre?

J'Hara exhaló como si se diera por vencida.

—Lo siento —se disculpó Karr al advertir la frustración de su abuela—. Trato de estar abierto, de pensar en la Fuerza, pero lo único en lo que pienso es en cómo sería una batalla con sables de luz.

—Ya lo lograrás —dijo, cansada—. Solo… sigue practicando. La práctica y la persistencia dan frutos.

—Lo haré.

De pronto, como si la idea de pedir orientación lo acabara de golpear, preguntó:

—Abuela, ¿en qué piensas cuando piensas en la Fuerza?

La anciana lo miró con sorpresa. Él vio cómo su mirada se interiorizaba; una lágrima rodó por su mejilla.

—Lo mejor es no pensar en nada. Libera tu mente —respondió—. La Fuerza no es algo a lo que te puedes aferrar; fluye a través de ti, en ti… y de ti.



No recordaba haberse dormido y estaba muy confundido cuando la almohada le golpeó la cabeza.

—Ya levántate. Dormiste mucho y ya casi llegamos a Jakku.

—¿Qué? —Aturdido, Karr se levantó—. Digo, listo cuando usted lo diga, capitana.

—Así me gusta. Sigue llamándome así —respondió Maize con una sonrisa.

—Lo haré.

Cuando el *Avadora* salió del hiperespacio, apareció de pronto un mensaje en el registro de comunicación de la nave. Maize lo vio, lo sacó y lo borró de inmediato, antes de que Karr pudiera ver de qué se trataba.

—¿Qué fue eso? —preguntó—. ¿Era importante?

—Nop. Solo era mi mamá.

—¿Está enojada?

—¿A quién le importa? —Se encogió de hombros.

—¿Qué decía?

—Aparte de «Maize, ¿qué crees que estás haciendo?», no sé, no me importa. Por eso lo borré. Ella va a estar bien —dijo, agitando la mano—. Siempre está bien. Irá a comprarse un nuevo par de zapatos y se olvidará de mí. Me sorprende que no lo haya hecho ya.

—Es tu madre.

—Eso no significa que le importe —explicó; su boca dibujaba una línea severa. Después, para cambiar el tema, continuó—: Mira, ese es el antiguo puesto de avanzada hutt que mencionó el utai.

Karr se apresuró hasta el mirador, como si pudiera ver el puesto de avanzada desde el espacio.

—¿Niima?

Ella le mostró el mapa holográfico.

—Aquí. —Señaló unos puntos en el amplio desierto—. Espero que mis habilidades lingüísticas sean tan buenas como se supone que son en la escuela.

—¿Qué? Pensé que hablabas huttés.

—Conozco algunas groserías en huttés, pero espero no necesitarlas. Estacionemos este pájaro y veamos qué pasa allá abajo.

Poco tiempo después, entraron al horno de un mundo árido de arena dorada. El viento soplaba fuerte y caliente, y arrastraba pequeños granitos de arena a sus ojos, a su ropa y a la carcasa de RZ-7, con sus bisagras y su circuito electrónico.

—Esto es… menos que ideal, señor —observó el droide.

El cielo era azul claro brillante, tan luminoso que casi era blanco; el calor era seco y persistente. Ahí, de pie, Karr sintió que sus ojos prácticamente se secaban. Maize

tampoco parecía muy contenta, y el droide hacía su mejor esfuerzo por no parecer miserable.

—¿Qué tan lejos estamos del puesto de avanzada?

Maize entrecerró los ojos para ver el dispositivo portátil con el mapa.

—Es por ahí.

—Es una duna de arena.

—Entonces, del otro lado. Vamos. Entre más pronto lo encontremos, más rápido saldremos de aquí. Este lugar no es divertido.

—Es un desierto.

—Exacto. No hay mucho qué hacer en el desierto. Al menos nada divertido.

Se cubrió la cara con una bufanda ligera para protegerse de los diminutos y molestos granos de arena y se abrió paso, avanzando con trabajo contra el viento.

Karr y RZ-7 formaron una fila detrás de ella, ninguno estaba dispuesto a discutir.

El mapa de Maize era correcto; al extremo del desierto había un asentamiento al abrigo de una duna en forma de luna creciente. Consistía en un puñado de edificios, tiendas y puestos rudimentarios que formaban un mercado, una caserna cubierta por toldos que parecía un centro de operaciones y una gran reja de estilo hutt que anunciaba que se trataba de un pueblo; y más aún, que todos los visitantes debían tener cuidado si sus intenciones no eran comerciales o sus actitudes no eran amables.

—Definitivamente, es hutt —dijo Karr.

Maize observaba su datapad, en el que había descargado toda la información que pudo encontrar sobre el poblado.

—Aquí dice que antes era hutt, y ahora no lo es. Los hutt se establecieron aquí antes de la Batalla de Jakku, pero no parece que se quedaran por mucho tiempo. —Alzó la vista y observó a su alrededor; no vio nada que llamara su atención y volvió a bajar la mirada—. Aparentemente hay mucha artillería antigua, naves y objetos que quedaron de la batalla. Las personas rescatan todo eso para sobrevivir.

—No veo nada.

—Yo vi algunos destructores estelares destrozados cuando entramos a la atmósfera. Solo esas naves deben tener muy ocupados a los chatarreros.

—Imagino que a estas alturas ya las limpiaron por completo.

Ella sacudió la cabeza.

—Es obvio que no. Si hubieran saqueado todo ya no habría nadie aquí. Nadie se queda en un lugar si no hay dinero de por medio.

Él le dio un codazo.

—Oye, mira allá.

—¿La chatarrería?

—Sí. Mira esos toldos gigantes. Me pregunto qué habrá abajo.

—Si tuviera que adivinar, probablemente diría que es… chatarra.

—Qué graciosa. Si yo tuviera que adivinar… naves. —Avanzó y tomó la delantera—. Veamos qué hay ahí. Con tu conocimiento del huttés y el mío de los Jedi, podremos descubrir algo sobre el legendario Skywalker tan rápido como un teek haciendo compras.

RZ-7 se armó de valor.

—¡Sí, quizá regresemos a la nave y al espacio fresco y libre de arena antes de que nos demos cuenta!

—Ustedes dos me están matando —dijo Karr.

Quizá era cierto, pero lo siguieron por la duna, cruzaron la puerta en forma de bloque, con un letrero que decía PUESTO DE AVANZADA NIIMA, y entraron hasta lo que parecía la plaza del pueblo.

La plaza era ovalada y no estaba muy poblada. Un puñado de comerciantes vendía extraños insectos a la parrilla; otros ofrecían la versión local de una cerveza o un licor oscuro y espeso que olía a muerto en un vaso. Todo el lugar parecía efímero y temporal, como si nadie viviera ahí a propósito y nadie quisiera quedarse más tiempo del que fuera absolutamente necesario.

La caserna se erguía gruesa y baja en el centro. El droide se dirigió directamente a ella.

—RZ, ¿adónde vas? ¡Quiero ir a ver qué hay debajo de esas lonas!

Algo en el fondo de su pensamiento le decía que las naves eran importantes.

—Si me permite sugerir una alternativa, señor… visitemos a la persona que está a cargo de lo que hay debajo de esas lonas. Esta es una chatarrería, y usted tuvo una suerte maravillosa en la tienda de chatarra… veamos si sigue con suerte. Además, si nos tomamos la molestia de presentarnos habrá menos posibilidad de que nos disparen por invadir propiedad privada. Si, en efecto, esta aldea está gobernada por los hutt.

—Ya lo dije, no lo está —observó Maize.

—Con más razón debemos tener cuidado —agregó el droide—. ¿En verdad quieren hacer enojar a alguien que corrió a los hutt de aquí?

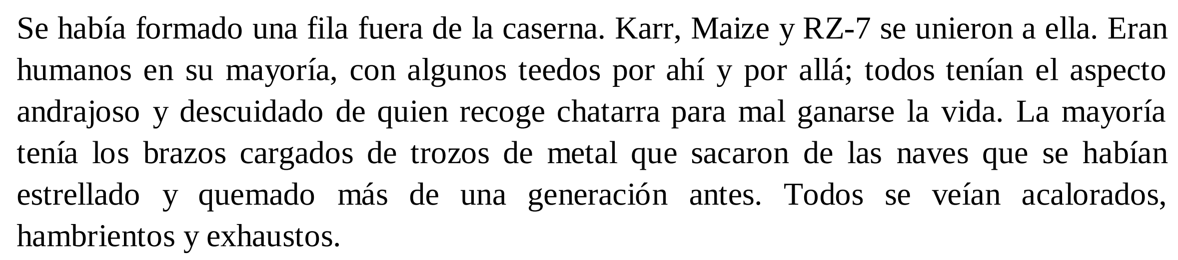
—Buen punto, RZ —dijo Karr—. Bien. Visitemos al hombre a cargo.

—O a la mujer a cargo.

—Sí, capitana. O a la mujer a cargo.

Karr y Maize se detuvieron, hombro con hombro, a la sombra de la puerta hutt; cruzaron los dedos y se armaron de valor mientras el supuesto droide médico avanzaba tranquilo hacia la caserna y hacia el destino que les esperaba en ella.

CAPÍTULO 9



Se había formado una fila fuera de la caserna. Karr, Maize y RZ-7 se unieron a ella. Eran humanos en su mayoría, con algunos teedos por ahí y por allá; todos tenían el aspecto andrajoso y descuidado de quien recoge chatarra para mal ganarse la vida. La mayoría tenía los brazos cargados de trozos de metal que sacaron de las naves que se habían estrellado y quemado más de una generación antes. Todos se veían acalorados, hambrientos y exhaustos.

—Um, disculpe —dijo Karr, en un esfuerzo por llamar la atención de un hombre alto y delgado que se formó en la fila detrás de ellos—. ¿Podría decirme para qué es esta fila exactamente?

—Estamos aquí para ver al pez gota —dijo en voz baja.

—¿El pez gota? —preguntó Maize dándose la vuelta.

—¡Shh! Ese no es su nombre —dijo el hombre—. Se llama Unkar Plutt. Ahora, este es su pueblo.

—¿Es un hutt? —continuó Maize.

—No —respondió sacudiendo la cabeza—. No; hace mucho tiempo que se fueron todos los hutt.

—¿Eso es bueno o malo? —Estiró el cuello para ver a la gente que estaba frente a ella.

—Como quieras. Es casi lo mismo.

Cuando el grupo se acercó al frente de la fila, se enteraron de tres cosas: la primera, que los chatarreros estaban ahí para intercambiar sus hallazgos por pequeños paquetes de comida; la segunda, que Unkar Plutt era un tacaño; y la tercera, que había una razón por la que todos lo llamaban el pez gota.

Era grande y ancho como un hutt, pero hasta ahí llegaba el parecido. El jefe de la chatarrería de Jakku era un crolute, una especie humanoide que parecía estar más cómodo en un entorno húmedo que en un planeta desierto. Sus extremidades eran anchas y carnosas, y su rostro era plano y flácido. Parecía que estaría mucho más feliz sentado sobre un tronco en una ciénaga pantanosa, o mejor aún, debajo de una.

Sus dedos gomosos contaban raciones de comida y recogían ofertas con una velocidad sorprendente.

—Tres cuartos de porción —dijo, al tiempo que dejaba caer las raciones sobre el mostrador, a cambio de los hallazgos del chatarrero. La criatura frunció el ceño, pero aceptó. Karr no sabía nada sobre la moneda del planeta, pero aun así sintió que era muy poco por lo que el chatarrero acababa de encontrar en el desierto.

Karr se acercó a la ventanilla, y el crolute abrió la mano.

—¿Qué tienes? —preguntó sin siquiera mirar a Karr. Después, sus pequeños ojos profundos se entrecerraron aún más—. Oye, a ti no te conozco. Este es mi puesto de negocios, no la beneficencia. Váyanse, los tres. A menos que tengan algo qué vender, yo no tengo nada qué dar.

—Tenemos créditos —dijo Maize—. Venimos a comprar, no a vender.

Quizá fue su confianza o su ropa, o que Plutt supuso que la clase alta era generalmente presa fácil, pero el crolute le puso atención a regañadientes. Karr no entendía por qué el comerciante había decidido creerle, y no le importaba. Solo estaba feliz de que hubiera dejado de gritarles.

—Sí, señor —agregó Karr—. Buscamos reliquias Jedi, específicamente. Posiblemente incluso de finales de la Guerra Civil Galáctica —añadió. Su voz se hacía más aguda al final, esperando que el pez gota comprendiera lo que quería decir y le dijera lo que sabía. Pero al no hacerlo, Karr agregó—: Nos dijeron que si queríamos encontrar mercancía de calidad en algún lugar de esta parte de la galaxia, era usted a quien teníamos que ver.

Unkar cruzó los brazos como salchichas sobre su pechera, que resonó al moverse.

—Los Jedi están muertos desde la Guerra de los Clones —dijo de forma casual, luego bromeó—: Sin embargo, quizá posea alguno de sus objetos.

A Karr le sorprendió el comentario sobre la Guerra de los Clones, puesto que había esperado escuchar más sobre cómo el Jedi Skywalker había derribado las naves del cielo, pero de cualquier manera le daba gusto tener una puerta abierta.

—Pero si están mintiendo sobre su situación financiera —continuó el comerciante con un gruñido—, lo compensaré vendiendo sus pellejos.

Gritó algo al resto de la fila en un idioma que Karr no reconoció. Volteó a ver a Maize para saber si ella había entendido, pero solo encogió los hombros.

Todos los otros chatarreros se dispersaron como, aparentemente, les habían ordenado; Unkar Plutt alzó un brazo para bajar una cortina de metal que cerró la ventanilla.

—Vengan por aquí —les dijo—. Entren por atrás, así podrán ver mi verdadera mercancía. Tengo dos o tres cosas en mente que creo que les gustarán, sí. Artículos que los Jedi amaban, llevaban consigo. Incluso cosas que usaron los Jedi durante la Guerra de los Clones, si las historias son ciertas.

Maize miró a Karr, puso los ojos en blanco como para decir que no le creía a Plutt ni un segundo; sin embargo, continuó con el juego.

A un lado del puesto de mercancías había una puerta. El comerciante la abrió y los invitó a entrar; platicaba mientras ellos entraban al espacio oscuro y sofocante.

—La mayoría de las cosas que hay aquí en Jakku provienen de la guerra entre la Nueva República y el Imperio. Yo no siento un gran amor por ninguno de los dos, pero supongo que les debo algo. Dejaron tanta muerte a su paso. Enormes máquinas de guerra, destrozadas y abandonadas, como si no tuvieran ningún valor. Bueno, valen mucho si se sabe cómo vender las piezas y las refacciones.

RZ-7 recurrió a los halagos.

—Es evidente que dirige un negocio próspero. Debe ser un excelente hombre de negocios.

El crolute miró a RZ-7 como si lo viera por primera vez; lo observó de pies a cabeza y dijo:

—¿Cuánto quieren por el droide? —RZ-7 se quedó sin aliento—. Tiene un hardware interesante, para ser un droide médico —señaló Plutt, con una mirada de complicidad.

—Ah, no —tartamudeó Karr—. No está en venta.

—¡Bah!

El pez gota avanzó, su cuerpo oscilaba de izquierda a derecha.

Plutt los guio hasta un almacén que estaba lleno de estantes y escaleras; las luces pendían de cables e iluminaban listas, gráficas y formularios de inventarios que colgaban de las paredes.

Karr balbuceó con admiración y Maize hizo lo mismo. Luego dijo:

—Debe enviar mucha de esta mercancía fuera del planeta, ¿cierto? No es posible guardar todo aquí.

—No, no lo hago. Más que un comerciante, soy un coleccionista. En ocasiones colecciono para mí mismo y otras conservo piezas especiales que creo que le interesarán a alguien adinerado. Algunos de los objetos que intercambio los guardo aquí; cosas anteriores al Imperio; artículos que solo tienen valor para unas cuantas personas.

Les lanzó una mirada astuta, de esas que comunican casi en voz alta que había encontrado a los perfectos inocentes con los bolsillos llenos.

Maize no lo advirtió, pero Karr sí. Conocía esa mirada. En general pertenecía a clientes que estaban a punto de pedir un descuento o quejarse de que el precio de sus nuevos trajes era excesivo, o que pedían un pago a plazos solo por esa vez. Era la mirada de un hombre que no solo amaba el dinero, sino que engañaría por conseguirlo o conservarlo.

Con la misma rapidez con la que Karr percibió la mirada, esta desapareció cuando el hombre les dio la espalda y comenzó a buscar en los estantes; algunos tenían etiquetas y otros no, varios tenían notas pegadas que decían que una pieza estaba reservada o vendida, y en espera de que vinieran a buscarla. Unkar Plutt se saltó esas y pasó al segundo estante; subió a un banquillo y luego por una escalera hasta que bajó el objeto perfecto para su público.

—Aquí está lo que quería enseñarles.

Cuando bajó, tenía en la mano los controles de una nave; solo la palanca y la caja, todos los cables habían sido cortados y estaban guardados en un estuche.

—¿Qué es eso? —preguntó Maize con los ojos muy abiertos.

—Proviene de una de las naves de la República, un carguero ligero que se estrelló en algún lugar después del conflicto con los Separatistas. Probablemente lo volaba un Jedi. Cuando un extranjero me lo trajo para vender, supe que era especial. El tonto ni siquiera se daba cuenta de lo que tenía.

—¿Podemos tocarlo? —esta vez, fue Maize quien hizo la pregunta.

Karr no lo hizo. Sus dedos no querían hacerlo. Nada en esta palanca le parecía tener una mínima importancia, en ningún sentido. Le tomó toda su energía ocultar su decepción.

El comerciante le pasó el objeto a Maize con un gesto como reverencia, o quizá miedo, como si fuera a explotar si no se trataba con cuidado.

Maize lo hizo girar entre sus manos, presionó los botones del lado izquierdo de la palanca y con cuidado tocó los remates de los cables.

—En verdad es genial —dijo—. ¿Sabe a quién pertenecía la nave?

—Ya te dije, era un piloto Jedi —repitió, pero algo en su tono desinteresado mostraba que quizá no estaba diciendo toda la verdad. O ninguna verdad—. Había solo unos pocos, al menos. O quizá más, ¿quién sabe? Pero el precio no es ni un truco ni una broma. Sé lo que vale y no aceptaré menos.

—Por supuesto que no. Nunca nos atreveríamos a regatear —intervino RZ-7, antes de recordar que probablemente no era buena idea llamar la atención.

—Habla por ti —dijo Karr.

Plutt se aclaró la garganta. La grasa debajo de sus brazos se sacudió y su pechera se agitó.

—¡Sin negociaciones! Mis productos son raros y tienen el valor que corresponde. Pueden o no pueden pagarlo. ¡No me hagan perder el tiempo!

En ese momento, Maize se dio cuenta de que Karr no había tratado de tocar la palanca de control.

—Karr, ¿no quieres… no quieres echarle un vistazo?

—Ah, sí, claro. Dámelo.

Se quitó el guante, tomo el objeto entre sus manos y fingió concentrarse. Lo hizo girar y lo miró desde todos sus ángulos. De reojo, podía ver cómo Plutt lo observaba con atención, así como él miraba la palanca. De pronto, un chirrido sordo llamó la atención de todos. Karr y Maize voltearon a ver a RZ-7, pero el droide no había sido la fuente. Unkar Plutt refunfuñó, descontento, y sacó un comunicador portátil de su cinturón. Se lo llevó a la boca y dijo:

—Esperen. —Miró a los chicos y gruñó—: ¡No se muevan de aquí!

Avanzó hacia una puerta que estaba oculta detrás de una alta escalera de metal con ruedas. La hizo a un lado, abrió la puerta y entró a una pequeña oficina, apenas más grande que la cabina del *Avadora*. Dejó la puerta entreabierta para poder vigilar a sus clientes mientras lidiaba con algún negocio sospechoso en el que estuviera implicado.

—Debes estar mejorando mucho en esto —le susurró Maize a Karr—. ¡Ni siquiera parpadeaste al tocarlo!

—Porque aquí no hay nada.

Ella frunció el ceño.

—¿Nada? ¿Ni un hormigueo? ¿Ni una sacudida?

—Nada. Esto no fue testigo de ningún evento importante. Dudo incluso que la República lo haya usado. De hecho, no hay nada en este almacén que pueda ayudarnos. Regresemos a la chatarrería. Prefiero echar un vistazo ahí.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó.

—No sé. —Alzó un dedo y señaló hacia el lugar al que se refería—. Tengo un presentimiento. Vamos a ver. Aquí todo está…

Unkar Plutt salió de la pequeña oficina.

—¿Está qué?

—Está… fuera de mi presupuesto —improvisó Karr.

—Entonces, hazme una oferta.

Pero lo único que quería Karr era irse de ahí.

—Está bien, no hay problema. No es lo que estoy buscando.

—¡No me insultes, niño! Hablar contigo me hace perder dinero. Cerré el negocio para mostrarte este control, porque pensé que eras un coleccionista serio.

—Mire —interrumpió Maize—, si mi amigo dice que no es lo que busca, entonces no es lo que busca. No lo tome personal, no es un insulto. Solo buscamos artículos más específicos.

—Sí —intervino Karr—, y este no es uno de ellos. Pero queremos darnos una vuelta por el puesto de avanzada, si no tiene inconveniente, señor.

—¡Bah! —Plutt alzó los brazos y aventó el datapad a un estante cercano—. Si no les gusta lo que les ofrezco, entonces no son bienvenidos. Salgan de aquí. Tengo chatarreros que alimentar y si ustedes no me traen nada ni compran nada, no me sirven.

Antes de poder insistir, Karr, Maize y RZ-7 salieron rápidamente al severo sol del desierto. La puerta se azotó detrás de ellos.

—Perfecto —murmuró Maize.

—Por el lado positivo, señorita —intervino RZ-7—, el señor Plutt ahora está encerrado, y a nosotros nos interesa lo que hay afuera.

Movió la cabeza hacia el lote de chatarra.

—Vamos a ver qué encontramos —dijo Karr—. Pero permanezcamos fuera del radar si podemos. Separémonos para buscar; si alguien encuentra algo interesante… silben o algo.

El droide estuvo de acuerdo.

—Muy bien, señor. ¿Qué tal esto? —Lanzó un silbido agudo que llamó la atención de todos alrededor. Incluso algunos animales se agitaron de dolor.

Karr se destapó los oídos.

—Te recomendaría que fuera como mil decibeles más bajo, pero esa es la idea.

Karr se cubrió la cabeza con su bufanda para protegerse del sol y tapar su rostro, como si Plutt no fuera a reconocerlo si lo viera merodeando debajo de las lonas. Se sentía como un espía en misión. ¿Era así? Bueno, era divertido aparentarlo y tenía que estar lejos del campo de visión del crolute.

Con las manos entrelazadas, Karr jugó a levantar los dedos índices para formar la imagen de un bláster. Con teatralidad, giró hacia la izquierda, miró a la derecha, y cuando aparentemente nadie miraba en su dirección, salió disparado hasta la lona más cercana, simulando evadir disparos enemigos en el camino. Cuando estaba seguro y protegido bajo las alas de la primera nave, miró hacia arriba, hacia el tren de aterrizaje de un quadjumper; el casco estaba quebrado, las cubiertas de blindaje térmico estaban flojas y algunas habían caído a la arena.

Karr se quitó un guante y levantó el brazo para tocar la nave, pero no sintió nada absolutamente, salvo el metal caliente y la pintura descascarada.

Al siguiente.

Dando volteretas sobre la arena para esquivar los disparos imaginarios de una nave, Karr avanzó en zigzag hasta la segunda lona, cuando de pronto escuchó un silbido. Emocionado, examinó el horizonte y encontró a una Maize desconcertada que lo miraba y lo llamaba con gestos como si dijera: «¿Qué demonios haces?». Karr sonrió y corrió hasta el siguiente toldo, pero ahí solo estaba la carcasa de un transbordador taylander. Estaba por completo destripada y nadie hubiera podido confundirla con una nave interestelar, mucho menos con una que alguna vez piloteó un Jedi. Era momento de pasar a la siguiente.

—La tercera es la vencida —murmuró para darse ánimos.

Aún no había señales de Unkar Plutt a la cabeza de una fila de chatarreros que se había vuelto a formar frente a la ventanilla del negocio, así que respiró profundamente y salió corriendo hacia la lona más alejada, que cubría la nave más grande. Conforme aceleraba el paso, se dio cuenta de lo bien que se sentía ejercitar las piernas después de estar encerrado en el *Avadora*. Al llegar a su destino, se felicitó por haber evitado a docenas de espías que imaginó que lo perseguían, y puso las manos en la superficie más cercana para recobrar el aliento. Sin embargo, en lugar de calmarse su respiración se aceleró. Aun a través del guante, se dio cuenta de que algo importante sucedía. Lentamente, alzó la vista hacia el tesoro que estaba frente a él: un carguero corelliano.

Cuando recuperó el aliento, sabía que había ganado la lotería. No podía explicar cómo lo supo, pero lo sabía. Esta nave era especial.

Debajo del toldo y de la estructura de la nave era difícil percibir mucho más que una vaga forma circular, con dos puntos sobresalientes en un extremo; encontró la escotilla y se las arregló para abrirla. Esta cayó con un rechinido y un ruido sordo, y cuando Karr subió la rampa, casi se le paraliza el corazón.

Se volvió a poner el guante en la mano derecha y trató de no tocar nada.

Volteó hacia el lugar donde RZ-7 y Maize estaban en cuclillas, junto a la puerta hutt que marcaba la entrada del puesto de avanzada Niima y silbó. Cuando llamó su atención, movió los labios: «Vamos», haciendo gestos con ambas manos para indicar que se reunieran con él.

Cuando no hubo moros en la costa, lo hicieron. Corrieron debajo de las lonas, se agacharon debajo de la nave y subieron a la rampa, donde Karr los esperaba.

—¿Está bien, señor? —preguntó el droide en su suave voz mecánica.

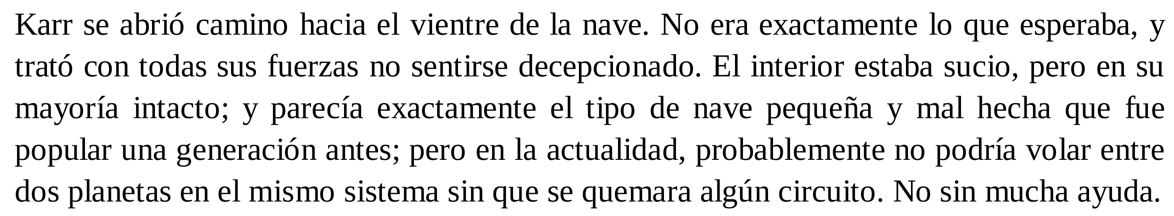
—Estoy perfecto. ¡Mira esta nave, RZ!

Maize estaba menos impresionada.

—Esta no es una nave, es un cacharro.

—Cierto —admitió Karr—. Pero el premio está en algún lugar en el interior.

CAPÍTULO 10



Karr se abrió camino hacia el vientre de la nave. No era exactamente lo que esperaba, y trató con todas sus fuerzas no sentirse decepcionado. El interior estaba sucio, pero en su mayoría intacto; y parecía exactamente el tipo de nave pequeña y mal hecha que fue popular una generación antes; pero en la actualidad, probablemente no podría volar entre dos planetas en el mismo sistema sin que se quemara algún circuito. No sin mucha ayuda.

No era el óxido, puesto que no había mucho. Tampoco era la edad del equipo ni los paneles expuestos o las extrañas manchas. Ni siquiera el olor rancio y cálido de algo oscuro, seco y abandonado.

O quizá sí lo era. Tal vez era todo eso, una nave que alguna vez fue orgullosa y ahora habían dejado oxidar debajo de una lona en un puesto de avanzada en un lugar perdido de un planeta desierto. A nadie le importaba ya.

—Mi diagnóstico es que se trata de una nave desafortunada en un estado desafortunado, para ser honestos, señor —dijo RZ-7.

Pero Karr estaba muy alterado como para tranquilizarse.

—Puede ser, pero ¿lo sienten?

—¿Sentir qué? —preguntó Maize, exasperada.

—No puedo describirlo. Algo en el aire. No, en la nave misma. ¡Piensen en todo lo que presenció! Es como si… como si quisiera contármelo todo.

—No hablas en serio.

—Señor, aquí está muy oscuro —intervino RZ—. Voy a ver si puedo prender las luces.

—Ten cuidado —dijo Karr—. Y no hagas ruido. No hagas nada que llame la atención.

—Necesitaríamos fuegos artificiales para llamar la atención en este lugar —exclamó Maize para mostrar que no estaba preocupada—. No te inquietes mucho por eso.

Karr pasó sus manos enguantadas por cada centímetro del lugar.

—Me pregunto dónde estuvo y qué transportó; quién era el piloto. Quizá me lo diga. —Se quitó el guante de una mano.

Maize sacudió la cabeza.

—A mí me parece un viejo carguero de especias. RZ, ¿puedes encontrar alguna evidencia de lo que transportaba?

El droide permaneció en silencio durante unos segundos.

—Voy a ver, señorita. Aunque con tantas bodegas de carga podríamos imaginar que contrabandeaba cualquier cosa.

—Eso no es útil, RZ —rio Maize—. Aunque sí tiene un punto, Karr. Quizá lo que sea que buscas está escondido aquí en algún lugar, en un compartimento secreto o algo así.

De otro modo, ¿por qué los chatarreros no limpiaron esta nave? A menos que sea tan vieja que nadie la quiera, ni siquiera por sus refacciones —explicó como si contestara su propia pregunta.

—Probablemente sigue aquí por la Fuerza —dijo Karr dando saltos de un lado a otro—. Mi abuela decía que los Jedi eran buenos para integrarse y parecer inofensivos, como esta nave. Parece inservible y vieja, pero la encontramos aquí, intacta, porque Unkar Plutt no pudo convencer a nadie de que la comprara. Incluso en piezas y refacciones. Esa es la Fuerza en su apogeo.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Karr dejó su exploración.

—¿En serio crees que ese tipo hubiera vendido esta cosa, todo o en partes, por dos créditos y un vaso de leche de cerdo?

Maize lo pensó, su cabeza se balanceaba de izquierda a derecha como si sopesara las posibilidades.

—Tienes razón.

—¡Siempre la tengo!

—A veces la tienes —observó ella, pero él ya se había ido.

Karr se internó aún más en la nave; abría cajones y metía la cara debajo de las consolas. Pasó los dedos por los estantes vacíos y movió todas las palancas, presionó todos los botones y los interruptores. Pero nada se encendió, ninguna luz se prendió, nada sucedió.

Maize lo alcanzó en el área central y se sentó; él levantaba los cojines de los asientos y pateaba cualquier cosa que pareciera que podría abrirse.

—¿Qué buscas?

—Lo que sea.

—Eso no ayuda.

—No estoy pidiendo ayuda —exclamó debajo de una mesa de holoajedrez—. Ya lo encontraré. Debe estar por aquí, lo puedo sentir.

—¿Sentir qué?

—Esto. Creo.

Salió gateando de debajo de la mesa, pero se golpeó la cabeza en el borde y dejó caer lo que tenía en las manos.

—¡Ouch!

El objeto rodó por el suelo.

—Lo tengo —dijo Maize, deteniéndolo con el pie. Karr se puso de pie; ella le dio una patadita al objeto en su dirección.

—¡Gracias! Me alegra que no se haya roto. No pude sostenerlo; incluso con los guantes fue difícil.

Levantó la esfera que estaba a sus pies. Era gris, moteada con círculos plateados. La sostuvo y entornó los ojos, luchaba por mantener el control.

Su cabeza daba vueltas y de sus ojos salían lágrimas, pero no la soltó.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar Maize.

—Señor, ¿qué encontró? —añadió RZ-7 al reunirse con ellos.

—¡No tengo idea! —respondió contento; la tocaba y la palpaba—. ¡Pero sé que es importante!

—Okey, solo dinos qué ves. Concéntrate o haz lo que sea que haces.

—Eso hago, eso hago —les aseguró.

Rodeó el objeto con sus manos cubiertas de piel y se concentró con todas sus fuerzas. Después se quitó un guante y con la yema de los dedos tocó la esfera con cuidado.

El interior de la oscura nave, iluminada en su mayoría por los botones de RZ-7 y las débiles luces amarillas de seguridad que se encendieron cuando bajó la rampa, se oscureció aún más. La negrura fue total, por más que Karr parpadeó o trató de mirar con atención, no vio nada más que oscuridad, luego un brillo, y luego…

Cuando abrió el ojo de su mente, Karr se dio cuenta de que seguía dentro de la nave. ¿La visión no funcionaba? En general, lo transportaba a un tiempo y lugar diferentes, pero seguía junto a la mesa de holoajedrez.

De pronto, un sable de luz azul cortó el aire; eliminando así sus dudas sobre sus habilidades. Cualquier cosa que la esfera presenció, lo hizo en ese mismo carguero. Karr trató de concentrarse en el rostro de la persona que empuñaba el sable de luz, pero sus talentos todavía no estaban tan perfeccionados. ¿Era un Jedi?

—Ahora que te sientes cómodo empuñando el sable de luz —dijo alguien—, ¿por qué no pasamos a la técnica?

Algo en esa voz resonaba en la cabeza de Karr. La conocía de algún lado, pero no podía ubicarla. Karr siguió la voz hasta que lo llevó a otra silueta. Tampoco podía ver su rostro, pero el hombre iba vestido con una túnica suelta. «Eso», pensó Karr, «es definitivamente Jedi».

—No me va a hacer pelear, ¿o sí? —dijo la persona que tenía el sable de luz.

El hombre de la túnica lanzó una carcajada.

—No, pero deberíamos trabajar en tu conexión con la Fuerza.

—¿Puedo ser de alguna ayuda, maestro Kenobi? —preguntó una borrosa figura dorada, ¿un droide quizá?

¿Maestro Kenobi? Karr tomó una nota mental y recordó. Por eso la voz le resultaba familiar. Era el mismo Jedi que tuvo en una visión anterior.

—No, 3PO —respondió Kenobi—. El joven Skywalker debe hacerlo solo.

¡Skywalker! Esto era demasiada coincidencia. Debieron ser dos Jedi muy importantes como para que aparecieran dos veces en sus visiones. Y pensar que alguna vez estuvieron en este mismo lugar en el que Karr estaba parado. Aunque hacía mucho tiempo, imaginó, puesto que parecía que Kenobi estaba entrenando a Skywalker y aún no se convertía en el General Skywalker de la visión de la Guerra de los Clones.

Karr vio cómo Kenobi se atravesó para tomar algo que había llamado su atención. De un compartimento sacó la misma esfera que Karr tenía en las manos. Por un momento,

Karr sintió que compartía algo con el Maestro Jedi. No solo la visión. No solo una lección. Sino una conexión.

—Inténtalo; defiéndete de esto —sugirió Kenobi.

—¿Y si no puedo?

—La verdadera pregunta es: ¿y si puedes? Además, es de mando a distancia para entrenamientos. Está equipado con blásteres no letales, específicamente para quienes desean practicar. Supongo que nuestro piloto maneja ese bláster mejor de lo que creemos.

—A menos que pertenezca al wookiee —bromeó Skywalker.

Kenobi sonrió y aventó la esfera al aire.

—Concéntrate.

Skywalker se puso de cara al blanco, mientras este silbaba y salía disparado por la habitación. Cada vez que la esquivaba y giraba, Karr no podía evitar copiar los movimientos del Jedi, casi como si esperara su turno.

Hasta que algo hizo que ambos se detuvieran.

Kenobi se llevó las manos al pecho y buscó un lugar para sentarse. Skywalker replegó su sable de luz.

—¿Se siente bien? ¿Qué pasa?

—Sentí una gran conmoción en la Fuerza. Como si millones de voces gritaran de terror y luego fueran silenciadas.

Después, al igual que esas voces, la visión de Karr desapareció.

Cuando sus ojos funcionaron correctamente de nuevo, advirtió que RZ-7 había encendido algunas luces más. La habitación era más luminosa; pequeñas hileras de focos de señalización secundarios parpadeaban suavemente en modo de espera. Sonrió de oreja a oreja.

Maize estaba parada sobre él. Sonrió con satisfacción y puso una mano sobre la cadera.

—Pareces muy feliz para alguien que acaba de caerse y golpearse la cabeza.

—¿Me golpeé la cabeza?

—Con el asiento —dijo, señalando la banca con el mentón.

—No lo sentí. ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —preguntó, poniéndose de pie.

—Nueve punto cero dos segundos, aproximadamente —informó el droide.

—Peor que mi reacción en el almacén de Sconto, pero definitivamente valió la pena —dijo Karr.

—Si tú lo dices —intervino Maize, escéptica y satisfecha de que no estuviera muerto ni nada parecido.

Maize tomó lugar en el asiento y subió los pies sobre la mesa redonda que estaba entre ellos; estaba atornillada al piso. Los tacones de su bota rasparon la superficie, pero no se tambaleó.

—La primera vez que me desmayé duró siglos. Mis padres pensaron que había muerto.

—Su trayectoria es cada vez de mayor fortaleza, señor —lo apoyó RZ-7—. Salió de su trance después de nueve segundos y con una sonrisa. ¡Esta es la visión más exitosa que jamás haya tenido! Si damos por sentado que su cabeza no explotará en la siguiente hora.

—En realidad no creo que vaya a explotar. Solo que… se siente un poco así.

Se frotó las sienes y trató de no quejarse.

—¿Valió la pena? ¿Qué viste? ¿Descubriste algo nuevo?

Se sentó junto a ella.

—¡Valió la pena por completo! Escuché esos nombres de nuevo; los mismos que antes.

—¿Skyhopper o ese?

—Skywalker —corrigió, poniendo los ojos en blanco—. Y Kenobi. Pero fue antes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maize.

—Skywalker no era un general en esta visión. Parecía que no sabía mucho sobre la Fuerza. Estaba… entrenando. Como yo, en cierto sentido. Solo que él sí tenía un verdadero mentor. Un Jedi real para mostrarle el camino.

Maize podía ver cómo mermaba el ánimo de Karr.

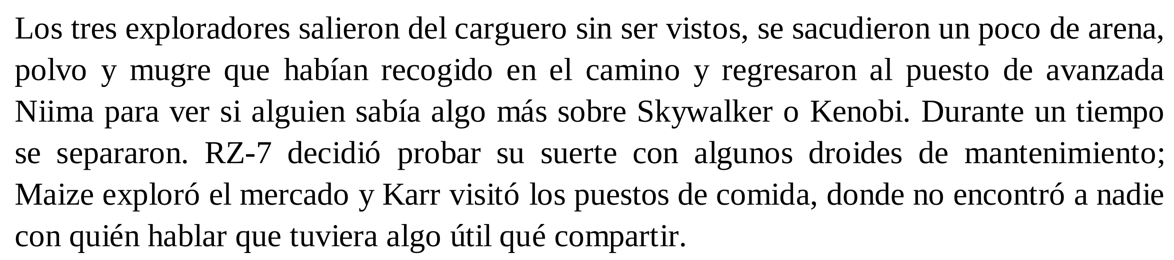
—Quizá —añadió—, pero ¿sabes qué era lo que no tenía? Una gran amiga que le ayudara a encontrar lo que necesitaba y lo llevara por toda la galaxia.

—Eso es cierto —aceptó Karr con una sonrisa.

—Y ahí vas a llegar. Solo es cuestión de tiempo. Si lo piensas, apenas estamos empezando.

Karr se dio cuenta de que Maize tenía razón. Si el mismo Skywalker se convirtió en un Jedi que podía derribar naves del cielo usando solo la Fuerza, entonces quizá él aún tenía esperanzas.

CAPÍTULO 11



Los tres exploradores salieron del carguero sin ser vistos, se sacudieron un poco de arena, polvo y mugre que habían recogido en el camino y regresaron al puesto de avanzada Niima para ver si alguien sabía algo más sobre Skywalker o Kenobi. Durante un tiempo se separaron. RZ-7 decidió probar su suerte con algunos droides de mantenimiento; Maize exploró el mercado y Karr visitó los puestos de comida, donde no encontró a nadie con quién hablar que tuviera algo útil qué compartir.

—Esto apesta —se quejó con nadie en particular. El puesto de avanzada no era muy grande y no había nadie a quién molestar—. ¡Un hombre derribó naves del cielo! —gritó—. ¿Cómo es posible que nadie sepa nada de eso?

No había alma cerca que pudiera oírlo, y nadie respondió; pero un suave alboroto comenzó a resonar entre la multitud. Las personas hablaban, nerviosas. Algunos clausuraron sus puestos del mercado, enrollaron alfombras y cerraron gabinetes llenos de comida, guardaron sus provisiones y colgaron letreros que decían CERRADO en media docena de idiomas.

Algo estaba pasando.

Karr se cubrió los ojos y los entrecerró frente al brillante y seco paisaje. Las contraventanas de la caserna estaban abiertas para negocios, pero la fila había disminuido. La pequeña área donde se guardaba, clasificaba y vendía ganado y droides quedó en silencio, salvo por los nerviosos bufidos de los happabores.

—¡Basta! ¡Déjenme!

Era Maize.

Karr sintió pánico, la buscó alrededor y después siguió su voz, porque ella continuaba gritando y protestando con ira. Cuando finalmente llegó hasta ella, su corazón dio un vuelco.

Dos stormtroopers de la Primera Orden la arrastraban. Ignoraban por completo sus patadas, gritos y codazos; la sacaban del puesto de avanzada hacia una nave cuyo casco sobresalía más allá de la siguiente duna.

¿Cómo no la había escuchado? ¿Cómo no había visto a los troopers?

Trató de correr a su lado, pero RZ-7 lo interceptó para detenerlo.

—Señor, no puede ayudarla ahora.

—¡Debo intentarlo!

Cruzó disparado el mercado, atravesó la fila de la caserna y siguió directo hacia la espalda del soldado más cercano, quien tropezó y soltó el brazo izquierdo de Maize.

—¡Suéltala!

Maize aprovechó la oportunidad para darle un rodillazo en la entrepierna al trooper que la sujetaba del lado derecho. Él giró lo suficientemente rápido como para esquivar lo peor; torció el brazo suelto de Maize detrás de su espalda y la inmovilizó.

Ella no podía hacer nada más que retorcerse e insultar.

El otro trooper se incorporó y apartó a Karr de un golpe.

—¡Lárgate, chico! Esto no es asunto tuyo.

—¡Es mi amiga!

—Y nuestra manera de regresar a casa… —observó RZ-7 en un murmullo que solo Karr pareció oír.

Maize se paró de puntas y arqueó la espalda hacia atrás, tratando de zafarse del soldado, pero no pudo encontrar ningún punto de apoyo.

—¡Mi papá los envió! ¡Quieren que regrese!

—¡No! —gritó Karr a toda la galaxia—. No, no pueden llevársela. Ella está conmigo.

—¿Quieres venir con ella? —preguntó el hombre, sarcástico. Su voz era confusa y mecánica bajo el casco.

Karr estaba a punto de responder que no creía que tuviera otra elección, considerando que fue la nave de su papá la que incautaron para vivir sus aventuras, pero ella lo interrumpió.

—¡No! —gritó.

Se miraron fijamente; ella lo vio como si tratara de comunicarse con él por telepatía. Entre dientes, dijo:

—Entonces tendrás que dejar aquí tu nave. Vinieron solo por mí, ¡no por ti! Así que súbete a tu nave y vete de aquí.

—¿Qué? —preguntó, confundido.

—Todavía tienes varias cosas qué investigar. Objetos que… que tocar, o lo que sea. Caballeros espaciales muertos y encantados que buscar. No hay razón para que regreses a Merokia. Puedes volar alrededor de la galaxia sin mí —añadió, haciendo énfasis y parpadeando hacia el lugar donde el *Avadora* estaba estacionado.

No habían venido por la nave, solo estaban aquí por Maize, eso era lo que ella trataba de decirle.

Karr miró a RZ-7 de reojo; se preguntaba si entre ellos podrían en verdad pilotear la nave sin ella. El droide se encogió de hombros y asintió.

—Oigan, chicos, déjenme ir, solo un segundo, por favor —le suplicó a los troopers—. Apúntenme con el bláster o hagan lo que quieran, pero déjenme darle algo. ¿Por favor? Es importante.

—Está bien, solo un minuto. Pero —agregó en su oído— no hagas nada raro. Sabemos todo de ti, niña. Si fuera por mí, te habría aturdido y arrastrado por los pies, pero tu padre es importante en la Primera Orden; así que agradece a tu buena estrella por eso.

La soltó y retrocedió un paso para apuntarle con su bláster.

—Oh, lo agradezco —respondió sarcástica—. Todos los días, en todos los planetas en los que he tenido que vivir.

El otro soldado también le apuntó con su bláster.

—Sí, debes hacerlo. Quizá es la única razón por la que todavía nadie te ha lanzado de una cámara de descompresión. Despídete o haz lo que tengas que hacer, pero que sea rápido.

Maize se enderezó la chamarra, se ajustó los pantalones y se sacudió la contaminación imaginaria del stormtrooper de los hombros, como si fuera polvo. Caminó hasta Karr y lo miró fijamente a los ojos.

«¿Me va a dar un beso de despedida?», se preguntó de pronto. Era obvio que él no esperaba eso; en particular, no frente a los troopers de la Primera Orden.

Ella metió la mano a su mochila y tanteó hasta encontrar lo que buscaba: el pequeño intercomunicador holográfico que usó cuando estaban con Sconto.

—Toma esto —le dijo, poniéndoselo en la mano—. Así puedes mantenerme informada de tus aventuras.

—Está bien —respondió, ajustando sus expectativas—. Mantenerte informada.

—Y supongo que puedes comunicarte con tus padres, si así lo deseas. Puedo darles tus mensajes; y, oye, quizá eso evitará que envíen idiotas como estos en tu busca.

—Te prometo que no tienen acceso a… a… —Miró a los troopers blindados y considerablemente armados—… tipos como estos. Solo se preocuparán y se quejarán, no tratarán de rescatarme.

—Sí, bueno, pero de todas formas quédate con esto.

—¿Por ti?

—Por mí —asintió—. Si es suficiente.

Él asintió con un poco más de convicción y entusiasmo.

—Seguro, es suficiente. No quiero perder el contacto contigo. Nunca.

Ella alzó las cejas y sonrió.

—¿Nunca? No te adelantes; tú siempre te adelantas…

—Entiendes lo que quiero decir —añadió, avergonzado.

—En serio, comunícate conmigo de vez en cuando, por favor. Para saber que estás vivo y que nadie te atacó o te lanzó de una cámara de descompresión.

Karr se inclinó levemente.

—Lo haré. Todas las noches. Dos veces al día. Tan seguido como quieras.

Ella rio y retrocedió con las manos extendidas hacia el stormtrooper, como si esperara que la esposaran.

—¿Quién se adelanta ahora? —reaccionó el trooper mientras la tomaba por el brazo.

Caminó con Maize hacia la duna y la nave que estaba detrás; el otro trooper miró sobre su hombro y dijo:

—Buena suerte, chico. Con amigas como esta vas a necesitar toda la suerte que puedas obtener.

Karr los miró alejarse. Con cada uno de sus pasos se apretaba más el nudo en su estómago.

Cuando se perdieron de vista y escuchó cómo zumbaba y aceleraba el motor de la nave de la Primera Orden, volteó a ver a RZ-7.

—RZ, ¿qué hacemos ahora?

—Seguir adelante, señor. ¡Hasta encontrar lo que necesita!

—De acuerdo —respondió con confianza.

—O hasta que sus padres convenzan a las autoridades de que deben buscarlo —agregó el droide—, así como la Primera Orden vino por Maize.

—Mis padres no tienen los recursos para hacerme volver a casa, pero tienes razón. Al final, su padre recordará la nave, o alguien lo hará. Ahí es cuando vendrán por mí.

—Entonces debemos aprovechar el tiempo que tenemos para hacer lo que podamos —propuso el droide sin discusión.

—¿Tuviste suerte? ¿Te enteraste de algo sobre Kenobi o Skywalker?

—Ninguno de los droides locales con los que hablé sabe nada —respondió—. ¿Supongo que usted tampoco tuvo suerte?

Karr vio cómo la nave que se llevaba a su amiga se elevaba y partía. En un momento se habría ido. Ahora más que nunca, deseó tener el poder de derribar naves del cielo como decían que Skywalker había hecho.

—No he tenido suerte aún —dijo—. Pero no me voy a ir hasta encontrar algo.

Giró y avanzó hacia uno de los puestos del mercado; examinaba a los distintos habitantes en busca de uno que pareciera saber algo o en quien al menos pudiera confiar. Su mirada cayó en una anciana cuya sonrisa carecía de algunos dientes. Su piel bronceada estaba reseca y opaca; su mirada de ojos hundidos e inyectados de sangre era la de alguien que estaba constantemente deshidratado. A Karr le pareció que tenía mil años, o que al menos había vivido lo suficiente como para haber presenciado algunas cosas.

—Señora, ¿le puedo hacer una pregunta? —La mujer asintió sin dejar de sonreír—. ¿Sabe algo sobre el Jedi llamado Skywalker, que supuestamente derribó las naves del cielo durante la primera batalla contra el Imperio que hubo aquí?

La mujer asintió. La emoción de Karr se disparó.

—¿Lo sabe? —Volteó y llamó a su droide—. ¡RZ! ¡Encontré a alguien!

Mientras RZ arrastraba rápidamente los pies por la arena, Karr volteó de nuevo hacia la anciana.

—No puedo decirle lo contento que estoy de conocerla. Me llamo Karr.

Ella estrechó la mano que él le ofrecía sin dejar de sonreír.

—¿Usted cómo se llama? —preguntó Karr.

Pero la mujer solo asintió y siguió sonriendo. Karr empezó a preocuparse.

—¿Sabe de lo que estoy hablando? —continuó. Más inclinaciones de cabeza. Él comenzaba a hacerse una idea de lo que estaba pasando. Lanzó una mirada escéptica a

RZ antes de preguntarle a la anciana—: ¿Quiere comprar una estrella? Tengo una que puedo venderle muy barata.

La mujer asintió de nuevo y siguió sonriendo; a Karr se le borró la sonrisa. Era claro que esta mujer estaba loca.

Karr escuchó carcajadas que provenían del siguiente puesto. Volteó y advirtió que la risa pertenecía a una suerte de humanoide que no le era familiar. La criatura tenía una cabeza grande, casi octagonal, pero solo una pequeña porción de ella estaba ocupada por el rostro. Karr no hubiera reconocido sus manos, a no ser porque la criatura alta y delgada señalaba con uno de sus tres dedos directamente a la anciana.

—Pierdes tu tiempo con ella —dijo la criatura—. Lleva aquí demasiado tiempo, ¿me entiendes?

—Yo contaba con eso —respondió Karr, aunque sabía que no era lo que él quería decir—. ¿Usted no sabe nada sobre el Jedi que derribó las naves del cielo?

El humanoide resopló, incrédulo.

—No sé nada de eso, pero me sé una mejor. —Se inclinó hacia adelante y miró a Karr con sus ojos azules entrecerrados—. ¡Sé de un Jedi a quien jalaron del cielo!

RZ-7 y Karr intercambiaron miradas. Todas las pistas eran importantes, y en este momento estaban desesperados por obtener cualquier cosa. Antes de que Karr pudiera decir algo, el droide exclamó:

—Cuéntenos.

La criatura agitó su estrecho cuello de izquierda a derecha. Karr no sabía si se debía a que era reservado o solo luchaba contra el peso de su cabeza, hasta que comenzó a susurrar.

—Hay una luna desértica que orbita Oba Diah. Les diría su nombre, pero dudo que tenga uno. Sin embargo, lo que sí tiene es algo interesante: la nave estrellada de un Maestro Jedi.

Desde el incidente con la anciana, Karr no había perdido su escepticismo.

—¿Cuándo sucedió esto? —preguntó.

—Hace mucho tiempo. Antes de la Guerra de los Clones.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé porque mi familia fue la responsable. Nosotros, los pyke, hacemos negocios con… bueno, digamos que estamos en el comercio de especias. Pero nuestro talento no termina ahí. Cuando se urdió un plan para deshacerse de cierto Maestro Jedi llamado Sifo-Dyas, reclutaron a los pyke.

—No le creo —espetó Karr—. Los maestros Jedi son increíblemente poderosos. No hubieran podido…

—Si no me crees, ve a verlo tú mismo —insistió el pyke—. Si bien yo no estuve ahí personalmente, soy descendiente de quienes llevaron a cabo la hazaña; quienes hicieron estallar su nave en el cielo —hizo énfasis en las últimas tres palabras.

Karr pensó que este tipo trataba de empezar una pelea.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

El pyke ladeó un poco la cabeza. No estaba preparado para esta pregunta, pero Karr podía advertir que, a pesar de todo, buscaba responder con la verdad.

—¿Orgullo, quizá? —respondió después de un momento—. Los pyke derrotaron a un Maestro Jedi.

—Puesto que lo más probable es que todos los Jedi ya estén muertos, me parece que los pyke no son los únicos que tienen esta distinción —observó RZ-7.

El pyke miró al droide.

—No hablo de los soldados clones que mataron a esos traidores. Me preguntaron por qué contaba todo esto. Por eso. Además, eso fue hace mucho tiempo, no puedo asegurar qué encontrarán en la luna de Oba Diah. En ocasiones, lo único valioso que queda es la historia que se cuenta.

—Pienso hacerlo —dijo Karr, casi como una amenaza.

—Hazlo —propuso el pyke—. Ve a la luna de Oba Diah. Haz tus preguntas a todo pulmón a todos los cadáveres que encuentres ahí o a los escombros que queden. Pero recuerda: un pyke es la razón por la que tanto tú como el Jedi están ahí. Si no tienes cuidado, los pyke serán la razón por la que no salgan.

—¿Es una amenaza?

—No es necesario amenazar. Oba Diah y sus lunas albergan muchos puestos de avanzada criminales. Considéralo solo una advertencia.

Dio media vuelta y se marchó entre puestos y comerciantes.

—¿En verdad vamos a ir a Oba Diah, señor? —preguntó RZ-7.

Karr dudó al principio.

—¡Por supuesto que vamos! —exclamó. Reflexionó un momento más y después murmuró—: Comercio de especias. ¿No dijo Maize que la nave que vimos pudo haber sido un carguero de especias?

—Así es, señor. Y encontré rastros de especias en la bodega.

—No hay mucha relación, pero si no hay nada en la luna de Oba Diah, al menos podremos seguir la ruta de las especias. Si la nave en la que estuvimos transportaba a los Jedi, quizá encontremos algo. De lo contrario, podemos regresar a casa y ayudar a Maize a escapar de su prisión. Empezar todo de nuevo.

Apretó el intercomunicador que tenía en el bolsillo. El droide no pensaba que fuera tan fácil.

—Señor, cuando regresemos a Merokia lo enviarán a la escuela de oficios. Me atrevería a decir que es posible que manden a Maize a un reformatorio, quizá en otro mundo. ¿Escuchó lo que decían esos troopers de ella? Ya debe tener antecedentes.

—También tiene un padre que no tiene inconveniente en usar los recursos de la Primera Orden para hacerla regresar a casa. Si quisiera enviarla lejos a un internado para jóvenes delincuentes lo hubiera podido hacer hace mucho tiempo.

El droide asintió y caminó a su lado; cuando llegaron a la nave, pasaron otra hora o dos asegurándose de tener una buena y sólida idea de cómo funcionaba. Maize les había

dicho todo lo que sabía, y había navegado muy bien. Sin duda entre los dos podrían hacer lo mismo.

—Actualicé mis protocolos de navegación lo más que pude —le aseguró RZ-7.

—Y yo puse mucha atención cuando Maize hablaba.

—No lo dudo —opinó el droide agachando la cabeza.

—Muy chistoso. No es mi culpa que nos llevemos tan bien.

—Solo comentaba que si usted buscara su lado romántico en lugar de su lado Jedi, ya hubiéramos terminado nuestra misión.

Karr lanzó una carcajada.

—Supongo que sí. Pero, de nuevo, ¿qué tendría de divertido? ¡Encendamos, pues, a este pequeño!

El droide se colocó en el asiento del copiloto y se puso el cinturón de seguridad.

—Listo, señor. Ya ubiqué las coordenadas de Oba Diah y su luna desierta.

—¡Excelente!

Karr se sentó en el lugar del piloto. No confiaba al cien por ciento en sus capacidades, tampoco sabía si esta expedición llegaría a algo, pero no podía negar que la sentía importante. ¿Estaba en control de su destino? Quizá sí, quizá no. ¿Estaba a cargo de esta nave de lujo? Por el momento, sí.

Nunca antes se había sentido tan libre.

Tampoco antes había experimentado tanto miedo ni se había sentido más perdido, pero no estaba solo y tenía los mapas del *Avadora* para guiarlo.

—Vamos, RZ. Veamos si podemos encontrar al Jedi solitario, olvidado en una luna sin nombre. Podemos hacerlo, ¿cierto? No es una aguja en un pajar, ¿o sí?

—Para nada, señor —replicó el droide.

Karr sabía que era mentira, pero la dejó pasar.

—Esto será maravilloso.

—Así será, señor. Pero pronto deberá descansar. La galaxia es grande y usted solo es humano.

Karr no quería descansar; quería seguir la aventura, pero el droide tenía razón, estaba exhausto. Así que después de despegar con éxito la nave en la atmósfera, que no era una pequeña hazaña considerando que eran pilotos inexpertos, decidió que era hora de tomar una siesta, soñar y recordar.



—¡Lo odio! —gritó Karr mientras entraba corriendo a la recámara de su abuela.

—¿A quién? —preguntó ella, dejando de lado el adorno en el que estaba trabajando.

—¡Al estúpido de Zabrak! ¡Rompió un ala de mi nave!

—Cálmate. Un chico de catorce años no debería llorar por sus juguetes.

—No es un juguete —se defendió—. Es una réplica de un X-wing clase B. Y me llevó siglos armarlo.

—No importa. Si te vas a entrenar en la Fuerza debes aprender a separar tus sentimientos.

—Preferiría separarle a él el brazo del cuerpo.

—¡Karr! —lo regañó su abuela.

—¡Perdón! —respondió rápidamente.

—En la Orden Jedi están prohibidos el apego y la posesión.

—¿Los Jedi no pueden jugar con juguetes?

Ella lanzó una carcajada.

—No es lo que quería decir. Los Jedi creen que el apego y la posesión pueden llevar a los celos, y a terminar en el Lado Oscuro de la Fuerza.

Karr dejó caer el modelo de nave como si fuera a contagiarse de algo.

—¡Oh, no! ¡No acabo de irme hacia el Lado Oscuro! ¿Verdad?

—No —explicó J'Hara para tranquilizarlo—. Pero debes concentrarte en lo que es importante en la vida.

Karr miró el modelo de nave, al que ahora le faltaban ambas alas gracias a él.

—Supongo que puedo vivir sin una inútil nave espacial.

—Sí, pero no solo se trata de cosas materiales. También tiene que ver con los organismos vivos.

—¿Personas?

—Si corresponde, sí. Por esa razón los Jedi no pueden casarse.

Karr dejó de hacer lo que estaba haciendo.

—¿No se pueden casar? —Nunca se le hubiera ocurrido. No es que tuviera a alguien en mente, por supuesto. Apenas tenía amigos y la única chica que le gustaba un poco era una twi'lek que ni siquiera le daba la hora. Pero era importante tenerlo en cuenta—. Entonces, ¿no tienen familia?

J'Hara tragó saliva como si fuera a decir algo más, pero en su lugar solo sacudió la cabeza.

—Guau, eso debe ser difícil —continuó Karr—. La familia es importante.

Y aunque dijo la palabra «familia», era claro que se refería a J'Hara; alguien en quien podía confiar, que lo cuidaba.

Karr siempre se había considerado como un solitario, un chico que no necesitaba amigos, pero se daba cuenta de que la palabra *solitario* no era correcta si tenías a una abuela que te hacía guantes. ¿Sería en realidad un verdadero solitario? Tendría que serlo si quería convertirse en Jedi. De eso se trataba todo, ¿cierto? ¿Por eso su abuela se esforzaba tanto?

—Pero incluso un Jedi necesita amigos, ¿no? ¿No se acaba por amar a la persona que te enseñó la Fuerza? ¿Cómo usarla? Es un poco confuso.

—No eres el primero en pensar eso —respondió—. Y tienes razón, la relación entre maestro y aprendiz es muy fuerte, pero no va más lejos con el fin de minimizar la pérdida

emocional cuando el maestro ya no es necesario. —J'Hara reflexionó en lo que acababa de decir—. Aunque supongo que eso es más fácil de lograr en teoría que en la práctica.

—Estoy de acuerdo —admitió Karr.

No podía imaginar lo que haría sin su abuela. ¿Alguna vez encontraría a alguien para reemplazarla? No. «Reemplazar» no era la palabra correcta. ¿Alguna vez tendría con alguien la misma relación que tenía con ella? ¿Que lo hiciera sonreír como ella lo hacía? No lo sabía. Pero no eran preguntas que debían responderse, todavía.

CAPÍTULO 12

Cuando Karr y RZ-7 salieron del hiperespacio se encontraron en el Corredor de Kessel, una ruta definida que, en general, usaban los contrabandistas para transportar especias a clientes despreciables.

—Me parece que aquí estamos fuera de nuestro elemento, señor —opinó RZ-7.

—Mucho mejor. Ya sabemos lo que sabemos. Ahora, empecemos a aprender lo que no sabemos.

—Me gustaría señalar, señor, que domino varios idiomas, pero en ninguno de ellos lo que usted dice tiene sentido. Y ya nos estamos acercando a Oba Diah y su luna.

Los dos viajeros consultaron con atención los mapas que pudieron descargar. Nunca se había hecho un verdadero trabajo de investigación en esta pequeña y triste luna; y a lo largo de los años, varios militares habían clasificado tanto la información que desgraciadamente estaba muy incompleta.

—Pero mira, aquí. Es un barranco, ¿no? —Karr miraba de cerca el mapa holográfico.

—Sí, veo acantilados. Creo.

—Bueno, el resto del planeta es tan liso como la cabeza de un umbarano, así que comencemos por ahí.

—¿Y qué hay de los criminales de los que nos advirtió el pyke? —dudó el droide—. ¿Cree que ese sea uno de sus asentamientos? —Señaló un pequeño campamento que estaba un poco al este.

Karr agrandó el mapa lo más que pudo.

—No sé. En estas imágenes parece que está abandonado, ¿no crees?

—Esperemos que así sea. De lo contrario, este viaje quizá no será tan sencillo como lo han sido hasta ahora los otros.

Trató de que las posibilidades deplorables no mermaran su entusiasmo.

—Aterricemos del otro lado del barranco. Aunque ese asentamiento no esté despoblado, quizá nadie nos verá.

—Muy bien, señor, pero tengamos cuidado. Este será nuestro primer aterrizaje.

—He escuchado que cualquier aterrizaje que puedes evitar es un buen aterrizaje.

—Me inclino a ser más exigente —respondió el droide—, pero supongo que eso es verdad. Sin embargo, si no podemos salir volando para evitarlo, eso significa que nos estrellaremos contra una luna desierta que quizá está abandonada o repleta de delincuentes.

—Odio cuando tienes razón. ¿Tus diagnósticos están actualizados?

—Sí, señor.

—Yo leí todos los manuales que encontré sobre esto, así que, entre los dos, estamos tan preparados como podemos estar.

—Inspira mucha confianza, señor.

—Gracias, RZ. Ahora, pondré las coordenadas hacia un lugar que parezca decente para estacionarnos. Supongo.

Diez minutos después, el *Avadora* aterrizó en el fondo de la parte norte del barranco, con tan solo un par de sacudidas y brincos, en un claro que probablemente alguna vez fue un río navegable o quizá solo era un amplio sumidero poco profundo y lleno de polvo.

—No fue tan delicado como lo que tenía en mente, pero estamos indemnes, así que yo diría que estuvo bien.

Karr desabrochó su cinturón en el asiento del piloto y tropezó antes de ponerse de pie. La nave había aterrizado sobre un suelo que no estaba completamente nivelado, y el chico se sentía nervioso después de su primer intento de posar una nave espacial sobre la superficie de un planeta. Incluso una semana antes no hubiera soñado que eso fuera posible. Ahora perseguía rumores sobre los Jedi de un sistema a otro.

Aunque seguía un poco temeroso y abrumado, sonrió de oreja a oreja.

—Parece que los circuitos están en buen estado, no se reporta ningún daño en los motores o escudos, así podemos decir que también fue un éxito.

El droide se desabrochó el cinturón de seguridad, se tambaleó y recuperó el equilibrio.

—Escaneo para buscar fragmentos de metales pesados o señales de naufragio.

—Cruza los dedos para que sean restos Jedi y no negocios sospechosos de familias de criminales.

—Si tuviera falanges articuladas, sin duda lo haría.

Karr lanzó una carcajada.

—Sabes lo que quiero decir.

—Lo sé. Creo que el escáner de la nave registró evidencia de un accidente, a unos cuantos kilómetros al oeste.

—¿En serio? ¿Es la nave?

—No es claro, señor. Detecto piezas de metal, pero nada muy grande.

—Bueno —suspiró Karr—, vamos a ver qué encontramos. Es extraño, pero casi deseo que el pyke se haya equivocado.

—Entiendo, señor. Los logros de su familia fueron demasiado exuberantes. Pero si encontramos algo que se relacione con los Jedi, todos ganamos.

—Cierto, cierto —respondió Karr, bajando de la rampa.

Afuera, el aire no era muy distinto al de Jakku: caliente, seco y salpicado de granitos de arena y grava. Pero el barranco ofrecía un poco de protección y mucha sombra, así que no estaba tan mal si se comparaba con el desierto del que venían. Colgada a la cadera, Karr llevaba una cantimplora que había encontrado en la pequeña cocineta de la nave, que ni de lejos podía considerarse una cocina; sobre la cara llevaba un visor de protección que encontró guardado debajo de un asiento y que evitaba que el brillo lo cegara. Tomó todas las precauciones posibles, pero aún sentía que no era suficiente.

Activó una baliza para poder encontrar su camino de regreso y empezó a caminar; el droide avanzaba con precaución detrás de él, cuidando la retaguardia en caso de problemas.

Durante una hora escudriñaron canales polvosos, escalaron montones de piedras que se desgajaban de las paredes del barranco y encontraron varios callejones sin salida que no los llevaron a nada. Tampoco vieron ni una sola señal de otras personas, especies o algún posible alineamiento moral.

Hasta donde Karr sabía, toda la luna estaba desierta.

—Eso no es verdad, señor. Hay pequeñas comunidades aquí y allá; en su mayoría, mineros de silicato.

Karr tenía los labios secos y partidos. Trató de no lamérselos, pero era difícil. Se quitó los guantes y los guardó en sus bolsillos; hacía demasiado calor como para usarlos y no había nada más que tocar que la arena.

—Sería muy feliz si el planeta estuviera libre de criminales peligrosos.

—Sí, yo también. Oye, ¿qué es esto? —Karr se detuvo al borde de una larga zanja.

—¿Un distintivo geológico de la luna?

Él sacudió la cabeza.

—No, mira. Es como la marca grabada en la piedra de algo que arrastraron. Como si algo grande hubiera raspado justo aquí. Pudo haber sido ayer, pudo haber sido hace cientos de años, pero es la única señal de perturbación en todo este erosionado planeta, así que sigámosla.

—Muy bien señor. Quizá tenga razón, echar un vistazo no puede perjudicar.

—A menos que encontremos a unos criminales peligrosos.

—No tentemos al destino, ¿de acuerdo? —propuso el droide.

—No lo tentemos, cierto.

Caminó a lo largo del borde de la zanja; pisoteaba la tierra revuelta junto a ella.

—¡Mira!

—¿Qué encontró?

Señaló hacia abajo, hacia un panel torcido de metal enterrado.

—¡Definitivamente eso es el resto de una nave!

—¡Oh! Definitivamente. Sí, señor —admitió RZ-7 en un tono que sugería que hubiera puesto los ojos en blanco si esa fuera una opción.

—Quiero decir, quizá solo sea basura, pero es probable que no. Me parece que es la parte de un blindaje térmico. —Lo tocó con la punta de su bota. El droide no discutió. Karr dejó el fragmento y comenzó a trotar—. Mira, allá hay un montón de escombros.

—Tenga cuidado, señor. No sería bueno que comenzara una avalancha.

Pero Karr ya estaba a la mitad de la resbaladiza colina de piedras y grava; pateaba guijarros conforme la escalaba. O no le preocupaba caerse o estaba muy emocionado como para que le importara.

—RZ, ¡lo encontré! Encontré… *algo.*

El droide intentó subir la colina, pero tropezó y resbaló.

—Si no le importa, señor, me quedaré aquí y vigilaré.

—¡Por mí, perfecto! Pero en serio tienes que ver esto.

—Tome las medidas con su dispositivo, si es tan importante.

—Lo dejé en la nave —respondió; luego saltó hacia el otro lado del terraplén.

Ahí, sobresaliendo de la arena, vio una pieza triangular de metal, un poco más alta que él; proyectaba una sombra larga y recta sobre la arena. Era claro que el fragmento se había desprendido de algo más grande durante el terrible accidente. Aquí y allá se desperdigaban en el paisaje trozos más pequeños de escombros; salvo por la enorme y afilada pieza, todo lo que vio era lo suficientemente pequeño como para meterlo en un morral.

—¿Puede ver el naufragio, señor? —gritó RZ-7.

—Veo pequeñas piezas de metal —respondió Karr—. Pero eso es todo. Si había algo más grande, alguien ya se lo llevó.

Avanzó hacia la pendiente escarpada y bajó lentamente. Resbaló, cayó y rodó hasta detenerse contra la pieza más grande, que se erguía como un extraño obelisco.

—¡Esta cosa lleva mucho tiempo aquí! —gritó, en caso de que RZ-7 aún pudiera oírlo.

El droide respondió algo; parecía alentador, no alarmante, así que Karr no le pidió que lo repitiera.

En la parte exterior del fragmento de metal vio una serie de números, pero no pudo leerlos con claridad. Usó sus mangas para quitar la suciedad y encontró trazas de pintura roja, junto con lo que pensó que era la firma de la nave. 775519. Si tan solo tuviera algún tipo de base de datos podría verificar los números para saber qué nave mayor había enviado al transbordador, cuándo y por qué. Sin embargo, lo único que tenía eran suposiciones.

Caminó, gateó y escaló por el campo de escombros; examinó cada pieza y la descartó. Después, vio un pedazo un poco más grande. En cualquier caso, la esquina de uno; el resto estaba enterrado en la arena. Se acercó con curiosidad y lo pateó suavemente. No se movió. Era pesado y después de unos minutos de escarbar con las manos, se dio cuenta de que había encontrado una pequeña caja de almacenamiento.

La alzó para sacarla del agujero, deseando que RZ-7 estuviera ahí para ayudarlo. La parte posterior estaba desprendida en el lugar en el que los tornillos la sujetaban a la nave. La caja se había separado de su armazón y había salido volando.

Levantó su visor y se lo colocó sobre la frente.

—Aquí se estrelló una nave y alguien se llevó los restos, pero no se llevaron todo —dijo, tratando de recordar sus visiones—. Un Jedi voló esta nave o estuvo en ella. —Al decir las palabras en voz alta, le pareció que sonaban verdaderas—. ¿Dónde se sentó? ¿Qué hacía? ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué se estrelló aquí?

¿Lo habrían derribado o la nave sufrió algún tipo de falla mecánica? Karr no tenía manera de saberlo. Con dificultad podía navegar algo, incluso la nave que lo había llevado tan lejos. Cualquier esfuerzo por evaluarlo era inútil.

—Al menos la evaluación acostumbrada —murmuró.

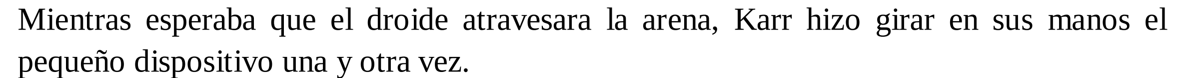
Sacó del bolsillo su pequeña y confiable navaja y comenzó a raspar el metal retorcido. Después de tres o cuatro intentos, se abrió de golpe con un crujido y un chasquido. Dentro, encontró una maraña de cables sueltos que no se conectaban a nada, y un paquete vacío de auxilio vital. Al principio no advirtió nada más, pero algo le decía que siguiera buscando.

Así que continuó; empujó los cables y la basura hasta que lo vio: un dispositivo redondo del tamaño de la palma de su mano, fabricado en metal brillante pálido.

Sus ojos se abrieron como platos. Lo alzó hacia la luz para verlo mejor y, cuando estuvo seguro, le gritó a RZ-7.

—¡Tengo algo! ¡Ahora sí tengo algo!

CAPÍTULO 13



Mientras esperaba que el droide atravesara la arena, Karr hizo girar en sus manos el pequeño dispositivo una y otra vez.

—¿Todavía funcionas? —le preguntó; en ese momento se sintió un poco estúpido. No podía responderle, aunque quisiera. No se encendió ni le produjo ningún tipo de imagen que fuera útil—. ¡RZ! —volvió a gritar.

—Acá, señor. Disculpe, fue un poco difícil llegar hasta aquí —respondió el droide desde mucho más cerca de lo que Karr esperaba.

—¡Mira lo que encontré!

—¿Un holoproyector? ¡Muy bien, señor!

—Estaba escondido, o quizá solo acabó dentro del gabinete cuando se estrellaron. Aunque no funciona. ¿Crees que puedes ayudar?

—Haré lo posible, señor.

Mientras el droide tocaba y apretaba la pequeña unidad silenciosa, Karr se quitó los guantes y, con mucha delicadeza, tocó el borde.

Zap.

Ruidos fuertes. Volteretas, caídas por el cielo.

Retiró la mano de inmediato.

—¿Señor?

—Está bien.

Volvió a intentarlo. Esta vez vio objetos que caían y escuchó disparos de láser. Todo estaba fuera de control; volaban chispas, el metal chirriaba y se doblaba. Las luces de emergencia parpadeaban y las alarmas sonaban.

Entonces lo vio. Una silueta que ponía todo su esfuerzo en volar la nave. El piloto llevaba la túnica Jedi; por un momento, Karr pensó en la suerte que tenía de que el Jedi estuviera vestido así, al menos eso siempre le había ayudado a identificarlos en sus visiones.

Pero ahora experimentaba demasiado dolor; sintió que se iba a desmayar, soltó el dispositivo justo a tiempo y se sentó. Dobló las rodillas y dejó caer la cabeza entre ellas, tratando de recuperar el aliento.

—¿Fuerte, señor?

—Muy fuerte. El accidente… todo lo que puedo ver es el accidente.

En ese momento, el chasquido seco de un pequeño mecanismo salió del holoproyector. Tanto Karr como RZ-7 dieron un salto, sorprendidos.

—Señor, creo que, después de todo, queda un poco de vida en esta unidad. Espere, déjeme ver…

Hizo algunos movimientos y una débil luz azulada parpadeó y cobró vida.

—¡Funciona! ¡Lo lograste!

—Hago lo mejor que puedo, señor.

Abrió un pequeño panel que estaba pegado por la arena. Otra luz se encendió; esta vez, apareció un pequeño holograma. Era pálido y débil, borroso por la estática, pero la imagen se reprodujo.

Según su visión, el Jedi en el holograma y el piloto que se debatía eran la misma persona. Parecía que al hombre lo habían golpeado, y se balanceaba de atrás hacia adelante en un esfuerzo por mantener el equilibrio.

—Soy el maestro Sifo-Dyas, en camino a la luna desértica que orbita Oba Diah. Estoy con… con… —Una explosión sacudió la nave, si era desde ahí desde donde grababa el mensaje—. Silman, en la cápsula de sobrevivencia de emergencia número siete-siete-cinco-cinco-uno-nueve; nuestro transmisor de largo alcance ha sido destruido. Los pyke nos atacan; me preparo a tirar por la borda este proyector con la esperanza de que alguien lo encuentre y…

Los siguientes segundos eran confusos.

—¡Oh, guau, RZ!

—¡En efecto, señor!

La imagen de Sifo-Dyas volvió a ser clara.

—La verdad es que no saldremos de aquí con vida. —Parecía exhausto y asustado, pero determinado—. Si eso sucede, que así sea. Pero algunas cosas no se deben perder. Hasta aquí he llegado, y quiero… quiero que todos entiendan que hice mi mejor esfuerzo. Quizá algunos no estén de acuerdo con mis métodos, pero son tiempos desesperados y alguien, en algún lugar, debe comprender: como saben, tuve una visión del futuro que considero que justifica un ejército. No estuvieron de acuerdo conmigo, pero no tuve otra opción. Por lo tanto, encargué la creación de un ejército clon a los kaminoanos. Algo se tiene que hacer y tomé la decisión. Quizá me arrepienta y… —Más estática, gritos confusos de otra persona que está en la nave—… pero tal vez no tenga que vivir mucho tiempo con esa decisión.

—Oh, guau… —repitió Karr.

Sifo-Dyas se desvaneció y volvió a aparecer. Se dirigió a la otra persona que estaba en la nave, lo más probable a ese Silman, y le dijo:

—Apúrate, ¡no soportaremos otra descarga como esa!

Después, dirigiéndose a cualquiera que encontrara el mensaje y lo escuchara, o a los Jedi, añadió:

—¡Vengan a buscarme!

La transmisión se apagó.

Karr estaba pasmado, eufórico y paralizado.

—RZ, eso fue… eso es…

—Un Maestro Jedi, sí, señor.

—No una visión —se apresuró a especificar—. No un sentimiento confuso, sino mi primera imagen de un verdadero Jedi. —Esperó un momento para asimilarlo todo—. Está

sucediendo, RZ. Estoy haciendo la conexión. Primero con las jaquecas y después al compartir el mismo espacio con Kenobi y Skywalker en esa nave. Y ahora, al ver a un Jedi real con mis propios ojos.

—¿Qué falta? —preguntó el droide.

—No sé. No estoy seguro, pero no dejo de sentir que… ellos… quizá aún estén vivos, de alguna manera. En algún lugar.

—Permanecerán vivos siempre y cuando usted los recuerde, señor.

—Es cierto, RZ, pero no es eso lo que quiero decir. No puedo explicarlo, pero siento que voy a encontrarme con uno.

—Me temo que lo más probable es que no sea Sifo-Dyas.

—No, lo más probable es que no sea él. ¡Pero quizá Sifo-Dyas conocía a Skywalker! ¡O a Kenobi! ¡Quizá trabajó con ellos o pelearon juntos! ¿Escuchaste la parte sobre los clones? ¿Eso es cierto? ¿Crees que es cierto?

—¿Que los creó un Jedi? No tengo conocimiento de que haya evidencia de lo contrario, y esta trágica grabación es una prueba a favor de esa historia —respondió RZ-7. El viejo holoproyector que volvió a la vida durante unos momentos chirrió y explotó, sus luces se apagaron por completo. El droide lo miró con tristeza—. Es una lástima que no podamos recuperar el resto del mensaje; creo que eso fue lo último que le quedaba de vida. De todas formas, cumplió su función.

Karr asintió.

—Sifo-Dyas debió grabarlo solo unos segundos antes de que la nave se desplomara. —Se estremeció al pensarlo.

—Supongo que, después de todo, el pyke tenía razón.

—Y prácticamente escuchamos sus últimas palabras.

Una ola de emoción inundó su pecho. De nuevo estaba tan cerca de un verdadero Jedi que casi podía tocarlo. Estaba parado en medio de los escombros de la nave del hombre a quien habían abatido en el espacio, y él había visto uno de sus últimos momentos de vida. Eso le hizo recordar de nuevo a los pyke.

—Vámonos de aquí antes de que aparezcan esos criminales —dijo; su voz sonaba tan cansada como se sentía.

—Buena idea, señor. ¿Adónde vamos? —preguntó el droide mientras escalaba el barranco de camino a su nave.

—Me caería bien un poco de comida. Salgamos de esta luna y veamos qué podemos encontrar en Oba Diah.

—Muy bien, señor.

De nuevo a bordo, consultaron los mapas y encontraron un lugar en el planeta que no parecía muy sospechoso. Una hora después estaban sentados frente a la barra de una cantina, rodeados de distintas especies, incluidos algunos seres vestidos de overoles beige de minero, cubiertos por la misma tierra rojiza que tapizaba toda la luna. RZ-7 y él recibieron algunas miradas extrañas, pero nadie hizo ningún comentario cuando Karr

pidió una rebanada de omelette al horno que sabía a cartón, y el mismo refresco con gas que Maize había comprado el día anterior. No sabía bien, pero lo hizo pensar en ella.

—Señor, debería estar contento. Encontró lo que buscaba, una verdadera aguja en un pajar, por increíble que parezca.

—Tienes razón, RZ. Pero no puedo dejar de pensar que, por ahí, en algún lugar, hay un Jedi. Quizá no se trate de Sifo-Dyas o de Skywalker, pero alguien.

Suspiró de manera teatral y descansó la barbilla sobre el borde de su taza.

Un hombre que era el cantinero-mesero apareció a su izquierda con una jarra de refresco y le ofreció rellenarle el vaso. Karr alzó la cabeza, aceptó la bebida y se lo agradeció. No sabía mejor, pero estaba fresco y él tenía sed. Ahora que lo pensaba, hacía siglos que estaba sediento.

El hombre de la jarra interrumpió sus pensamientos.

—¿Escuché que estás buscando a un Jedi?

Karr no quiso emocionarse. Estaba tan cansado que simplemente murmuró:

—Sí.

—Te vas a decepcionar, amigo, porque ya no hay ninguno, desde hace mucho tiempo. Por lo que he escuchado, desde la Guerra de los Clones.

—Gracias —respondió Karr con un poco de sarcasmo.

—Claro que si quieres escuchar una historia de locos deberías hablar con Nabrun Leids. Es uno de los clientes regulares que afirma que vio uno hace treinta años.

—¿Treinta años? —Karr se emocionó de repente—. Eso es mucho después de la Guerra de los Clones.

Se levantó de un salto para acercarse al cantinero. Este trató de mantener a raya las expectativas de Karr.

—No te emociones, chico. Como dije, es cliente regular; no me sorprendería que fuera cliente regular en todas las cantinas de este lado de la galaxia, si entiendes lo que quiero decir. Por eso la llamo una historia de locos. Hay dos cosas que nunca encontrarás en este tipo de establecimientos: una cuenta barata y una historia honesta.

Karr volteó y observó los rostros de todos los que estaban en la sala.

—¿Quién es? —preguntó, ignorando la advertencia del cantinero.

El hombre suspiró y señaló al otro lado del salón.

—Es el morseeriano que está sentado allá.

Karr miró perplejo. Quería parecer un viajero experimentado, pero la verdad era que no podría distinguir a un morseeriano, aunque lo tuviera enfrente.

El cantinero alargó más el brazo.

—El tipo alto, verde, de cuatro brazos, que tiene una máscara antigás.

Karr se acercó al piloto; se preguntó si estaba asustando al morseeriano, pero se dio cuenta de que su especie solo tenía ojos muy grandes.

—¿Es cierto que usted vio a un Jedi alguna vez? —preguntó directamente.

El contrabandista se recargó en su asiento y succionó su bebida con un tubo especial que entraba a su máscara.

—Tan cierto como la expresión de esperanza que tienes en el rostro.

Era evidente que estaba a punto de comenzar la historia que había contado cientos, quizá miles, de veces antes, pero Karr no pudo esperar.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—De hecho, en un lugar muy parecido a este. Estaba tomando una copa cuando un chico, no más grande que tú, entra al lugar. A decir verdad, lo más probable es que no le hubiera hecho caso, salvo que unos droides lo acompañaban y eso hizo que el dueño le pegara de gritos. En fin, estoy en mis asuntos cuando este mismo chico empieza a discutir con un contrabandista aqualish que conozco, Ponda Baba. De pronto, de la nada, un anciano vestido con una túnica suelta enciende un sable de luz. Yo ya había escuchado rumores sobre los Jedi, siempre creí que eran un mito; pero de repente ahí estaba, frente a mí, iluminando la sala con su sable; el caballero mágico empuña su arma y de un tajo le corta el brazo al contrabandista. No sé, pudo haber durado un segundo, pudo ser un día. Todo lo que sé es que el tiempo se detuvo. Después, así como empezó en un instante, así terminó. Todos volvieron a sus asuntos y el viejo se fue con el joven a hablar con un wookiee. Lo sé porque no podía quitarles la vista de encima. Un verdadero Jedi. Y te diré qué más recuerdo: aunque no lo usó, el chico también tenía un sable de luz.

Karr sentía que le ardía la cara, no era el calor de una visión sino la emoción de saber que estaba más cerca de un Jedi de lo que pensaba.

—¿Y dice que esto pasó hace treinta años?

Nabrun Leids bebió otro sorbo a través de la máscara.

—Veamos, llevo cuarenta años contrabandeando, más o menos, así que… sí, algo así.

Karr casi no podía creerlo. Esta era la segunda prueba que tenía de que los Jedi existieron después de la Guerra de los Clones. Y si eso era posible, cualquier cosa lo era.

—¿Dónde fue eso? —preguntó.

—Bueno, no es fácil decirlo. Mira, yo he estado en toda esta galaxia, y después de un tiempo una cantina se empieza a parecer mucho a la siguiente.

—¡Vamos! —se quejó Karr—. ¡Tiene que recordar algo! —Pero fue Karr quien recordó—. ¡Déjeme tocar su máscara! —exclamó, emocionado, al tiempo que, sin pensarlo, se quitó el guante de la mano derecha y lo tiró al piso. Pero estaban en un bar, y ese gesto generalmente significaba pelea. El morseeriano llevó la mano a su bláster. Por suerte para Karr, el piloto había ingerido tanto líquido que perdió el equilibrio, y cayó al piso.

—No, no. No iba a hacerle daño —insistió Karr.

Pero el daño estaba hecho.

—¡Creo que debes irte! —gritó el cantinero desde el otro lado del salón.

—N-no —tartamudeó Karr—. No era mi intención, solo… ¿Estaba usando la máscara cuando vio al Jedi?

Nabrun Leids se incorporó y subió de nuevo a su silla.

—No. Eso fue hace mucho tiempo.

Ahora, la cara de Karr ardía de frustración.

—¿No recuerda nada del planeta?

—¡Hijo, te pido que te vayas! —gritó el cantinero.

Pero Karr solo tenía ojos para el morseeriano.

—¿Ni lo más mínimo?

—No… no sé. Quizá…

—¿Quizá qué? —urgió Karr.

Pero el cantinero ya había tenido suficiente.

—Toma tu cambio y vete —insistió, arrojando los créditos a través del salón.

Por instinto, Karr se agachó a recoger el cambio.

—Oh, no —murmuró al sentir que el dolor se le subía a la cabeza.

Si había algo que viajaba de un lado al otro de la galaxia y que era testigo de todos los eventos importantes que la vida podía ofrecer, era el dinero. Guerras, nacimientos, asesinatos, negociaciones, graduaciones, descubrimientos científicos, coronaciones; todo creaba una tormenta de imágenes abigarradas y confusas que le impedían a Karr ejercer el poco control que había aprendido. Sintió cómo perdía el conocimiento, pero antes pudo escuchar al morseeriano:

—Creo que había dos soles.



Cuando Karr despertó, miraba de frente a un chadra-fan. No era tan agradable como mirar en los ojos de Maize, pero era un rostro amistoso.

—Debes ser un peso ligero.

—¿Qué?

—Te he estado observando, y parece que te desmayaste después de una sola bebida.

—No estaba… —Karr no tenía ganas de dar explicaciones—. Sí, soy peso ligero.

—También escuché que hablabas con Nabrun Leids.

Recuperó un poco sus sentidos y recordó la situación; volteó alrededor en busca del contrabandista.

—¿Dónde está? ¿A dónde fue?

—Tranquilo, hace mucho que se fue. Y por el aspecto de nuestro cantinero, te sugiero que tú también te vayas.

Karr lo pensó un momento.

—¿Conoces algún planeta con dos soles?

El chadra-fan lanzó una carcajada.

—Estoy seguro de que hay muchos.

Karr inclinó la cabeza. Tan cerca y tan lejos. Por lo menos era algo.

—Mira, no pierdas tu tiempo en busca de historias locas. Los Jedi ya no existen, pero si quieres cazar fantasmas, deberías ir a Batuu.

—¿Batuu? Nunca he oído hablar de él.

—Está en los límites del Espacio Salvaje. Es el tipo de planeta que la gente solo atraviesa; no se quedan ni viven ahí. Pero en ese lugar hay un tipo, Dok-Ondar. Es el mejor negociante de antigüedades que conozco; el mejor de quien he oído hablar. Dile que yo te envío. Mi nombre es Qweek, alguna vez nos conocimos. Han pasado muchos años, pero se acordará de mí.

—Gracias, te lo agradezco. En verdad —añadió para hacer énfasis y estrechó la mano del chadra-fan.

—Un gusto poder ayudarte.

RZ-7 miró cómo Qweek regresaba a la barra; luego dijo:

—¿Qué piensa, señor? ¿Valdrá la pena ir al límite del Espacio Salvaje?

—Por supuesto. Él fue muy específico. Y es obvio que entre más viajemos, más aprenderemos. ¿Por qué detenernos ahora?

—¿Quizá porque cada lugar nos acerca más a los sitios que frecuentan los hutt, los stormtroopers de la Primera Orden y diversos delincuentes?

Karr rio.

—Era una pregunta retórica, RZ. Además… —Cerró los ojos un momento—. Es como si la Fuerza tratara de guiarme. Cada vez que estoy a punto de darme por vencido y decir que es demasiado, aparece una nueva pista, otro indicio. Otro nombre u otro lugar.

En ese momento, un par de stormtroopers entró a la cantina. Se detuvieron cerca de la puerta para hablar con un par de hombres. El estómago de Karr se hizo nudo; pensó en cómo se habían llevado a Maize y se preguntaba si, después de todo, habían regresado por él y por RZ-7.

—¿Así que vamos a Batuu, señor?

Él asintió sin quitar el ojo de los stormtroopers.

—Definitivamente vamos a Batuu.

Juntos, se escabulleron frente a los soldados y cruzaron la puerta antes de ser los siguientes en la fila de interrogatorios.

Más tarde, a bordo de la nave, se dirigieron hacia una órbita estable para descansar durante lo que debía ser la noche, si aún estuvieran en Merokia. Karr no se hubiera tomado la molestia, se contentaba con acampar en tierra firme, pero RZ-7 le recordó la posibilidad de encontrarse con delincuentes o bandidos.

Así, salieron a órbita; el droide manejaba los sistemas de la nave para que Karr tuviera tiempo de meditar. Desde que su abuela le enseñó cómo hacerlo, trató de practicarlo al menos una vez al día. Pensaba que era una de las maneras en las que podía aprender a hacer lo que un Jedi hacía. Y a final de cuentas, no le hacía daño a nadie; es decir, excepto a su mente. Pero, aunque debía tener la cabeza despejada, no podía evitar pensar en Maize. Sacó el intercomunicador holográfico que ella le dio. Se conectó al transmisor de la holorred de la nave que enlazaba a los planetas de la Nueva República. Quizá era correr un riesgo, pero decidió que valía la pena y llamó a su amiga.

Ella contestó de inmediato. Estaba sentada en su cama, o lo que él supuso que era su cama, ya que nunca había visto su recámara. Estaba en pijama y parecía que acababa de bañarse. Su cabello estaba envuelto en una toalla.

—¿Cómo va todo? —preguntó Maize.

—Estaría mejor si nuestra legítima capitana siguiera volando esta cosa, ¡pero todavía no la destruyo! —respondió con orgullo—. Hoy la aterricé y todo.

—¿En serio? ¿Dónde están ahora?

—En la órbita de Oba Diah.

Comenzó a explicarle todo lo que había encontrado, pero ella no dejaba de interrumpirlo.

—¡Oh, guau! ¡Impresionante! Lamento habérmelo perdido. Créeme, este planeta sigue apestando igual que cuando nos fuimos y ahora estoy bajo arresto domiciliario —se quejó.

—¿En serio? ¿Te arrestaron? —exclamó horrorizado.

Ella se encogió de hombros.

—Técnicamente, no; pero me suspendieron de la escuela y estoy súper castigada. Karr, pusieron una alarma en la puerta de mi cuarto. ¿Lo pue… cree… to…?

La comunicación se cortaba.

—¡Oye, RZ! ¿Qué está pasando? —gritó Karr—. La transmisión se está interrumpiendo.

RZ-7 trató de diagnosticar la situación, pero informó a Karr que, en ocasiones, una mala señal era solo una mala señal.

—¡Maize! —exclamó Karr tratando de llamar su atención—. Estamos cortando.

De pronto, claro como el agua, ella dijo:

—¿En serio? No recuerdo que estuviéramos saliendo.

Karr lanzó una carcajada.

—No —respondió—. Quería decir que no podía oírte y quería contarte lo que encontramos. Creo que los Jedi pueden todavía estar vivos. Encontré una pieza del rompecabezas que tiene que ver con un Maestro Jedi que está perdido.

Maize abrió los ojos de sorpresa; pero antes de que pudiera contestar, la transmisión se cortó por completo. «Qué lástima», pensó Karr. Había tanto por hablar, tanto qué resolver. Pero estaba seguro de que tendría mucho más que compartir con ella después de su visita a Batuu. Karr decidió que había terminado por esa noche, aunque la estrella reluciente que alimentaba a Oba Diah y su luna desierta brillara rosada en el horizonte. Apagó las luces y comenzó a dormir, inspirado por las palabras del Maestro Jedi desaparecido: «¡Vengan a buscarme!».

CAPÍTULO 14

Karr y RZ-7 salieron del hiperespacio y las franjas de estrellas se redujeron hasta formar puntos. El chico recuperó el aliento mientras el *Avadora* se mantenía fijo al borde de la atmósfera de Batuu.

—Allí está. Esto es lo más lejos que podemos ir antes de llegar al Espacio Salvaje. ¿Y por allá? —añadió mientras se encogía de hombros—. Quién sabe qué haya más allá de este punto.

—No vayamos allí, señor. —RZ-7 inmovilizó la nave dentro de una órbita estable y ambos se reclinaron en sus asientos—. Más allá de este punto.

—No planeo hacerlo —respondió Karr con una sonrisa.

—Bueno. En ese caso, no bajemos tampoco —añadió el droide mientras apuntaba a la superficie azul y verde de Batuu.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con la tienda de Dok-Ondar?

—No necesariamente, señor. Pero mientras más nos aventuramos, siento que nos acercamos más al peligro.

—Eso forma parte de la exploración, RZ. Tienes que acostumbrarte.

—En realidad preferiría no acostumbrarme, señor.

Karr agitó la mano frente a la placa frontal del RZ-7 y en broma intentó utilizar la Fuerza sobre el droide.

—Vas a acompañarme.

El droide lo pensó por un momento y respondió:

—Muy bien, lo acompañaré.

Karr abrió la boca sorprendido.

—Espera un momento. ¿Lo dijiste porque usé la Fuerza o porque estás dispuesto?

—¿Qué le haría sentirse más feliz, señor?

Karr agitó de nuevo la mano.

—Me dirás la verdad.

—Sí, siempre le diré la verdad, señor.

Karr se cubrió el rostro con las manos y pensó que a la siguiente vez, si quería llegar a cualquier conclusión, necesitaría programar una personalidad menos complaciente.

—Por favor, encuentra dónde está la tienda de Dok-Ondar.

—Oh, ya encontré una ubicación. —El droide sacó algunos diagramas—. Está dentro del puesto de avanzada de Black Spire.

—Suena como un lugar emocionante.

—Podría serlo, pero deberíamos esforzarnos en evitar el entusiasmo excesivo, señor. No necesitamos atraer la atención. Como le mencioné, usted dice que es «emocionante», pero yo digo que es «alarmante». No hay mucho… cómo decirle… cumplimiento de las

leyes en Batuu. La gente va y viene como quiere, sin vigilancia de la Primera Orden o de nadie más.

—¿La Primera Orden no está en Batuu?

—No, hasta donde yo sé, señor. Según entiendo, el Puesto de Avanzada consiste casi por completo de un puerto espacial, una cantina, un mercado y una calle de mercaderes, así que, si lo vemos por el lado amable, es probable que encontremos sin gran dificultad a ese anticuario. Parece ser tristemente célebre en estas fronteras del sistema.

—Esperemos que sí.

Nadie en el puerto espacial los molestó, y difícilmente hicieron preguntas cuando aterrizaron la nave y la dejaron allí como si fueran dueños del lugar.

—Parece amigable —le susurró alegremente Karr.

—Señor, es mucho más probable que todos supongan que un joven con una nave privada y muy bonita de la Primera Orden venga al tipo de asunto con el que nadie quiere interferir. Siempre y cuando ninguno de los dos lo eche a perder diciendo la verdad.

—Yo no lo echaré a perder si tú no lo haces.

El droide asintió y luego, con voz suave, le dijo:

—Señor, debería fingir que es Maize.

—¿Qué? Nunca podría pasar por Maize, mi piel no es del color adecuado, soy de la especie incorrecta y, vamos, RZ, soy hombre.

—No me refiero a que debería fingir que es una chica, señor, y seguramente no un mirialano, pero valdría la pena pretender que viene de familia rica y privilegiada. Camine erguido, con la cabeza en alto. Ignore las preguntas si no le gustan y oféndase cuando le exijan información. Compórtese como si no le debiera explicaciones a nadie. Eso es lo que quiero decir.

—Ya entendí y es una buena idea. Tengo que canalizar mi Jedi interior.

—Sí, cuando no esté canalizando a su Maize interior.

Fuera del puerto espacial, el mundo de Batuu era una radiante combinación de sitio civilizado y salvaje. El Puesto de Avanzada estaba rodeado de bosques y colinas, enfatizados por las agujas de los enormes árboles petrificados que daban nombre al asentamiento. El cielo era de un vívido color azul y las copas de los árboles eran verdes brillantes, mientras que el mercado era un estruendoso arcoíris de puestos, plazas y callejones que contenían todo lo que cualquiera esperara comprar, fuera legal o no.

Solo les llevó uno o dos minutos preguntar en los alrededores para enterarse de que, en efecto, RZ-7 tenía razón: Dok-Ondar era un hombre fácil de encontrar. O, en todo caso, un ithoriano fácil de encontrar.

El tipo tenía la piel verdosa y caminaba con un grueso báculo de madera que utilizaba para señalar mientras hablaba. Su delgado cuello angulado se inclinaba a noventa grados hasta su cabeza, que tenía forma alargada y grandes ojos bulbosos enmarcados por largas pestañas blancas. Hablaba con un cliente en un idioma que Karr no entendía, mientras que una mujer de piel oscura y cabeza rapada lo traducía.

Después de que el cliente terminó con su asunto y se fue, la tienda quedó vacía y Karr condujo a RZ-7 al interior. La tienda no parecía tanto un comercio de chucherías sino un museo demasiado abarrotado de cosas. Los estantes estaban limpios y desempolvados, y la mayoría de los artículos tenían etiquetas que indicaban qué eran, de dónde venían y cuánto costaban. No estaban simplemente almacenados, sino en exhibición.

Los objetos mismos cubrían una gama que iba desde botones diminutos y túnicas, hasta estatuas pequeñas, cascos, animales de taxidermia y más. Se necesitarían mil años para alfabetizarlo todo en cualquier idioma y esa podría ser la razón por la que nadie los había colocado siguiendo ese criterio. En el mejor de los casos podría decirse que estaban agrupados y, en el peor, que estaban amontonados con cuidado, en tanto que cada espacio aislado estaba totalmente ocupado de manera ordenada.

El ithoriano habló y la mujer que lo acompañaba tradujo para Karr.

—¿Quién eres, niño, y qué quieres?

—Hola, señor, me llamo Karr, y este es mi droide RZ-7 —respondió sin estar seguro al principio de si dirigirse a la mujer o al ithoriano—. Un chandra-fan llamado Queek nos mandó. Vinimos desde lejos para conocer su tienda.

Dok-Ondar resopló y habló de nuevo.

—Todos los que llegan hasta mi puerta vienen de muy lejos —tradujo la mujer—. Debes estar buscando algo especial. ¿En qué puedo servirte, si tienes dinero para pagarme?

—Tenemos créditos —insistió Karr—. No estamos pidiendo caridades.

—Eso también es bueno. Soy un hombre justo, pero no siempre caritativo. ¿Qué buscas?

Karr se acercó al mostrador.

—Estoy buscando reliquias de los Jedi. Es para un proyecto de la escuela —añadió porque eso le había funcionado antes. No era tan divertido simular sin tener a Maize a su lado, pero de todos modos le gustaba la idea de inventarse una historia.

Dok-Ondar asintió, como si aceptara que Karr había llegado al lugar correcto. Sus ojos saltaron de un lado a otro.

—Jedi. Ya no se les ve por ningún lado.

—Cierto. Esa es la razón por la que estoy buscando objetos antiguos. Cosas que un Jedi pudiera haber usado o… o incluso tocado. ¿Tiene algo parecido en esta tienda?

—Tendrás que ser más específico —dijo la mujer a nombre de Dok-Ondar y Karr se preguntó cómo se llamaría.

—Literalmente cualquier cosa —indicó el droide—. No tiene que estar en perfectas condiciones, ni ser costosa o elegante.

—Gracias por reducir las opciones —respondió con el suficiente sarcasmo como para que Karr pudiera escuchar el tono de su comentario antes de que la mujer tradujera sus palabras—. Podría tener algo especial en el cuarto trasero que te servirá y, como tienes los créditos, iré a ver. Adelante, mira lo que tenemos, pero no toques nada que no puedas pagar.

—Entendido. Sí, señor. Gracias. —Karr asintió exageradamente por la emoción que le provocaba saber que esta vez tenía que estar en el sitio correcto.

—Señor, ¿qué está haciendo? —preguntó RZ-7 mientras su amo deambulaba por el lugar.

—No te preocupes. Solo estoy mirando. Este tipo va en serio, RZ. Esto no se parece en nada al almacén de Plutt. —Se quitó los guantes y los metió en sus bolsillos.

—Pero tenga cuidado.

—No voy a romper nada.

—Ni soñaría con insinuarlo.

Empezó a recorrer una fila y luego otra, siguiendo su intuición y un hormigueo en las puntas de sus dedos que podría ser imaginario. De vez en cuando, volteaba la vista a sus pies para asegurarse de no tropezar mientras vagaba entre las estanterías que abarcaban de piso a techo.

Al poco se detuvo frente a una máscara. No, era un casco. Tenía el color de los huesos secos y un diseño abstracto en la cara, además de dos pequeñas rendijas para los ojos.

—¿Encontró algo, señor?

—La etiqueta dice que es un casco de Guardia del Templo. ¿Crees que los Jedi tenían su propio templo? Tengo que tocarlo. —Antes de que el droide pudiera disuadirlo o de que regresara el mercader ithoriano, Karr acercó cuidadosamente la mano y tocó levemente el rostro pálido sobre la repisa. En ese momento, un relámpago cruzó ante sus ojos.

Un mar de blanco. No. Una pared blanca que avanzaba hacia él.

Parpadeó con fuerza.

No era una pared. Eran hombres. Troopers. Clones que marchaban en formación, pero divididos en medio por algo negro. Avanzaban con un objetivo y lo hacían con precisión. Se parecía más a una procesión ceremonial que a una batalla. ¿Tal vez era un desfile? ¿Un ejercicio militar? Karr solo podía ver sus movimientos. Los colores eran nítidos y luego se opacaron. Karr se enfocó intensamente, concentrándose con todas sus fuerzas, y dejó dos dedos sobre la máscara, desafiándola a darle más y prometiéndose en silencio que podía tolerarlo.

El guardia que había portado la máscara vio cómo se acercaban, pero no tenía sensación de peligro, sino solo de familiaridad. Karr entrecerró los ojos para ver más, pero no pudo. Sin embargo, el guardia sí vio quién dirigía a los troopers: la figura vestida de negro que era su fuerza impulsora. De alguna manera, Karr lo supo y también supo que el guardia estaba confundido. Entre dientes, el guardia detrás de la máscara dijo para sí mismo, excepto que Karr también podía oírlo:

—¿Skywalker?

Y entonces se desató el infierno.

Skywalker encendió su sable de luz y derribó al guardia.

Karr apenas podía creerlo y no lo entendía; quería desviar la vista, pero no tuvo tiempo, ni siquiera en una visión. Skywalker, si acaso era él, se movía con demasiada rapidez y su violencia era tan incomprensible y enérgica como un truco de magia. Se escuchaba el disparo de los blásteres y el sonido sibilante de los sables de luz. Los cuerpos caían y se oían gritos de gente. Era tan difícil enfocarse en cualquier detalle y en cualquier momento específico que toda la escena se convirtió en una imagen desdibujada y pálida como una acuarela.

Karr respiró entrecortadamente mientras soltaba la máscara y trastabilló hacia atrás contra otra estantería, pero RZ-7 lo detuvo a tiempo e impidió que causara un caos o destruyera cualquier cosa entre los costosos artículos.

—Señor, ¿está bien?

—No… No estoy seguro. Fue… tan malo, RZ. Algo salió mal, pero realmente mal. —Respiraba con dificultad y apretó las manos contra los lados de su cabeza, como si pudiera utilizar la Fuerza para calmar el dolor. Lentamente pudo controlar su respiración y también el dolor.

¿Le dolía? Sí. ¿Podía ver sin sentir que se le clavaban agujas en los ojos? También sí. Eso era una mejoría, pero ¿valía la pena ver lo que había visto?

Dok-Ondar salió del cuarto trasero o bodega hacia la que se había esfumado y llevaba un gran estuche de vidrio, y a su lado iba de nuevo la mujer. Les habló en palabras que parecían más un ladrido y la mujer tradujo:

—¿Qué hiciste? ¿Rompiste algo?

El droide respondió para conseguirle unos segundos más a su amo para que pudiera recuperar el control.

—Todo está bien, señor. Solamente estábamos explorando y Karr encontró este fascinante casco. Esperábamos que nos pudiera hablar más sobre él…

—Ah, el casco de los Guardias del Templo —tradujo la mujer a nombre del ithoriano—. Entonces, sí conoces algunas de las leyendas de los Jedi.

Karr no estaba en condiciones de discutir con él, de modo que respondió con todo el autocontrol que logró reunir.

—Sí. Me parecen fascinantes. ¿Está seguro de que esto vino del… Templo?

—En efecto. El Templo Jedi. O en todo caso, vino de uno de los tipos que lo protegían. Como seguramente sabes, los guardias se volvían anónimos con estos cascos y sus túnicas ceremoniales, pero me temo que no tengo ninguna de sus túnicas. Me refiero a que no tengo nada que haga juego con los cascos.

Karr no podía creer que algo que sucedió hacía tanto tiempo lo pudiera alterar de ese modo. Respiró profundamente unas cuantas veces más y trató de recordarse que nadie más en la habitación había hecho el mismo viaje que él, así que necesitaba relajarse.

—Qué pena —coincidió finalmente. Su visión casi se había aplacado y apenas seguía viendo doble. «¡Vi doble!», pensó. Eso le recordó la pista que le dio Nabrum Leids acerca de los soles gemelos y pensó que seguramente el ithoriano podría conocer el planeta que estaba buscando—. Señor, usted…

Pero el experto coleccionista ya estaba pensando en otra cosa.

—Déjame mostrarte lo que encontré en la trastienda —dijo por medio de su traductora humana—. Encontré algo que te puede interesar.

Karr fue respetuoso, pero también estaba decidido a hacer su pregunta.

—¿Conoce cualquier planeta que tenga…?

»Son sables de luz —dijo con voz entrecortada cuando el coleccionista puso la caja en el mostrador—. ¡Tiene sables de luz! —En un segundo había olvidado todo lo que ocurrió antes y se enfocó en lo que tenía enfrente—. ¡Sables de luz auténticos!

—Sí, varios de ellos —respondió Dok-Ondar pasando sus largos dedos por encima de la caja de vidrio que los guardaba. Dentro del estuche y sobre una cama de espuma protectora y fina tela, Karr vio cuando menos media docena de sables desactivados, colocados unos junto a otros. Colocó sus manos desnudas contra el vidrio.

—Por favor, ¿me permite verlos?

—Para eso es el vidrio —dijo la traductora en una voz tan neutra como era posible.

RZ-7 respondió diplomáticamente.

—Ah, sí, pero mi amigo preferiría sostener uno de ellos para poder examinarlo más de cerca.

—¿Me haría ese favor? —agregó Karr.

Pero el ithoriano sacudió la cabeza, que se bamboleó de un lado a otro sobre su largo cuello.

—Estas armas son valiosas y peligrosas —tradujo la mujer—. Son para coleccionistas serios o para aquellos que quieren entrenarse en la antigua tradición… si tienen el dinero para hacerlo.

Karr intentó hacer lo que RZ-7 le había aconsejado y actuar como si estuviera ofendido y tuviera el derecho de hacer lo que quisiera.

—¡Perdóneme, pero debe saber que tengo créditos suficientes! ¿Siempre insulta de esa manera a sus clientes?

—Solo a los que llegan con ropa de otros mundos, pareciendo hambrientos y… oliendo como si lo que necesitaran fuera un baño.

—¡¿Perdón?!

—Perdóname tú, pero preferiría ver tus créditos antes de permitirte que toques estos sables. Si realmente eres un coleccionista rico, sabrás que esa es la norma. —El anciano acarició el estuche de cristal y se quedó viendo fijamente al chico con actitud reflexiva—. Tal vez si me dijeras la verdad sobre la razón por la que deseas tener estas cosas en las manos, entonces podríamos llegar a algún tipo de acuerdo.

—Le dije la verdad —insistió Karr—, es un proyecto para la escuela. Y… y estoy muy interesado en los Jedi, y en sus enseñanzas y tradiciones. Lo único que quiero es aprender. Eso es todo.

Dok-Ondar enderezó el cuello para que su estrecho rostro se elevara por encima de la cabeza de Karr.

—Así que solo quieres aprender. Entonces, ¿no quieres convertirte en Jedi?

Eso tomó por sorpresa al chico.

—No es eso.

—¿No? Ten cuidado, jovencito. Estos son tiempos difíciles y debes tener la prudencia de saber en qué mundo estás dando rienda suelta a tus deseos. No quieres esa carga sobre ti si no puedes tolerar la presión.

—Solo quiero aprender.

—Y, sin embargo, todavía no me muestras tu dinero.

Karr pensó rápido y decidió mantenerse firme en su historia.

—Usted no me dio ningún precio.

El ithoriano rio y sus manos se sacudieron en el aire mientras su pequeña mandíbula rebotaba.

—Te crees un gran negociante, ¿no? —tradujo la mujer—. ¿Qué te parecería si te digo que los sables de luz no están en venta?

—Pero…

—No vendo ninguno más que este. —Dok-Ondar sacó una empuñadura de forma extraña que estaba debajo de las demás—. Está descompuesto y es el único del que podrías persuadirme que me deshaga, pero solo si me lo pides de manera más amable de la que lo hiciste antes. Puedo detectar una treta cuando la veo y también puedo reconocer a un granjero que viene de un mundo inferior.

—¡No soy un granjero!

—No en un sentido literal. Tus manos sostuvieron algo más suave que un arado, pero ya sabes el tipo de persona al que me refiero. —El ithoriano aferró el sable roto junto a su pecho—. Ese tipo de engaños puede funcionar con seres inferiores, pero no tendrá sitio en este lugar.

—Ya le dije que tengo dinero.

Dok sacudió su muñeca.

—Si tuvieras dinero, ya lo habrías sacado para este momento, lo cual quiere decir que tienes menos de lo que finges tener.

Karr estaba más que frustrado. No había llegado tan lejos solo para que lo rechazaran por su aspecto, así que agitó la mano frente al rostro del ithoriano y le dijo:

—Me dará el sable de luz.

Dok-Ondar se le quedó mirando impasiblemente y también lo hizo la mujer que estaba a su lado. Karr no podía saber si estaba funcionando, así que lo intentó de nuevo.

—Me dará el sable de luz —siguió sin ocurrir nada—, a un precio razonable… por favor —añadió una vez más con otro movimiento de la mano.

Dok-Ondar fijó la vista en los ojos del chico y Karr sintió como si pudiera ver directamente al alma del ithoriano. Se dio cuenta de que no estaba funcionando el truco, pero eso no impidió que volviera a mover la mano abierta frente a él mientras decía:

—Me perdonará por siquiera intentarlo.

Para ese momento, Karr había sacudido la mano tantas veces frente a Dok-Ondar que parecía como si estuviera verificando si el comerciante estaba ciego.

El ithoriano suspiró y habló, mientras que la mujer parecía como si estuviera intentando controlar una sonrisa al mismo tiempo que traducía.

—Voy a dejar que lo veas, pero no por los trucos ridículos que acabas de intentar, sino por el difícil camino que elegiste, si mis sospechas son correctas.

Eso le provocó intranquilidad a Karr, pero respondió:

—Sí, por favor.

El coleccionista soltó el sable que estaba frío y muerto, con su mango separado en dos piezas que el comerciante puso sobre el mostrador.

—Este sable de luz perteneció a un inquisidor —dijo la mujer.

—¿No fue de un Jedi? ¿Qué es un inquisidor?

—Los inquisidores eran las armas del Emperador y los envió por toda la galaxia después de la Orden 66 para rastrear y matar a cualquier Jedi que quedara.

La mente de Karr daba vueltas. Nunca había oído de los inquisidores y no tenía idea de que hubieran cazado a los Jedi, incluso después de terminar las Guerras de los Clones. Eso explicaría por qué parecían haber desaparecido.

—Cuando estaba armado —continuó Dok para explicar a través de su traductora—, este sable de luz se podía utilizar en una de dos modalidades: media luna o disco. En el ajuste de media luna, producía una sola hoja, y cuando se usaba en función de disco, aparecía una segunda hoja que podía causar un tremendo daño si se giraba a cualquier velocidad. Era un arma terrible cuando estaba intacto. Ten. Dime qué piensas. ¿Cómo lo sientes? ¿Estará dentro de tu rango de precios?

Antes de tener oportunidad de disuadirse de ello, Karr tocó el trozo más cercano del mango del sable. En su cabeza brotaron fuegos artificiales, pero eran algo conocido y los ignoró. Los hizo a un lado y escuchó, observó y se esforzó en prestar atención a la escena que se mostraba en su mente. Luego retiró la mano y se quedó mirando con ojos abiertos a Dok-Ondar.

Rápidamente tomó la otra mitad del sable y lo sujetó con fuerza entre sus dedos descubiertos.

Vio una figura. ¿Un Jedi? Tal vez, pero diferente. Luego vio a otro y ese definitivamente sí era un Jedi. Los dos se enfrentaban en una batalla. Los sables de luz giraban y sus túnicas revoloteaban. Karr pudo sentir la tensión y el temor que flotaban en el aire, y eso le recordó la escena que acababa de atestiguar en la que participaba Skywalker. La visión se movía, se agitaba, brincaba. Los fuegos ardían y los hombres gritaban. Vio que la figura que llevaba el sable encontró una oportunidad y derribó al Jedi. El caballero cayó al suelo y la luz de su sable se desvaneció junto con su alma en un solo golpe. Lo único que quedó fue el brillo del arma del sobreviviente. ¿Sería de nuevo Skywalker? Karr se concentró en el sable de luz y fue siguiéndolo desde la empuñadura hasta el brazo de quien lo portaba. Se estaba volviendo más hábil y sus visiones ya no eran tan borrosas, así que la nitidez de la imagen le permitió seguir la extensión completa de la figura hasta que pudo enfocarse en el rostro. Pero eso fue lo que despertó el temor en el corazón de joven, porque ese rostro… ¡era el suyo!

Karr se atragantó. No, ese no podía ser él, pero sí lo era, ¿verdad? En una fracción de segundo, en un trozo de la visión, Karr sostenía otra vez el sable de luz y atacaba al Jedi que blandía su propio sable para defenderse. Pero el destino seguía siendo el mismo sin importar las veces que Karr lo viera. Sin importar cuántas veces reprodujera la escena en su mente, se veía matando al Jedi. La visión centelleó y lanzó chispas, lo cual regresó al chico al presente.

Dejó caer el sable de luz roto y debe haber parecido tan funesto como la muerte misma, porque Dok-Ondar lo miró como si se acabara de prender fuego.

—Señor, ¿se encuentra bien? —preguntó RZ-7—. Tiene muy mal aspecto.

El mercader coincidió con el droide.

—Estás pálido como fantasma. ¿Eso quiere decir que encontraste lo que buscabas o es algo de lo que desearías escapar?

Karr se esforzó por encontrar las palabras, pero no pudo y lo único que logró fue asentir.

—Yo… ¿cuánto quiere por esto? Se lo compro. Me lo llevo. Esto debería venir con nosotros.

Sacó los créditos que llevaba y los dejó caer en el mostrador como si no le importara con cuántos se quedaría el ithoriano. Sacó sus guantes y metió los dedos dentro.

Con gran cuidado, Dok-Ondar miró el pago, lo empujó hacia el chico y luego vio de arriba abajo a Karr con sus ojos bulbosos.

—Si esto es tan importante para ti —tradujo la mujer—, si estás buscando otra cosa o acaso esperas huir de algo… probablemente sería bueno que acudieras con una amiga mía. Para ser franco, a cambio de este sable de luz que está roto y vale muy poco… preferiría que me hicieras un favor en lugar de pagarme con dinero.

—¿Un favor? ¿De qué tipo? —preguntó Karr con la voz un poco temblorosa.

—Tengo un paquete que quisiera enviarle a una amiga. En Takodana encontrarás un castillo pirata y a su reina, Maz Kanata. No me mires así como ratón asustado. No representa peligro para ti, siempre y cuando te presentes ante ella con intenciones puras. Tengo algo para ella y todavía no he podido enviárselo. Si me sirves como mensajero, puedes quedarte con el sable de luz. ¿Te parece justo?

RZ-7 vio que su amo seguía aturdido y que trataba de ordenar sus pensamientos, así que respondió por ambos.

—Más que justo, buen caballero. Estaríamos felices de entregarle el paquete a su amiga.

Dok-Ondar asintió.

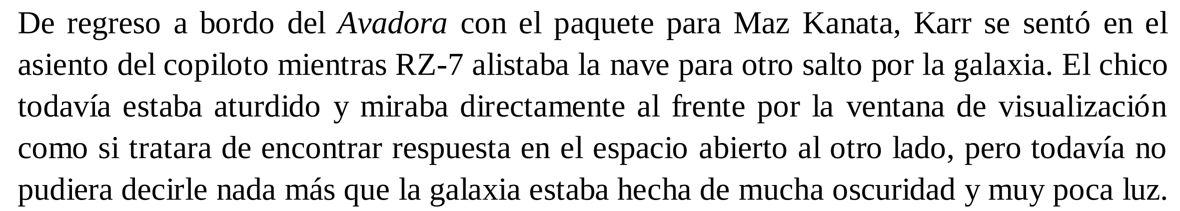
—Muy bien. Pero la condición es que vayan directamente allí, sin desvíos ni viajes adicionales. ¿Pueden prometérmelo?

Karr quería responder, pero seguía tan agitado que solo asintió.

—Muy bien —masculló Dok-Ondar—. Denme un momento y prepararé el paquete para ella. Quédense aquí. En mi tienda hay muchas cosas peligrosas para quienes no están prestando atención.

Él y la mujer desaparecieron en la trastienda y RZ-7 volteó hacia Karr.
—Señor, ¿qué vio? ¿Qué le causó tanta impresión?
—RZ, vi otros Jedi que peleaban. Uno de ellos mató al otro y el asesino… ¡era yo!

CAPÍTULO 15



De regreso a bordo del *Avadora* con el paquete para Maz Kanata, Karr se sentó en el asiento del copiloto mientras RZ-7 alistaba la nave para otro salto por la galaxia. El chico todavía estaba aturdido y miraba directamente al frente por la ventana de visualización como si tratara de encontrar respuesta en el espacio abierto al otro lado, pero todavía no pudiera decirle nada más que la galaxia estaba hecha de mucha oscuridad y muy poca luz.

—Señor —dijo RZ-7—, seguramente fue un error. Usted no es un Jedi y nunca lo fue. No puede haber tenido una visión de sí mismo vestido como tal porque nunca llevó ese tipo de túnica. No puede haberse visto matando a un Jedi porque nunca conoció a ninguno. Existe alguna otra explicación, pero lo que pasa es que simplemente no la sabemos todavía.

—Sé lo que vi, RZ. Era yo. Yo tenía el sable de luz y era tan brillante… Era verde y lo tenía en mis manos como si supiera usarlo.

—Ese es otro problema, señor, si consideramos que no tuvo ningún entrenamiento y, si me perdona por decirlo, tampoco tiene ninguna idea de cómo usarlo. —El sable roto estaba guardado en un gabinete junto a la litera de Karr, al lado del paquete que transportaban para la reina pirata.

—Sé que tienes razón, pero de todos modos sé lo que vi.

—Sus anteriores visiones nunca le mostraron el futuro, ¿verdad?

Karr se encogió de hombros.

—Sifo-Dyas dice que vio el futuro. ¿Qué tal si yo también puedo hacer lo mismo? ¿Qué pasa si vi mi destino y no es convertirme en Jedi, sino en uno de esos inquisidores? Vi tantas imágenes confusas, RZ, y ya no sé qué creer. ¿Los Jedi eran buenos? Vi que Skywalker atravesaba a su compañero Jedi como si estuviera hecho de shimmersilk. ¿Qué tal si eran malos? ¿Si merecían que los mataran? ¿Qué tal si…?

RZ lo interrumpió rápidamente.

—Se pueden encontrar las respuestas, pero hay algo que sé con toda seguridad: no las encontrará esta noche.

—Tienes razón. Vámonos a descansar, aunque sea por unas cuantas horas. Podemos llevarle ese paquete a Takodana luego de que haya dormido y de que me tome algo para calmar mi estómago. No sé qué comí en ese mercado, pero no me cayó nada bien.

El droide se mostró más entusiasta.

—¡Tal vez ese fue el problema, señor! La indigestión pudo afectar sus capacidades. Según entiendo, esa es una poderosa distracción para su especie, y para su familia en particular.

—Sí, tenemos que cuidar lo que comemos y últimamente he sido… bastante arriesgado con eso.

—Bueno, está saltando de planeta en planeta y tiene que acomodarse a lo que encuentre. En general, señor, diría que ha hecho un trabajo bastante bueno y que ha logrado muchas cosas. Una visión negativa en un día malo no deshace todo su progreso.

—Gracias, RZ. Te lo agradezco.

Karr dejó al droide para que se ocupara de las coordenadas y estableciera el curso, y luego se retiró a su litera para descansar un poco, pero lo único que podía hacer era preocuparse. ¿Había visto su propio destino o era el destino de alguien más, de un asesino Jedi de mucho tiempo atrás? Rara vez sus visiones eran nítidas, pero esta le había parecido muy real. También terrorífica. Más que dormir, lo que necesitaba era distraerse.

Primero intentó llamar a Maize por el holocomunicador, pero no respondió y no se le ocurría nada que le pudiera decir en un mensaje, así que se desconectó. Después de todo, no quería decirle que se había visto a sí mismo asesinando a un Jedi y quizá podría contarle que se dirigía a Takodana, pero un momento de paranoia lo detuvo. ¿Qué pasaría si alguien estaba escuchando? Sabía que su señal tenía que cruzar por múltiples conexiones para llegar a Maize y cualquiera de ellas podría estar en riesgo si alguien sabía cómo interceptarla.

No le importaba que Maize supiera adónde iba, pero tal vez no quería que todo el universo estuviera enterado por el momento. Todavía necesitaba la nave y tenía una misión que llevar a cabo.

¿Y después de eso?

Entrelazó las manos detrás de la cabeza y se hundió en el pequeño cojín que apenas era lo bastante suave como para servir de almohada. Quizá después del viaje a Takodana simplemente se iría a casa, donde las probabilidades de que matara a cualquier Caballero Jedi eran muy bajas, virtualmente nulas, y allí no tendría necesidad de preocuparse de que lo atraparan con una nave robada o de perderse en los límites de la galaxia. Sin embargo, esa no sería su casa por mucho más tiempo. Iba a vivir en una escuela de oficios al otro lado del planeta.

No sabía a dónde más ir. No sabía dónde encontrar el Templo Jedi, si acaso seguía existiendo, o incluso el planeta que tenía dos soles, además de que no sabía quiénes eran los Jedi muertos en sus visiones. En cierto modo, sentía que simplemente le estaba dando vueltas al asunto sin llegar a nada. ¿Los Jedi estaban acercándose o alejándose de él? ¿Se estaba convirtiendo en un experto protector de la galaxia o estaba encasillado en ser el chico pueblerino que no sabía nada más que hechos inútiles como: «Nunca mires directamente a un eclipse de doble halo en Tatooine»?

Karr se incorporó de un salto y golpeó con la cabeza el techo de su litera.

—¡El eclipse de doble halo de Tatooine! —gritó—. Eso querría decir que, bueno, obviamente sugeriría que… —Ni siquiera pudo terminar la oración—. ¡RZ! —gritó mientras saltaba de la litera—. ¿Cómo se me pudo haber olvidado eso? —se dijo.

—¿Qué pasa, señor?

—¡Tatooine! —afirmó. ¡Tatooine tiene dos soles!

—¿Los tiene?

—¡Sí! Por lo menos eso creo. Un piloto, un tipo cualquiera con el que traté de hacer un trueque en Merokia, me entregó sus visores y me dijo: «Son bastante buenos, pero principalmente para el brillo y como protección. Sin embargo, nunca debes mirar directamente al sol con ellos y seguramente no durante un eclipse. Y en definitiva no debes usarlos durante un eclipse de doble halo en Tatooine». Eso nunca se me olvidó, bueno, sí lo olvidé hasta este momento, pero lo volví a recordar. Ese podría ser nuestro planeta con dos soles del que Nabrum Leids nos contó.

—Con toda seguridad podría ser.

—¡Fija el curso hacia Tatooine!

—Pero, señor.

—Quizá todavía haya un Jedi que viva allí y podría entrenarme a usar mis poderes para que no me convierta en una amenaza. ¡Quizá pueda explicarme lo que vi!

—Pero, señor —repitió el droide mientras elevaba el volumen de su voz tres cuartos de un decibel.

—¿Qué?

—Le prometimos a Dok-Ondar que entregaríamos directamente su paquete a Maz Kanata.

—Sí, pero… Seguramente entenderá, ¿no?

—Dimos nuestra palabra —le recordó el droide.

Karr exhaló con fuerza. No se le ocurría nada más importante que seguir la pista de un Jedi, pero también sabía que su droide tenía razón. Estaba desesperado por perfeccionar sus cualidades de Jedi, pero no si existía el riesgo de olvidar sus propias cualidades como humano decente.

—Muy bien, RZ. Iremos primero a Takodana, pero luego definitivamente nos dirigiremos a Tatooine.

—De acuerdo.

Karr regresó a la cama, pero sus pensamientos eran acelerados y le hicieron compañía hasta que se convirtieron en sueños sobre túnicas que se agitaban en el aire y sables en movimiento.

Unas horas más tarde despertó sobresaltado. No sabía cuánto tiempo había dormido, pero después de tomarse un momento para ir al baño, se tambaleó hasta la cabina de mando donde encontró un planeta azul y verde en el lado distante de la ventana. Le llevó un instante darse cuenta de que ya no era Batuu. ¿O sí?

—¿RZ? —dijo.

—Me tomé la libertad de entrar al hiperespacio hasta Takodana mientras usted estaba… indispuesto. Fue un salto breve, con coordenadas específicas y un camino libre sin presencia de la Primera Orden o los piratas. Espero que no le importe y que el viaje no le haya causado molestias.

—¿No? —dijo y se dio cuenta de que por accidente lo hizo en tono de pregunta—. No —repitió—. Está bien. De hecho, es bueno.

RZ-7 lo distrajo con otro asunto.

—Me alegro, señor. Sé que se decepcionó por que no fuéramos directamente a Tatooine, pero de todos modos podríamos encontrar algo prometedor en el castillo pirata. Según lo que pude indagar, es un sitio especial. Cualquiera puede entrar y salir, pero todos deben llevarse bien o la reina pirata en persona los echa del lugar. Así que lo más conveniente es que nos mostremos amables con ella. Tal vez debería olvidar todo eso de canalizar a su Maize interior. Creo que podríamos alcanzar más cosas en Takodana si nos portamos amables.

—Espero hacer un mejor papel siendo «amable» que fingiendo que soy «rico».

—Bueno, señor —protestó suavemente el droide—. Al final sí consiguió algo útil de Dok-Ondar.

—Pero no fue nada que quisiera ver.

—No, pero siempre ha existido la posibilidad de que encuentre cosas que no quiere y que conozca cosas que no le gustan. Ninguna misión tiene garantía de lograr un resultado positivo y me atrevo a decir que la mayoría logra menos de lo que nosotros hemos conseguido en la nuestra.

No pasó mucho tiempo antes de que estuvieran de nuevo en tierra firme, estacionados a orillas de un lago prístino en las afueras del castillo cuya dueña era Maz Kanata, la reina pirata. En opinión de Karr, más que castillo era un complejo, y en eso coincidía RZ-7.

—O más bien es el tipo de castillo que en efecto es una ciudad en sí —añadió el droide.

—Es un poco anticuado, ¿no lo crees? —preguntó Karr mientras dirigía la vista más allá de los muros a los cientos de banderas que flotaban sobre los edificios. Ondeaban y flameaban con todos los colores, formas y tamaños, como confeti decorativo contra las nubes.

El droide consultó sus bancos de datos.

—Según todos los informes, el castillo ha estado en pie por mil años o más, y lo mismo ocurre con su señora.

El chico soltó un leve silbido.

—Vaya. Bueno, las cosas que se construían antes sí se hicieron para durar.

—Al parecer sí en el caso de algunas de ellas.

—En mi casa tengo montones de libros que son guías de antigüedades y lo único que digo es que aquí hay muchas antigüedades. Las cosas viejas tienen un modo de permanecer.

—¿Tiene el paquete que debemos entregar?

Karr asintió y le dio un golpecito a la mochila que llevaba cruzada sobre el pecho.

—Lo tengo aquí. Vayamos a encontrar a esa señora.

No fue difícil localizar a Maz Kanata en vista de que todos la conocían y también le temían un poco, aunque sentían un poco de cariño hacia ella, muy aparte de la enorme estatua de su figura que dominaba el castillo. No era posible pasarla por alto aunque lo intentaras.

A todas partes donde iban Karr y RZ-7, la respuesta al mencionar el nombre de la reina era la misma y las instrucciones sobre su ubicación probable dirigían siempre hacia el centro del castillo mismo.

Karr quiso tratar primero en el salón comedor, pero confesó que quizá lo que hablaba era principalmente su estómago.

—A lo mejor tiene una oficina —propuso a gritos entre la gran cantidad de música estridente que salía del bar hacia la calle—. O está en sus… habitaciones privadas, no sé.

—Yo tampoco, señor.

Un golpecito en el hombro de Karr interrumpió sus especulaciones. Al darse la vuelta, vio una droide cobriza de estatura y edad considerables. Nunca antes había visto nada parecido a ese diseño humanoide feminizado con sus sensores amarillos.

—A menos que me equivoque, ¿están buscando a Maz Kanata?

La presencia de la droide lo alteró por razones que no podía determinar.

—Tenemos un paquete para ella —respondió—. Lo manda Dok-Ondar desde Batuu. Él nos envió.

La droide inclinó la cabeza a un lado.

—¿Un paquete de Batuu? —preguntó como si no estuviera del todo segura de si era verdad o no—. ¿Se lo confiaron a dos viajeros que vienen… de otra parte?

Su tono implicaba una insinuación y una pregunta, de modo que Karr respondió. Le dio su nombre y luego añadió:

—Este es RZ-7. Estábamos en una misión de visita y para obtener reliquias Jedi. Es parte de un proyecto escolar. Nos encontramos con Dok-Ondar y nos dejó ver parte de sus mercancías, y luego hizo un trato con nosotros en el que intercambió este favor por uno o dos artículos.

Esta vez, lo mejor era apegarse a la verdad, o por lo menos a una versión semejante a la verdad. Mientras más tiempo permanecía dentro de los muros del castillo, más seguro estaba de que era un lugar sagrado de algún tipo. Podía sentir la presencia de la Fuerza.

La droide asintió.

—Muy bien. Yo me llamo ME-8D9, pero todos por aquí me dicen Emmie y también ustedes pueden llamarme así, si quieren. Vengan conmigo y los llevaré con Maz Kanata. Estará interesada en ver lo que le trajeron.

—Sí, señora —respondió RZ-7.

ME-8D9 los condujo por un callejón que iba detrás de la cantina y luego los llevó a través de una puerta que daba a unas escaleras que bajaban.

—Como a todos, les damos la bienvenida —les informó—. Exactamente por el tiempo que se abstengan de ejercer la violencia. Todas las peleas están prohibidas y se expulsará a todos los peleoneros.

—Me parece justo —murmuró Karr mientras la seguía.

Poco después llegaron a un nivel que estaba justo por debajo de los músicos de la cantina, o por lo menos así sonaba a través del piso. La música aumentaba y tintineaba, y

los tambores resonaban de un modo que si Karr se hubiera sentido mejor, podría haber seguido el ritmo con los pies.

De pronto percibió todo el peso del lugar arriba, al mismo tiempo que el peso de todo lo que tenía debajo. Estaba atrapado entre dos fuerzas inmensas y le costaba trabajo mantenerse en pie.

La droide lo notó y se detuvo.

—Si me dices qué anda mal contigo, quizá pueda ayudarte.

—No es eso. Simplemente… es que es muy…

Seguía buscando las palabras cuando una persona de pequeña estatura apareció al final del corredor donde estaban.

—Pesado —dijo la mujer.

Era diminuta, quizá de la mitad de la estatura de Karr, y su piel era morena y estaba muy estirada sobre su esqueleto. Llevaba enormes visores circulares que le distorsionaban los ojos y los hacían parecer hinchados. Podría haber tenido cien años o mil, y ME-8D9 podría haberle informado cuántos años tenía, pero no le hubiera creído.

La droide asintió con respeto hacia la pequeña figura.

—Maz Kanata, estos dos estuvieron preguntando por usted en todo el castillo. No creo que tengan intención de causarle algún daño y afirman traer un paquete para usted. Desde Batuu.

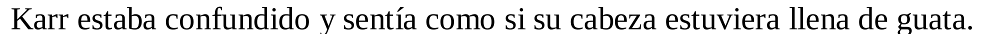
—¿Batuu? —La mujer se acercó a Karr y se quitó los visores, que colocó arriba de su cabeza. Sus ojos eran mucho más pequeños sin los anteojos y lo miraban con tanta concentración que le dio un poco de miedo que pudiera escuchar sus pensamientos.

¿Podía oír sus pensamientos?

Maz Kanata rio.

—No, niño tonto. No puedo oír tus pensamientos, pero soy muy vieja y paso mucho tiempo observando a la gente. Reconozco a un niño perdido cuando lo veo. Y también reconozco a alguien que puede sentir la Fuerza cuando lo veo haciendo todo ese esfuerzo en un lugar como este. Pero me alegro de verte —concluyó—. Ya era hora de que vinieras.

CAPÍTULO 16



Karr estaba confundido y sentía como si su cabeza estuviera llena de guata.

—No entiendo. ¿Nos estaba esperando?

—¡Siempre lo espero todo! —respondió alegremente y lo miró con esos ojitos brillantes—. Pero sí, específicamente te esperaba a ti.

Karr la observó por un momento.

—¿Debido a la Fuerza? —preguntó.

—No, porque Dok envió un mensaje.

La miró como si le estuviera tomando el pelo, pero ella prosiguió.

—Me habló de un droide y de un niño con una pasión tal por las reliquias de los Jedi que ¡casi le provoca un desmayo!

—¿Le dijo todo eso?

—No tan específicamente, pero sí. Eres bienvenido, como seguramente te informó Emmie, pero me doy cuenta de que no te sientes cómodo aquí. —Empezó a alejarse y les hizo un ademán para que la siguieran—. Acompáñenme y les diré la razón. Podría ayudarles.

—Ayudarnos con… ¿qué? —preguntó RZ-7—. Nuestra única tarea es entregarle un paquete.

—Ah, pero su misión es bastante diferente de su tarea, ¿no es cierto? —Por encima de su hombro, le guiñó un ojo a Karr—. Sientes una conexión con los Jedi y con la Fuerza, y me parece que es muy intensa.

—No entiendo lo que pasa… —respondió el chico en forma vaga, pero sincera.

La mujer soltó una carcajada.

—Eso es poco decir, jovencito. —Los llevó hacia lo que parecía ser una oficina. Había un escritorio sin silla, pero sí con dos asientos enfrente. No caminó hacia la parte posterior del escritorio, sino que se sentó arriba y cruzó las piernas—. Gracias, Emmie. Yo me ocupo de esto.

Emmie balanceó la cabeza y salió discretamente.

Karr y RZ-7 tomaron asiento. Aunque Maz estaba arriba del escritorio, casi todos podían verse a los ojos. El chico buscó en su mochila y sacó el paquete que Dok le había dado, y luego lo sostuvo frente a ella.

Sin siquiera mirarlo, la mujer lo tomó y lo puso junto a su rodilla.

—Me gustan tus guantes —le dijo.

—Gracias. Mi abuela me los hizo.

—Ya veo, una familia que hace cosas. Es una buena familia de la que venir, pero no te los pones para el frío o para protegerte contra tener callos, ¿verdad? —Antes de que

pudiera contestar, ella respondió su propia pregunta—. ¡No, no los usas para eso! Los llevas para poder decidir qué cosas quieres tocar. Eso es más acertado, ¿no?

—Sí, señora —susurró Karr. Empezó a ver doble, pero se esforzó por controlarlo. Se enfocó en su respiración, uno, dos, inhala, exhala, hasta que ya no sintió la necesidad de cerrar los ojos.

—Jovencito, ¿sabes dónde estás?

—En… su castillo. ¿Su… biblioteca? —La habitación era aproximadamente del tamaño de un dormitorio y estaba rodeada de estantes atestados, aunque ordenados en cierto modo. De una pared colgaban pinturas enmarcadas, candeleros y algunas placas en idiomas que Karr no podía leer.

—Más o menos es cierto, pero no es suficiente. Este castillo, como le llaman, ha estado aquí desde hace un milenio y antes de eso, en general se cree que fue un complejo Jedi que tenía catacumbas debajo. Debes entender que eso solo es un rumor, pero puede explicar que sientas algo… —Lo miró atentamente—. Que viene de arriba y de abajo. El peso de los Jedi te oprime desde arriba y también desde abajo.

—¿Catacumbas? —gimió.

—Los Jedi muertos deben estar en algún sitio. ¿Por qué no aquí?

No se le ocurría una buena razón y la idea de estar sentado en un cuarto encima de un cementerio Jedi lo emocionó tanto que por unos segundos se olvidó por completo de su dolor de cabeza.

—¿Están enterrados? ¿En una cripta debajo de nosotros?

—Están sepultados —lo corrigió—. Si están allí. A todos los Jedi se les incineraba, si era posible, así que si quieres ponerte exigente, deberías llamarle columbario. Lo que estoy diciendo es que es posible que estés sintiendo su presencia tanto arriba como abajo.

—¿Usted… también lo siente? Porque si es así, quiero saber… ¿cómo lo soporta? Apenas puedo respirar aquí.

Maz sacudió la cabeza.

—Ya veo, sí siento algo, pero no me afecta. No sé si eso se debe a mi edad o a mis propias capacidades, y supongo que nunca lo sabré. La Fuerza actúa de modos diferentes en personas diferentes, ¿me entiendes?

—Maz, ¿usted es una Jedi?

Volvió a reír con su risita cascada.

—¿Yo? ¿Una Jedi? Para nada. Pero sí conocí a más de unos cuantos y también tengo… mi propia sensibilidad. No es fácil de explicar, pero tú sabes de qué hablo. Trataste de mentir en lugar de explicarme. No me molesta porque entiendo el impulso de hacerlo. A veces una mentira es más fácil para todo el mundo y cuando no le hace daño a nadie, ¿a quién puede importarle?

—No dije la verdad porque… bueno, no creí que su droide entendiera y también le iba a mentir a usted porque no pensé que me creyera. Aparte, no todas las personas que conocimos hasta hoy sienten mucho amor por los Jedi.

—Sé que es cierto y que también el universo es un lugar muy oscuro debido a eso. La Fuerza requiere de equilibrio y en estos tiempos pareciera que el Lado Oscuro es el único que tiene cualquier tipo de impulso. Estos son tiempos difíciles para estar a favor de la luz.

Maz Kanata procedió a explicar, con un poco más de detalles de lo que lo había hecho la abuela de Karr, qué era la Fuerza y cómo funcionaba mejor cuando estaba equilibrada.

—Pero en nuestros tiempos es difícil llegar a ese equilibrio —terminó con un suspiro—. Ahora dime, ¿cómo se mueve la Fuerza en ti, jovencito?

—Como ya lo adivinó por los guantes, yo toco las cosas.

—¿Adivinar? ¡Yo no adivino! —objetó, pero con buen ánimo—. Nunca necesito adivinar, aunque eso no lo explica todo. En este momento no estás tocando nada, excepto por tu trasero en la silla, y la silla nunca conoció nada de la Fuerza, de la oscuridad o la luz, o de nada por el estilo.

—Ah, ya veo. Este… Es que a veces… como que tengo visiones cuando toco las cosas. En especial cuando estuvieron involucradas en grandes acontecimientos. Las visiones de los Jedi son las que más me gustan, pero me hacen daño. Me provocan terribles dolores de cabeza y a veces no… no me gusta lo que veo… —Perdió el hilo de lo que decía al recordar cuando se vio asesinar a un Caballero Jedi. Quería confesárselo a la mujer, pero no podía obligarse a enunciar las palabras.

—Vamos, basta de tu incertidumbre. Aprendes con cada hora que pasa, a menos que me equivoque, y casi nunca me equivoco —afirmó mientras se golpeteaba pensativamente con un dedo sobre un lado de su mandíbula—. Cuando te vi por primera vez, pensé que te derrumbarías bajo el peso de tu propio dolor. ¿Pero ahora? Te sientes incómodo, pero difícilmente te estás muriendo.

Maz tenía razón y el chico coincidía.

—Me sigue doliendo, pero…

—Pero estás encontrando el equilibrio sin siquiera tener la intención de hacerlo. Estás encontrando el sitio donde estás nivelado. —Sobre el escritorio había un vaso transparente lleno a la mitad con leche. La mujer lo tomó y se lo mostró—. ¿Ves dónde está la superficie? Si inclino el vaso a la izquierda, la superficie se inclina más hacia la izquierda y menos a la derecha. Y viceversa cuando lo inclino hacia el otro lado. Pero si lo mantengo quieto, aunque lo sacuda un poco al principio, verás que se asienta. Pronto se nivela. Ese es el equilibrio. Estás haciendo exactamente lo mismo, aunque estoy segura de que no podrías explicarlo aunque tratara de obligarte a hacerlo.

—En eso tiene razón. No sé cómo sucede o cómo controlarlo.

—Pero de todos modos te estás volviendo más hábil para hacerlo. La Fuerza es tanto la materia como el maestro. Si la escuchas, podrás aprender mucho. Se me ocurre una cosa. Tengo… más de unas cuantas cosas que pertenecieron alguna vez a los Jedi. No tengo la colección tan selecta de mi amigo Dok-Ondar, ¡pero sí podemos encontrar algunos artículos de calidad! Te daré uno como prueba y me contarás qué te dice.

—¿Cómo sabrá que tengo razón? ¿O que le estoy diciendo la verdad? —preguntó.

—Voy a elegir algo que ya conozco. Te daré algo, pero solo si conozco la historia. Espera un momento —añadió. Luego saltó del escritorio y desapareció hacia el corredor.

Cuando se fue, RZ-7 le dijo en voz baja:

—Señor, si no le molesta que se lo diga, sí parece sentirse mejor. El color regresó a su rostro y su corazón parece estar latiendo a ritmo normal.

—No me siento de maravilla, pero sí me siento mejor. Estar sentado me ayuda.

Maz regresó un minuto después, sosteniendo algo circular con un listón ancho.

—Ten —le dijo—. Quítate los guantes.

Karr se los quitó, los dejó sobre su regazo y puso las manos al frente.

—¿Lo sientes? —le preguntó la mujer—. ¿Incluso desde allí?

Todavía estaba parada a unos tres metros de distancia.

—No sé. No podría decirle. Hay tanto… ruido de fondo.

—Correcto. ¿Qué tal ahora? —Se acercó unos cuantos pasos.

Allí estaba. Podía sentirlo. Salía del objeto en ondas leves y vibrantes que aumentaban el dolor de cabeza que apenas iba desvaneciéndose.

—Ahora lo siento —dijo mientras estiraba la mano derecha—. ¿Qué es?

Maz saltó de nuevo sobre el escritorio, que aparentemente era el sitio en el que prefería sentarse.

—Me lo confiaron para que lo guardara hace unos años. Me lo dio un hombre que no podía pagar la cuenta del bar, y sabrás más de este objeto cuando lo tomes. Adelante, sostenlo. Escúchalo y pláticame qué te dice.

Karr hizo lo que le pidió, pero alejó la mano por reflejo cuando sintió el choque del primer contacto. Se recuperó y volvió a estirar la mano. Maz Kanata dejó que el objeto cayera en la palma de la mano del chico, que lo sintió como denso, cálido y con un zumbido en su interior.

—¿Qué es, señor? —preguntó el droide.

Las visiones empezaban a gestarse en su mente, pero no cobraron vida de inmediato, así que se basó en lo que podía ver con sus propios ojos.

—¿Es una medalla? Una medalla circular grande con algunos símbolos. Pertenecía a… —La visión se sintió como una fuerte cachetada. La habitación se volvió blanca y luego se oscureció por completo, y él parpadeó varias veces para tratar de encontrar el equilibrio. Imaginó el vaso medio lleno de leche y luego imaginó que la imagen se movía de un lado a otro, de la luz a la oscuridad y de regreso. Pensó en la superficie, nivelada y lisa.

Permanece atento a la visión, pero también al mundo real. Encuentra el equilibrio.

—Vamos. Dime qué ves —le preguntó Maz.

Trató de obedecer.

—Dos hombres. Uno más alto y con el pelo más oscuro, y el otro más pequeño y joven. Esto pertenecía a… era de Skywalker. —¡Allí estaba de nuevo ese nombre!—. Lo llevaba en el cuello… alrededor del cuello. Una mujer se lo puso. Era una mujer de

cabello oscuro, con una larga trenza, y hubo una batalla en la que él fue un héroe. Se la dieron por valentía y para agradecerle sus servicios.

Maz lo interrumpió.

—Espera un momento. ¿Dijiste que era de Skywalker? ¿Estás seguro?

Karr asintió y la mujer rio profunda y sonoramente. Golpeó con la mano sobre la mesa y luego golpeó su muslo, y también hubiera golpeado a Karr si estuviera sentado más cerca. Así de fuerte era su risa.

—¡Ese bastardo! —dijo alegremente—. ¡Ese bastardo tramposo!

—¿Lo… siento? —dijo Karr sin saber cuál debería ser la respuesta correcta. ¿Hice algo mal?

—¡No! ¡No, tú no hiciste nada mal y me dijiste algo que debería haber sabido desde el principio! Ese bastardo engañoso de Solo que siempre fue un tramposo cuando hacer trampa era lo más fácil. Escúchenme bien: un día ese hombre tendrá un final espantoso.

Karr seguía sin tener idea de por qué le causaba tanta gracia.

—Estamos escuchando bien, señora —declaró RZ-7.

—Se supone que la medalla fue una recompensa de Leia Organa para el hombre que se convertiría en su esposo: Han Solo, un tipo con el que serías muy desafortunado de encontrarte si te cruzaras por su retorcido camino —afirmó, pero sin sonar realmente molesta. Su tono era divertido y como si se sintiera un poco tonta de haber creído alguna vez en cualquier cosa que le dijera ese tipo.

»Karr —continuó, utilizando finalmente su nombre—. Lo que trato de decirte es que el estafador me estafó. Me dijo que era su propia medalla, pero en lugar de eso me dio la de su amigo. Todos lucharon en la Batalla de Yavin y se les recompensó al mismo tiempo, junto con un wookie muy guapo que nunca me engañaría de esa forma y que tampoco permitiría que otro lo hiciera si se hubiera dado cuenta. Nos queríamos mucho y él no me trataría así de mal. No permitas que nadie te diga lo contrario.

—No, señora, no lo permitiría —respondió. Como solo había visto alguna vez en su vida a un par de wookies, no podía imaginar que llegara el día en que pudiera contradecir a uno… o a cualquiera que sintiera afecto por ellos.

—Pero ese tipo desgraciado que se lleva con él… —Sacudió la cabeza—. Bueno, me mostraste lo que necesitaba ver y pasaste mi pequeña prueba. Ahora veamos esto otro que debería decirte incluso más si estás en lo correcto, y no tengo ninguna razón para dudar de ti. Ya sabía cómo era Solo cuando le acepté la medalla. Debí haberle hecho más preguntas, aunque supongo que no importa en términos generales. Creo que todas las medallas eran idénticas. Vamos a ver, intentemos algo para lo que ahora creo que estás listo. —Al decir eso, sacó el paquete que Karr le acababa de entregar.

—No entiendo.

—Yo sí y también Dok-Ondar. Él te mandó este paquete.

Karr frunció el ceño.

—Pero se lo mandó a usted.

—Lo envió dirigido a mí para que te lo diera a ti si pienso que es apropiado. Trata de poner atención, pequeño. Mira, esto debería informarte de muchas más cosas sobre los Jedi si tienes la suficiente fortaleza para verlas y ahora pienso que la tienes. —Cortó el lazo que cerraba el paquete y lo abrió. Dentro había un cilindro grande de metal dorado oxidado. La mujer sostuvo el objeto golpeado y abollado, y le preguntó a Karr qué veía.

—¿Eso es…? Supongo que parece un brazo. —Empezaba unos cuantos centímetros por debajo de la articulación del codo, donde un revoltijo de alambres retorcidos sugería que se lo habían arrancado a algún pobre droide en alguna parte.

—Sí, muy bien. Eso es precisamente. Aunque no puedo ni imaginarme cómo lo obtuvo Dok-Ondar de las entrañas de la bestia que se lo tragó. Sin embargo, es un maestro coleccionista y cuando se pone la meta de conseguir algo, no descansa hasta adquirirlo. Tú sabes cómo se siente eso, ¿verdad?

Karr asintió. Su viaje para encontrarse a sí mismo, para investigar acerca de los Jedi, era a la vez un recuerdo nuevo y antiguo. En efecto, él y Maize acababan de dejar Merokia apenas unos días antes, pero hacía años que estaba obsesionado con los Jedi, desde que su abuela señaló su conexión con ellos. Desde que ella le dio esperanzas de que sus dolores de cabeza no fueran tanto una maldición como una bendición que necesitaba cultivar y de que si podía aprender sobre los Jedi, aprendería acerca de sí mismo. Había hecho su mejor esfuerzo, pero a veces la galaxia también debía colaborar.

—Llegamos a ese momento —dijo Maz y empujó el objeto hacia él como si pudiera escuchar sus pensamientos—. Quiero que lo toques, pero debes prepararte. Conozco al droide que tenía este brazo y sé lo mucho que vio y que sabe. Este viejo brazo podría tener muchas cosas que decir.

Ansiosamente, como si nunca hubiera oído la advertencia, Karr tomó el viejo brazo metálico con ambas manos y entonces toda la galaxia estalló detrás de sus ojos. Se esforzó por seguirles el paso a los resplandores de imágenes que llegaban a su mente una tras otra, dos a la vez y luego diez al mismo tiempo. Hombres y mujeres que aparecían y desaparecían. Batallas de naves estelares, el centelleo de los láseres. ¡La Estrella de la Muerte! La reconoció al instante y vio cómo explotaba en una bola de fuego del tamaño de una luna, o incluso dos veces más grande, mientras pequeñas naves salían disparadas de ella. Vio wookies y babosas espaciales. Y wookies pequeños. No… no eran wookies. Eran algo parecido a ellos, y vio con toda certeza una luna o planeta boscoso con esas pequeñas tribus peludas de seres que parecían como juguetes, y que cargaban lanzas y vociferaban gritos de batalla.

Vio hologramas y droides, dos en particular: una unidad astromecánica y un brillante droide de protocolo que casi seguramente era el dueño original del brazo.

Vio dunas ondulantes con criaturas grandes y pequeñas de la arena. Vio asesinatos y matrimonios, situaciones potencialmente letales y golpes mortales. Pero más que otra cosa, vio ¡Caballeros Jedi! Audaces y fuertes, y todo lo que Karr soñó alguna vez.

Padawanes y generales, hombres y mujeres y todo lo demás, humanos y de otras especies, de todos los colores. Miles de ellos por toda la galaxia.

Viejos y jóvenes. Troopers y contrabandistas que aprendían y se desarrollaban, adoptaban la Fuerza y dejaban que los guiara. Supo de la Orden 66 y también de Palpatine.

Vio fortaleza y honor. Lo vio todo.

Y vio a Skywalker como un niño en una carrera de pods. Un adolescente de la misma edad de Karr que fue aprendiz de Kenobi. Los vio a ambos, como generales y maestros, entrenadores y entrenados. Padres e hijos. Vio a una joven con un peinado muy complicado y hermosa ropa, era tranquila, amable y sabia, pero estaba angustiada. Vio a dos pequeños, niña y niño, a los que separaron cuando estaban recién nacidos y los enviaron a rincones diferentes de la galaxia para su propia protección.

Para protegerlos de los suyos. Para protegerlos de…

Del caballero de negro que los habría matado. Su propio padre, que se transformó en algo espantoso, que era más una máquina que un hombre.

Vio y escuchó…

Era la voz de Maz Kanata.

—Hay muchas cosas que ver, lo sé. ¿Ahora te provoca dolor?

—Me… lastima… pero ¿también me alivia? —pudo decir sin saberlo del todo, inseguro de si era cierto. Apenas podía escuchar su propia voz por encima del estruendo—. Es… es tanto.

La mujer asintió.

—Sí, eso se acerca más a la verdad. Pero puedes tolerarlo, sé que puedes. Necesitas hacerlo. De un modo u otro, esto era para ti. Esta es la historia que necesitabas ver y oír para poder entender —concluyó mientras le colocaba la mano sobre el hombro.

Ni siquiera se había dado cuenta de que Maz había bajado de su pedestal en el escritorio y mucho menos de que estuviera lo bastante cerca de él como para tocarlo. La realidad entraba y salía de su conciencia, sacudiéndolo de un lado a otro entre lo que había visto y lo que conocía, entre lo que estaba aprendiendo y lo que sentía.

Poco a poco, las visiones se desvanecieron y Karr empezó a orientarse. De pronto estaba vivo y justo allí, sentado en una silla en la oficina de Maz Kanata, debajo de las ruinas de los Jedi y arriba de sus cenizas.

Había encontrado el justo medio. Había encontrado su equilibrio.

CAPÍTULO 17

Cuando terminó esa larga y dramática visión, Karr se quedó sentado en la silla frente a Maz, con el brazo dorado en el regazo y mirándose las manos, como si le faltara algo más por ver. Su mente se aclaró y ya no veía doble, pero tenía los ojos llenos de lágrimas. Eran lágrimas de alegría, de pérdida, de júbilo. Fue exactamente lo que su abuela le dijo: ¡fue maravilloso! La sintió a su lado. En realidad la había sentido durante todo su viaje y estaba feliz de haber compartido con ella esa experiencia justo como lo planearon. Finalmente, su corazón dejó de latir rápidamente y su respiración se tranquilizó, y cuando parecía haber ordenado sus pensamientos lo suficiente como para hablar, Maz le preguntó:

—¿Qué te pareció?

Era el tipo de pregunta que demandaba múltiples respuestas, pero solo tuvo energía para una:

—Útil.

Maz Kanata estaba sorprendida.

—¿Útil? ¿Eso es todo? Recibiste la historia de los Jedi, o por lo menos una buena parte, ¿y lo único que puedes decir es que te resultó útil?

—No —reconoció—. También fue maravilloso. Todo eso. Lo esperé por tanto tiempo cuando trataba de darle sentido a quiénes eran los Jedi y cómo era la galaxia cuando ellos existían, incluso lo que les pasó, y usted me dio todas las respuestas. Llenó los huecos y me mostró cosas que nunca supe. ¡Había dos Skywalker! —gritó—. ¡Padre e hijo! ¿Cómo pude equivocarme con eso? Y la hermana de Luke, ¡la princesa! Además de la forma en que mataron a los Jedi… —Se detuvo de pronto al recordar la espantosa imagen que había visto de sí mismo.

—¿Qué? —preguntó la mujer—. No pareces muy contento a pesar de que acabas de ver todo un tesoro. ¿Por qué sigues perplejo? ¿Qué más viste? —insistió con amabilidad. Se había bajado de nuevo de su escritorio y estaba parada a su lado.

Cuando el chico volteó la mirada hacia ella, estaba al nivel de sus ojos.

—Lo vi todo, excepto… la cosa que no quería ver.

—¿Qué fue? —preguntó RZ-7.

Karr le devolvió el brazo a Maz.

—No me vi a mí.

La anciana le dio un golpecito leve y amistoso en el hombro.

—Ahhh. Bueno, pequeño, eso es porque esa no es tu historia. Lamento que te provoque confusión, pero no es malo. Tu historia es solo tuya y debes hacer de ella lo que desees y lo que puedas. Ya sea que sigas o no el camino de los Jedi.

Se le hizo un nudo en la garganta al procesar lo que ella le había dicho y la ambigüedad sobre convertirse o no en Jedi era lo que le producía miedo. Desde siempre se había convencido de que ese era su destino y de que si simplemente pudiera conocer la verdad sobre los Jedi, se convertiría en uno. Pero allí estaba, después de investigar todo lo que podía y todo lo que había que saber sobre ellos y, sin embargo, seguía sin verlo claramente. Quería contarle a Maz sobre la visión que tuvo en la que se vio matando a un Jedi, pero no pudo obligarse. Ya le provocaba bastante miedo sin que ella lo supiera y apenas podía imaginar lo paralizante que sería que estuviera enterada.

Karr le agradeció su tiempo e incluso le dio un abrazo, y luego él y RZ-7 salieron del castillo a través del salón comedor.

Lentamente caminaron de regreso a la nave que habían tomado prestada, y Karr volteó al castillo y al mercado que lo rodeaba. Observó las mismas cosas que habían visto al entrar: las banderas, estatuas y monumentos, pero ahora los contemplaba con ojos diferentes. Con una mirada de conocimiento. De hecho, estaba seguro de que reconocía algunos de los símbolos en esas banderas gracias a algunos momentos en su visión.

—Supongo que me acostumbraré —dijo en voz alta.

—¿A qué, señor?

—Ahora veo las cosas de manera diferente, RZ. Me refiero a que supongo que no es posible enterarte de tantas cosas en una tarde como me pasó a mí y que no cambie la forma en que ves al mundo. En cierto modo, estoy procesando toda una vida de información.

—Más que una vida, si entendí lo que me contó hasta este momento.

—Cierto —respondió—. Tiene que haber un término para eso, ¿no lo crees? ¿Tal vez curso intensivo?

—Creo que el término que está buscando es… madurez.

Karr se detuvo en seco.

—No creo que esto cuente, ¿o sí? No es como si yo hubiera hecho todas esas cosas.

El droide volteó hacia su amo.

—Señor, entiendo que acaba de experimentar el recorrido de los Jedi, pero no olvide que fue su propio viaje el que lo trajo aquí y que también debe darse crédito por ese viaje.

Karr pensó un instante en eso y se dio cuenta de que no podía rebatirlo. No había modo de saber qué experiencias cambiarían a una persona, pero lo importante era tenerlas.

—Gracias, RZ. Eres bastante sabio para ser un droide.

—No me lo agradezca a mí, sino a mi creador. Guiño, guiño.

Karr rio.

—No se supone que digas *guiño, guiño* cuando quieres lanzar una indirecta.

—Bueno, también puede tratar ese asunto con mi creador. Él fue quien no me puso párpados.

Mientras regresaban hacia la bodega del *Avadora*, Karr vio el sable de luz roto que Dok-Ondar le había dado a cambio de la entrega, el mismo que le había complicado la

vida desde el instante en que lo tocó. Se lo había pedido por impulso, porque no quería que nadie más viera su visión, como si alguien pudiera hacerlo, pero ahora lamentaba tenerlo siquiera a bordo. Mientras lo observaba, en la periferia de su memoria surgieron breves destellos de su visión más reciente. Skywalker… Había dos de ellos, Luke y Anakin, y también Kenobi, además de todas las vidas que tocaron y destruyeron, y todos los Jedi que existieron o dejaron de existir. Seguía preguntándose dónde encajaba él en todo eso.

—Estoy confundido, RZ. ¿Qué tal si no se supone que me convierta en Jedi?

—Señor, su sensibilidad hacia la Fuerza sugeriría lo contrario.

—Pero eso es lo que me preocupa. ¿Qué tal si no se supone que sea un Jedi porque… porque se supone que sea otra cosa?

—No entiendo del todo lo que me quiere decir.

—Es obvio que tengo algo, pero Maz dijo que no aparecía en esa visión porque no era mi historia. Los Jedi no son mi historia —dijo enfáticamente—. Entonces, ¿qué pasa si en lugar de eso debo convertirme en uno de esos inquisidores?

—Creo que ya estamos enterados de que no existen.

Karr empezaba a sentirse agitado.

—Pero ¿qué pasa si vuelven? ¿Qué pasa si mi visión se refiere al futuro y me convierto en una especie de anticaballero Jedi? Ahora sabemos que los Jedi no desaparecieron por completo. Skywalker sobrevivió, su hermana se casó y seguramente podría haber otros que sienten una conexión con la Fuerza igual que yo. Pero algo que sí aprendí es que la historia se repite. ¿Qué pasaría si la Fuerza despierta y hay quienes desean desaparecerla de nuevo? ¿Si hay usuarios del Lado Oscuro que tienen ese propósito y mi función es convertirme en uno de ellos? Mira lo que pasó con Anakin Skywalker. Él no empezó su vida siendo malo. Era un buen niño que… tuvo una infancia difícil, perdió la paciencia y también perdió el camino. ¿Cómo sé que no seguiré un destino parecido? Tú me has visto últimamente, RZ. Me impacienté con Nabrun Leids y actué sin pensar frente a Dok-Ondar. ¿Qué más oscuro puede volverse mi camino?

RZ-7 se quedó pensando. Era un ser mecánico que estaba programado, entre otras cosas, para expresar empatía, pero incluso él tenía sus límites.

—Señor, si no le importa que se lo diga, esa es una proyección que se basa únicamente en evidencia que no está fundamentada. Maz misma también está sintonizada con la Fuerza y no parece forzada a cargar con la desaparición de los Jedi.

—Pero ella tampoco tuvo una visión en la que se viera matando a un Jedi —le gritó.

El silencio los rodeó hasta que Karr se dio cuenta de que había dirigido incorrectamente su enojo.

—Lo siento, RZ. ¿Ya ves? Me volvió a pasar. Mejor vayámonos de aquí.

—¿Adónde, señor? —preguntó el droide.

El chico quería darle alguna respuesta genial, alguna orden que los enviara a viajar por la galaxia en su nave robada (no, prestada) hasta que la Primera Orden los alcanzara y que luego murieran con las botas puestas, luchando contra los malos de acuerdo al

espíritu de los Jedi, aunque solo sirviera para reafirmar su alianza con ellos. Sin embargo, no lo hizo porque era inútil, así que lo único que pudo responderle fue:

—No lo sé. Casi se nos acabó el dinero y ya no se nos ocurre ninguna idea.

—Y también estamos cerca de que se nos acabe el combustible. Supongo que debería mencionarlo. Tenemos que llenar los tanques en alguna parte y este sitio no parece tener un servicio que podamos usar.

—Fantástico. Entonces sí nos quedaremos totalmente sin dinero. Pero tienes razón, deberíamos hacerlo y quizá… —Hizo una pausa mientras se derrumbaba en el asiento del piloto—. Quizá podamos ir a Tatooine. Tuvo un papel tan importante para Anakin y Luke porque ambos crecieron allí que tal vez encuentre alguna pista.

—Eso suena como un buen plan, señor.

Karr le agradecía el entusiasmo, pero sabía que era como agarrarse de un clavo ardiendo.

En el curso de una hora, los dos viajeros ya estaban acampando en órbita mientras RZ-7 trazaba el curso hacia Tatooine. Karr estaba a punto de meditar el plan cuando vio en el holocomunicador un mensaje que le había dejado Maize. Casi sintió alegría ante la idea de que la chica pensara en él, aunque no estuviera frente a ella. ¡Tal vez había alcanzado su primer éxito!

El mensaje era breve e iba directamente al grano: «Hola, cerebro de láser, avísame cómo estás».

Cuando le devolvió la llamada, su amiga respondió de inmediato. Era fantástico ver su rostro, aunque fuera muy pequeño y transparente en el formato de holograma.

—Hola —dijo y agitó la mano para saludarla. Esperaba sonar alegre—. ¿Cómo van las cosas en casa?

Seguramente su intento no funcionó porque de inmediato Maize frunció el ceño.

—¿Pasó algo malo?

—¿A qué te refieres? No pasó nada malo.

—Pareces como si alguien se hubiera muerto. ¿RZ está bien?

Karr asintió.

—Está bien. Yo estoy bien. Nada más estoy… cansado, eso es todo. Hoy experimenté algo realmente importante.

—Cuéntame —respondió ansiosa.

—No sé si puedo.

De inmediato, Maize se ofendió.

—¿Qué? Después de todo lo que pasamos juntos, no puedes…

—No me refiero a eso —contestó sobre sus protestas—. Simplemente es que son demasiadas cosas. ¡Hoy me topé con un objeto que básicamente me lo dijo todo!

—¿Todo de qué?

—Toda la historia, toda la tragedia, todo de todo. Sé todo acerca de los Caballeros Jedi.

La chica resopló.

—Sí, claro. Una semana en los hiperplanos y ahora sabes todo lo que hay que saber sobre una orden de monjes místicos con armas brillosas.

—¡Pero sí lo sé! —protestó—. Y fue asombroso, Maize. Su historia es extraordinaria.

—¿De verdad? Eso es increíble. No puedo creer que sepas todo sobre ellos. Entonces ¿sabes cómo terminar tu entrenamiento? ¿Cómo convertirte en uno de ellos?

—Bueno —dudó un poco—, como sucede con muchas respuestas… también me llevó a más preguntas.

—Siempre es así, ¿no? —dijo con un tono desenfadado que hizo que él se diera cuenta de que no entendía por completo la importancia de todo eso. Pero a él le parecía bien. De hecho, lo prefería, en todo caso por el momento.

—¿Qué cosa era el objeto? —preguntó su amiga.

—¿Qué objeto?

—¿El que tocaste y que te dio toda la información?

—¡Ah! Fue el brazo de un droide.

—¿En serio? Qué raro.

—No es tan raro —argumentó RZ-7—. Los droides están llenos de información y… —añadió al mismo tiempo que inclinaba su cuerpo hacia Karr—, siempre están dispuestos a dar una mano.

El silencio que siguió a eso fue más profundo que el espacio mismo. RZ-7 se enderezó y fue hacia la cabina de mando suplicándole:

—Si alguna vez necesito que me reprogramen, le ruego que haga un ajuste a mis niveles de humorismo.

Maize y Karr esperaron a que el droide se fuera antes de comenzar a reír tan fuerte que pensaron que quizá nunca podrían detenerse. Finalmente, su amiga volvió al tema.

—Eso es realmente fabuloso, Karr. No puedo creer que hayas aprendido tanto. ¿Adónde irás después?

El chico entendió que la pregunta era figurativa, pero no tenía que responder eso, así que mejor dio una respuesta práctica.

—No estoy seguro. Pensé en dirigirme a Tatooine porque ese lugar tuvo un papel muy importante en la visión que tuve, pero… no sé. Tal vez simplemente debería volver a casa y regresar la nave, antes de que me meta en un problema realmente serio.

—Ay, todo estará bien. A mi papá no le importa la nave —dijo, aunque ese no era el tipo de problema al que se refería Karr—. Si le importara, lo habría mencionado cuando envió a los troopers a buscarme. No te preocupes tanto por eso. De todos modos irás a la escuela de oficios, así que ¿qué más te pueden hacer?

—Ejecutarme al amanecer —respondió en broma.

La chica agitó la mano para hacer a un lado esa idea.

—Como te dije, a nadie le importa la nave. Si alguien te molesta con eso, les recordaré que yo fui la que me la robé primero. Tú ni siquiera sabías volar cuando nos fuimos.

—Sí sabía —respondió de manera poco convincente.

—Los dos sabemos que no, pero me da gusto que hayas aprendido a manejarte con los controles. ¿O es RZ?

—Um, los dos compartimos las tareas de navegación.

Maize rio y aunque se reía de él, Karr le devolvió una sonrisa. Era agradable pasar el rato con ella.

—Sí, bueno. ¿Alguien se está ocupando del combustible? —le preguntó—. Supongo que estará a punto de acabarse si todavía no lo resurten.

—Lo sabemos —dijo Karr a la defensiva, aunque fue RZ-7 quien de hecho se lo hizo notar—. Estamos averiguando dónde detenernos —respondió y eso le recordó otra cosa—. Ah, por cierto, ¿cómo va tu lista?

—¿Cuál lista?

—La lista de lugares donde quieres vivir, para cuando te lo pregunte tu papá.

Maize soltó una risita.

—Ah. Bueno, como recordarás, mi viaje se vio interrumpido. Pero entre el mal olor de Utapau y el calor de Jakku, creo que por el momento me quedaré en Merokia.

Karr le sonrió.

—Sí, estoy empezando a verle el atractivo.

—Aunque —continuó la chica— ayer oí que mi papá estaba hablando y mencionó un lugar que se llama Kijimi. No te queda muy lejos y quizá podrías detenerte para surtir el combustible y darle una mirada en mi nombre. Si ese es el siguiente lugar al que me va a mandar, debería conocer una o dos cosas de él, o por lo menos lo suficiente para discutirle por qué no debería ir allí.

Karr hizo el saludo militar hacia el holograma.

—Como ordene, capitana.

Maize sonrió.

—Estupendo. Luego regresen tan pronto como terminen —le ordenó.

—Sabes que sí —respondió y terminó la llamada con un alegre «nos vemos».



Después de tomarse un momento para un breve descanso, dieron el salto hasta Kijimi y aterrizaron en el puerto espacial de la Ciudad Kijimi, en lo alto del Monte Izukika. Incluso antes de acoplarse, Karr supo que el clima del lugar no era tan cálido como a él le gustaba, y por lo pronto, no había nada que le hiciera recomendárselo a Maize. Tal vez no todo el planeta fuera un congelador, pero la ciudad era casi invisible entre las montañas y las espesas ventiscas de nieve blanca, excepto por sus relucientes luces. El puerto espacial en sí ni siquiera ameritaba una mención, pero tenía todos los servicios comunes y al chico le quedaban apenas los suficientes créditos para llenar al *Avadora* del combustible necesario para llegar a casa.

Deambularon por la ciudad durante un breve rato, admirando la arquitectura antigua que le recordó las imágenes de viejos monasterios y la amplia diversidad de mercancías en venta, pero al poco tiempo sintió demasiado frío como para quedarse más tiempo y también estaba demasiado nervioso por la cantidad de tipos de aspecto poco respetable que andaban por allí, así que regresaron a la estación de servicio. Se sentaron en el vestíbulo que tenía pequeñas mesas y sillas, al igual que calefactores diminutos e insuficientes amontonados en las esquinas. La barra que estaba junto a una pared tenía un autoservicio de bebidas y se ofrecían pequeños paquetes de botanas para una diversidad de especies viajeras a cambio de un par de créditos por pieza.

Karr tomó una bolsita de frituras que sabían más a sal y silicón, pero era mejor que nada. RZ-7 se quedó parado a su lado, manteniendo uno de sus ojos digitales sobre la nave que podían ver a través de la gran pared de vidrio que los separaba del trabajo que se realizaba en el puerto espacial.

El chico sintió un escalofrío.

—Está helado aquí.

—Si lo recuerda, señor, también está helado allá afuera. Pero no nos quedaremos mucho tiempo y a nadie más parece importarle gran cosa.

—Todos los demás están vestidos de acuerdo al clima —respondió Karr, recordando con envidia a los residentes de Kijimi con sus gruesas pieles y cueros de animales. Tiró la bolsa de frituras casi vacía en uno de los cestos de basura.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza contra el muro detrás de él.

—Espero que Tatooine tenga respuestas.

—Estoy seguro de que sí, señor. Pero si no, ¿no hay otros planetas que haya visto en su visión y que puedan ser útiles?

—De hecho, sí vi muchos, pero si vamos a seguir saltando de planeta en planeta, deberíamos ahorrar para nuestra propia nave. A pesar de lo que dice Maize, tarde o temprano la Primera Orden vendrá a buscar al *Avadora*.

—Más temprano que tarde —respondió el droide—. Por lo menos eso me temo. ¿Señor?

—No seas tan literal, RZ. Es solo una expresión.

—No estoy siendo literal. Trato de advertirle.

Pero Karr seguía reclinado hacia atrás con los ojos cerrados.

—¿Advertirme qué?

—La nave, señor.

—¿Qué tiene?

—Señor, la nave está… bajo supervisión.

Karr abrió los ojos y allí estaba el *Avadora*, justo donde la dejaron, pero estaba rodeada por casi una docena de stormtroopers de la Primera Orden.

Observó a través del cristal mientras el empleado que resurtía el combustible escuchaba a los stormtroopers y levantaba la vista, detectó a Karr y a RZ-7 a través del cristal, y los señaló.

Aunque estaban probablemente a cien metros de distancia, el chico levantó las manos y el droide lo imitó. Eran más numerosos que los dos que habían recogido a Maize y minutos después, media docena de soldados se apostaron en el área del vestíbulo. La mayoría de los stormtroopers se detuvieron y se pusieron en posición de firmes. Un hombre de negro parecía estar al mando y se paseó frente al chico y el droide con los brazos cruzados y sin decir nada.

Así que Karr inició la conversación.

—Nos atraparon —dijo—. Allí está su nave. No la robamos, solo se la pedimos prestada a Maize. Lo siento, pero ya no la necesito de todos modos. Simplemente llévenos a casa.

El oficial a cargo sacudió la cabeza.

—¿A casa? No irás a ninguna parte. Primero vas a responder unas cuantas preguntas.

—¿Sí? Bueno, trataré.

—Bien. Subamos a bordo por un rato para tener un poco de privacidad y conversaremos.

Karr bajó las manos, ya que nadie le estaba apuntando con ningún arma y, aparte, desde un principio nadie le dijo que necesitaba hacerlo. Además, las axilas empezaban a dolerle.

Mientras los troopers los acompañaban marchando por el puerto espacial y subían por la rampa, con RZ-7 a la retaguardia, Karr empezó de nuevo a cuestionar la gravedad de su delito. ¿Qué podrían querer esos tipos? Por todos los cielos, ya habían recuperado la nave. ¿Qué más podrían buscar en ese helado planeta?

Él y el oficial de rostro adusto se sentaron uno frente al otro en la pequeña área de descanso que apenas tenía el tamaño suficiente para los dos, y mucho menos para el droide, que se mantuvo en la entrada hasta que el oficial le dijo tajantemente que se fuera.

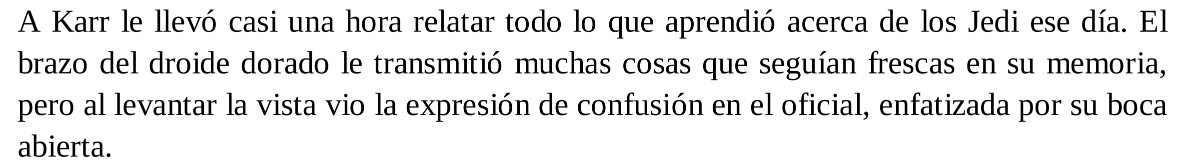
—Lárgate antes de que te convierta en un abrelatas y te deje aquí para abrir comida congelada por el resto de la eternidad.

Luego se quedaron solos. Era posible que el rostro del hombre no revelara nada, pero su postura le daba información más que suficiente. No quería estar allí, Karr no le agradaba, tampoco le gustaban los droides y no había nada que alguna vez lo hiciera sentir feliz.

Todo eso se volvió más evidente cuando se inclinó y le exigió en tono amenazante:

—Dime qué sabes del Jedi.

CAPÍTULO 18



A Karr le llevó casi una hora relatar todo lo que aprendió acerca de los Jedi ese día. El brazo del droide dorado le transmitió muchas cosas que seguían frescas en su memoria, pero al levantar la vista vio la expresión de confusión en el oficial, enfatizada por su boca abierta.

—¿De qué demonios estás hablando? Te pregunté de un Jedi y ¿me respondes con una clase de historia?

—Me preguntó de los Jedi —argumentó Karr.

—¡Te estaba hablando de Skywalker!

—¡Yo también!

—¡Pero eso es historia antigua! —le gritó el hombre—. ¡Yo te hablo de ahora!

En ese momento fue el turno de Karr de sentirse confundido.

—No tengo idea de dónde está. ¿Usted sí?

El oficial enterró el rostro entre sus manos y respiró profundamente.

—¿No estabas en una misión para encontrar a Skywalker?

Karr se movió en su asiento.

—Supongo que sí. En cierto modo.

—¿Y no encontraste una pista de su localización?

—No —respondió.

El oficial se inclinó todavía más hacia él, si eso era posible, y su exasperación se transformó de nuevo en enojo.

—Esa es la parte que no te creo.

El chico protestó.

—¿Cree que si hubiera encontrado a Luke Skywalker estaría sentado aquí con usted? ¡Estaría de rodillas ante él rogándole que me entrenara!

El oficial tocó con los dedos una datapad que estaba sobre la mesa y su pantalla se encendió, aunque estaba cubierta y Karr no podía ver lo que decía.

—Hablemos de este mensaje que enviaste desde la órbita de la luna de Oba Diah.

—¿Qué mensaje?

El soldado consultó algunas notas en la datapad.

—Este en el que dices textualmente: «Encontré un trozo del rompecabezas acerca de un Maestro Jedi perdido». ¿Recuerdas esa conversación?

Karr pensó un momento y asintió.

—Sí, esa noche hablé con mi amiga Maize después de encontrar los restos de la nave y el holoproyector.

—¿Qué holoproyector? ¿Allí estaba el mapa?

—¿Cuál mapa?

—¿No encontraste parte de un mapa? ¿O cualquier otra cosa que nos guíe a Skywalker?

—¿A Skywalker? No. Ya se lo dije, encontré algunos trozos de un transbordador que perteneció a Sifo-Dyas, un Maestro Jedi de hace mucho tiempo. Había un antiguo holoproyector casi muerto y pude reproducir su último mensaje, pero no tenía nada que ver con Skywalker.

El escepticismo cubría al oficial como si estuviera bañado en él. Le dijo a Karr que se pusiera de pie y le ordenó a uno de los stormtroopers que lo registrara. Después de una inspección muy grosera e invasiva, el trooper le informó a su jefe que no había encontrado nada.

Sin embargo, el oficial no estaba satisfecho. Sabía que los holoproyectores eran pequeños y que se podían esconder en casi cualquier parte.

—Quítate los guantes.

Karr obedeció y los lanzó sobre la mesa cercana. El hombre los revisó, pero lo único que revelaron era que J'Hara era una costurera muy hábil.

—¿Qué sigue? —preguntó Karr—. ¿Quiere que saque la lengua?

El oficial se sentó y se lamió el labio inferior.

—¡Traigan de nuevo al droide! —gritó sin dirigirse a nadie en particular, pero quien fuera el encargado de hacerlo se ocupó de inmediato, porque escoltaron a RZ de regreso por la rampa.

—Señor, ¿en qué puedo servirle?

—No estoy seguro —admitió Karr—. Creo que en nada.

Pero el oficial tomó otra vez el control de la conversación.

—Según veo, ustedes dos son muy cercanos.

—Por supuesto.

—Y sería una pena que tuvieras que regresar sin él.

—Sin él —dijo con curiosidad el droide—. Eso nunca sucederá. Estoy dedicado a mi amo y nunca lo dejaría o…

Pero antes de que pudiera terminar, el oficial desenfundó su bláster, lo cual dejó en claro sus intenciones.

—Ah —respondió el droide—. Ahora entiendo.

Karr trató de explicarle que había un malentendido.

—Se lo estoy diciendo. No sé nada de dónde está Skywalker ni tampoco sobre cualquier mapa. ¡Apenas me acabo de enterar de que existe!

El oficial levantó lentamente su arma y la apuntó hacia RZ. Karr empezó a hablar más rápido.

—¡Le estoy diciendo la verdad! Le dije todo lo que sé. No hay razón para que le dispare a RZ.

El droide intercedió para defenderse.

—Si me lo permite, puedo dar fe del amo Karr. Es un chico honorable…

Pero cuando el oficial no bajó el brazo, Karr recurrió a una vieja táctica.

—¡Espere! —le gritó al soldado—. ¡No lo haga! Tengo una enfermedad. Me dan dolores de cabeza y RZ es el único droide médico que tiene el conocimiento y la experiencia para ayudarme. ¡Por favor! Lo necesito.

El oficial se detuvo un momento y finalmente bajó el brazo.

—Lamento enterarme, porque ambos sabemos que en realidad no es un droide médico. Eso quiere decir que eres un mentiroso.

El disparo que golpeó a RZ-7 lo lanzó al otro lado de la habitación y le cercenó un brazo.

—¡RZ! —exclamó Karr. Sin pensar ni por un segundo en su propia seguridad, saltó de su silla y cayó de rodillas junto a RZ-7—. ¿Por qué? ¿Cómo supo?

El oficial se levantó de su asiento.

—Sabemos muchas cosas, amiguito.

Giró su datapad y la deslizó al otro lado de la mesa. Con un par de golpecitos en la pantalla, hizo salir un holograma que empezó a reproducirse. En él aparecía Maize, que sonreía y hablaba haciendo muchos ademanes.

Karr parecía confundido.

—Esa es mi amiga Maize.

El oficial sonrió de un modo sarcástico.

—¿Estás seguro de eso?

Karr siguió viendo el holograma y la débil sonrisa que había podido conseguir empezó a desaparecer. Pudo ver que Maize estaba en su casa porque reconoció el mobiliario del salón principal. La chica estaba sentada en su sillón y hablaba muy animadamente de… él.

«Encontró algo», decía. «Algo sobre un Maestro Jedi perdido y sé que está en la órbita de Oba Diah».

El holograma terminaba en ese punto y el oficial recuperó la datapad y la apagó.

—¿Sigues aferrándote a tu respuesta?

Karr apenas era capaz de ver al hombre y, en lugar de ello, habló hacia el piso mientras sus hombros se inclinaban por la pena.

—Ya le dije. El Jedi perdido era Sifo-Dyas. No sé dónde está Skywalker.

El oficial exhaló sonoramente por la nariz.

—Vámonos de aquí —le dijo al stormtrooper.

El trooper agitó su propio bláster para señalar hacia Karr.

—¿Qué hacemos con él?

—Déjalo. No nos sirve para nada.

Mientras esos hombres intimidantes abandonaban la nave, Karr se dejó caer al suelo. A pesar de todo ese escándalo, a nadie le importaba el *Avadora*. Y, ¿por qué no?, incluso podría quedárselo para siempre, volar al otro extremo de la galaxia y seguir más allá. Después de todo, ¿qué le quedaba en casa que lo invitara a regresar?

Intentó pasar saliva, pero tenía la boca muy seca. ¡Maize lo había delatado con la Primera Orden!

Sentía calientes el estómago, los ojos y el rostro. Estaba avergonzado y furioso. Había sido un estúpido, ¿no? Estúpido al creer que la nueva chica fabulosa de la escuela era realmente su amiga, y que creía en él y en su misión.

Quería acurrucarse en posición fetal y morir, pero no se podía dar ese lujo. Tenía que atender a su droide.

—RZ, ¿sigues allí?

—No tengo dónde más estar, señor —respondió y un susurro de estática interrumpió las palabras.

—Vas a estar bien. Vas a estar bien —insistió el chico, tanto para sí mismo como para el droide—. Puedo arreglarlo.

—No tengo ninguna duda de usted, señor, pero las probabilidades de repararme con lo que encuentre en esta nave son aproximadamente de una contra dos mil ochocientas veinte. De hecho, es la primera vez que puedo decir con total convencimiento que apostaría mi reputación médica a eso.

Karr soltó una débil risa, más en beneficio del droide que de sí mismo.

—RZ, te prometo que vas a estar bien, pero quiero que sepas algo.

—Sí, señor.

—Eres mi mejor amigo.

Si los droides pudieran sonreír, RZ-7 lo habría hecho, pero en lugar de eso, sus ojos se encendieron y apagaron como si esa declaración lo sorprendiera agradablemente. Cuando menos eso es lo que eligió pensar Karr, pero no tendría oportunidad de confirmarlo.

El piso estaba lleno de los trozos de su amigo y sabía que su única esperanza de reconstruirlo era recuperarlos todos. Sin embargo, lo abrumaba tanto la emoción que cuando movió la mano para tomar una parte del revestimiento del droide, olvidó que no llevaba los guantes.

Una visión, aguda y estruendosa, repiqueteó en su cabeza. No escuchó ni vio nada más. Ni a RZ-7 ni al interior del *Avadora*, que era limpio, brillante y estéril.

Vio a sus padres. Estaban en casa y RZ-7 estaba apagado en un rincón como un juguete desechado. Sus padres hablaban con la comodidad informalmente ansiosa de quienes están preocupados por muchas cosas, pero no piensan que alguien los escuche.

Su madre estaba en su máquina de coser, que habían llevado a la mesa de la cocina para coser una prenda de gran tamaño. Sacudía la cabeza y decía:

—Un día va a averiguarlo. No porque se lo digamos nosotros, sino alguien más. Quizá deberíamos decírselo.

—No —replicó su padre—. Eso solo va a fomentar su obsesión.

Su madre no sonaba del todo indiferente, pero sí cansada.

—Sigue siendo nuestro trabajo protegerlo.

—Y eso es exactamente lo que estamos haciendo.

La visión vaciló en su mente y Karr no entendió unas cuantas palabras, pero sí escuchó las últimas.

—Lo que no sabe no puede hacerle daño.

—Cierto —respondió su madre—. Pero sí podría volverlo loco.

Los márgenes de la visión parpadearon y se difuminaron, y Karr sintió muchas cosas al mismo tiempo. Primero se sintió estúpido. Nunca se le había ocurrido tocar a RZ-7 porque eran casi inseparables. Lo que el droide veía, también lo veía él, y lo que no observaban al mismo tiempo, se lo contaban uno al otro. Ni siquiera le había cruzado por la mente que RZ-7 hubiera sido testigo de algo sin percatarse de ello. Luego se sintió confundido. ¿De qué estaban hablando sus padres? ¿Qué lo volvería loco? ¿Tenía un tumor? Pero lo más importante era que estaba enojado de que le hubieran mentido acerca de… algo. Era algo grande y su propósito era averiguarlo.

Sentía un nudo en el estómago, pero su mirada se volvió fría al ver el asiento vacío del piloto. En los últimos días había aprendido mucho. Sin embargo, ¿sabía lo suficiente como para pilotear la nave de regreso a casa él solo? Se sentó en el asiento y se ajustó el cinturón.

«Cómo demonios no», pensó. De hecho, había varias cosas que estaba a punto de hacer que nunca había hecho antes.

CAPÍTULO 19

El viaje de regreso a casa se sintió infinitamente más corto que el que había hecho hasta el momento y que lo había alejado tanto de allí apenas unos días antes. Ya no hubo más saltos, volteretas ni brincos de una luna a otra y de una estrella a otra, sino que fue una línea recta hacia el planeta que lo vio nacer, donde había vivido toda su vida… y donde posiblemente también viviría en el futuro. Caminó de un lado a otro de la nave en su viaje final, preguntándose si estaba tomando la decisión correcta y temiendo lo contrario, pero sabía muy bien que su enojo y la fuerza de la adrenalina hacían que esa fuera su única opción.

Mientras maniobraba el *Avadora* para atravesar la atmósfera de Merokia, pensó en todas las cosas que cambiaron desde que se fue. Pensó en el chico que había partido con sus amigos para seguir una fábula y en el joven que ahora regresaba solo a casa para terminar la historia.

No había nadie alrededor cuando Karr posó la nave en la plataforma de aterrizaje de la familia de Maize, de la misma manera en que no hubo nadie cuando despegaron. Deseaba que RZ-7 pudiera ver el estupendo trabajo que hizo para aterrizar el *Avadora* y decidió que de todos modos lo incluiría.

—¡Mira esto, RZ! Estamos muy lejos de aquellos días en que apenas podíamos salir en pie de un aterrizaje. ¡Lo dominé como todo un profesional!

Una vez que el tren de aterrizaje estuvo bien atracado y apagó todos los controles, Karr tomó lo que pudo de los trozos remanentes de RZ-7 y los metió en una bolsa. Luego recogió el cuerpo del droide tomándolo de la cintura, y los dos salieron de la nave como viejos amigos que regresan de una fiesta. Sin embargo, no estaba listo para celebrar, sino para conseguir respuestas.

Cuando finalmente llegó a su casa, azotó la puerta detrás de él y pasó hecho una furia junto a su hermano.

—¿Dónde están mis papás? —gritó. Sin esperar respuesta, fue directo a la sala, donde encontró a su mamá midiendo la cintura de un maniquí de costura.

—¿Qué me están ocultando? —le reclamó.

Looway Nuq Sin casi se muere del susto.

—¡Karr! ¿Dónde estuviste? Estuve preocupadísima por ti.

Karr la ignoró y le repitió la pregunta.

—¿Qué me están ocultando?

—¿Qué? Nada… No sé de qué hablas.

—¡No me mientas! —gritó—. ¡Ya no!

Looway trató de tranquilizarlo del modo en que lo hace la gente cuando está tratando de ganar tiempo.

—Mi amor, estás alterado, pero no sé de qué estás hablando.

—Estoy hablando del secreto que están ocultándome tú y mi papá. Ese que esconden por mi propio bien y que podría volverme loco —afirmó, citando su visión.

Eso la paró en seco y Karr supo que no tenía que agregar más. Como al mismo tiempo se sintió reivindicado y ligeramente arrepentido de asustarla, le tomó las manos entre las suyas.

—Mamá, tengo una habilidad que no pedí y que no siempre estoy seguro de querer —admitió—. Pero la tengo y es real, y estoy aprendiendo qué hacer con ella. No fue fácil y, para ser sincero, me sigue asustando. Pero ahora que mi abuela ya no está, me serviría tener tu ayuda. Volé por toda la galaxia en búsqueda de respuestas y estoy cansado, pero regresé porque estoy empezando a darme cuenta de que las respuestas que busco podrían estar justo en el mismo sitio del que estoy huyendo. Ahora dime qué cosa no me dijeron.

Looway se esforzó por contener el llanto, pero al final no pudo.

—Creciste tanto y tan rápido —dijo—. Pero necesito que esperes un poco más. Te prometo que te lo diremos todo, pero tu padre tuvo que irse unos días para comprar unas telas y quiero que esté presente para esto. Deberías esperar a que los dos te lo digamos.

Le pareció aceptable y, después de todo, había sospechado que sus padres podrían seguir mintiéndole, así que esperar un tiempo no era tan importante.

Maize le llamó en el holocomunicador, pero no respondió, ni siquiera cuando la chica lo intentó dos veces. A la tercera ocasión en que le llamó, Karr arrojó el dispositivo por la ventana más cercana. Era la última persona en el planeta con la que quería hablar. Sin importar lo que le dijera, no quería escucharlo.

Pasaron los días y en ese periodo se aseguró de llevar los guantes todo el tiempo porque estaba demasiado temeroso ante la posibilidad de experimentar cualquier visión. Eran demasiado intensas y temía lo que podría ver. ¿Qué tal si veía de nuevo el futuro y mataba a otros Jedi? ¿El futuro era algo inalterable o podía cambiarse?

En ese caso, probablemente Merokia fuera el lugar más adecuado para lograrlo. Por mucho que se quejara, la verdad era que su planeta natal era seguro. A veces sacaba de debajo de la cama el sable de luz roto del inquisidor y pensaba en tocarlo con sus manos descubiertas aunque fuera una sola vez más.

Pero la imagen de los Caballeros Jedi agonizantes siempre lo detenía. La idea de que sus muertes fueran su culpa (o que pudieran serlo) le impedía tratar de nuevo. Era demasiado duro pensar en eso y ya había sido muy difícil verlo una vez. No, si se quedaba en casa, iba a la escuela y se dedicaba a la sastrería como un ciudadano común y aburrido, seguramente nunca tendría la sangre de los Jedi en sus manos.

Pensar en la escuela de oficios ya no le horrorizaba tanto como hacía una o dos semanas y ahora le veía el lado positivo. La escuela estaba muy lejos de sus padres, quienes apenas sabían cómo hablar con él. También estaba muy lejos de Maize y no quería volver a verla después de lo que le dijo a la Primera Orden.

Se sentó en su cama y empezó a juguetear con el cuerpo todavía inerte de RZ-7. El droide casi había recuperado su aspecto de siempre, gracias a un nuevo conjunto de

circuitos y una placa que no se ajustaba del todo al resto de su acabado, pero que mantenía aseguradas todas sus entrañas electrónicas en el lugar donde debían estar.

Estaba a punto de encender el droide cuando escuchó que alguien rascaba la ventana. No volteó para ver qué producía ese sonido, aunque tenía sus sospechas.

El ruido continuó hasta que escuchó un leve crujido que le sugirió que algo se había roto: era el cerrojo de la ventana. Luego oyó un pequeño clic y su ventana se entreabrió con un pegajoso sonido de deslizamiento.

Karr volteó hacia la ventana y vio que un par de manos la empujaban para abrirla. La ventana crujió y se deslizó lo suficiente como para permitir que entrara una persona pequeña. Tal vez una adolescente como Maize.

La chica jadeó al subirse al alféizar y metió las manos y la cabeza, para después caer al piso. Se quedó allí, resollando como si hubiera subido por una torre y no simplemente se hubiera desplomado de un alféizar en el primer piso de una casa.

—¡Por todos los cielos! —declaró—. ¿Cuál es tu problema, Karr?

¿Su problema? El chico se había jurado que cuando ocurriera esa confrontación inevitable, permanecería tranquilo y sereno, pero ahora que la tenía enfrente, decidió que lo más fácil era gritar.

—¿Mi problema? ¿Qué estás haciendo tú aquí? Tú eres mi problema.

—Vaya, ¿y cómo llegaste a esa conclusión?

Karr arrojó las piernas hacia el lado de su cama para poder sentarse y lanzarle una mirada fulminante mientras ardía de rabia.

—¡Me pusiste una trampa!

—Perdóname, pero si «ponerte una trampa» significa sacarte de este planeta y ayudarte a ir en una misión para encontrar cosas que tocar, pues sí, entonces supongo que ¡te puse una trampa! Y muy buena, diría yo. Piensa en todos los espadachines galácticos de los que no te hubieras enterado si no lo hubiera hecho.

—No me refiero a eso y tú lo sabes —argumentó Karr—. Sabías que estaba desesperado por encontrar a los Jedi y me usaste. Usaste mis capacidades para tratar de rastrearlos y que la Primera Orden pudiera encontrar a Luke Skywalker.

—¿Qué?

—Le agradezco a la Fuerza que no lo haya encontrado. Los hubiera llevado directamente hacia él y si todavía no está muerto, con toda seguridad lo estaría gracias a mí. —Karr se detuvo un instante al pensar en la imagen de sí mismo asesinando a un Jedi que seguía fresca en su mente.

Maize se levantó y lo confrontó, con las manos sobre las caderas y los pies bien plantados.

—¿De qué estás hablando? No hice nada de eso.

—Lo vi, Maize. Vi tu holomensaje para la Primera Orden en el que les pasabas la información que te dije. Sobre dónde estaba yo y que había descubierto una pista acerca de un Maestro Jedi perdido. Incluso sabían que RZ no es un droide médico.

La chica volteó hacia el robot renovado y parecía estar a punto de preguntar qué le pasó, pero se mantuvo enfocada.

—Nunca le mandé ningún mensaje a la Primera Orden. Los únicos mensajes que llegué a enviar fueron a… —Se detuvo en el momento en que su mente captó el significado de lo que estaba a punto de decir—. Mi papá.

—Que trabaja para la Primera Orden —añadió Karr.

Maize se le quedó mirando, pero en realidad su vista no estaba puesta en él.

—Deben haber interceptado el mensaje —dijo—. O se lo robaron o algo. Te juro que nunca les habría contado de ti.

—Pero ¿por qué le dijiste a tu papá?

De pronto la chica estalló en gritos.

—¡Porque eres mi amigo! No estaba tratando de delatarte, idiota. Estaba tratando de contarle a mi papá acerca de ti.

El chico calló un momento.

—¿Le contaste a tu papá de mí?

—Finalmente se preguntó qué había pasado con la nave, de modo que sí, le hablé de ti. Le hablé de un niño al que conocí en este nuevo planeta, que me ayudó a sentirme menos sola y que no odiaba llevarme con él. Estaba tratando de decirle que hiciste un muy buen trabajo y que no eres tan malo; que no destruirías el *Avadora* ni nada por el estilo. Le dije que eras genial, que sabías lo que estabas haciendo y que no pasaría mucho tiempo para que volvieras tú solo. Trataba de convencerlo de que no había ninguna razón para que mandara a los stormtroopers detrás de ti.

Karr entrecerró los ojos en actitud de furia.

—Pero sí lo hizo.

La chica levantó los brazos al techo como muestra de exasperación.

—¡Eso no fue mi culpa! Ni siquiera sé si fue culpa de él. Es posible que ni siquiera haya sabido que fueron detrás de ti.

—No lo defiendas.

—¿La Primera Orden te trajo arrastrando a casa? Creo que no, porque alguien hizo un horrible trabajo al estacionar el *Avadora* para devolverlo.

—¿Horrible? ¡Ese fue un aterrizaje buenísimo!

—Te saliste tanto de las rayas que supuse que finalmente alguien te había comprado un trago en una de esas cantinas.

Karr empezó a sonreír, pero todavía no estaba listo para perdonarla. Primero tenía que digerir muchas cosas.

—Míralo por el lado amable —dijo su amiga—. Regresaste a salvo y no estás en verdaderos problemas, ¡además de que ni siquiera tienes que terminar el año escolar!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Maize suspiró profundamente y se sentó al borde de la cama.

—Moffat me lo dijo cuando me trajo la tarea a la casa. No puedo regresar a la escuela hasta que me quiten el castigo y la suspensión, pero me están dejando ponerme al

corriente para que no tenga que hacerlo todo de una sola vez. Pregunté cómo te estaba yendo a ti y me dijo que no sabía, pero que tus padres te habían sacado de la escuela. Y luego tú no contestabas el holocomunicador, así que me preocupé. ¿Me escuchas? Me preocupé por ti, aunque estás portándote totalmente mal conmigo.

Karr se sentía desanimado. Su enojo todavía bullía en su interior, pero principalmente se sentía triste.

—¡Tenme paciencia! Te metiste en mi cuarto y me tomaste por sorpresa. Tuve un par de días muy difíciles.

—Si hubieras contestado el holocomunicador, no te habría sorprendido. ¿Por qué me culpas de todo lo que pasó? Deberías agradecerme. Te saqué de la casa y te llevé al espacio.

Karr pensó que tal vez ese era el problema. Quizá estaba mejor cuando no sabía nada. Para citar a su papá, posiblemente lo que no sabía no podía hacerle daño.

Con cuidado y dulcemente, la chica le dio unos golpecitos con la mano sobre el hombro.

—Solo te prometí una aventura. No te prometí que todo saldría como tú querías. Lamento que no hayas encontrado a ningún hechicero intergaláctico que luche contra el crimen y que pudiera enseñarte, pero sí encontraste evidencias de ellos. Probaste que estaba equivocada y eso debería valer de algo, ¿no?

—Tal vez —admitió con apenas el asomo de una sonrisa—, pero no basta. Por favor, ¿puedes dejarme en paz? Mis padres me estuvieron mintiendo por años acerca de algo y estoy a punto de averiguarlo.

La chica esperó un par de minutos para ver si cambiaba de opinión y cuando no lo hizo, le dio un último golpecito, un poco más fuerte de lo necesario en opinión de Karr, y se fue por donde había venido.

Karr se puso de nuevo a trabajar en RZ-7 y a pesar de la mecánica compleja que se requería para que los droides cobraran vida, encontró que su relación con ellos era la más simple. Hablaba en serio cuando le dijo que era su mejor amigo y sonrió al pensar en eso cuando volvió a encender al droide.

—Y usted es el mío, señor —dijo RZ-7 en respuesta a lo último que oyó antes de apagarse días antes.

Karr rio por primera vez en un largo tiempo.

—Me da gusto que estés de regreso, compañero.

—¿Me perdí de algo importante?

De pronto se abrió la puerta de su dormitorio y el rostro eternamente preocupado de su madre se asomó.

—¿Karr? Querido, tu padre regresó. Nos gustaría hablar contigo ahora.

El chico volteó hacia RZ.

—Estás a punto de averiguarlo.

CAPÍTULO 20

Karr se reunió con ellos en el área común, donde su madre había preparado un pequeño despliegue de leche, queso y galletas, como si planeara recibir visitas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó mientras señalaba hacia la mesa, la comida y las bebidas frías—. ¿Va a venir alguien?

—No, todo es para ti —dijo Tomar.

—Apenas comiste desde que regresaste —añadió Looway—. Tienes que comer. No puedes permanecer encerrado en tu cuarto para siempre, y… —Lo que fuera que quisiera decir, ya no salió de su boca y su voz se fue apagando.

—¿Eso quiere decir que finalmente me dirán la verdad?

Sus padres se miraron entre sí como si no supieran cómo responder, así que el chico lo intentó de nuevo, presionando un poco más.

—¿La verdad que me estuvieron ocultando?

Su padre respiró profundamente.

—Vamos a sentarnos, ¿te parece? Sí, hay algunas cosas que no te dijimos y que probablemente debimos haberte dicho hace mucho tiempo, pero tuvimos nuestras razones. Cuando las escuches, cuando escuches todo lo que te vamos a decir, espero que lo entiendas.

—¿Qué pasa si no lo entiendo? —preguntó al mismo tiempo que se dejaba caer en el sofá tratando de impresionarlos con su transparencia.

—Entonces supongo que podrás reventar de rabia. Te lo voy a exponer y la forma en que respondas… bueno, eso dependerá de ti. —Su padre se sentó frente a él mientras su madre se paseaba de un lado a otro, mordisqueando una especie de queso rojizo que le pintaba los dientes.

Sin saber qué más hacer, Karr tomó un par de galletas y empezó a roerles las esquinas. Tragó el primer mordisco con dificultad porque tenía la boca seca, y preguntó:

—¿Resulta que después de todo sí me estoy muriendo? ¿Ese es el gran secreto?

—No, por fortuna no tiene nada que ver con eso —respondió su padre. Sus padres compartieron otra mirada nerviosa como si estuvieran decidiendo a quién le tocaba soltar la sopa. Su madre renunció y desapareció en la cocina. Mientras abría alacenas y hacía otros ruidos que sonaban útiles, su padre carraspeó y empezó a hablar.

—No fuimos completamente sinceros contigo —dijo mientras jugueteaba con su propio trozo de queso hasta que las puntas de sus dedos se tiñeron de rosa—. Hace varios años tuvimos una plática con tu abuela. Teníamos opiniones diferentes sobre el tema, pero, como eres mi hijo, ella obedeció mis deseos.

Su madre regresó de la cocina con otro vaso de leche en la mano. Más que nada estaba buscando algo en qué ocuparse, o por lo menos esa era la impresión que tuvo el chico.

—No espero que lo entiendas —continuó su padre—, pero lo que más nos importa a tu mamá y a mí es tu bienestar.

Karr aferró las manos a los cojines de su asiento.

Sus padres volvieron a mirarse y el chico ya no podía llevar cuenta de todas esas miradas o a qué se referían, pero no le gustaban. Estaba a punto de estallar de frustración cuando finalmente su padre habló.

—Hay un Jedi en la historia de tu familia.

El chico se quedó pasmado. Por suerte estaba sentado, porque si no seguramente se habría caído al piso.

—¿Qué? ¿Quién?

—Mi abuelo. Tu bisabuelo.

—¿El papá de mi abuela? —preguntó, sintiéndose un poco traicionado.

—Sí.

—Pero creí que los Jedi no podían tener familias.

—Bueno, aparentemente este sí la tuvo —respondió su padre—. No estoy seguro de cómo fue exactamente la situación, pero creo que pasó algo y abandonó a los Jedi en los tiempos anteriores a las Guerras de los Clones. Después de que mataron a todos los Jedi, él se ocultó.

—¿Por qué mi abuela no me lo dijo? ¿Por qué no me lo dijeron ustedes? Sufrí por tanto tiempo.

—No creímos que fuera relevante.

—¿No es relevante? —dijo con incredulidad—. ¿De qué hablan?

Finalmente, su madre encontró el valor para intervenir.

—Tus dolores de cabeza se estaban volviendo muy graves y necesitábamos que los tomaras en serio. Además, sentimos que si sabías que había un Jedi en tu familia, habrías podido no prestarles atención o afirmar que eran señales de la Fuerza, en lugar de recibir la atención adecuada.

—Pero sí son señales de la Fuerza. ¡Ahora lo sé y mi abuela lo sabía entonces! ¿Por qué no me dijo que su padre fue un Jedi?

—La respuesta es que le pedimos que no lo hiciera, por las mismas razones que ya te dijimos. No le gustó, pero respetó nuestros deseos.

—Casi los respetó —añadió su madre mientras alzaba una ceja.

—Estuvo de acuerdo en no hablarte de él, pero dijo que tampoco podía quedarse al margen y no hacer nada, así que llegamos al acuerdo de que cada uno atendería este asunto a su propio modo. Tu madre y yo seguiríamos buscando que los profesionales médicos legítimos te sometieran a pruebas y tu abuela haría lo que considerara adecuado para nutrir lo que, según ella, era producto de la Fuerza.

—No malentiendas, Karr —le rogó su madre—. No hay nada que nos hubiera encantado más que creer que tenías algún poder místico en lugar de un tumor cerebral mortal, pero teníamos que asegurarnos. Debíamos agotar todas las opciones posibles. Eres nuestro hijo y era necesario que te protegiéramos. A veces tus desmayos eran tan malos que sinceramente nos preguntábamos si despertarías. Necesitábamos enfrentar la realidad y si te hubiéramos hablado de algún miembro de la familia que podría haber tenido o no una cosa similar solo te confundiría. Teníamos que confirmarlo con toda seguridad.

—Mi abuela lo confirmó con toda seguridad.

Su padre se inclinó contra el respaldo del asiento en actitud de cansancio y como si quisiera una bebida mucho más fuerte que la leche.

—Bueno, tal vez los abuelos pueden darse ese lujo.

Antes de que Karr pudiera cuestionar lo que quería decir su padre, su mamá se levantó.

—El asunto es que ahora te creemos.

Esto golpeó a Karr casi con tanta intensidad como una de sus visiones.

—¿Me creen?

—Sí —continuó ella—. Pero eso no es excusa para que hayas huido sin avisarnos. Nos tuviste muertos de preocupación. Hasta donde sabíamos, podrías haber muerto. Con tus dolores de cabeza que estaban empeorando y ¿tú simplemente desapareciste? ¿Pensaste siquiera una vez en nosotros?

—Lo siento —musitó porque sabía más que bien que no había pensado en ellos y se sintió culpable—. Pero ¿qué cambió? ¿Por qué me creen ahora cuando ni siquiera la abuela pudo convencerlos?

Maize anunció su llegada con un carraspeo educado y asomó la cabeza por la entrada del área común. Lo saludó con un pequeño movimiento de la mano y entró arrastrando los pies.

—¿Maize?

El padre de Karr atravesó la habitación hacia ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Esta jovencita nos informó dónde estabas y qué estabas haciendo, y debo decirte que no me gustó. Sonaba como algo imprudente y rebelde, pero cuando nos explicó cómo te estaba yendo y los resultados que estabas teniendo, supongo que fue cuando empecé a ver las cosas de modo diferente.

—Ambos lo hicimos —añadió Looway—. Ten en cuenta que, desde nuestra posición, esas visiones podrían haber sido alucinaciones provocadas por el dolor. No había prueba de nada. Pero entonces Maize nos contó sobre cómo usaste esas visiones para seguir pistas y encontrar a personas que verificaran tus hallazgos. Esa no es imprudencia, sino determinación y valentía. Es… —Se esforzó por encontrar las palabras, pero Tomar intervino.

—Digamos que es cualquier cosa menos debilidad.

Karr sonrió al darse cuenta de que su padre nunca hablaba de nada sin ir directamente al grano.

—Bueno, es cierto que no estuvimos allí para verlo —continuó—, pero tengo que decir que lo que más nos persuadió fue lo convencida que está Maize. Con toda seguridad la convertiste en una creyente.

—Ah, ¿sí? —dijo Karr mientras volteaba lentamente la cabeza.

—No actúes tan complacido. Me llevó un tiempo —aseguró Maize entre risas—. Si hubiera sabido que tenías una verdadera conexión familiar con todas estas cosas místicas, es posible que no te hubiera molestado tanto. ¿Estás enojado? Por favor, ya no estés enojado conmigo. Solo trataba de ayudarte y sé que no querías que supieran dónde estabas, pero cuando descubrí lo angustiado que estuvo mi papá cuando desaparecí, me di cuenta de que probablemente tampoco era justo torturar a tus padres. —La chica se alejó nerviosa hacia el otro lado de la habitación—. Y luego, cuando empecé a hablar de nuestro viaje, supongo que no pude parar. Pensé que nos habíamos divertido hasta que los soldados me atraparon y lamento que no hayas encontrado exactamente lo que buscabas, pero traté de decirles…

La madre de Karr asintió y le hizo una seña para que se acercara.

—Nos dijo lo importante que era para ti y lo decidido que estabas y… bueno. En cierto modo, parece que podrías haber descubierto por ti solo la noticia sobre tu bisabuelo, pero lamento que no te la dijéramos desde un principio.

Maize se inclinó hacia su línea de visión.

—Entonces, ¿sigues enojado conmigo? No me iré hasta que me digas que ya no estás enojado.

Karr pensó en decir algo ingenioso, como pedirle que se sentara y se pusiera cómoda, porque pasaría un buen rato antes de que pudiera irse, pero no fue capaz. En realidad nunca estuvo enojado con ella, sino consigo mismo. Y también con sus padres. Seguía molesto por su traición, pero después de todo le habían dicho la verdad aunque fuera por su propia insistencia.

Finalmente tenía una verdadera pista sobre un Jedi real. Es posible que ya estuviera muerto, ¡pero era un Jedi muerto que estaba en línea directa entre sus ancestros! ¡Era el bisnieto de un Jedi!

En retrospectiva, se dio cuenta de que Maz Kanata nunca dijo que él no se convertiría en Jedi, sino que esas visiones específicas no eran su historia.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó sin dirigirse de manera específica a nadie.

—Naq Med —respondió su padre—. Ese era su nombre.

—¿Lo llegaste a conocer?

Tomar se encogió de hombros con incomodidad mientras el trozo olvidado de queso seguía entre sus dedos.

—En realidad no. Ya se había ido antes de que tuviera la edad suficiente como para que me importara y, si lo pienso, desearía que tu abuela hubiera estado dispuesta a contarte sobre él. Por supuesto que ella lo conoció mejor que yo. —Suspiró y su aspecto

era tan triste que eso le quitó a Karr los últimos sentimientos de enojo—. Ella quería contarte. Sé que sí, pero es nuestra culpa, no la suya.

Su madre se limpió una lágrima y se sonó la nariz con una servilleta.

—Nunca fue nuestra intención hacerte daño —dijo mientras le apuntaba con el trozo húmedo de papel—. Solo queríamos protegerte.

—Sí, pero no pueden. No para siempre —respondió.

—Ni siquiera por el tiempo que esperábamos hacerlo —murmuró su padre.

—Pero robarte una nave, ¿en serio? —musitó Looway entre sorbidos—. No pude creerlo cuando me lo dijeron. Simplemente no podía creerlo.

Maize levantó la mano.

—Um, en realidad yo fui la que se la robó. Él ni siquiera sabía volar hasta que yo le enseñé. Soy una terrible influencia y, adelante, pueden culparme de todo si quieren. Mis padres siempre lo hacen.

Karr finalmente rio.

—Esto es increíble. Es la cosa más improbable que haya oído y lo escucho justo después de la cosa más improbable que me haya sucedido alguna vez… y con la persona más rara que haya conocido.

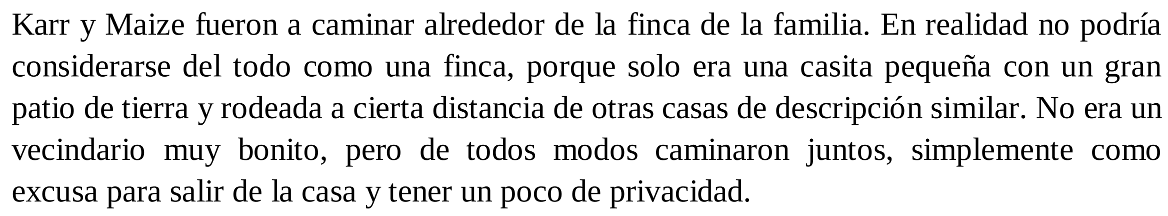
Maize sonrió.

—Ay, gracias, Karr. Tú también eres bastante raro. Y, por cierto, estuve en tu cocina y me comí tu comida. De hecho, este queso está bastante bueno. —Sonrió todavía más y mostró sus dientes levemente teñidos.

—Sírvete lo que quieras —respondió su amigo.

—Ya te llevo la delantera con eso.

CAPÍTULO 21



Karr y Maize fueron a caminar alrededor de la finca de la familia. En realidad no podría considerarse del todo como una finca, porque solo era una casita pequeña con un gran patio de tierra y rodeada a cierta distancia de otras casas de descripción similar. No era un vecindario muy bonito, pero de todos modos caminaron juntos, simplemente como excusa para salir de la casa y tener un poco de privacidad.

—Lamento no habértelo dicho de inmediato y no haber admitido que les conté todo a tus padres —comenzó Maize—. Pero supuse que les correspondía a ellos decírtelo cuando estuvieran listos.

Karr sacudió la cabeza.

—Simplemente no puedes guardar secretos, ¿verdad?

—Mira, admito que les dije a tus papás, pero no a la Primera Orden y esa es una gran diferencia.

—Y a tu papá —le recordó él.

—Y a mi papá —reconoció—. Muy bien, tienes razón. No puedo guardar un secreto.

Los dos rieron. Se sentía bien que las cosas volvieran a ser como antes y que no hubiera nada que reclamarse entre ellos. Bueno, casi nada.

Maize veía al piso mientras caminaban. Las calles no estaban pavimentadas y principalmente eran de arena, por lo que sus costosas botas se estaban ensuciando, pero no parecía importarle.

—La verdad es que yo tampoco fui totalmente sincero contigo.

—¿Les dijiste a mis padres que tengo poderes de Jedi? —bromeó la chica con una risa, pero Karr no la secundó—. ¿Qué es lo que no me dijiste?

No sabía cómo comenzar, así que simplemente se lo describió como lo veía, como una de sus visiones.

—Cuando RZ y yo estuvimos en Batuu, toqué un sable de luz que perteneció a un inquisidor.

—¿Un qué?

—Un inquisidor. Eran personas que controlaban la Fuerza y que tenían la tarea de deshacerse de los Jedi. Debían aniquilar a todos los sobrevivientes de lo que se conoció como la Orden 66.

—No entiendo ni la mitad de lo que dices, pero no parecen muy buenos.

—No lo eran. Pero la cosa es que cuando toqué el sable, tuve una visión de mí mismo… matando a un Jedi.

—Eso no es posible —dijo Maize—. No puedes ver el futuro, solo el pasado, ¿no es cierto?

—Bueno, había un Jedi llamado Sifo-Dyas que podía ver el futuro, y lo que me preocupa es que quizá tenga las mismas habilidades que él. Tal vez puedo ver el pasado y el futuro.

La chica se detuvo.

—Caray. No es sorpresa que estuvieras tan alterado. Eso sí que es muy intenso. ¿Adónde puedes llegar con eso?

—A ninguna parte —respondió—. Esa es otra de las razones por las que regresé. Tengo mucho miedo de tocar cualquier cosa o de ir a cualquier parte, o en realidad de siquiera moverme. ¿Cómo sé si cada paso que doy me acerca a eso? Así que me imaginé que si voy a la escuela de oficios y no llamo la atención de nadie, no es posible que me convierta en lo que temo.

Con cautela, Maize le tomó la mano.

—Pero ¿crees que esa es una forma de vivir? Karr, cuando te conocí, lo que más me gustó de ti no fue que pudieras usar la Fuerza, sino que tenías un brillo particular. En realidad, eso es lo que te vuelve especial. Sí, estoy de acuerdo en que es bastante fantástico que compartas algo con una legión de caballeros místicos que protegieron a la galaxia, pero si niegas ese brillo, ¿de qué sirve? Seas bueno o malo, no serías tú.

Karr pateó un terrón que se hizo pedazos contra su zapato.

—Te lo agradezco, pero ahora sé que Skywalker sobrevivió. Es posible que más Jedi vuelvan a surgir y si mi visión del futuro es cierta, soy una amenaza para ellos. ¿En qué posición me deja eso? ¿Qué puedo hacer?

Su amiga empezó a caminar de nuevo, ahora con mayor velocidad, y lo jaló para que la acompañara.

—¡Lo que hacemos ahora es cambiar tu futuro!

—¿Qué? —preguntó al tiempo que tropezaba. ¿Cómo vamos a hacerlo? ¿Y adónde vamos?

Maize se detuvo de pronto.

—No sé, simplemente me emocioné. Pero quién puede decir que tu futuro esté escrito en piedra. ¿Por qué tú estás en riesgo de convertirte en uno de esos asesinos de Jedi y no hay otros Jedi futuros que tengan esa posibilidad?

—No sé. Tal vez sea porque tienen a otra persona que les enseñe.

—Entonces eso es. ¿Esa es la diferencia? Que haya una persona que te muestre el camino.

—Lo estás tomando a la ligera —dijo—, pero yo fui quien tuvo esas visiones. Sé lo que puede ocurrir. La luz y la oscuridad viven una al lado de la otra y sin la guía apropiada, la tentación de caer en el Lado Oscuro puede ser grande.

—Entonces vamos a encontrarte un guía.

Karr no pudo evitar reír mientras gritaba:

—¡Eso es precisamente lo que ya hicimos!

—Sí, pero ahora sabemos más. ¿No estás de acuerdo en que si Naq Med siguiera vivo, lógicamente él sería tu maestro?

—Eso esperaría.

—Entonces… vamos a averiguar dónde vivió y a empezar a tocar cosas. ¿No fue tu abuela la que te dijo que la vida sería tu maestra?

—Sí.

—¡Entonces esto es incluso mejor! Sabes que te habría llevado adonde él vivía si tus padres se lo hubieran permitido. Prácticamente te estaba telegrafiando un mensaje para que lo buscaras.

—¿Eso crees?

—Sí… Posiblemente. No sé. Pero trata de acordarte de lo que te dijo ahora que sabes más cosas. ¿Te dio alguna indicación o te sugirió algo entre líneas?

Karr lo pensó un instante.

—No lo creo. Mi abuela siempre fue fiel a su palabra y si les juró a mis padres que no me lo diría, mantendría su promesa siempre y cuando… —La idea les llegó al mismo tiempo, pero Karr terminó primero la oración—. Estuviera viva.

Maize se estaba entusiasmando.

—¿Te dejó algo especial cuando murió?

—Solo mis guantes. —Empezó a sacudir los dedos y a inspeccionarlos en búsqueda de cualquier grabado secreto.

—No me refiero a eso —dijo Maize mientras sacudía la cabeza—. Hablo de registros familiares, historias que haya puesto por escrito, cualquier cosa parecida.

Karr se detuvo y pensó en ello.

—No creo, pero en la casa aún tenemos muchas de sus cosas. Vivió con nosotros hasta su muerte y su habitación está llena de cosas, pero principalmente son rollos de tela y equipo de costura. Después de que murió, mis padres simplemente metieron sus cosas en el clóset y ahora guardamos allí los pedidos hasta que se terminan y los clientes vienen por ellos.

—Entonces, según estoy oyendo, podríamos ir a escarbar a ese clóset y quizá encontremos algo.

—No veo por qué no —respondió Karr, pero en su interior la idea lo hizo sentirse incómodo. La posibilidad de revisar las cosas de su abuela sin su permiso le parecía extraña e indiscreta, aunque ella ya no estuviera. Sin embargo, no se le ocurría una razón sólida para protestar, así que no lo hizo.

—¡Estupendo! —dijo Maize al tiempo que le daba un manotazo en la espalda—. Vamos a revisar.

De regreso no encontraron a nadie que los esperara. Sus padres habían regresado al trabajo y su hermano todavía no volvía de la escuela. Solo estaban Karr, Maize y RZ-7, que se había metido debajo del landspeeder. El vehículo necesitaba afinación y esa era una de sus habilidades.

—Señor, ¿necesita alguna ayuda? —preguntó mientras levantaba la vista de debajo del landspeeder.

—No estoy seguro, pero eres bienvenido a acompañarnos.

—¿A dónde van, señor?

—Al cuarto de la abuela —respondió Maize—. Vamos a buscar pistas sobre los Jedi.

—¿Pistas sobre los Jedi? —El chico sonrió—. Creo que es la primera vez que les llamas Jedi y no caballeros espaciales láser, monjes hechiceros intergalácticos, o algo por el estilo.

—Se me están acabando los eufemismos —contestó y luego se dirigió al droide—. Vamos a ver si la abuela dejó algún buen indicio sobre su papá.

—Ah, ya veo. Bien, muy bien, señor. Iré cuando termine con esto. Mi reciente reequipamiento me inspiró a hacer lo mismo con estos objetos abandonados, pero no dude en llamarme si me necesita.

Entraron y Karr llevó a Maize hasta la habitación que alguna vez perteneció a J'Hara y que ahora estaba ocupada primordialmente por colgadores, rollos y montones de telas, prendas casi terminadas, máquinas de coser, tijeras y patrones de papel para cualquier cosa, desde calcetines hasta vestidos de boda. La mayor parte del piso estaba ocupada por estantes y cajas, pero había espacio suficiente para escurrirse y subirse en ellos.

Contra la pared más lejana, y empujada contra una esquina, había una cama que todavía seguía impecablemente tendida.

Karr caminó hasta allí y se sentó en la orilla a mirar la habitación.

—A estas alturas, la mayoría de sus cosas ya no están. Algunas de ellas se vendieron y otras se donaron a la caridad.

—Muy bien, ¿pero todo lo demás está en el clóset?

—Mmm. —Exploró con la vista el lugar, intentando eliminar mentalmente todas las cosas que sus padres habían amontonado en ese espacio desde la muerte de J'Hara—. Sí, y ese baúl al pie de la cama era suyo. Mi mamá lo está usando como plataforma para sus maniquíes.

Maize fue hasta el clóset y abrió las puertas. Con rapidez y eficiencia, hizo la ropa a un lado y empezó a buscar cualquier cosa que le pareciera prometedora, deteniéndose para meter las manos en diversos bolsillos y buscar con los dedos. No obtuvo nada hasta que preguntó:

—¿Y ese estuche que está allí? —preguntó al tiempo que señalaba una repisa alta.

—Eso solo es equipaje. —Karr fue hasta el pie de la cama para poder abrir la tapa del baúl y empezar a escarbar en él—. Acostumbraba viajar mucho, pero para cuando se mudó con nosotros, ya no había ido a ninguna parte en mucho tiempo.

—¿Iba a visitar a su padre? ¿Esa era la razón por la que viajaba?

—No tengo idea. Resulta que nadie me cuenta nada. Por lo menos no hasta que es demasiado tarde como para que me sirva. —Hizo a un lado los camisones y pantuflas, medias, sandalias y guantes. Al fondo del baúl encontró un par de datapads, pero solo tenían novelas románticas. Abrió algunos holocubos que encontró, pero no tenían ninguna imagen ni documentos prometedores. Los puso en el suelo al lado del baúl y continuó buscando.

Mientras tanto, Maize bajó el estuche de la repisa del clóset y lo abrió.

—Oye, no está cerrado.

—Tampoco estaba cerrado el baúl. ¿Encontraste algo bueno allí?

—Mmm. —Maize levantó una datapad descompuesta que tenía una rajadura—. ¿Tal vez?

—No parece.

—Sí, creo que esto es basura. ¿Qué otra cosa? —se preguntó más a sí misma que a él—. Un poco de joyería y algunas de ellas son muy bonitas.

—Simplemente regrésalo. Si mi mamá quisiera ponérselas, las habría sacado.

Maize soltó una risita.

—Quizá desee guardarlas para dárselas a su nuera algún día.

—Ah, eso. Espera un momento, ¿qué es esto?

La chica dejó de buscar y levantó la vista.

—¿Qué?

Karr se desplazó por otra carpeta de una datapad que estaba llena de recibos y otros trozos variados de recuerdos.

—Aquí hay anotaciones importantes… o lo serían si siguiera viva. Documentos de viaje y ese tipo de cosas, pero nada que nos sirva.

—Bueno, yo encontré algo en este estuche. Ven a ver… —Le mostró otra datapad que probablemente era más vieja que ellos dos juntos—. ¡Sigue funcionando!

Por lo menos encendió y empezó a proyectar imágenes cuando Maize oprimió un botón y entonces el chico contuvo el aliento.

—Allí está —susurró. Su abuela apareció con un vestido suelto en capas; probablemente tenía unos treinta años y parecía muy feliz, ya que giraba como si quisiera mostrar los pliegues y el tableado del vestido. Sus labios se movían y Karr pensó que estaba hablando con alguien que no podía verse, pero no había sonido y la imagen estaba terriblemente granulada. Se apagó después de unos cuantos segundos.

—¿Parece el día de su boda? ¿Ese es un vestido de novia?

Él tragó con dificultad, pero eso no resolvió el nudo que sentía en la garganta.

—Sí, ella se hizo su vestido. ¿Eso es todo lo que había?

—Sí, lo siento. Es todo lo que tiene la datapad, pero seguiré buscando.

Él también regresó a su búsqueda y entre ambos hicieron un desastre del lugar, hasta que Karr se tiró sobre la cama con un fuerte suspiro de cansancio.

—Aquí no hay nada —proclamó mientras entrelazaba las manos detrás de su cabeza.

—Hay muchas cosas, pero nada que nos guíe a tu bisabuelo.

Al mismo tiempo que Maize le decía eso, Karr sintió algo extraño debajo de su cabeza. Se rodó hacia un lado y metió la mano en la funda de la almohada para sacar un holocubo que de algún modo se les había escapado a sus padres cuando le dieron otro uso a la habitación después de la muerte de J'Hara.

—¿Qué tienes allí? —preguntó con suspicacia su amiga—. ¡Compártelo con el resto del grupo! —añadió como lo hubiera hecho una maestra en clase.

Karr le dio un golpecito con el dedo al cubo y este empezó a reproducir su mensaje. Apareció una imagen de J'Hara en brillante luz azul y blanca con un leve parpadeo. Se veía mayor, del modo en que él la había conocido y siempre la recordaría. Debió haberlo grabado poco antes de morir.

La imagen sonrió cariñosamente.

—Hola, Karr —dijo—. Supongo que tú eres el que encontró el cubo y el que lo está reproduciendo. Si no es así, le pido por favor a quien sea que lo haya sacado de mi almohada que se lo dé a mi nieto. Este mensaje es para él.

Estaba demasiado aturdido como para siquiera respirar. Miró con la boca abierta a su amada abuela, o a la sombra que dejó solo para él. Se aclaró la garganta, pero eso tampoco sirvió para quitarle el nudo que sentía en ella y que llenaba la parte trasera de su boca, amenazando provocarle el llanto en cualquier momento. Hizo su mayor esfuerzo por respirar y lo logró apenas.

—Mi amado Karr, para cuando veas esto seguramente me habré ido. En estas últimas semanas he sentido que la muerte se acerca y no dije nada porque no quise preocuparte o alterarte, ya que la muerte no debería ser algo triste. Es inevitable y todos nos dejamos unos a otros con el tiempo.

La nariz empezó a escurrirle, pero su abuela siempre tenía pañuelos junto a la cama, así que Maize le pasó uno para que se sonara.

—Cuando me haya ido, no quedará nadie que te enseñe sobre los Jedi y sospecho que tus padres piensan que eso es lo mejor, pero no siempre coincidimos en todo, incluyendo este asunto en particular. No puedes evitar ser quien eres y no es justo pedirte que vivas con tus capacidades sin darte algún tipo de orientación sobre qué las causa o cuál es la mejor manera de gobernarlas. Sé que mis propias enseñanzas fueron insuficientes en el mejor de los casos, pero espero que me creas cuando te digo que hice el intento. Traté con todas mis fuerzas, pero me temo que no fue suficiente.

»Tus padres y yo llegamos a un acuerdo unas cuantas semanas después de que comenzaron tus dolores de cabeza. Cada uno estaría en libertad de cuidar de ti del modo que consideráramos mejor, pero bajo ninguna circunstancia debía hablarte de tu bisabuelo. Eso me pareció especialmente cruel, pero en retrospectiva supongo que entiendo sus temores. No todo el mundo nace con la claridad que necesita para ver en qué se basan. Sin embargo, les di mi palabra de que mantendría mi promesa hasta el día de mi muerte, lo cual nos trae hasta este día.

J'Hara sonrió con un destello de regocijo en los ojos ante el tecnicismo legal que había descubierto.

—Con frecuencia te dije que no le temas a la muerte y que en muchos sentidos se puede concebir como un regalo. Bueno, a pesar de mi afición por hablar en forma figurativa, hoy te daré un regalo literal.

»El nombre de mi padre era Naq Med y, sí, mi querido niño, era un Jedi. Imagino que esa es la razón por la que la Fuerza es tan intensa en ti. No tomes a la ligera esta bendición, porque no necesariamente es una ocurrencia común. A pesar de que mi amor

por la Fuerza es muy fuerte, no me favoreció. Las capacidades que posees no se transmitieron ni a mí ni a tu padre. Nadie sabe con seguridad si la Fuerza se transmite por herencia porque, como te dije, un Jedi no tiene familia, o por lo menos esa es la instrucción que tienen.

Su abuela alejó la mirada por un momento y una oleada de tristeza pareció inundarla, pero continuó.

—Desde temprana edad, el sendero que seguiría mi padre se puso frente a él. Habría de convertirse en Padawan Jedi y cumplir con su destino de convertirse en Caballero Jedi, pero en algún momento empezó a cuestionar su destino. Luchó contra la idea de tener una alianza ciega cuando seguía teniendo tantas dudas, así que se propuso abandonar la Orden Jedi. No lo hizo por enojo o rencor, sino por amor. Amor por su independencia y, a la larga, amor por una mujer, y estoy muy agradecida de su decisión y de la familia que tengo. Amé a mi padre y atesoré la época que pasé con él, pero a veces una persona no puede escapar de su destino y no pasó mucho tiempo antes de que la sombra de los Jedi volviera a acecharlo. Aunque no había formado parte de la Orden desde hacía algún tiempo, se le obligó a pagar por sus acciones y sintió que lo mejor era ocultarse. Nunca lo entendí del todo, pero lo que sí sé es que lo hizo para proteger a su familia.

Su abuela se limpió una lágrima.

—No me malentiendas, no estoy llorando por su decisión sino porque lo extraño. Ya pasó tanto tiempo. De vez en cuando recibíamos mensajes en los que nos avisaba que estaba a salvo y para enterarse de nuestras vidas, pero después de que supo de la muerte de mi madre, perdió algo de sí mismo. Vivió lo suficiente como para que le contara acerca de mi hijo y de mis nietos, pero ahora que estoy muerta, quizá nos reunamos otra vez y podamos compartir todas las cosas que no se podían transmitir en esos mensajes. Ya no tengo los mensajes para dejártelos y lo lamento. Lo destruí todo porque ya hubiera sido bastante malo que los secretos de nuestra familia le causaran daño a él, pero sería peor si la mala suerte o los enemigos de los Jedi también les provocaran un daño a ustedes.

»La razón por la que te digo todo esto, Karr, es porque soy la única persona que sabía dónde vivía y creo que si encuentras su morada, habrá todo un tesoro de reliquias que pueden guiarte hacia la Fuerza. Por lo último que escuché de mi padre, vivía en una modesta casa en una región rural de un planeta principalmente deshabitado que se llama Pam'ba, en algunos pastizales pantanosos cerca del ecuador. Lo único que sé es que hay un río que lleva a un estuario y que mi padre construyó una casita sobre pilotes para sostenerla arriba del agua. Desearía ser más precisa, pero se negó a decirme nada más y la mayoría de eso ni siquiera lo mencionó en absoluto, sino que lo deduje de sus mensajes.

»Me debatí mil veces sobre si debería reservarme ese conocimiento o compartirlo contigo. Al final decidí confiártelo porque, después de todo, es tu propio destino. Te pertenece tanto como los guantes que te regalé, los ojos cafés que heredaste de tu padre o la Fuerza que te conecta con tu bisabuelo. Si decides buscarlo, aprende lo que puedas de

sus posesiones y obtén toda la información que puedas sobre su vida, pero luego quema lo que encuentres. No dejes nada, ni siquiera sus cenizas. Arrójalas al agua.

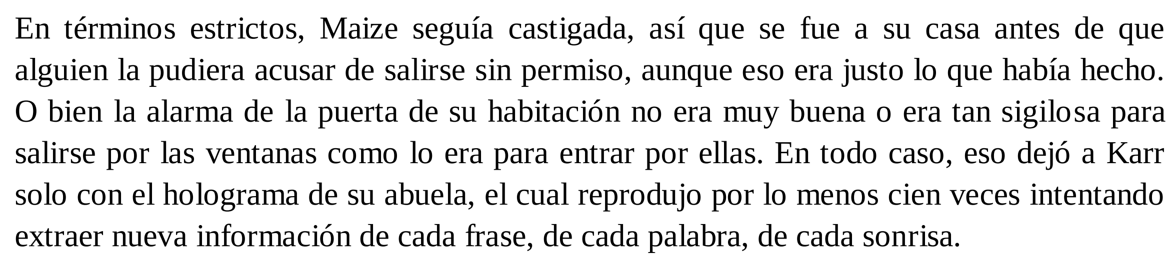
»Te amo, niño querido. Tus padres también te aman y espero con ansias el día en que te vea de nuevo y podamos discutir todo lo que hayas aprendido. Cuídate y que la Fuerza te acompañe.

El mensaje dejó de reproducirse y se apagó, y cuando Karr terminó de llorar, Maize le preguntó qué quería hacer.

Logró serenarse y simplemente respondió:

—Quiero terminar mi entrenamiento.

CAPÍTULO 22



En términos estrictos, Maize seguía castigada, así que se fue a su casa antes de que alguien la pudiera acusar de salirse sin permiso, aunque eso era justo lo que había hecho. O bien la alarma de la puerta de su habitación no era muy buena o era tan sigilosa para salirse por las ventanas como lo era para entrar por ellas. En todo caso, eso dejó a Karr solo con el holograma de su abuela, el cual reprodujo por lo menos cien veces intentando extraer nueva información de cada frase, de cada palabra, de cada sonrisa.

Nada nuevo saltó a su vista y todo era a la vez emocionante y aterrador. Si fuera a buscar a donde vivía su bisabuelo, estaría tomando su vida bajo su propio riesgo. ¿Qué encontraría? ¿Un sable de luz? ¿Huesos que debería quemar? ¿Los vestigios de una pequeña casa que desde años antes quedó abandonada y devorada por un pantano?

Sin embargo, lo que en realidad esperaba era encontrar respuestas.

La historia de Naq Med era aleccionadora en sí misma. Había tratado de cambiar su destino, pero, al final, estaba atado a él. ¿Karr podría cambiar el que creía que sería su trayecto hacia el Lado Oscuro?

Este era el último acto de amor de su abuela, la promesa de una cruzada para encontrar las respuestas que pudieran ayudarle. Si Karr pudiera salir de Merokia una vez más y encontrar el pequeño planeta perdido, con la pequeña casa perdida. Si tan solo tuviera una nave que lo transportara.

Maize tenía ideas al respecto; siempre las tenía, pero definitivamente sí tenía planes acerca de Naq Med y de cómo encontrar el sitio en el que vivió. Durante la noche, y a través del holocomunicador que encontró fuera de la ventana de Karr y que le devolvió de inmediato, creó una serie de historias fantásticas sobre fugarse y robarse alguna nave, fuera la de su padre o la de alguien más. Habló de liquidar la inversión que tenían sus padres para pagar la escuela y comprar una nave con ese dinero. Incluso una chatarra de nave como el carguero espacial en Jakku seguiría teniendo aunque fuera un poco de vida útil.

—Tal vez podríamos comprarla —propuso—. Te apuesto a que Plutt nos la vendería.

—Creo que Plutt nos odia —respondió Karr—. Probablemente nos dispararía en el acto.

—Eres tan melodramático —contestó mientras volteaba los ojos al cielo de manera más que evidente, a pesar de la poca resolución del proyector.

—¿Yo soy melodramático? Tú eres la que quiere regresar de algún modo a Jakku y poner a prueba la paciencia de… de… un caudillo militar, o de un rey de la chatarra o lo que sea ese tipo.

—Nunca me hubiera disparado porque yo tengo dinero.

—Pero sí me hubiera disparado a mí porque yo no lo tengo. Y tú ni siquiera sabes cómo volar ese tipo de nave, ¿o sí?

Maize se encogió de hombros.

—Um. En general su funcionamiento es muy semejante, siempre y cuando se trate de naves civiles. Las naves de combate son diferentes, también lo son los grandes cruceros de transporte, pero las naves intermedias son todas iguales.

El chico no le creía, por lo menos no por el momento. Maize había podido volar el yate de la Primera Orden porque su papá le enseñó, pero no había manera en que todas las demás naves del mismo tamaño y calibre fueran exactamente iguales desde el punto de vista de los controles. Sin embargo, estaba aprendiendo a no discutir con ella y, en lugar de eso, suspiró.

—Debe haber alguna buena forma de conseguir otra vez una nave. Lo hicimos una vez, ¿no? Así que definitivamente es posible.

Su amiga se quedó muy callada.

—Tengo una idea.

—Oh, no.

—No, en serio. Déjame… déjame planear alguna estrategia, llamar a una junta con mis padres y ver qué puedo hacer. Pero tienes que darme uno o dos días. Voy a hacer el intento de algo que nunca hice antes.

—Me estás asustando.

Maize respondió con una falsa risa malévola que sonaba como «Mua, ja, ja, ja» y luego el holograma se apagó. Karr se quedó solo de nuevo en su cuarto, con sus pensamientos, sus esperanzas y el mensaje de su abuela.

Resultó que Maize cumplió con su palabra y al día siguiente sentó a sus padres para tener una junta que, por cierto, sorprendió a Karr desde varios frentes cuando llegó a casa de su amiga y encontró que los padres de ella estaban juntos.

—¿Tu papá regresó? —le susurró de pasada.

Con voz más fuerte, como si no le importara que la oyeran, respondió:

—Sí, regresó por la nave.

Su padre carraspeó.

—¡Y por mí! A lo mejor. Bueno, me refiero a que no se sabe, porque nos metí en un problema tan tremendo.

La reunión era tensa e incómoda, pero la gente rica era así de rara, o por lo menos eso fue lo que Karr se dijo. Sonrió de todos modos y trató de usar sus mejores modales y, luego, sus mejores capacidades para mantenerse quieto y en silencio mientras la chica se ocupaba del trabajo difícil.

Vroc Raynshi era alto, delgado y muy pulcro. Tenía el pelo negro y su rostro era estrecho y afilado, lo cual lo hacía ver como un hombre que bien podría ser muy inteligente o un poco cruel, y posiblemente ambas cosas. Anaya era una mirialana pequeña y bonita de piel verde, figura regordeta y los ojos adormilados de una mujer que

no acostumbraba estar levantada tan temprano en las mañanas, aunque casi era la hora del almuerzo.

Todos esperaron incómodamente en la sala mientras Maize iniciaba su charla promocional. La chica se paró muy derecha y respiró profundamente.

—Primero, quiero agradecerles a los dos que hayan sido tan amables de escucharme. No se preocupen, trataré de ser breve.

Su madre volteó hacia su padre y le preguntó:

—¿Me dirías otra vez de qué se trata esto?

Vroc le lanzó una mirada que combinaba un poco de molestia y de impaciencia.

—Estoy seguro de que nos lo dirá si la escuchas. Se trata de ella y de su amigo, ese con el que huyó.

Ambos lo miraron de arriba abajo, como si fuera un extraño espécimen nuevo que su hija les hubiera traído como mascota.

—Ya entiendo, ya entiendo.

Maize absorbió la interrupción momentánea con la facilidad de la práctica y le metió impulso a su pequeño discurso.

—Sí, les voy a decir. En los últimos dos años, o el último en particular, me han hablado mucho de asumir la responsabilidad de mis actos y de comportarme más como una adulta, y eso es de lo que les quiero hablar. Es muy difícil probar que aprendí algo o demostrarles cualquier cambio en mi comportamiento si estoy encerrada. No puedo probarles que maduré si no puedo salir de casa.

Su padre frunció el ceño.

—¿De eso se trata? ¿Estás cabildeando para que te quitemos el castigo? No estoy seguro de que necesitemos todos estos formalismos para esa conversación.

Maize apuntó hacia él.

—Sí, de eso es de lo que se trata. Bueno, más o menos. Pero déjenme explicarles cómo y por qué. Déjenme decirles lo que necesito que hagan. Como recordarán —enfatizó en un esfuerzo de regresar al tema—, cuando tomé prestado el *Avadora* y salí del planeta con Karr, que está allá…

El chico levantó la mano incómodamente como un pequeño saludo.

—Estaba enojada y fui egoísta, y no debería haberlo arrastrado para que me acompañara. —Le lanzó una mirada con la que le indicaba que no debía contradecirla porque estaba eligiendo con todo cuidado cómo plantear la situación—. Me metí en problemas y también lo involucré en ellos. ¡Pero! También tuvimos una aventura fantástica en la que nadie salió herido y todos regresamos bien. Pudo haber sido peor, ¿no? —El padre de Maize asintió tan levemente que apenas podía considerarse que estaba de acuerdo con lo que su hija había dicho.

—Creo que todos podemos coincidir en que todo fue para bien. Estamos vivos y a salvo en Merokia, y ahora estoy en una gran deuda con mis padres y con la escuela, y con mi amigo Karr. —Maize lo señaló como si esperara que hiciera una reverencia, pero Karr no lo hizo y simplemente se quedó sentado con actitud nerviosa.

—Y con RZ. ¿Dónde está RZ? —hizo una pausa para preguntar—. ¿Lo trajiste?

—Lo siento —respondió Karr—, mi papá lo necesitaba para algo.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, con la ayuda de RZ, Karr pudo pilotear la nave sin mí y sin descomponer nada, principalmente porque soy muy buena maestra.

Eso le arrancó a su padre la más leve de las sonrisas.

—¿Estamos aquí para escuchar cómo te felicitas tú sola, querida?

—¡No! Por supuesto que no. Lo único que estoy haciendo es plantearles la situación. Padre, lo que tú quieres es que madure y me conduzca como una buena ciudadana y adulta confiable. ¡Eso es lo mismo que yo quiero! Estoy tratando de averiguar cómo hacerlo y tengo una idea, pero necesitaré la ayuda de Karr y ambos necesitaremos el permiso de todos.

—¿Permiso de qué? —chilló su madre.

Maize abrió los ojos muy grandes y su mirada era efusiva, pero Karr lo reconoció como uno de sus clásicos engaños en el momento en que lo vio, e hizo su máximo esfuerzo por no sonreír.

—Quiero que me den permiso de convertirme en una mejor persona. En una persona menos egoísta que asume la responsabilidad de sus actos y de sus promesas. Karr se acaba de enterar de la localización de la casa de su bisabuelo y quiero ayudarlo a encontrarla. Me siento muy mal por todos los problemas que le causé y quiero compensárselos. Quiero tomar de nuevo el *Avadora* para hacer un viaje más.

Su madre volteó los ojos al techo y Karr tuvo que ahogar la risa. Así que de allí era de donde lo había sacado Maize.

—Esto es ridículo —dijo Anaya.

—Finalmente conseguimos una buena pista sobre el origen de la familia de Karr, pero, por supuesto, está del otro lado de la galaxia. Esto es lo que les quiero proponer: que nos dejen llevarnos la nave una última vez. Pueden ponerle un rastreador o un monitor para vigilar cómo vuelo y asegurarse de que no haga ninguna maniobra enloquecida. Nos llevaremos a RZ y él puede grabar todas nuestras interacciones para que ustedes las revisen cuando regresemos. Les llamaré tres veces al día, todos los días, para que sepan que estamos bien y que no nos estamos metiendo en problemas.

—Esta es una de las cosas más improbables que he oído en mi vida —dijo el padre de Maize mientras sacudía la cabeza.

Pero la chica estaba más que preparada.

—Sí, me doy cuenta de que es una locura. Es algo ridículo que pedirles y algo ridículo de intentar. Pero ¿no se dan cuenta de que se lo debo? Necesito compensarlo. —Sus ojos eran tan enormes y estaban tan húmedos que Karr pensó que debía ser muy agradable poder llorar en el momento justo, y no por accidente y en situaciones inconvenientes.

En todos sentidos, Maize estaba montando todo un espectáculo. Sin embargo, Anaya no pudo evitar preguntarle.

—¿Perdiste la cabeza?

La joven se mantuvo serena.

—No —dijo con sorprendente firmeza—. Más bien encontré algo: una respuesta.

Karr la miró con curiosidad, sin saber a dónde iría con eso.

Maize respiró profundamente.

—Los dos saben lo triste que estoy cada vez que nos mudamos.

—No empieces otra vez con eso —dijo Vroc con un suspiro.

—Sí, tengo que volver a decirlo —replicó—. Siempre me dijeron que cuando llegara el momento correcto, podría elegir cualquier lugar para que viviéramos y, por esa razón, me puse a pensar en serio en ello. Escribí una lista. Arriba de una columna puse: «Cosas que deseo», y sobre otra escribí: «Cosas que necesito». Luego empecé con los deseos: clima cálido, acceso a tecnología, una zona cultural, un puerto espacial importante, un ambiente social activo, una biblioteca decente —dijo y volteó hacia Karr para incluirlo antes de proseguir—. Restaurantes elegantes, tal vez un zoológico… —Para cuando terminó, había pasado tanto tiempo que su madre sintió la necesidad de volverse a poner rímel.

—¿Nada más eso? —preguntó sarcásticamente su padre.

—Pero luego —continuó sin hacer caso a la interrupción—, empecé con las necesidades.

Hizo una pausa y todos se preguntaron si se le habían olvidado las necesidades por ser tantas, pero en lugar de ello, dijo:

—Y allí es cuando me di cuenta de que solo había una cosa en la lista… un vínculo.

Eso bastó para que sus padres se enderezaran en sus asientos.

—Papá, desde hace tanto tiempo traté de aferrarme a ti. De impedir que siempre te fueras, porque… me preocupaba que te olvidaras de mí y entonces me quedaría sola.

Vroc agachó la cabeza y Karr pudo ver que las palabras de su hija le hacían mella.

—Y mamá, tú también estás aquí, pero es como si no estuvieras. Sé que extrañas a papá y que te ocupas de cosas para distraerte de tu propia soledad, pero eso no te deja tiempo para mí. Entonces me enojo y también te trato mal, y ningún hogar debería ser así. De hecho, eso me hizo preguntarme qué hace que una casa sea un hogar y, aunque me llevó algún tiempo, creo que finalmente me di cuenta de que no es solo un lugar, sino un sentimiento. Es un vínculo. Cuando estuve viajando con Karr, nos detuvimos en sitios cálidos y secos, y lugares que nos dieron miedo, pero ni una sola vez me sentí sola, porque tenía un vínculo. Tenía un amigo. Sé que si pasáramos juntos más tiempo como familia, no me sentiría tan sola cuando ustedes se van. O si tuviéramos que mudarnos de nuevo, o cualquier cosa.

La habitación se quedó en silencio y el chico se dio cuenta de que su amiga había sido fiel a su palabra: había hecho algo que nunca hizo antes. Su gran plan para ganarse a sus padres había sido simplemente decirles la verdad.

El padre de Maize fue el primero en hablar.

—Cariño, no tenía idea de que te sintieras así.

—¿Cómo podrías? —respondió ella—. Nunca estás.

Vroc parecía triste.

—Lo sé, mi amor, pero no puedo simplemente dejar de trabajar.

—Lo sé. Pero tal vez, en lugar de hacer que la Primera Orden te lleve de un lado a otro todo el tiempo, quizá… quizá podrías dejar que te lleve yo.

Karr intervino.

—De verdad que es una excelente piloto.

—No lo dudo —respondió Vroc con una sonrisa—. Y me encanta esa idea. De hecho, podríamos encontrarte un puesto dentro de mi equipo. Como prácticas o algo parecido, para que podamos pasar juntos mucho más tiempo.

—¿De verdad? —Maize estaba resplandeciente de alegría.

—¿Por qué no? —contestó su padre—. La Primera Orden puede hacer muchas cosas, pero no puede detener el tiempo y ¡no falta mucho para que tú nos dejes!

—No, si tenemos un verdadero vínculo —contestó mientras se ponía la mano sobre el pecho.

Anaya empezó a sollozar.

—Mamá, ya sé qué estás pensando. Que papá y yo vamos a estar más unidos de una manera que tú y yo no, pero eso no es cierto.

—Eso dices, pero es inevitable. Se parecen demasiado —se lamentó su madre.

—Bueno, por eso me puse a pensar que este viaje con Karr es muy importante. Se refiere a la familia y al destino; se refiere a un legado. Así que cuando regrese a casa… me gustaría que me ayudes a ponerme un tatuaje.

Los ojos de Anaya no pudieron controlar más las lágrimas y estalló en verdadero llanto.

—¿De verdad?

—Sí, aunque lo moleste todo el tiempo sobre las cosas que no sabe, Karr me ha enseñado muchas cosas sobre la importancia del pasado y de mantener un vínculo con la gente que quieres. Me gustaría saber más sobre nuestra herencia, sobre nuestra familia, y me encantaría que lo hiciéramos juntas.

Cuando todo el mundo terminó de llorar y todos se abrazaron, incluyendo a Karr, Vroc y Anaya les dieron su bendición.

—Tienen tres días, no más —dijo su padre mientras hacía su máximo esfuerzo por proyectar su característica actitud estoica—. Se llevarán los rastreadores, llamarán y cumplirán con todas las demás condiciones que ya estableciste. Yo vigilaré desde Merokia cómo piloteas la nave y juzgaré tus habilidades. No puedo dejar que cualquiera se convierta en mi chofer.

Para no quedarse atrás, su madre añadió:

—Empieza a pensar en el tipo de tatuaje que te gustaría.

Karr no pudo resistirse a agregar algo.

—Por cierto, Karr empieza con una K.

Todos rieron antes de que Maize le diera un puñetazo juguetón en el brazo.



Cuando Karr llegó a casa y contó las últimas emocionantes novedades, sus padres estaban en shock.

—¿Por qué te vas de nuevo? —le cuestionó su madre.

—Necesito un cierre —respondió—. Ahora que sé que hubo un Jedi en nuestra familia… eso cambia mi percepción sobre mis visiones. —Ciertamente no era tan buen mentiroso como Maize, pero se lanzó de todos modos—. La familia de Maize ya dijo que puede acompañarme y nos van a prestar otra vez su nave para tenernos vigilados con rastreadores.

—¿Y adónde van exactamente? —preguntó Tomar.

Dudó un momento. No les había dicho sobre el mensaje en holograma porque J'Hara se lo había dejado a él, no a ellos, así que inventó algo sobre la marcha.

—Estuve practicando con la Fuerza y creo que puedo usarla para averiguar mi futuro.

—¿La Fuerza funciona así? —preguntó su madre.

—Así es como lo voy a averiguar —respondió el chico—. Sé lo que estoy haciendo y les llamaré. Les haré saber dónde estamos y qué hacemos. Responderé cada vez que quieran comunicarse conmigo. Tienen que dejarme ir a hacer esto. ¡Esta vez será mucho más seguro!

Looway seguía poco convencida.

—¿Quieres que te recompensemos por huir de casa dejando que vuelvas a escaparte? ¿Estás loco?

—No quiero huir de nuevo, quiero ir con su permiso. —Karr no estaba acostumbrado a compartir cosas personales con sus padres, pero en este caso pensó que podría servirle—. En mi último viaje, tuve la suerte de enterarme sobre los Jedi. Sobre una familia de apellido Skywalker y de la manera en que sus vidas tocaron a incontables personas a través de la Fuerza. Fue una buena historia y también fue útil, pero no era mi historia. Me gustaría ver si este viaje puede arrojar más luz a mi propia historia.

Por sus expresiones, pudo darse cuenta de que el argumento funcionaba, así que intentó aterrizar el concepto de una vez por todas.

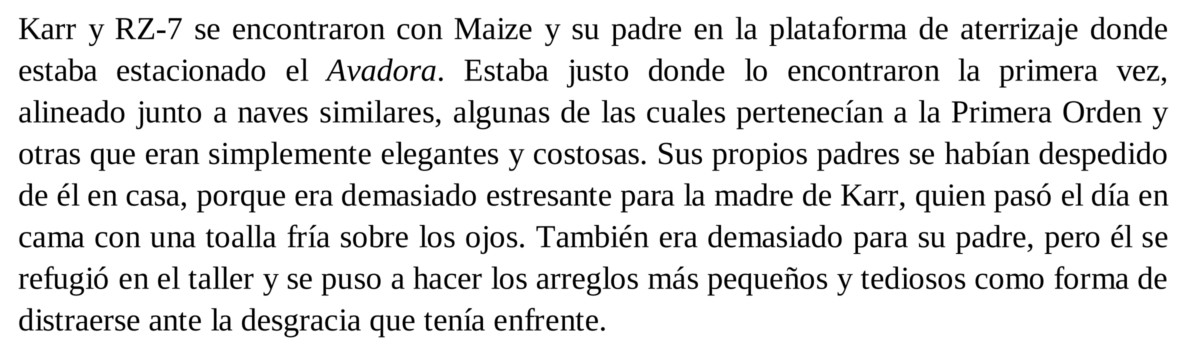
—Quiero obtener un cierre —repitió.

El ir y venir de discusiones prosiguió un rato más, pero al final llegaron a un trato: Karr podía ir con Maize en un último viaje si juraba ante la tumba de su abuela que al mes siguiente iría a la escuela de oficios como estaba planeado.

Era un pacto con el diablo, pero desde su perspectiva no tenía más opción.

Tomó su decisión e hizo su promesa. Luego esbozó los planes para encontrar un pequeño planeta llamado Pam'ba que estaba cubierto de pastizales y agua.

CAPÍTULO 23



Karr y RZ-7 se encontraron con Maize y su padre en la plataforma de aterrizaje donde estaba estacionado el *Avadora*. Estaba justo donde lo encontraron la primera vez, alineado junto a naves similares, algunas de las cuales pertenecían a la Primera Orden y otras que eran simplemente elegantes y costosas. Sus propios padres se habían despedido de él en casa, porque era demasiado estresante para la madre de Karr, quien pasó el día en cama con una toalla fría sobre los ojos. También era demasiado para su padre, pero él se refugió en el taller y se puso a hacer los arreglos más pequeños y tediosos como forma de distraerse ante la desgracia que tenía enfrente.

El chico intentó mantener a raya su nerviosismo, pero la versión severa del padre de Maize, de la que pensó que se habían despedido para siempre la noche anterior, había regresado.

—Hola, señor —le dijo vacilante.

Su saludo produjo una ceja levantada y un asentimiento, y eso fue todo. Karr estaba un poco sorprendido, hasta que Vroc le hizo un brevísimo guiño.

Después de inspeccionar la nave y de probar todas las funciones, verificar los niveles de combustible y correr las pruebas diagnósticas, el padre de Maize declaró que la nave estaba preparada para otro paseo por la galaxia. También les echó otro vistazo a Karr y a su droide improvisado, y concluyó en voz alta que eran inofensivos en términos generales.

—¿Gracias? —replicó el chico.

—De nada. Te diría que cuides de mi hija y que te asegures de que regrese a salvo, pero creo que todos sabemos que hay mayores probabilidades de que ella sea la que cuide de ti. ¿Realmente volaste esta cosa de regreso? ¿Sin ayuda?

Como RZ-7 no reclamó ningún crédito ni responsabilidad, Karr le respondió:

—Sí, señor. Maize es una buena maestra.

—Vaya hazaña, si lo consideramos —murmuró.

—¿Cómo dijo, señor? ¿A qué se refiere? —le preguntó Karr.

—Solo a que la llevé a volar en unas pocas ocasiones, pero nunca recibió ninguna capacitación o instrucción formales. Debe tener madera para esto.

—Muy pronto lo descubrirá por sí mismo —respondió Karr mientras se inclinaba hacia él—. Y no le vendría mal llamarla «capitana».

Vroc hizo el intento de ocultar su sonrisa, pero no pudo.

—No sé qué te está diciendo —afirmó Maize, que apareció a su lado—, pero fue un esfuerzo conjunto. ¡Mira esta cosa! —dijo mientras daba un manotazo al costado de la nave—. ¡La trajimos a casa sin un solo raspón!

—Sí, sí. Estoy muy impresionado. Por favor, querida, hazlo de nuevo.

La joven le dio un enorme abrazo que él aceptó, aunque no acostumbraba hacerlo y le devolvió uno de igual proporción. Después les deseó suerte, montó a bordo del landspeeder familiar y se alejó del puerto espacial, dejándolos solos con la costosa nave.

Apenas parecía real.

—¿De verdad vamos a hacer esto? —preguntó Karr.

—¿Otra vez? —añadió el droide.

—¡Claro que sí! —anunció Maize con orgullo.

El chico estaba increíblemente emocionado y, de nuevo, sintió la presencia de su abuela.

—¡Espera! —dijo alarmado—. Tu papá llenó la nave con dispositivos ocultos de vigilancia, pero mi abuela pidió que mantuviéramos en secreto la ubicación de Naq Med. No puedo simplemente ignorar sus deseos.

Maize se quedó pensando un momento.

—Seguro que no. Sé lo que le dije a mis padres, pero esto es más importante y quizá se requiera de otro pequeño acto de rebeldía.

—Sí —respondió Karr—. Los historiadores dirán que la gran piloto Maize Raynishi estaba sacándose la espina antes de comprometerse a enmendar su vida.

A Maize le gustó la idea.

—Primero tenemos que revisar toda la nave —dijo—. Escuché de pasada que mi papá llamó al equipo de soporte técnico y les ordenó tres dispositivos de vigilancia, uno de los cuales estará instalado debajo de la consola, pero ese no puedo moverlo, así que tendremos que burlarlo. Aunque no es la gran cosa.

—¿Ah, no?

—No, sí sabes lo que estás haciendo.

—¿Y tú sabes lo que estás haciendo?

—¿De verdad tienes que preguntarme? En cuanto a los otros dos dispositivos, tengo un plan.

—¿Lo tiene, capitana? —preguntó RZ-7.

—Sí. ¿Ven la nave que está justo allí? —apuntó a un vehículo que era aproximadamente del mismo tamaño y forma que aquel que estaban a punto de abordar—. Le pertenece a una amiga de mi mamá que irá al sector Chommell a visitar a su hija. Mi mamá habló con ella en la mañana. Regresará más o menos al mismo tiempo que nosotros, así que simplemente metemos los rastreadores en su nave, seguimos con nuestro viaje y luego, siempre y cuando el momento sea correcto, los devolvemos a nuestra nave cuando ambas regresemos y nunca nadie se dará cuenta.

—¿Qué me dices del que está debajo de la consola?

La chica agitó la mano como si no tuviera importancia.

—Cuando recupere los otros dispositivos, copiaré los datos a ese para que todos sean iguales. Te digo que lo tengo resuelto. Ahora, ayúdenme a encontrar los otros dos dispositivos. Sé que están aquí en algún lado. Nos ocuparemos de esos primero y

tenemos que apurarnos, porque la otra nave despegará en el curso de una hora y podría ser que tengamos el tiempo encima.

En efecto, el tiempo se les vino encima, pero lo lograron.

Los dispositivos de vigilancia eran del tamaño del pulgar de Karr; uno estaba metido detrás de un armario, pegado al techo, y el otro lo detectó RZ-7, quien lo encontró dentro del engrane de atraque. Maize los recogió y fue a ver a la amiga de su madre con la misión ficticia de «Qué gusto verte por aquí».

Cuando regresó, sonrojada y sonriente, estaba lista para partir.

—Metí uno debajo de uno de los escalones de la rampa —les informó— y el otro está debajo de la mochila médica de urgencia. Nunca sabrá de ellos y si los encuentra probablemente no sepa qué son.

—Pero —mencionó Karr, quien era siempre el más ansioso de los dos—, ¿qué pasa si efectivamente los encuentra? ¿Qué tal si los destruye? ¿Qué haremos?

La chica se encogió de hombros mientras subía por la rampa y entraba a la nave.

—No llegaremos a eso, pero si llega a pasar, tenemos opciones. Ya encontraremos algo.

—¿Algo como…?

Desde el interior de la nave, respondió:

—No te preocupes tanto. Esto será divertido.

Karr miró a RZ-7, cuya cara era una máscara de incertidumbre.

—¿Qué crees que hará? —le preguntó al droide.

—Si me obliga a conjeturar, diría que planea explotar la nave o decir que se la robaron los piratas, señor. Aparte de eso, confío en que se ingenie otro plan de la nada. Es muy buena para eso.

Karr subió con dificultades por la rampa detrás de ella, con RZ-7 a su lado.

—Da miedo lo buena que es. Simplemente me da gusto que esté en nuestro equipo y no en el de alguien más.

—A mí también, señor. A mí también.

Se acomodaron en la cabina de mando, con Karr en el asiento del copiloto y el droide se abrochó el cinturón detrás de ellos.

—Estuve indagando un poco —le dijo Karr a Maize— y encontré más datos sobre el planeta que mencionó mi abuela. Durante unas cuantas décadas se minó para extraer fosfatos, pero era un sitio tan miserable donde vivir y trabajar que finalmente las minas cerraron y casi todo el mundo se fue.

Maize frunció el ceño.

—¿Se pueden encontrar fosfatos en los pantanos?

—Tal vez en el área alrededor. No sé. En cualquier caso, tiene un continente grande con pastizales cenagosos cerca del ecuador. El resto está rodeado principalmente de tierras calientes, cubiertas de matorrales y bosques húmedos, además de dos océanos grandes.

La chica sacó los mapas de navegación, localizó el planeta en cuestión y examinó los esquemas.

—Pareciera estar en el extremo de la nada, ¿verdad? No es precisamente el Espacio Salvaje, pero es visible desde allí.

—Mayor razón para elegirlo como un lugar para ocultarse —dijo Karr, con más confianza de la que en realidad sentía. Tenía un miedo desesperado de arruinarlo todo y de que, si esto no funcionaba, habría vendido su alma a la escuela de oficios a cambio de absolutamente nada. No podía permitir llegar a eso. Tenía que creer en el equilibrio. Tenía que confiar en la Fuerza. Se lo jugaba todo en esto.

—¿Estamos listos? —le preguntó Maize con las manos puestas en el acelerador.

Karr sabía que no importaba cuál fuera su respuesta, estaba lista para despegar de todos modos.

—Claro. Vámonos.

Y se fueron, hasta lo alto de la atmósfera y luego al hiperespacio, hasta un extraño rincón de la galaxia con un planeta que nadie quería, nadie necesitaba y en donde nadie querría nunca vivir, excepto por un hombre muy anciano que no quería ser encontrado.



Cuando salieron del hiperespacio, frente a ellos estaba el planeta Pam'ba, enorme y redondo. Sus océanos eran pocos y muy separados el uno del otro, como puntos azules dispersos entre sabanas arenosas y franjas de un color verde amarillento que indicaban lo que seguramente habían sido pantanos. Una línea verde más brillante alrededor del ecuador probablemente denotaba selvas o bosques pluviales, con parches de blanco que salpicaban las tierras entre las frías montañas grises.

Karr estaba ligeramente mareado, pero a veces eso le pasaba cuando salían del hiperespacio. No sabía si llegaría a acostumbrarse, pero ¿eso era todo? ¿Un poco de desorientación por el viaje? Parpadeó con fuerza y agitó la cabeza en un esfuerzo por despejarla.

No era exactamente que pudiera escuchar algo, ni que pudiera verlo, sino más como si lo supiera desde el fondo de su alma: una calidez aguda y distante que se asemejaba a la certidumbre.

—Aquí es —susurró.

—¿Percibes algo? ¿La Fuerza te está diciendo algo? No sé cómo funciona eso.

—Yo tampoco —respondió—. Pero estamos en el sitio correcto. Siento como si finalmente algo estuviera bien. ¿Tiene sentido?

Su amiga se encogió de hombros.

—En realidad, no. Pero no estoy en mi cuarto rodeada de tareas, así que siempre y cuando no nos asesinen literalmente de manera violenta cuando bajemos… estoy dispuesta a ir a investigar.

Karr le frunció el ceño.

—No crees que nos asesinen, ¿o sí?

—No, si estás en lo cierto y el planeta está abandonado. Si no hay nadie allá abajo que nos mate, estaremos bien. ¿Trajiste algún arma? —preguntó.

—¡No! Claro que no.

—Qué lástima. —Maize sacó un escáner y empezó a revisar la superficie del planeta—. Traté de encontrar algo antes de que saliéramos, pero papá tiene todo guardado bajo llave, así que supongo que estamos limitados a nuestros recursos.

—Estaremos bien. ¿Qué haces?

La chica apuntó a un grupo de coordenadas que no significaban nada para Karr. Los números se desplazaban y rodaban por la pantalla, cambiando con mayor rapidez de la que le permitía leerlos.

—Estoy buscando algún lugar para aterrizar la nave cerca del ecuador y de algún pastizal pantanoso, pero donde no sea probable que se hunda el *Avadora* como una piedra en un lago.

—Ah, buena idea.

—Lo sé —respondió—. Ahora presta atención y dime si algo te salta. Este es un planeta grande y hay un montón de pantanos que explorar en pantalla.

Karr hizo un esfuerzo por pensar y trató de ser lógico.

—Busca señales de civilización.

—¿Por qué? Tu abuela dijo que vivía solo en una casa en medio de la nada.

—Eso no fue exactamente lo que dijo.

—Sabes a qué me refiero.

Karr volteó los ojos al techo. En general, esa era la respuesta distintiva de Maize, pero se le estaba contagiando.

—Sí, era un ermitaño, pero este planeta estuvo abandonado desde hace casi ciento cincuenta años. Si vino a vivir aquí, podría haber empezado buscando entre lo que dejaron los otros.

—Muy bien. Ya entiendo. Si vivía en la marisma, podría haber necesitado un bote y es más fácil encontrar uno que nadie use que construirte el tuyo.

—¡Exactamente! —contestó el chico, complacido de su propia deducción—. Entonces, deberíamos buscar pequeños pueblos mineros o incluso equipo de minería. Cualquier cosa que un humano solitario pudiera considerar útil si planeara vivir aquí por un tiempo.

Esta era su búsqueda más difícil hasta el momento. Cuando visitaron otros planetas, tenían idea de algún pueblo o persona, o de un hito geográfico evidente, pero encontrar una sola vivienda en un enorme planeta resultaría más complicado, mucho más complicado.

Pasaron todo un día escaneando el planeta y aguzaron la vista en búsqueda de puntos de referencia diminutos, carreteras cubiertas de maleza y los escasos restos de pequeñas comunidades que se dejaron a merced de los elementos desde hacía generaciones. Aquí y allá pudieron detectar un gran edificio o un conjunto de silos para guardar lo que fuera que los mineros estuvieran extrayendo. Sulfatos, fosfatos o lo que fueran. Karr no sabía para qué servían o por qué alguien los querría, pero ahora ya nadie los quería. Por lo menos no lo suficiente para vivir en Pam'ba.

Finalmente, Karr la sintió: esa punzada. El calor, la certeza y el agudo conocimiento que le golpeó como una revelación. Entonces levantó la mano.

—Espera. Detente un momento.

Maize pausó la pantalla del escáner.

—¿Qué estoy buscando? No veo nada.

Karr cerró los ojos y dejó que su mano flotara encima de la imagen. La imaginó en su mente: un mapa delimitado de colores verde y marrón, salpicado de franjas de agua oscura. Corrientes que giraban. Animales locales con pieles gruesas y caras largas que serpenteaban entre los juncos. Aves extrañas de patas muy largas y cuerpos muy pequeños. Los restos colapsados de un muelle y un edificio con forma de bloque que pudo haber sido un almacén o una oficina.

Detrás de todo eso, una plataforma sobre pilotes, elevada por encima del pastizal húmedo, y arriba de ella, una caja café y anodina. Una puerta. Una ventana.

Una casa.

CAPÍTULO 24

El *Avadora* se acomodó en un trozo de tierra mojada casi totalmente firme, tan cerca como les fue posible del viejo muelle y de las oficinas de la minera. La nave se asentó y chapoteó en el césped esponjoso y espeso que tenía pastos largos y planos del color del musgo seco. Era lo mejor que conseguirían, porque más allá de ese pequeño trozo de terreno, el mundo de Pam'ba era efectivamente muy húmedo. Las oficinas de la mina estaban elevadas sobre pilares, de modo que se sostenía encima del agua turbia, pero cuando Karr y Maize trataron de entrar, encontraron que el suelo estaba podrido y se había derrumbado. El edificio era tan solo un cascarón y cualquier cosa útil que pudo haber tenido alguna vez seguramente se había hundido en el agua desde años antes.

RZ-7 los esperó en el muelle, desde donde exploró el lugar con la vista en búsqueda de botes o balsas.

—¿Puede ver algo, señor? —gritó desde abajo.

—¡No! —le gritó en respuesta mientras pisoteaba y chapoteaba de un lado a otro entre los diversos vestigios del campamento. ¿O sería un pueblo? No, un campamento. Había solo unas cuantas edificaciones pequeñas y no parecía como si alguna vez hubiera sido el hogar de alguien.

Solo una tenía aún las cuatro paredes, además de techo y piso. Estaba totalmente deshabitada, con filas de estantes vacíos y hoyos donde solían estar las ventanas, cuyos vidrios se habían roto y desaparecido desde hacía largo tiempo.

Maize volteó hacia atrás y luego se encogió de hombros y se fue.

—Aquí no hay nada, RZ. Simplemente basura vieja que se está desmoronando.

Karr coincidió.

—Nada que recuperar, excepto por la madera, y la mayoría parece podrida y mohosa. No estoy seguro de qué harías con ella si te la llevaras.

—Construir otras cosas —sugirió Maize. Cuando ella y Karr se reencontraron con el droide en el muelle, Maize sacó su datapad y empezó a buscar inspiración.

—En cualquier caso, la casa que vimos en el mapa está para allá.

—Pero no veo nada.

—Claro que sí. ¿Ves esos pastos muy altos? ¿Tan altos como nosotros, por lo menos?

Karr asintió.

—Sí. ¿Está más allá de eso?

—Sí, está más allá de eso, lo siento. Y no tenemos un bote, así que… nos vamos a mojar.

—Maravilloso —dijo el droide con un tono que sugería que no creía que fuera maravilloso en absoluto, pero que de todas maneras tendría que seguirlos. Mejor empaparse que quedarse atrás.

Juntos chapotearon entre el agua y el pasto, que en el peor de los casos les llegaba hasta los muslos y a los tobillos si tenían suerte. El avance era lento e incómodo, entre la molestia del lodo que devoraba sus botas y calcetines, y los insectos del tamaño de sus pulgares que aleteaban, volaban en círculos y zumbaban alrededor. Uno intentó picar sin éxito a RZ-7.

—Este sería un estupendo momento para sacar túnicas Jedi, si tuviera alguna —se quejó Karr—. ¡Todo en este planeta muerde!

—O pica.

—O pica —coincidió.

—Algunos de ellos pican y otros muerden, señor. No estoy familiarizado con las especies comunes en este planeta, pero no son nada agradables.

—Como si te importara, RZ. No pueden sacarte mucha sangre —respondió el chico mientras aplastaba contra su hombro a uno de los insectos más pequeños y brillantes.

Maize aplastó otro contra su cuello.

—O inyectarte con su ponzoña que provoca comezón —dijo ella—. Esto no sería tan malo si no hiciera tanto calor.

—Sí, lo sería. Es horrible —respondió Karr mientras resollaba y arrancaba su bota de una especie de fango espeso y pegajoso—. Entiendo totalmente por qué un tipo que quisiera que lo dejen en paz para siempre elegiría un lugar así. Tendrías que estar bastante loco como para seguir a alguien hasta aquí.

—¿Todavía vamos en la dirección correcta? No parece como si estuviéramos avanzando.

—Sí estamos avanzando —le aseguró Maize—. Deberíamos poder ver la casa en un minuto y a la larga llegaremos allí.

«A la larga» no llegó durante otra hora y, para entonces, los tres exploradores estaban totalmente exhaustos. Sin embargo, cuando la pequeña cabaña apareció frente a ellos, Karr sintió una descarga de energía y recuperó un segundo aire.

—¡Allí está! ¡Vamos, casi llegamos!

Maize gimió y RZ-7 crujió, pero aceleraron la marcha. No pasó mucho tiempo para que llegaran a un terreno arenoso que no era precisamente sólido, pero que no era tan malo como chapotear hasta las caderas entre el agua lodosa. Karr los encabezaba y empezó a correr dando traspiés.

Se tropezó y cayó, pero se sostuvo en sus manos y luego se levantó de nuevo.

—Casi llegamos —dijo con voz entrecortada—. Casi llegamos.

La casa estaba elevada sobre gruesos pilares de madera y se asentaba encima de una plataforma. Reclinada contra ella había una escalera de madera que estaba atada con desgastadas cuerdas cafés.

El chico se detuvo frente a ella con el corazón que le latía a mil por hora y las piernas que le ardían por el esfuerzo. No habían recorrido ni medio kilómetro entre el pantano, pero sentía como si hubieran escalado una montaña. Todo le dolía y nada en su cuerpo

estaba seco, pero lo había logrado: encontró la pequeña casa donde había vivido sus últimos días su bisabuelo, el antiguo Caballero Jedi.

Se estabilizó e hizo a un lado el dolor caliente e intenso de su cabeza. Con un par de respiraciones profundas, inhalando y exhalando, se tomó de la escalera con las manos descubiertas porque tenía guardados los guantes en los bolsillos más altos de su chamarra. Hubo una reacción, pero solo fue una descarga momentánea. La madera zumbaba bajo sus dedos.

Maize lo alcanzó, con RZ-7 a su lado.

—¿Qué pasó? —le preguntó—. ¿Te está llegando algo?

—Me está llegando… todo. —Mientras más tiempo pasaba allí aferrado a la madera, más se desvanecía su dolor hasta convertirse en algo tranquilo y sereno. Seguía presente, pero ya no lo lastimaba. Se había convertido en una extraña sensación que no era horrible.

—Entonces súbete. Vamos a entrar.

Karr empezó a subir en forma lenta y precavida, principalmente porque no quería astillarse y estaba completamente exhausto. Se detuvo por el profundo cansancio del viaje entre el agua y se quedó allí, mirando hacia los pastizales inundados. Este era el panorama que había visto su bisabuelo, y de manera muy parecida a la conexión que sintió con Kenobi cuando sostuvo la esfera de entrenamiento en la nave, sintió también una conexión con Naq Med. Quizá todavía más fuerte porque era parte de su familia.

Y justo como le pasó antes, un resplandor encendió el aire y el zumbido llenó sus oídos. Karr se maravilló de lo bien que había conquistado sus visiones y pensó que la transición era impecable, hasta que se dio cuenta de que no estaba mirando una visión, sino un rostro profundamente ceñudo, cubierto por el brillo verde de un sable de luz muy intimidante.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le gritó el hombre y provocó que Karr casi se fuera de espaldas en la escalera.

—Busco a Naq Med.

—¿Naq Med? ¿Quién te dijo ese nombre?

—J’Hara.

El hombre dio un paso atrás, lo cual permitió que el chico tuviera una mejor perspectiva de su posible atacante. Entonces vio a un hombre anciano y muy delgado, que se dobló en cuclillas para poder ver mejor quién subía por la escalera. Sus ojos eran brillantes y estaban hundidos, y lo que le quedaba de cabello era delgado y diáfano como una nube. La mayoría de su pelo estaba en sus cejas, que eran tan profusas y erizadas como la jungla que los rodeaba.

Casi se le detuvo el corazón y apenas podía respirar, pero logró recobrar la suficiente compostura como para hablar.

—Me llamo Karr —dijo con apenas un gemido de temor o emoción, o lo que fuera que estuviera sintiendo. Todo se arremolinaba en una maraña dentro de su pecho. Quería gritar, llorar y reír, todo al mismo tiempo.

—¿De qué se trata esto de J'Hara? —respondió el hombre—. ¿La conoces? —Antes de que Karr pudiera contestar, añadió—: No estás solo.

—No, señor. —Las manos empezaban a sudarle y tenía la garganta completamente seca. Su lengua era como lija y cenizas, pero continuó—. Son mis amigos. Me ayudaron a encontrarlo.

El anciano apagó su sable de luz y se paró derecho. Tenía una estatura promedio y la contextura esbelta y encorvada de un hombre que era casi tan viejo como las ruinas entre las que escarbaba. Llevaba pantalones cafés sencillos y una camisa que pudo haber sido blanca en otro tiempo. Sus botas estaban cubiertas de barro y el saco colgaba flojo sobre sus hombros.

—¿Para qué querrías hacer eso? ¿Tienes un mensaje de J'Hara?

Karr tragó saliva y contuvo el resuello que estuvo a punto de salir de su boca. Por supuesto que el hombre no sabía que su hija estaba muerta. No había nadie que se lo dijera, además, hasta un momento antes, todos habían supuesto que él también estaba muerto.

—Señor, ¿podría… podríamos… subir? ¿Y entrar? Le tengo noticias, pero… mis brazos. Y mis piernas. Estoy muy cansado.

Quizá fueran los codos temblorosos de Karr o su voz entrecortada, pero el anciano aceptó y le ofreció una mano.

—Está bien, si me tienes noticias, pueden subir.

Karr tenía miedo de tomarle la mano y de que el frágil anciano se rompiera si lo tocaba, pero pensó que sería grosero negarse, así que aceptó su ayuda y subió por el lado de la plataforma.

—Usted es Naq Med, ¿verdad?

—Antes lo era —respondió con actitud gruñona.

Karr volteó para llamar a Maize y a RZ-7, pero apenas podía quitarle los ojos a ese Jedi anciano, arrugado y marchito que no estaba particularmente feliz de verlo.

—¿Quién eres precisamente? —preguntó el viejo.

—¡Oh! Lo siento. Yo soy… bueno, si usted es Naq Med, soy su bisnieto, Karr Nuq Sin.

Por un instante no supo si el viejo Jedi le creía. No fue exactamente que ablandara su actitud, pero sí parecía curioso.

—¿Bisnieto? Creí que eras… —Hizo un movimiento con la mano que sugería a un niño muy pequeño.

La cabeza de Maize apareció por el costado de la plataforma.

—No es exactamente un gigante, pero cuando menos…

Naq Med la interrumpió.

—¿Tienes la edad suficiente para estar volando por allí con otra niña y… alguna especie de droide médico? —concluyó cuando apareció RZ-7.

—Ese es RZ —le informó Karr—. Yo lo hice. No es un droide médico, pero de todos modos es mi amigo. Y esta es Maize. También es mi amiga.

Naq Med los miró con frialdad, uno a la vez, como si estuviera decidiendo a cuál comerse primero, pero al final suspiró y les dijo:

—Entonces será mejor que entren. Está a punto de llover.

Maize miró al cielo.

—¿Sí?

Aunque el cielo estaba despejado y azul, había una línea gris que avanzaba rápidamente en el horizonte hacia el norte. Diez minutos antes no estaba allí y se movía tan rápido que seguramente los alcanzaría en otros diez minutos o menos.

—Háganme caso, niños. He vivido aquí por mucho tiempo. —Para cuando los condujo al interior, las primeras gotas de agua salpicaban el suelo. No caían con fuerza, pero sí lo hacían con rapidez y el sonido de la pequeña tormenta producía un golpeteo frenético y ruidoso sobre el techo de metal.

—Vaya, eso fue repentino —comentó Maize mientras se sacudía el pelo.

—Siempre es repentino. El clima no es tan malo la mayor parte del tiempo, pero cambia en un abrir y cerrar de ojos, así que más vale que se pongan cómodos unos minutos porque no quieren regresar a pie bajo esta lluvia.

—No quiero regresar a pie de ninguna manera —dijo la chica.

—No te culpo. Fue estúpido que caminaran hasta aquí. Debieron tomar una balsa o un bote salvavidas. —Caminó hacia una esquina de la casa de un solo cuarto y encendió un pequeño fuego en la estufa—. Se ven horribles, como ratas de pantano medio ahogadas. No puedo resolver eso, pero sí puedo hacerles un poco de té.

Con desánimo, Maize trataba de exprimir el agua de la pierna de su pantalón.

—Gracias, sí le acepto el té. Esto podría ser peor; podríamos estar fríos y húmedos.

Karr estaba demasiado distraído con la pequeña morada como para contradecirla. No le molestaba el calor, pero la terrible sensación pegajosa de la humedad era seguramente más incómoda de lo que pudo haber sido el frío. Era un niño del desierto y este entorno semipantanoso lo hacía sentir como si se ahogara con el mismo aire que respiraba.

Estaba fascinado con la casa, por pequeña y sencilla que fuera. La vivienda de Naq Med, que quizá tenía el tamaño de la sala de estar de su casa o del vestíbulo de la casa de Maize, estaba limpia, aunque ligeramente abarrotada. El suelo era áspero y estaba cubierto con un tapete que tal vez en otro tiempo había sido una cortina; en una de las paredes había una variedad de instrumentos de pesca meticulosamente organizados y en el suelo estaban distribuidos varios almohadones confeccionados con sacos de yute, dispuestos como asientos o camas. En una repisa sobre un fregadero improvisado había varias latas limpias, y también en una esquina había dos barriles grandes que parecían contener agua y de donde el hombre sacó un cucharón para servir el agua para el té.

Karr se sentó en uno de los cojines y cruzó las piernas, al tiempo que percibía las vibraciones de la Fuerza que le llegaban hasta el alma. Cada objeto de la habitación, al igual que el hombre que los había recolectado, resonaban con la misma tonalidad y con un zumbido de la misma frecuencia.

Esa era la Fuerza y ese era un hombre que dedicó su vida a ella hasta que ya no lo hizo más.

—Dime las noticias que tienes sobre J'Hara, si esa es la razón por la que viniste —dijo el antiguo Jedi, que estaba de espaldas a ellos mientras se ocupaba de la estufa—. No te quedes simplemente sentado allí y mirando.

Karr no quería decirle la verdad, pero estaba decidido a ser valiente, así que sus palabras se atascaron apenas un momento en su garganta antes de hablar.

—Siento decirlo, pero murió.

Naq Med se quedó inmóvil un instante, con el rostro convertido en una máscara difícil de interpretar, y luego regresó a cuidar de la tetera.

—Ah. Eso es… Bien, lamento enterarme, pero te agradezco que me lo dijeras. Temía que fuera una cosa parecida porque percibí algo. No precisamente un cambio en la Fuerza, sino más como un hipo o —buscó la palabra correcta— un eructo. Pero no fue… violento, ¿verdad? ¿O una terrible enfermedad? Me gustaría pensar que lo habría sabido si la hubiera alcanzado un destino horrible.

—No, señor, no fue nada por el estilo. Su corazón se cansó, eso es todo. —Era difícil hablar de ello y todavía más difícil pensar en cómo la piel de J'Hara había tomado el color del papel viejo y se había vuelto fría al tacto.

—Eso… es bueno. Una muerte tan buena como la que cualquiera podría pedir. Aunque sí es una tragedia, porque ningún hombre debería vivir más que sus hijos. ¿Qué me dices de su hijo? Tu padre, ¿supongo?

—Está bien. Todos están bien.

—También tienes un hermano, ¿no es así?

—Sí, señor, pero vine hasta aquí porque tengo que hablar con usted —agregó Karr con la esperanza de alejar la conversación de un recuerdo familiar doloroso y darle un giro más esperanzador y útil—. J'Hara me dejó un mensaje en el que me decía que lo buscara.

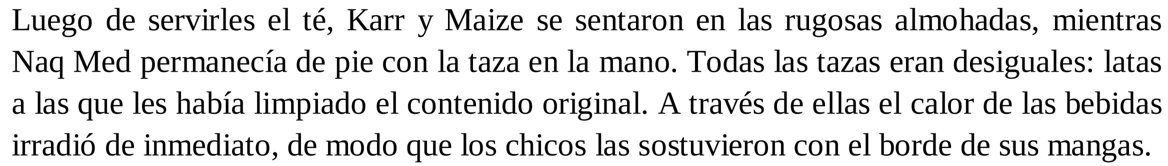
—¿Por qué? Ella y yo teníamos un arreglo. Estaba más segura sin mí y lo mismo puedo decir de toda tu familia. Puede ser que los hayas puesto en peligro al venir.

—Es posible que el resto de ellos estuvieran más seguros —admitió el chico— pero no yo. En el último par de años todo el mundo me ha estado diciendo que estoy enfermo, pero eso no es cierto.

—¿No?

—No, señor. No estoy enfermo. Soy sensible a la Fuerza.

CAPÍTULO 25



Luego de servirles el té, Karr y Maize se sentaron en las rugosas almohadas, mientras Naq Med permanecía de pie con la taza en la mano. Todas las tazas eran desiguales: latas a las que les había limpiado el contenido original. A través de ellas el calor de las bebidas irradió de inmediato, de modo que los chicos las sostuvieron con el borde de sus mangas.

El viejo Jedi no se percataba del calor de las latas o ya no le lastimaba, porque caminó por la habitación al mismo tiempo que hablaba.

—Te creo. Supongo que eso es lo primero con lo que debería comenzar. Lo supe cuando te vi… y supe quién debías ser, aunque pensé que mis ojos me engañaban. —Miró por encima del hombro hacia Karr, que estaba prendido de cada una de sus palabras—. Hay un parecido familiar —dijo con apenas el asomo de una sonrisa—. Es posible que en este momento no lo creas, pero te juro que es como verme al espejo hace ochenta años. Eres todo un galán, ¿verdad?

Nunca se creyó particularmente guapo, pero era agradable que se lo dijeran.

—¿Eso cree? —preguntó con modestia.

Naq Med se encogió de hombros.

—Bueno, más o menos. Tienes el potencial y quizá en otros cinco o diez años, querrás… —Sacudió la cabeza—. No, no te arrepentirás de tus votos porque no eres un Jedi, ni nunca lo serás.

—Eso es lo que me dijo Maz Kanata. Tengo la Fuerza, pero no la suficiente para ser un Jedi, o por lo menos no del tipo correcto, no lo sé. No entiendo y no hay nadie que me ayude a aprender. J'Hara lo intentó, pero no sabía lo suficiente como para darme la educación que necesito y esa es la razón por la que me sugirió buscar este lugar. Pensó que podría contener objetos que me ayudarían a entender, pero no creo que haya esperado que usted estuviera aquí.

—La Fuerza se manifiesta de muchas maneras y en muchos tipos diferentes de personas. El tipo que fluye a través de ti… no es la energía de un guerrero o de un monje, sino algo más. Es algo intenso, pero un poco diferente.

El anciano se encogió de hombros de nuevo.

—No puedo decirte lo que no sé, pero sí puedo percibirla en ti. La sentí cuando aterrizaste y por eso estaba esperándolos. Regresé a casa cuando me di cuenta de que venía alguien y que ese alguien tenía la Fuerza, pero no sabía si eras amigo o enemigo.

—¿Qué hubiera hecho si hubiera sido uno de los malos?

—Matarte, supongo. O tú podrías haberme matado. ¿Quién puede saberlo? He vivido más tiempo del que nadie pudiera esperar y muchas veces pienso que es una pena; muchas otras desearía haber muerto junto con mi esposa. Pero eso no le hubiera

importado a nadie, porque de todos modos estarías aquí y también tu padre. Mi hija. Ya había hecho todo lo bueno que iba a hacer en la vida.

—Lo que dice es terrible —protestó Karr.

—Pero no deja de ser cierto, aunque sea terrible. Déjame que te muestre algo. —Colocó su lata de té sobre un mostrador diminuto junto al bote que usaba como pileta. Durante unos segundos escarbó en una caja que sacó de debajo de un estante—. Está aquí en algún lado, lo sé. Recuerdo claramente ese día: estaba en el Templo y… ¡sí! Aquí está.

Sacó un holoproyector del tamaño de la palma de su mano y guardó la caja. Luego se lo pasó a Karr.

Cuando se encendió el holograma, el chico ahogó un gritó y se tapó la boca con la mano. Era la imagen de un Jedi: un retrato sobre las escalinatas del templo que había visto en su visión. El hombre era un poco mayor que Karr, tal vez de un poco más de veinte años. Sus hombros eran anchos y llevaba una túnica suelta junto con un sable de luz en el cinturón. Tenía el mismo rostro de Karr, resplandeciente con una enorme sonrisa.

El chico se puso de pie de un salto, sosteniendo el holoproyector entre dos dedos como si pudiera morderlo si lo acercaba más.

—Ese es… Es…

—Soy yo —respondió el Jedi—. Muchos años antes de que nacieras. Te lo dije, el parecido familiar es realmente notable.

—No, pero… ¡no entiende! ¡Yo vi esto! Tuve una visión, cuando toqué… cuando sostuve… cuando vi… —Empezó a tartamudear mientras trataba de sincronizar la escena de su visión con la imagen que tenía en la mano—. ¡Me vi a mí mismo peleando! ¡Maté a otro Jedi!

Naq Med estiró las manos al frente.

—No, no es así. No es así en absoluto. —Volvió a tomar el dispositivo de las manos de Karr antes de que el chico pudiera destruirlo en su ira y confusión.

—¡Sé lo que vi!

—Lo que viste podría no haber ocurrido. La Fuerza no siempre obra de manera clara o pura. ¿Qué tocaste cuando tuviste esa visión de ti mismo asesinando a un Jedi?

—¡Un sable de luz! Uno que está roto. Era circular y estaba partido en dos, y perteneció alguna vez a un inquisidor. —Su voz temblaba, al igual que el resto de su cuerpo. Sus manos se agitaban y sus rodillas chocaban entre sí—. Sé lo que vi —repitió y luego, al darse cuenta de lo que significaba, añadió—: ¡Sé lo que usted hizo!

—No, no lo sabes. —Naq Med se detuvo un momento a pensar y regresó el holoproyector al interior de la caja—. Déjame tratar de explicarte. Cuando descubrimos que era sensible a la Fuerza, se decidió que me convirtiera en padawan y que estudiara los caminos de los Jedi. Entrené de manera incansable con mi maestro y me sentía muy dichoso simplemente por estar en el Templo. Pero cuando estuve fuera del Templo, bajo la sombra de la política, fue cuando empecé a tener dudas. Un Jedi es más fuerte en sus propósitos cuando está dentro de la luz y no tiene sitio en una burocracia, aunque lo

demanden aquellos que necesitan de sus capacidades. Y pensé que la manera en que los Jedi manejaban la situación era el camino equivocado. Tal vez te suene cobarde o errado, pero no estabas allí y no puedes saberlo. Después de meditarlo mucho, abandoné la Orden. Elegí mi propio camino y cuando estuve en él, conocí a tu bisabuela y tuve una hija, que tú conociste y amaste. No diré que tomé la decisión incorrecta.

—¿A dónde fue? —preguntó Maize.

—Eso no es importante, excepto que unos cuantos años después me enteré de la Orden 66. Escuché cuando Palpatine habló del levantamiento de los Jedi y de lo que hicieron, y quedé horrorizado. ¡Era exactamente lo que temía! Para entonces, los Jedi se habían disuelto y desperdigado. Se levantaron en contra de la República y supe todo eso cuando Palpatine envió su informe.

—¡Palpatine mintió! —insistió Karr.

—No, jovencito. Es posible que sepas lo que viste, pero yo sé lo que pasó porque estaba allí. Con el tiempo, me rastreó el Gran Inquisidor, que me persiguió al igual que a todos los que alguna vez formaron parte de la Orden. Pero yo tenía esposa y una hija. Ya no era ningún Jedi y me negué a aceptar mi destino, y por eso luché contra el inquisidor. Lo que sí recuerdo claramente es que su sable se rompió y ese debe ser el que encontraste y tocaste.

—Tal vez.

—Sí, sí. Eso debe ser, pero tus visiones no son perfectas, ¿verdad? No siempre son claras y no siempre puedes tomarlas al pie de la letra.

Sin embargo, Karr no estaba seguro.

—Sé lo que vi —repitió como un mantra.

Pero su bisabuelo también sabía cosas.

—Hijo, tú ves la verdad, pero es más de una verdad a la vez. Sí peleé con el inquisidor, pero el inquisidor también luchaba contra los Jedi y de hecho los mataba. Cuando tocaste el sable, combinaste las dos visiones. No mientes ni estás equivocado, simplemente estás viendo demasiadas cosas a la vez. Con el tiempo, es posible que puedas separarlas, averiguar más detalles y tener mayor claridad. Aunque los Jedi se sublevaron en contra de la República, yo nunca le causé daño a ninguno de ellos.

—¡Pero ellos nunca se sublevaron contra la República! —Ahora era el turno de Karr de compartir un poco de conocimiento. Sentía un leve mareo y un zumbido en los oídos, pero estaba en lo correcto y se sentía moralmente justificado.

—Entonces, ¿por qué ejecutarían la Orden 66? ¿Por qué otra razón abandonaría a mi familia? ¿Por qué me habría ido a vivir en un sitio tan lejano, tan remoto y tan espantoso? Fue solo para protegerlos. No me queda mucho tiempo más para ocultarme y proteger su seguridad, tu seguridad. El tiempo casi se me acaba y todos ustedes estarán libres.

Cuando dejó de hablar, la fina lluvia retumbaba sobre el techo y la cabaña se sacudía en el viento, mientras las olas bajas estallaban contra los pilares que la sostenían encima del agua. Todas las preguntas de Naq Med eran del tipo que en realidad no demandaba respuestas, pero el chico tenía algunas de todos modos.

—Los Jedi no traicionaron a la República; la República los traicionó a ellos. Todo fue parte de la propaganda de Palpatine.

El anciano susurró:

—No sabes de qué estás hablando.

—¡Pero es cierto! Yo lo vi —le insistió Karr—. Es posible que no sepa lo suficiente sobre la Fuerza como para convertirme en Jedi, pero gracias a mis habilidades pude ver parte de su historia. Fueron todo lo que usted creyó de ellos alguna vez; eran protectores, guardianes y benefactores. Lucharon por la luz, pero la oscuridad ganó. Lo siento tanto —dijo con lágrimas en sus ojos—. Siento tanto que no lo supiera y que no hubiera alguien que se lo dijera.

—No es posible —dijo mientras sacudía la cabeza, incapaz de seguir escuchando.

Maize apoyó a su amigo.

—No solo es posible, sino que es cierto. Pero el asunto es que casi nadie sabe de eso. Ya no. La mentira de la que usted se enteró se convirtió en la realidad de mucha gente. El Emperador destruyó la reputación de los Jedi.

RZ-7 coincidió de la manera más amable de la que fue capaz.

—Señor, usted tomó las medidas más nobles para proteger a su familia y esas medidas tuvieron éxito, pero no había necesidad de que les diera la espalda a los Jedi. Ellos nunca le dieron la espalda a la República. Ni a usted.

Naq Med se derrumbó lentamente hasta el suelo y aflojó la mano que sostenía la lata, cuyo contenido se derramó sobre el tapete.

—Pero, si eso es cierto, todo lo que hice fue por nada. ¿El Gran Inquisidor…? —preguntó a cualquiera que pudiera responderle.

—Era un peón del Emperador y traicionó a los suyos —respondió Karr y luego guardó silencio. En el fondo de su mente empezó a consolidarse una idea y entonces habló lentamente, ordenando las palabras a medida que se le ocurrían—. El Lado Oscuro ganó. Los malos ganaron tan absolutamente que cuando terminaron… no quedaba nadie que recordara a los buenos. Nadie que contara su parte de la historia. Nadie que recopilara su historia y la pusiera por escrito cuando el Templo desapareció. Dicen que la historia la escriben los vencedores, pero deberían escribirla aquellos que la recuerdan. Aquellos a los que les importan los hechos.

El anciano se quedó sentado con las piernas ligeramente cruzadas, los brazos a los costados y las manos flácidas sobre el regazo.

—Todo fue una mentira. Mi vida entera, todo lo que perdí…

Karr gateó hasta él y levantó la taza que había rodado por el suelo. Limpió el líquido derramado con el puño de su manga y luego se dio por vencido, prefiriendo darle apoyo a su desdichado anfitrión.

—Abuelo —dijo mientras tomaba una de las manos de Naq Med para sostenerla y trataba de obligarlo sin éxito a que hiciera contacto visual con él—. Hiciste lo que tuviste que hacer. Hiciste lo más correcto que pudiste. Tu familia sobrevivió. Yo sobreviví.

Su bisabuelo sacudió la cabeza y cerró los ojos. Se estaba reduciendo, volviéndose más pequeño a medida que se encerraba en sí mismo como si quisiera hundirse entre las tablas del piso si pudiera hacerlo.

—Tú sobreviviste. J'Hara sobrevivió y tuvo… una vida larga. Pero ¿fue una vida feliz? —preguntó.

Karr asintió, aunque su bisabuelo no pudiera verlo y apretó su mano entre las suyas.

—Fue muy feliz. Manejó el taller de la familia hasta hace unos pocos años y ganó fama en toda Merokia por su fina ropa. Se enorgullecía de eso y de su hijo y… y de mí, creo. Fue una buena vida —concluyó.

—Entonces no fue en vano. —Cuando abrió los ojos, los tenía inundados de lágrimas—. Pero es una pena que haya costado tanto y que llevara tanto tiempo. Se perdieron demasiadas cosas.

Maize hizo su máximo esfuerzo por fingir que no estaba a punto de llorar, pero su voz era ronca.

—También se salvaron muchas otras.

—Eso es verdad —dijo Karr—. Por mucho tiempo, la situación fue mala para los Jedi, pero luego vino un Jedi que recobró el equilibrio de la Fuerza. Palpatine finalmente perdió y terminó la persecución de los Jedi.

Naq Med suspiró tan profunda y pesadamente que Karr pensó que era su último aliento y que su alma abandonaba el cuerpo. Se hundió todavía más dentro de la ropa demasiado grande que había recolectado por allí.

—Sí, eso es bueno. Muy bueno. Entonces, mi labor está finalmente terminada. Mantuve a salvo a mi familia y ahora puedo descansar.

—Sí —confirmó el chico—. Hiciste todo lo que tenías que hacer.

Naq Med sonrió.

—Dime algo. ¿Los Jedi se redimieron? ¿La gente conoce la verdad?

Karr bajó los ojos.

—No exactamente.

La sonrisa del anciano empezó a desvanecerse y se inclinó hacia delante, con la cabeza que colgaba tan baja que su mentón estaba recargado contra su pecho.

—Qué pena. Pronto no quedará nadie que recuerde.

—¡Yo siempre recordaré! —se apresuró a decir.

Naq Med levantó la cabeza, pero esta vez solo sus ojos sonreían. Levantó su otra mano y apretó las manos de su bisnieto. Entonces, con un suspiro que dejó salir lentamente, se hundió todavía más, doblándose sobre sí mismo hasta que pareció que no le quedaba un solo hueso en el cuerpo. Se quedó quieto y en silencio, con su rala cabeza sobre las rodillas, la espalda encorvada y los codos que sobresalían a los costados.

—Si tan solo la gente supiera… la verdad.

Karr le tocó el hombro, que se colapsó, tan ligero como palillos.

—¿Bisabuelo?

Maize dejó su cojín y se arrastró un metro por el piso hasta que jaló a Karr de un brazo y luego lo atrajo hacia ella para abrazarlo.

—Se fue. Ya se fue.

Su amigo apenas podía respirar y mucho menos hablar.

—No es posible que se haya ido. Apenas llegué aquí…

—Lo sé —respondió mientras lo mecía y lo alejaba del cadáver del anciano que se veía muy pequeño. Podría haber sido un niño o un pequeño maniquí: un fantasma hecho con varitas y algodón.

—Pero se fue porque tú le permitiste hacerlo. Le diste lo que necesitaba. Le ayudaste. Lo salvaste.

CAPÍTULO 26

Envolvieron el cadáver de Naq Med en la cortina convertida en tapete que cubría la mayor parte del piso de la cabaña que fue su hogar durante décadas. Apenas pesaba y después de envolverlo en la mortaja improvisada lo colocaron sobre los almohadones fabricados con sacos que su bisabuelo había encontrado en el campo minero. Estaban llenos de aserrín y paja, por lo que Karr sabía que prenderían fuego.

—Cuando deje de llover… —empezó a decir, pero se quedó sin palabras.

RZ-7 retomó el hilo.

—Cuando deje de llover, podremos honrar los deseos de su abuela, según se los hizo saber en su mensaje.

Maize asintió.

—No dejes nada. Ni siquiera las cenizas. Deberíamos quemarlo todo. Es posible que tenga cosas que señalen a tu familia.

El chico se quedó desconcertado e intranquilo, buscando qué hacer con sus manos.

—Será como si nunca hubiera existido.

—No —lo contradijo ella—. Eres prueba viviente de que existió. Cuando deje de llover —empezó de nuevo— podemos echar un poco de combustible sobre la casa cuando salgamos y luego le disparamos un rayo de plasma. Será una despedida espléndida. Tu abuela estaría satisfecha y él se sentiría orgulloso.

El droide deambulaba por la pequeña cabaña, metiendo las manos en canastas y contenedores, cajones y estantes.

—Pero mientras sigue lloviendo, señor, quizá deberíamos buscar objetos que pueda añadir a su colección. Ya se volvió bastante amplia, pero debería guardar algo de su bisabuelo, aunque solo sea para usted, pero su padre también podría querer algo para recordarlo.

—Tiene razón, Karr. Coleccionaste reliquias Jedi de todos los rincones de la galaxia y sería una pena que salieras de la casa de tu bisabuelo con las manos vacías. A él le gustaría que te llevaras algo.

Karr trató de evitar voltear a ver hacia el cadáver que yacía sobre los cojines.

—No lo sabes —dijo, pero en realidad no podía argumentar nada. La pequeña vivienda estaba inundada con la Fuerza, acumulada durante una larga vida aunque el anciano hubiera renunciado a sus votos. La Fuerza no se iba simplemente porque no estuvieras comprometido con ella y no solo tocaba a quienes se hubieran jurado a ella desde un principio.

Permanecía y tocaba a muchas personas que no estaban comprometidas ni con la luz ni con la oscuridad. A veces, tocaba a gente como Karr.

—Busca alrededor —lo presionó—. Levanta las manos y siente la Fuerza, o lo que sea que haces. Debe haber algo aquí que te atraiga. Trata, a ver si puedes.

El chico levantó las manos y exploró cuidadosamente la habitación, tratando de ignorar el hoyo negro alrededor de su bisabuelo. Sentía la Fuerza en los cuatro rincones del lugar, en las vigas y debajo del piso.

Debajo del piso.

Estaba en la esquina más lejana, detrás de algunos estantes que tenían trapos doblados y una lata de té que su bisabuelo había encontrado o recolectado, y que había secado él mismo. Karr hizo a un lado un bote que parecía haber contenido basura o composta y encontró una escotilla cortada a lo largo de la veta de la madera del suelo. No había ninguna palanca o manija que la abriera, pero logró desprenderla con la hoja de un cuchillo oxidado que sacó del fregadero.

Maize lo alcanzó.

—¿Qué encontraste?

Ambos miraron el agujero mientras RZ-7 estiraba su cuello de metal para poder ver mejor. Bajo los tablones del piso, colgada dentro de una red sobre el agua y bien metida debajo de la casa para que nadie pudiera verla, encontrarla o abrirla, había una caja del tamaño de una maleta.

Karr la subió a la casa. No era pesada, pero sí voluminosa y difícil de manejar. La empujó a mitad del piso para tener más espacio para trabajar y metió la hoja del cuchillo bajo el pestillo hasta que se abrió.

—¿No está cerrada con llave? —preguntó Maize.

—No —respondió mientras levantaba la tapa—. Oh… guau.

—¿Eso es una…?

RZ-7 emitió un suave silbido digital.

Karr metió la mano y sacó un bulto doblado con gran cuidado y atado con cordel. Con el mismo cuchillo oxidado que usó para abrir la maleta cortó el cordel y desenvolvió una túnica pálida, del color de la cera. La sostuvo por los hombros y se levantó para medírsela contra sus propios hombros.

La túnica era de una talla más grande, pero no por mucho y se había hecho para un hombre con hombros más anchos, aunque tampoco mucho más que los suyos. En unos cuantos años sería lo bastante grande y sus hombros se volverían más anchos, pero la túnica no fue hecha para que él la vistiera, y lo supo muy dentro de sí con la misma intensidad con la que sintió que ahora era suya.

Es posible que los Jedi fueran rufianes difamados, si quedaba alguno vivo como para que le importara, pero el chico conocía los hechos y podía recordarlos. Podía guardar la túnica y conservarla para futuras generaciones.

Si la Fuerza era tan eterna como lo creía Karr y la historia de hecho se repetía, vendrían más Jedi que necesitarían saber la verdad. Merecían saber la verdad.

Se llevó la túnica al rostro para absorber profundamente su aroma. Aunque olía principalmente a moho, le encantaba. Por una fracción de segundos se preguntó si debería

vestir a su bisabuelo con ella antes de prenderle fuego hasta el último trozo de evidencia que indicara que había vivido allí, pero no: ahora entendía cuál era su papel. Era un coleccionista y, entonces, coleccionaría.

—¿Puedo verla? —le pidió Maize.

—¿Señor? No se olvide del…

Karr le pasó la prenda a Maize y volteó hacia el droide.

—¿Qué es, RZ? —Pero lo vio antes de que el droide pudiera responderle: era el sable de luz de Naq Med. Seguía sobre la mesa donde lo dejó y ahora que no tenía la Fuerza del Jedi que lo había empuñado, parecía tan poco importante como una taza.

Pasó su pulgar de un extremo a otro del cilindro metálico hasta que encontró el interruptor que lo encendió y entonces brotó una columna verde que los tomó por sorpresa. Zumbaba y resonaba con una energía resplandeciente.

Karr lo levantó, aterrorizado y maravillado al mismo tiempo, y con cuidado dirigió la hoja hacia el centro de la habitación donde no había nadie que pudiera salir herido o lastimado.

—Un sable de luz —dijo asombrado—. Tengo en mis manos un verdadero sable de luz que no está roto ni es solo un trozo. Es uno real.

—¡Y no te explotó la cabeza ni nada! —le respondió Maize mientras aplaudía y se reía—. ¿Te causa dolor?

—Se siente… —¿Cómo se sentía? No tenía palabras para expresarlo. Era como electricidad y presión entre sus orejas, pero no lo sentía como un clavo ardiente. Era como el hiperespacio, como la Fuerza—. Se siente… bien.

—¿Bien? ¿Eso es lo único que puedes decir? —le preguntó su amiga, aunque sonreía de oreja a oreja.

—Se siente como luz, no como oscuridad. Es como si finalmente hubiera encontrado el equilibrio.

—¿En la Fuerza? —preguntó RZ-7.

Karr asintió.

—Y en la vida. Ya no le tengo miedo al futuro. Será aquello en lo que yo lo convierta. ¿Bueno o malo? ¿Jedi? ¿Sastre? ¿Coleccionista? —En ese momento se le ocurrió una idea y casi para sí mismo añadió—: Quizá incluso me convierta en… —Su voz se apagó y reemplazó la última palabra con una sonrisa. Volvió a ver el sable con admiración y lo apagó.

—¿Qué haces? —preguntó Maize—. ¡Agita esa cosa! ¡Practica un poco con ella!

—No, no es para que lo use, sino para conservarlo. Allí es donde está el equilibrio, ¿me entiendes? —Lo colocó sobre la larga tira de tela y lo enrolló—. Me pasé tanto tiempo tratando de averiguar cómo ser un Jedi y cómo dominar la Fuerza, pero lo estaba viendo desde el ángulo equivocado. Maz Kanata lo supo. Eso es lo que me estaba tratando de decir con el ejemplo de la leche. Yo no soy la leche.

—Me perdiste, Karr. No entiendo nada.

—Está bien —contestó—, porque yo sí lo entiendo finalmente. No soy la leche, soy el vaso. Soy el que ve el pasado y la verdad sobre lo que ocurrió allí. Soy el que guarda el recuerdo.

—¿Por qué usted, señor? ¿Por qué ahora? —preguntó el droide.

—Porque no queda nadie más que lo haga. Allí es donde encajo yo —afirmó con absoluta confianza. Con verdadera certidumbre—. Ese es mi propósito y ahora lo entiendo. Ahora estoy listo.

Cuando terminó de hablar, se dio cuenta de que el cielo estaba en silencio. La lluvia había cesado, terminó la tormenta y ya habían encontrado todo lo que tenía algún valor. Su bisabuelo había muerto y en un mes él se iría a la escuela de oficios, pero eso era lo correcto. Ahora lo entendía.

—Vámonos —les dijo mientras se metía bajo el brazo la caja con la túnica y el sable de luz—. Todavía nos falta eliminar algunos rastros cuando lleguemos a casa, ¿no es cierto, Maize? ¿No tienes que cambiar los rastreadores y todas esas cosas?

—No me llevará más de veinte minutos, pero sí.

—RZ, ¿ves alguna otra cosa que deberíamos llevarnos?

—No, señor.

—Entonces, vayamos a casa.

Debajo de la cabaña encontraron un bote inflable poco profundo atado a un poste. No era gran cosa, pero hizo que su viaje de regreso al *Avadora* fuera menos terrible. Cuando quedaron atorados, empantanados entre los pastos gruesos, tomaron turnos para jalar el bote con los otros dos pasajeros y la caminata de regreso a la nave les llevó la mitad del tiempo.

Maize los obligó a limpiarse, o por lo menos a hacer un esfuerzo simbólico.

—Es la nave de mi papá y si llenamos todo el interior de lodo no me dejará en paz. De por sí se va a preguntar qué pasó con el combustible que perdimos, así que mejor vamos a dejarle una cosa menos de la que quejarse.

Se pasaron un trapo por el cuerpo, se quitaron las botas y exprimieron sus chaquetas, para colgarlas a secar en las literas. Se sentaron en ropa interior en sus asientos y se ataron los cinturones. Al principio fue incómodo, pero más que otra cosa por una cuestión de costumbre, ya que todos estaban lo suficientemente vestidos y su ropa húmeda estaba asquerosa e incómoda. RZ-7 encontró una toalla de mano y la usó para secarse, temeroso del óxido.

Cuando los motores estuvieron listos, Maize elevó la nave y empezó a volar bajo sobre los pantanos, los pastos oscuros, los remolinos de agua y los restos de la comunidad minera donde no quedaba nadie más que pepenara entre las construcciones.

—Si tuviéramos suficiente combustible, lo quemaría todo solo por diversión —afirmó y Karr le lanzó una mirada de infelicidad—. Pero no lo tenemos, así que no lo quemaré.

Se lo ahorró para la cabaña sobre la plataforma. Calculó cuánto combustible podían tirar y lo lanzó sobre el techo, para después retirar la nave.

—¿Tienes unas últimas palabras que quieras decir? —le preguntó a Karr, que se quedó mirando la pequeña construcción con una mezcla de emociones que no podía dilucidar aunque en ello le fuera la vida.

—No se me ocurre nada, excepto… gracias. Gracias a la Fuerza por cuidar a Naq Med y gracias a ti, bisabuelo, por hacer todo lo posible por mantenernos a salvo a mi familia y a mí. No estuvo equivocado, sino que solo le faltó conocer toda la historia. Me inspiró a resolver ese problema para otras personas en el futuro.

—¿Lo harás coleccionando la Fuerza?

—Un objeto a la vez. Adelante, Maize. Haz… lo que sea que tengas que hacer. Quémalo todo y que las cenizas se las lleve el agua. Es lo último que puedo hacer por él.

—Muy bien, señor copiloto. —Maize apuntó los pequeños cañones delanteros y tiró del gatillo. Un instante después, la casa quedó reducida a un montón de escombros en llamas que chisporrotearon y finalmente se hundieron en el pantano.

Esperaron un momento mientras sobrevolaban encima del agua, hasta que estos desaparecieron por completo, excepto por un par de pilares quemados.

—Señor, si me disculpa por preguntárselo, ¿qué haremos ahora? ¿Deberíamos ir a casa o decidió evadir de nuevo su destino como sastre?

—A casa —le dijo contundentemente al droide—. Ya no voy a evadir nada. Ningún camino está escrito en piedra, pero el siguiente paso siempre debe ser para pasármela bien en lo que haga. Porque esos serán mis propios pasos, mi historia. Muy bien, capitana. Regrésenos a Merokia.

—Hecho.

El hiperespacio envolvió al *Avadora* y, con un último salto, estuvieron de regreso en la órbita de su hogar. Aterrizaron y Maize cumplió con su palabra cambiando todas las cosas técnicas que ocultarían el destino de su viaje, aunque ya no quedaba nadie a quien proteger en un enorme planeta abandonado conocido como Pam'ba. Lo hicieron por una cuestión de principios. Como J'Hara les dijo en su mensaje: no dejen nada, ni siquiera las cenizas.

—Les diremos que no encontramos nada —indicó Maize—. Diremos que fue un fracaso y que perdimos un poco de combustible, así que nos dimos por vencidos y regresamos. Mi papá no lo creerá, pero es probable que no haga demasiadas preguntas. No creo que le importe mucho, siempre y cuando haya regresado a salvo. ¿Qué me dices de ti?

—¿Qué te digo de qué? —preguntó Karr, sin saber del todo a qué se refería. Se sentó en la rampa a comer un trozo de fruta y a esperar que la chica terminara de ordenar la nave hasta quedar satisfecha con el resultado.

—¿Qué vas a hacer ahora?

RZ-7 lo aclaró con su propia versión de la pregunta.

—Creo que se refiere a la escuela de oficios, señor. ¿Tiene intenciones de cumplir con su palabra?

El chico asintió.

—Claro, ¿por qué no? Ser coleccionista de la Fuerza no va a pagar las cuentas. Necesito un respaldo y que por lo menos pague nuevos objetos coleccionables.

—Ah, qué bonito, muchas gracias —exclamó su amiga—. ¿Me dejarás terminar sola la escuela?

Karr dio otro mordisco, masticó la fruta y la tragó.

—Ese lugar no es tan malo. Aparte, sigo teniendo tu holocomunicador, así que puedes llamarme para gritarme lo que quieras.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. RZ, tú vendrás conmigo, ¿verdad?

—Por supuesto, señor —respondió el droide—. Dudo que ahora sus padres me quieran merodeando por allí y escuchando sus conversaciones.

Maize rio.

—Te llevaré siempre aquí, RZ —le dijo mientras colocaba la mano sobre su pecho.

—Oye, ¿y yo qué? —preguntó Karr.

—Supongo que se te acabó la buena suerte —contestó—. Pero, por cierto. Sé que le dije a mi mamá que me ayudara a elegir un tatuaje, pero ¿quieres ver uno que tengo en la mira?

—Claro.

Maize sacó su holocomunicador y proyectó una imagen.

—Guau. Está muy bonito. ¿Cuál es su traducción?

Su amiga lo miró de reojo.

—¿Crees que significa algo como Karr? Ni en sueños —rio.

Karr se sonrojó.

—No, lo que quería decir es que, bueno, me refiero a…

—Ya sé a qué te refieres. Y sí, se traduce en una cosa. Significa: *amistad*.

Karr sonrió y Maize le devolvió la sonrisa. Después los dos adolescentes se abrazaron y le abrieron un espacio al droide de protocolo disfrazado de droide médico, para luego seguir cada uno su propio camino, por lo menos por el momento. Maize fue a casa para hablar con sus padres acerca de su familia y Karr fue a la suya para conversar tranquilamente con sus padres acerca de lo que había descubierto.

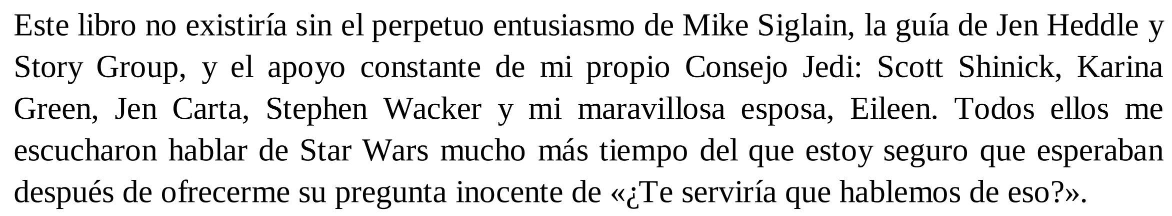
Incluso su hermano se impresionó, aunque solo un poco, cuando Karr sacó el sable de luz y lo activó. La pequeña casa se iluminó de verde y resonó con el zumbido de energía que la hizo chisporrotear con la Fuerza.

En la noche, después de guardarlo todo, y de catalogar y clasificar todos sus objetos coleccionables y colocarlos en sus anaqueles, Karr sacó su datapad. El trabajo de un coleccionista de la Fuerza era más que simplemente coleccionar, también debía explicar. Su labor era recordar y compartir sus historias, y no podía esperar a comenzar.

Abrió un documento en blanco, se tronó los nudillos y empezó a escribir:

Hace mucho tiempo…

AGRADECIMIENTOS



Este libro no existiría sin el perpetuo entusiasmo de Mike Siglain, la guía de Jen Heddle y Story Group, y el apoyo constante de mi propio Consejo Jedi: Scott Shinick, Karina Green, Jen Carta, Stephen Wacker y mi maravillosa esposa, Eileen. Todos ellos me escucharon hablar de Star Wars mucho más tiempo del que estoy seguro que esperaban después de ofrecerme su pregunta inocente de «¿Te serviría que hablemos de eso?».

También quiero agradecerles a mis padres por alimentar siempre mi obsesión con todo lo que está en una galaxia muy, muy lejana.

Acerca del autor

KEVIN SHINICK es escritor, ganador de un premio Emmy, autor y creador de cómics. Es mejor conocido por su trabajo en *Pollo Robot*, serie para Adult Swim, y por crear la serie animada *MAD* para Cartoon Network. Shinick está acreditado dentro de la cultura pop gracias a su trabajo con George Lucas (*Star Wars: Detours*), por haber dirigido a Stan Lee (*Marvel's Spider-Man*), por su colaboración con la banda de rock Kiss (*Scooby-Doo!* y *Kiss: el misterio del rock and roll*) y por haber ayudado a Mike Tyson a resolver algunos misterios (*Mike Tysons Mysteries*). Kevin también es autor del libro infantil de Star Wars titulado *Chewie and the Porgs*.